

SANTIAGO GARCÍA-CLAIRAC

MILMORT



I
CRÓNICAS DE MORT

Milmort

I Crónicas de Mort

Santiago García-Clairac



Versión electrónica
SAN PABLO 2012
(Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723
E-mail: ebooksanpablos@gmail.com
comunicacion@sanpablo.com
ISBN: 9788428542753
Realizado por
Editorial San Pablo España
Departamento Página Web

A mi amigo Juan Alcalde.

Primera Parte

Despertar

Abro los ojos muy despacio.

Los párpados me pesan como una losa.

La sangre circula lentamente por mis venas.

Mis músculos están entumecidos.

Voy recuperando la respiración poco a poco.

Es como si saliera de un letargo muy profundo.

Me duele el corazón.

Parece que acabo de nacer.

Seguro que he tenido una pesadilla.

Estoy tumbado en el suelo, entre rocas y polvo, casi desnudo, totalmente desarmado, con el cuerpo magullado y lleno de arañazos, como si acabara de participar en una batalla.

Me llamo Royman Delaforce y soy el príncipe heredero del reino de Force. Pero no sé cómo he llegado aquí.

Tengo la horrible sensación de haberlo perdido todo y me siento absolutamente desamparado. Corre un viento gélido que me da escalofríos y me hace temblar de arriba abajo. Cojo una capa sucia que está en el suelo y me envuelvo en ella.

Estoy desconcertado y no sé dónde me encuentro. Observo con atención el paisaje inhóspito, desagradable y desconocido que me rodea.

Aquí no hay ningún signo de prosperidad y todo es destrucción y abandono. Ni siquiera los campos están cultivados. Desorden, pobreza, figuras fantasmagóricas... Apenas hay luz. No es de día ni de noche... Es muy tenebroso...

A lo lejos veo algunas montañas escarpadas de color grisáceo bajo un cielo sombrío que amenaza tormenta.

Hay algunas edificaciones y torres medio derruidas. Árboles sin hojas, cuyas ramas se doblan dócilmente ante el viento...

Me ha parecido ver algunos gigantes a lo lejos, pero no lo puedo asegurar. Varios dragones y otras bestias vuelan de un lado a otro, desorientados, buscando un lugar al que dirigirse o una presa a la que atacar. Se huele el peligro.

A mi alrededor, muchas personas caminan lentamente, sin ganas, con las ropas descoloridas, hechas jirones, como si no supieran ni de dónde vienen ni adónde van. Algunas están solas pero otras van en grupos. Muchas llevan vendajes harapientos y sucios. El desánimo y la desolación están reflejados en sus rostros.

En lo alto de una colina, dos jinetes encapuchados, montados sobre caballos negros, lo observan todo. No parecen enemigos, pero tampoco son amigos. Es la primera vez que los veo.

—Tengo que salir de aquí —susurro—. Esto es peor que el infierno.

Camino unos pasos para desperezarme. Entonces, un poco más abajo, entre hierbas y arbustos, distingo a alguien que me resulta familiar... Es mi padre, el rey Wincott, que está sentado sobre una roca, abrazando y consolando a mi madre, la reina Elaine, que no deja de sollozar.

—¡Padre! ¡Madre! —grito, uniéndome a ellos—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué hacemos aquí?

—No lo sé, hijo. Estamos solos, desamparados. No entiendo nada.

—¿Y Gwendlin? —pregunta la soberana—. ¿Dónde está Gwendlin?

—No lo sabemos —contesta el rey—. No te preocupes, la encontraremos.

—¡Debemos protegerla! —implora—. ¡Es muy joven y está indefensa!

—No sé dónde estamos —se lamenta mi padre—. ¡No me oriento!

—¡Busquemos a mi hermana y volvamos a nuestro hogar, padre! —le apremio—. ¡Quiero salir de aquí!

—No pierdas los nervios, Royman. Ayúdame a preparar un poco de fuego, para calentarnos. Tu madre está muerta de frío.

Arranco algunos de los escasos arbustos que nos rodean y damos vida a una fogata que nos reconforta.

Dos jinetes oscuros se acercan y detienen sus caballos a unos metros. Intento ver sus rostros bajo las capuchas, pero me resulta imposible.

—¿Quiénes sois? —les pregunta mi padre.

—Somos guardianes y queremos vuestros nombres —dice uno, disponiéndose a escribir sobre un gran libro abierto.

—¡Trátame con respeto, escriba! —responde mi padre. ¡O lo pagarás caro!

—¡Necesito vuestros datos! —insiste el guardián—. ¡Ahora mismo!

—Soy el rey Wincott Delaforce; ella es mi esposa, la reina Elaine, y él es mi hijo, Royman, el príncipe heredero. Estamos buscando a mi hija Gwendlin.

—Ahora sois súbditos de este reino —replica despectivamente el segundo encapuchado.

—¿Qué reino es este? —pregunta mi padre.

—¡El reino de Mort! —responde el que porta el libro, alejándose en busca de dos mujeres que acaban de llegar y que también parecen muy desorientadas—. ¡Ya estáis inscritos!

Nos miramos desconcertados. Nunca hemos oído hablar de un reino llamado Mort. Ni de los guardianes.

—¡Queremos ver a vuestro rey! —exige mi padre.

Los encapuchados espolean sus caballos y siguen su camino.

—Tenemos que encontrar a Gwendlin —repite mi madre, con voz temblorosa—. ¡Quiero a mi hija!

No le respondemos, pero nos sentimos impotentes. Ni siquiera nos atrevemos a dar un paso. Preferimos quedarnos aquí, cerca de la fogata que, de alguna manera, nos da seguridad.

Preguntamos a todos los que pasan a nuestro lado, pero nadie nos da una sola pista. Nadie la ha visto, nadie la conoce. Incluso dudamos de que esté viva.

Nuestros estómagos reclaman comida. Como no tenemos nada que llevarnos a la boca nos entretenemos mirando las llamas que, poco a poco, nos van adormeciendo hasta que, de repente, un alboroto nos espabila.

Tres caballeros armados se dirigen directamente hacia nosotros, abriéndose paso con sus monturas, empujando sin piedad a todos los que se ponen delante. Vienen acompañados de una docena de sirvientes, escuderos, criados y perros famélicos que ladran sin cesar.

—¿Quiénes son estos hombres? —pregunto a un campesino que está acampado a pocos metros, junto a dos chicos y una mujer gruesa, bajo unas rocas.

—¡Milmorts! —exclama—. ¡Son milmorts!

—¿Es una Orden de Caballería? ¿De dónde salen?

—¡Es la Orden de la Muerte! No te pongas en su camino, muchacho. ¡Son peligrosos y no conocen la piedad!

Su porte me llama la atención. Jamás he visto unos caballeros con esta prestancia. Están cargados de soberbia, parecen los dueños del mundo y da la impresión de que no tienen más señor que ellos mismos.

—¡Son asesinos! —explica la mujer del campesino—. No debéis fiaros de ellos. Son más salvajes que las bestias mutantes y que todos los dragones de Mort.

—¿Quiénes son en realidad? ¿A qué reino pertenecen?

—¡Son milmorts y no tienen señor! —añade el hombre—. No rinden pleitesía a nadie. Son sus propios jueces y nadie se enfrenta a ellos a menos que quiera morir. ¡Son los guerreros más feroces que existen!

—Nunca he oído hablar de ellos —le confieso—. ¿De dónde vienen?

—Son caballeros que buscan la gloria.

—¿La gloria?

—¡La muerte! ¡Su gloria es la muerte!

—¿Son héroes?

—Son bestias carniceras que atraen la destrucción. Hay que irse de aquí. Si han venido es por algún motivo. Algo va a pasar. Son un mal presagio, muchacho. Coge a los tuyos y huid de aquí —aventura el hombre, echando a correr, acompañado de su mujer y de sus dos hijos—. ¡Algo terrible va a suceder!

Con el sendero despejado, los caballeros milmorts siguen su camino y pasan a nuestro lado ignorándonos por completo, como si no existiéramos.

Entonces, descubro algo que me aterroriza. ¡Mi hermana Gwendlin está atada al caballo de un milmort! ¡Igual que un perro!

Está muy sucia y desmejorada. Parece haber envejecido tanto que me cuesta recordar a la joven de dieciséis años que tanto quiero.

Intento acercarme, pero recibo una patada del caballero que la arrastra, maniatada a su montura.

—¡Apártate, bazofia! —me amenaza el jinete—. ¡O te mataré!

El rey, furioso, me ayuda a levantarme y se dispone a atacar.

—Tranquilo, padre —le susurro al oído, mientras le sujeto con fuerza—. Esta noche la liberaremos.

—¡No aguantaré que esos malvados traten a mi hija como a una esclava! —ruge, buscando alguna piedra o un palo que le sirva de arma.

—Aprovecharemos la oscuridad para rescatarla. Son muchos y están armados —insisto—. Debemos usar la astucia. Seamos cautelosos.

Mis prudentes palabras le convencen de que no podemos hacer nada contra estos hombres. Sólo somos dos y estamos desarmados.

—Les seguiremos —le explico—. Cuando descansen, nos introduciremos en su campamento y soltaremos a Gwendlin. Será un trabajo fácil, ya lo verás. Hazme caso.

—Déjame que se lo cuente a tu madre —me pide—. Espera aquí.

Observo cómo se aleja y se une a la reina. Poco después, oigo un alarido de dolor que me parte el corazón. A todas sus desgracias, la soberana acaba de sumar la de conocer el terrible destino de su hija. No me explico cómo hemos llegado a esta situación.

Mientras la miro, no dejo de hacerme preguntas...

¿Qué nos ha pasado?

¿Qué hacemos en este extraño lugar?

¿Cómo hemos llegado aquí?

¿Por qué no encuentro respuestas?

¿Por qué no entiendo cómo hemos entrado en Mort?

Sin embargo, tengo la sensación de que en algún lugar de mi mente hay respuestas y explicaciones. Sólo espero que afloren y pueda comprender este enigma.

El regreso del rey

—¡El rey ha vuelto! —gritó el emisario, entrando a todo galope en el castillo—. ¡Estará aquí mañana! ¡La guerra ha terminado!

Aquella extraordinaria noticia hizo estallar mi corazón de alegría.

Mi padre había partido al campo de batalla tres años antes y estaba deseando verle. Después de una ausencia tan prolongada, lo que más temía era que, ahora que tenía trece años, no me reconociera.

Tres años es mucho tiempo para un niño. La última vez que me había abrazado yo tenía diez años pero, ahora, había crecido considerablemente y mi rostro había sufrido algunos cambios. Y eso me asustaba.

Mi madre, la reina Elaine, se puso muy nerviosa. Ordenó a las doncellas que sacarán sus mejores trajes y dedicó horas a acicalarse. Mi hermana Gwendlin hizo lo mismo. Y el abuelo Derek, padre de mi padre, se recortó aquella barba salvaje que daba cierta rudeza y autoridad a su rostro. Siempre había pensado que mi abuelo ocultaba algún secreto tras ella. Su expresión ausente daba a entender que algo en su vida no había ido bien. Lo cierto es que jamás me habían contado qué motivos le habían llevado a abdicar de la corona a favor de mi padre. Y me intrigaba.

Pensé mucho sobre qué ropa debía ponerme para darle la bienvenida. Sabía muy bien que la primera impresión que se formara de mí iba a ser muy importante. Quería agradarle y, sobre todo, deseaba que me reconociera.

Opté por vestirme con ropa de ceremonia y, aunque no era apropiado llevar armas, colgué de mi cinto el cuchillo de caza que me había regalado en mi séptimo cumpleaños. Eso le ayudaría a recordarme.

—Seguro que te reconocerá —me aseguró el abuelo, que se ocupaba personalmente de mi educación como futuro caballero—. O no conozco a mi propio hijo, o no puede haber olvidado la cara de su príncipe.

—Espero que no te equivoques, abuelo. Si no me reconoce, me moriré de pena.

Las ventanas y los muros del castillo se engalanaron con estandartes, tapices y guirnaldas de flores. Teníamos que demostrarle nuestro agradecimiento por haber luchado durante tanto tiempo con los bárbaros para procurarnos una paz duradera.

Todos sabíamos que la alegría de su retorno se vería empañada por las malas

noticias. Estábamos seguros de que muchos de los que se habían ido no volverían. Después de tres años de guerra, era lo más natural.

—Las guerras son una maldición —solía decir el abuelo Derek, que había sido un gran guerrero—. Pero a veces son necesarias.

El abuelo y mi padre habían tenido serias desavenencias sobre la ventaja de guerrear contra los bárbaros. El abuelo sostenía que era mejor ponerlos en su sitio por la fuerza de las armas, mientras que mi padre prefería solucionar el problema con pactos de paz. Al final, mi abuelo impuso su criterio y mi padre tuvo que partir con su ejército para eliminar el peligro de raíz.

El frescor de la mañana trajo consigo el sonido de las trompetas victoriosas y vimos cómo la línea del horizonte cambiaba su aspecto con la llegada del ejército. Los estandartes flotaban al viento y una nube de polvo se alzaba gloriosa tras ellos. El sol colaboró e iluminó su aparición con una preciosa luz blanquecina que se filtraba entre las nubes del cielo y el polvo de la tierra.

Mi corazón palpitaba con fuerza. Mi padre volvía después de tres años de guerras continuas, pero no sabíamos en qué estado llegaría. Teníamos que estar preparados para lo peor.

—Pase lo que pase, manteneos enteros —nos advirtió mi madre, con un ligero temblor de voz—. Los príncipes deben dar ejemplo de entereza.

A pesar de que se notaba que ella tenía más temores que nosotros, acatamos su advertencia con resignación.

—Mirad al frente, con la cabeza bien alta —añadió el abuelo—. No os dejéis impresionar por lo que veáis. Los hijos del rey no pueden desfallecer. ¡Demostrad a todos que sois valientes!

La figura de nuestro padre destacaba en la cabeza del ejército. Su corona brillaba y su capa se alzaba al viento. La armadura reflejaba destellos cegadores. Sujetaba las riendas con la mano izquierda mientras que, la derecha, con el puño cerrado, estaba sobre la cintura, en el costado.

No dejamos un centímetro de su cuerpo sin revisar. ¡Estaba entero! Por lo menos, físicamente, no sufría daños. Aunque sabíamos que, con seguridad, padecería fiebres y malestares propios de las heridas sufridas, de la mala alimentación y del esfuerzo de la guerra. Tres años de guerra y privaciones es mucho tiempo.

Las noticias que nos habían ido llegando durante todo este tiempo resultaron ser ciertas. El rey y sus aliados estaban venciendo a los bárbaros que querían conquistarnos. Ahora, esos bárbaros venían encadenados detrás del ejército, listos para afrontar su nueva vida como esclavos, que es el futuro de los prisioneros de guerra.

Mi padre se había aliado con el rey Gilbert Langan para afrontar juntos la amenaza de ser invadidos por los bárbaros, que eran cada día más osados y no dejaban de cruzar nuestras fronteras para saquear nuestros pueblos. Se fueron juntos para luchar codo con codo.

—Royman, hijo, cuando regrese de esta guerra, las cosas estarán mejor —me había explicado el día de su partida—. Nuestro reino correrá menos peligro y viviremos en una

paz duradera, sin amenazas. Pero, para eso, tengo que salir a luchar. Pórtate bien mientras estoy fuera. Sigue practicando el arte de las armas. Caza y fortalécete. Es la única manera de que tu madre y tu hermana no corran peligro. Y, sobre todo, no te fíes de nadie. ¡De nadie!

—Te prometo que te haré caso, padre —le aseguré—. ¡Te lo prometo por mi honor!

Después, le vi partir desde las almenas, al lado de mi madre y mi hermana. Iba en cabeza del ejército, rodeado de sus oficiales y caballeros. Con los estandartes al viento y las trompetas y los tambores sonando con fuerza.

Los mismos estandartes, trompetas y tambores que ahora le daban la bienvenida.

Cuando detuvo su caballo ante el puente levadizo, fuera del castillo, la reina salió a su encuentro y se inclinó ante él, después de entregarle un ramo de flores en señal de bienvenida.

—Majestad, mi señor —dijo con emoción—. Sed bienvenido a vuestro hogar y a vuestro reino. Nuestros corazones se alegran de veros sano y salvo. Vuestros hijos os esperan con ansiedad.

—Ahora que os vuelvo a ver, sé que esta guerra ha valido la pena —confesó el rey, acariciando su cabello—. Toda la sangre que se ha derramado está justificada. La paz es el único modo de vida.

Después, se arrodilló ante nuestra madre y le besó la mano.

Todo el mundo estalló en un grito de júbilo.

Gwendlin y yo, emocionados, nos postramos ante nuestro padre.

—Royman, Gwendlin... ¡Hijos míos! —dijo al borde del sollozo—. ¡Cómo habéis crecido! ¡Vuestra madre os ha cuidado bien!

Nos abrazó y nos acarició con la majestuosidad que corresponde a un rey. Le estrechamos y nos dejamos llevar por el entusiasmo.

—Veo que llevas el cuchillo que te regalé, Royman —dijo, tocando la empuñadura—. Me alegra saber que lo conservas.

—Habrían tenido que matarme para quitármelo, padre —le aseguré, con el corazón henchido.

—Te creo, Royman —respondió con una sonrisa que me tranquilizó—. Te has convertido en un verdadero príncipe.

—Majestad —exclamó el abuelo, acercándose—. ¡Hijo!

—¡Padre!

Ambos se fundieron en un extraordinario abrazo, dejando claro que, a pesar de la diferencia de opiniones que habían mantenido sobre la necesidad de ir a guerrear contra los bárbaros, ahora estaban totalmente de acuerdo en que la paz iba a reinar en nuestras tierras. Un murmullo salió del público. Todo el mundo estaba deseando abrazarse.

El rey se giró, miró a sus hombres y levantó el brazo derecho, dándoles permiso para descabalar.

Risas, llantos, besos, abrazos... El encuentro de los soldados con sus familiares fue ruidoso y estuvo acompañado por el júbilo. Nunca en mi vida había visto tanta alegría. Fue un espectáculo inolvidable.

Luego, trajeron a los prisioneros y los llevaron a los calabozos. Hombres rudos, indómitos, de aspecto violento y salvaje, acompañados de sus mujeres y, en algunos casos, de sus hijos.

—Los hemos traído como rehenes —nos explicó mi padre—. Asegurarán la paz. ¡Ya no habrá más guerras!

Mi madre, mi hermana y yo observamos a aquella gente con rabia. Por su culpa, habíamos estado separados del rey durante tres largos años. ¡Malditos bárbaros!

Observé una mirada de desconfianza en el rostro de mi abuelo que me preocupó.

—¿Qué vais a hacer con ellos? —preguntó.

—Serán esclavos y trabajarán la tierra para nosotros —respondió mi padre—. Aprenderán a vivir en paz.

El abuelo se mordió la lengua para no responder, pero era evidente que no le gustaba tenerlos cerca.

Después, mi padre se alejó de nosotros, se acercó a un carro de viajeros y volvió acompañado de una chica de mi edad.

—Esta muchacha se llama Sibila Langan; su padre, el rey Gilbert Langan, murió por salvarme la vida durante una batalla. Estamos en deuda con ella y no podemos dejarla sola. Sibila vivirá con nosotros hasta que su prometido, el príncipe Miliari, venga a buscarla para casarse con ella, dentro de unos años. Su tía Lucrecia regentará su reino hasta que alcance la mayoría de edad. Mientras tanto, seremos su nueva familia. Tratadla como si fuese vuestra hija, vuestra hermana y vuestra nieta.

Así conocí a mi nueva hermana, Sibila, y no negaré que su belleza me cautivó

Las bestias de la noche

Aprovechando la oscuridad que reina en Mort, mis padres y yo seguimos sigilosamente a los milmorts durante algunas horas sin que se den cuenta de nuestra presencia.

Cuando alcanzan la cima de una colina, los caballeros se detienen y dan órdenes a sus criados para que levanten un campamento. Es evidente que van a pasar la noche en este lugar.

—No lo entiendo, padre —digo—. Se han instalado en lo alto de un montículo, a la vista de todos. Parece que están pidiendo a voces que les ataquen.

—Tienes razón, nadie haría eso —asiente—. Es inexplicable.

—¡Hay que liberar a Gwendlin! —musita la reina, que está perdiendo la cordura por momentos—. ¡Debéis recuperarla! ¡No quiero verla en manos de esos hombres!

—Sí, madre. Antes del alba estará con nosotros —le prometo para calmarla—. ¡Te lo garantizo!

Mientras yo me dedico a observar a esos milmorts, mi padre la consuela de la mejor manera que sabe. Cuando se tranquiliza, la dejamos al abrigo de unas rocas y recogemos algunas ramas esparcidas por el suelo con las que hacemos un par de haces de leña que llevamos entre los brazos para alimentar las fogatas. Son ideales para infiltrarnos ya que ocultan nuestro rostro.

Entramos en el campamento y nos mezclamos entre los criados sin que nadie nos detenga. Echamos leña a varias fogatas y, mientras las reavivamos, consigo ver de cerca a esos caballeros milmorts. Rostros marcados por cicatrices, pieles curtidas, miradas profundas y repletas de desconfianza. Arrancan a dentelladas trozos de carne y la mastican con rabia hasta triturarla. Producen temor y creo que las palabras del campesino son ciertas. Esos hombres no traen nada bueno y es mejor estar lejos de ellos.

Gwendlin está tumbada en el suelo, encadenada, y uno de los milmorts tiene un pie encima de su cuerpo, como si fuese un animal de su propiedad.

Mi padre y yo sentimos que la rabia nos invade. La visión de nuestra querida Gwendlin, tratada con semejante desprecio nos enfurece tanto que tenemos que hacer un esfuerzo para no lanzarnos al cuello de ese bárbaro.

El caballero milmort arroja el trozo de carne al suelo, tira de la cadena de mi hermana y la arrastra hasta un árbol grueso y sin hojas, que está en lo más alto.

—¡A ver si sirves para algo! —le escupe, entre carcajadas, mientras la ata al tronco—. ¡A ver si eres capaz de morir con dignidad!

Saca su daga y le hace cortes en los brazos. La sangre mana con fuerza, pero no podemos hacer nada por ella. Las heridas no son graves, pero nos calienta la sangre verla en esas condiciones.

Gwendlin se retuerce de dolor. Las cuerdas son poderosas y los nudos están bien hechos. Grita y trata inútilmente de soltarse. Su silueta, iluminada por el fuego, se recorta perfectamente sobre el cielo oscuro.

—¿Por qué han hecho eso, padre? —le pregunto—. ¿Qué pretenden?

—No lo sé, pero no me gusta —responde, preocupado—. No lo entiendo.

Me inclino cerca de una fogata y consigo hacerme con un puñal que está en una cazuela y que han usado para cortar la carne.

—Con esto cortaremos las ligaduras de Gwendlin —le susurro al oído—. También servirá para eliminar a los que se opongan.

Entonces, me doy cuenta de que algo no encaja. Los milmorts han desenfundado sus espadas y embrazado sus escudos y se aprestan a luchar.

—¿Qué están haciendo, padre? ¡Por aquí no hay enemigos! ¿Contra quién van a pelear?

—Estos milmorts se están disponiendo para un acontecimiento importante —replica—. Debemos estar atentos. Algo va a pasar.

Acabamos de ver a mi madre, que viene hacia aquí, entre las rocas y los arbustos. Mi padre y yo vamos a su encuentro antes de que alguien la vea. Cuando la alcanzamos, un ruido que proviene del cielo nos alerta. ¡De entre las nubes, acompañados de rayos y truenos, surgen dos dragones que, después de dar algunas vueltas en el aire, se dirigen directamente hacia nosotros, batiendo las alas salvajemente, con la boca abierta, decididos a hacerse con una presa! Detrás de ellos aparecen sus crías, que los siguen de cerca.

—¡Gwendlin! —exclama mi padre—. ¡Es el cebo!

¡Esos miserables han atado a mi hermana al árbol para atraer a los dragones!

—¡Son dragones salvajes! —masculla el rey—. ¡Son devoradores de hombres!

La reina, exasperada, logra escabullirse de los brazos de mi padre y se lanza hacia el árbol.

—¡Gwendlin! —grita mi madre, interponiéndose entre mi hermana, que chilla sin cesar, y el caballero milmort que se dispone a luchar contra la primera bestia—. ¡Hija!

El caballero milmort, sorprendido por la presencia de la reina, la aparta de un golpe, derribándola al suelo.

—¡Aparta, mujer! ¡Aparta o te mato! —le grita, alzando su espada—. ¡Me estorbas! ¡Fuera de aquí!

El dragón se acerca a Gwendlin, pero no llega a clavarle sus dientes ya que la ágil espada del milmort le secciona el cuello de un solo tajo. La cabeza de la bestia rueda por el suelo lanzando un terrible rugido.

Algunos sirvientes se acercan con cazos para recoger la sangre que mana con

fuerza. Un milmort los vigila y les da órdenes.

—¡Recoged toda la que podáis! ¡Esa sangre vale más que el oro!

Los dragones más osados se aproximan peligrosamente y tratan de hacerse con alguna presa, pero no lo consiguen ya que Gwendlin está muy protegida por los tres milmorts.

Las bestias están ansiosas por hincarle sus dientes a pesar de que el acero se lo impide.

¡Una cría ha atrapado a mi madre y se alza con ella entre los dientes! ¡No podemos hacer nada para salvarla!

—¡Madre! —grito—. ¡Madre!

Pero mis alaridos son inútiles. ¡Acaba de desaparecer entre las nubes!

Gwendlin, aterrorizada, no deja de pedir auxilio.

—¡Padre, sálvame! —implora—. ¡No quiero morir!

El rey no puede hacer nada ya que dos sirvientes le sujetan con fuerza y le apuntan con varias lanzas.

Aprovechando el desconcierto, me he abierto paso hasta el lado opuesto del árbol e intento cortar con el cuchillo las cuerdas que sujetan a mi hermana. Debido a la confusión producida por el feroz ataque de los dragones, nadie se interesa por mí y logro liberarla.

—¡Royman! —exclama Gwendlin, abrazándome.

—¡Corre! —le ordeno, empujándola—. ¡Corre y no mires atrás!

En ese momento, un dragón intenta atraparla con las garras delanteras, pero un caballero milmort detiene su ataque en seco, cortando la zarpa derecha de la bestia que empieza a lanzar rugidos estremecedores mientras nos salpica de sangre. El caballero ha caído al suelo a causa de un golpe.

Ayudo a mi hermana a retroceder, pero sigue atrayendo a los dragones.

—¡Tu sangre los atrae! —le explico—. ¡Huye! ¡Huye y escóndete bajo las rocas!

Mi padre, que es hombre de acción, no está dispuesto a permanecer quieto y decide jugarse el todo por el todo. Hace creer a los criados y escuderos que va a ayudar a un milmort a levantarse pero, en un descuido, lanza una patada en la entrepierna del más próximo y se apodera de una lanza. Con un arma en la mano, las cosas han cambiado radicalmente y los que le rodean se lo piensan un poco antes de atacar. Un sirviente que quiere hacer méritos, descubre pronto que el rey es un hábil hombre de armas cuando le ensarta con su lanza.

—¡Atrás! —ordena a los otros, enarbolando la espada del que acaba de morir—. ¡Atrás, perros!

Entonces, los caballeros milmorts deciden tomar cartas en el asunto. Dos de ellos se olvidan de los dragones y se le enfrentan.

Mientras, con el cuchillo de cocina en la mano, intento cubrir la huida de Gwendlin que, ahora sí, corre sin parar, sorteando obstáculos. El milmort, que se acaba de levantar, se fija en mí y se dispone a hacerme pagar caro haber soltado a la prisionera.

—¡Ahora verás, chico! —advierde, dando un paso hacia mí, empuñando la espada

ensangrentada—. ¡Eres un entrometido!

—¡Tenía que salvar a mi hermana! —le replico—. ¡No he cometido ningún delito!

—¡Te has interpuesto en el camino de los milmorts! ¡Y eso se paga con la muerte!

Agito el cuchillo de cocina, en plan amenazador, lo que hace reír al caballero.

—¡Lanzad una espada a este idiota! —ordena a sus criados—. ¡Veamos si tiene agallas!

Un sirviente cumple la orden y arroja un arma a mis pies, pero no la cojo.

—¡Vamos, lucha como un hombre! —insiste el caballero—. ¡Que tu vida sirva para algo!

Sin perderle de vista, me inclino y agarro la empuñadura. Estamos a punto de enfrentarnos cuando los caballos empiezan a relinchar con fuerza.

—¡Los dragones atacan a los caballos! —grita un soldado—. ¡Los van a devorar!

Un milmort se dirige hacia la zona de los caballos, dispuesto a defender a sus preciadas monturas.

El caballero que acorrala a mi padre, duda un instante. No está seguro de que nuestra vida valga más que la de su caballo.

—¡Soy el rey Wincott Delaforce! —grita mi padre—. ¡Y moriré matando!

El milmort da un paso adelante.

—¡Soy Torac, un caballero milmort, y no permito que nadie se enfrente a mí!

Sus espadas se cruzan con fuerza. Pero el milmort, con su gran pericia, ensarta a mi padre al segundo espadazo y lo mata, haciéndole gritar de dolor.

En ese momento, Gwendlin, que se escuda tras un par de rocas, se da cuenta de que su vida corre serio peligro. Los dientes de un joven dragón se clavan en su cuerpo y la alza por los aires. Después de agitarla como un muñeco, la arroja contra las rocas, donde queda destrozada.

Yo, que he escuchado los gritos de angustia de mis padres y ahora acabo de ver el triste final de mi hermana, me abalanzo contra el caballero milmort para vengar a mi familia. Pero la suerte quiere que tropiece con una rama y caiga al suelo, evitando de esta manera morir a manos del experto caballero milmort que me pisotea la cabeza mientras grita órdenes a sus criados.

—¡Encadenadle! ¡Nos servirá de cebo para los dragones!

Un enjambre de criados se abalanza sobre mí. Me golpean y me atan. Finalmente, me cubren la cabeza con un saco y me vuelven a golpear hasta que me arrojan al suelo, sin fuerzas.

—¡Este chico es una fiera! —oigo decir al milmort—. Quizá me lo quede como esclavo.

Un pacto de paz

Habían decorado el gran salón de banquetes de nuestro castillo para celebrar el regreso victorioso de mi padre y de su ejército.

Trajeron algunos cómicos y músicos para divertir a nuestros invitados. Mi madre se había empeñado en que la cena tenía que ser inolvidable. Quería que se convirtiera en un evento que los poetas cantarían durante los años venideros.

Muchas personas estaban deseando mostrar su fidelidad a mi padre y ponerse a su servicio. La renovación de votos de lealtad era muy habitual cuando un gran señor volvía de la guerra. Era necesario evitar que pudiera pensar que no se le rendía pleitesía.

Los invitados empezaron a venir a la puesta de sol. Ocuparon sus asientos y esperaron a la llegada de los reyes.

En las columnas del fondo, y bajo las órdenes del capitán Dolmier, habían encadenado a Wolfario, el jefe de los bárbaros, junto a su familia y sus lugartenientes. La costumbre de humillar a los prisioneros solía ser muy eficaz ya que, tarde o temprano, sus pueblos acababan enterándose del trato que se les había dado e influía en su ánimo.

Cuando las cortinas se descorrieron y mis padres entraron en la sala, se hizo un silencio respetuoso. Se situaron en el trono principal que presidía la mesa real. Mi hermana Gwendlin se colocó a la derecha de la reina. Yo, como príncipe heredero, me situé al lado del rey. No sé de quién fue la idea, pero sentaron a Sibila a mi lado.

—Espero que te encuentres bien entre nosotros, Sibila —dijo el abuelo Derek, sentándose a su izquierda—. Royman puede enseñarte muchas cosas interesantes. ¿Verdad, Royman?

—Sí, abuelo —respondí, un poco avergonzado.

Sibila no levantó la vista de la mesa. Todavía no se había hecho a la idea de que iba a quedarse con nosotros. Se mostraba muy reservada y apenas hablaba.

—Espero que cuando seas reina y tu tía Lucrecia te devuelva el poder, te acuerdes de nosotros y nos invites a visitarte, ¿verdad? —sugirió el abuelo, haciéndola reír levemente—. Recordarás tu estancia entre nosotros como algo agradable.

Mi padre levantó el brazo derecho y dio la señal al jefe de ceremonias para indicarle que la cena podía empezar. Entonces, todos lanzaron un grito:

—¡Viva el rey!

A continuación, el jefe del ejército, el caballero Mardof de Lorean, lanzó otro vitor:

—¡Viva el príncipe!

—¡Viva el príncipe! —gritaron todos, creándome un nudo en la garganta.

Antes de sentarse, mi padre dio un pequeño discurso:

—¡Amigos! Hemos vuelto vencedores de una guerra que no debió empezar nunca. Quiero dedicar un recuerdo a los valientes que dejaron su vida y su sangre en el campo de batalla. Hemos traído prisioneros que serán garantía de paz. Os aseguro que nuestro reino disfrutará de una época de tranquilidad nunca vista hasta ahora.

Todo el mundo le escuchó con atención.

—Y ahora, bebed y comed hasta saciaros para celebrar nuestra victoria. El linaje de los Delaforce está asegurado. Mi hijo, Royman, está sano, como podéis ver.

Alzaron sus copas y las dirigieron hacia mí.

—Además, quiero anunciaros que hemos adoptado a Sibila, la hija de nuestro amigo, el rey Gilbert Langan, que dio su vida para salvar la mía. Formará parte de nuestra familia y la honraremos como se merece. No olvidéis que es una princesa. Y ahora, amigos, disfrutad de esta maravillosa noche.

Los invitados se sentaron y clavaron sus cuchillos en los grandes trozos de carne que los criados les habían servido. Los poetas, acompañados por los músicos, empezaron a recitar versos sobre la heroica guerra que había acabado con la amenaza bárbara. La reina tenía una expresión de felicidad que había estado borrada de su rostro durante los últimos tres años. Fue una noche perfecta hasta que...

—¡Rey Wincott! —gritó una poderosa voz que se alzó sobre todas las demás—. ¡Rey Wincott Delaforce!

Se hizo un silencio que permitía oír el vuelo de una mosca.

—¿Cómo te atreves a interrumpir nuestra alegría, rey Wolfario? —gritó mi padre.

—¡Quiero hacer un pacto de paz! —respondió el bárbaro desafiante.

—Eres mi prisionero. El pacto de paz no está en tus manos, sino en las mías.

—Hablo de un pacto duradero. Basado en la amistad —explicó Wolfario—. Déjame que te lo exponga.

Mi padre dudó unos instantes. Finalmente, dijo:

—Habla, te escucho.

—Te propongo una paz inquebrantable. Te ofrezco a mi hijo Wolfort como rehén. Acógelo como a un hijo y enséñale tus costumbres. Crecerá en tu reino y, mientras esté con vosotros, te garantizo que nada quebrará la concordia entre nuestros dos pueblos.

—¿Tu hijo? ¿Qué puede hacer tu hijo por la paz?

—Será la garantía viva de que nuestros hombres no volverán a pelear —respondió, poniéndole la mano sobre la cabeza—. Esto es lo que te ofrezco.

El muchacho debía de tener unos trece años, como yo. Tenía el pelo oscuro y abundante, como el de un lobo. Sus profundos ojos negros delataban un carácter fuerte. Era el hijo de un jefe guerrero y se le notaba.

—Tu oferta de paz no me hace falta. Encadenarte ha costado muchas vidas —respondió mi padre—. Ya es tarde para que hables de concordia. Debiste pensarlo antes.

—¡Sabes que mi pueblo seguirá guerreando! —respondió Wolfario—. Dentro de un año volverán a cruzar la frontera. ¿Quieres pasarte toda tu vida luchando contra un enemigo invencible?

La angustia se reflejó en el rostro de mi madre. Mi padre lo vio y, después de cruzar una mirada con ella, concluyó:

—Está bien, rey Wolfario. No quiero que nadie pueda decir que rechacé la oportunidad de crear una alianza duradera entre nuestros pueblos. Acogeré a tu hijo. Será un invitado y un rehén.

—¡Quiero que lo acojas igual que has hecho con la princesa Sibila! ¡Quiero que forme parte de tu familia!

—Exiges mucho para ser un prisionero —replicó mi padre—. Pero sea como dices. Que todo el mundo vea que hago un gran esfuerzo para forjar una paz verdadera. Pero te advierto, Wolfario, que si algo sale mal, tu cabeza y la de tu hijo rodarán por este mismo suelo que ahora pisas.

—¡Que así sea! —respondió el rey Wolfario.

—¡Soltad a ese chico y traedlo a nuestra mesa! —ordenó mi padre—. ¡Ven aquí, Wolfort!

Los soldados le desencadenaron y lo sentaron al lado de mi hermana Gwendlin. Mi madre se levantó y le dio un beso en la frente.

—Serás como un hijo para nosotros, Wolfort —prometió—. Serás un hermano para mis hijos.

—¡Te trataremos bien, pero no se te ocurra traicionarnos, hijo! —le advirtió el abuelo Derek—. ¡No nos engañes!

—¡Yo cumpliré mi palabra, Wolfario! —advirtió mi padre—. ¡Cumple tú la tuya!

—¡Sellaré el pacto que acabamos de hacer! —respondió el rey Wolfario—. ¡Es mi última palabra!

Acto seguido, y antes de que nadie pudiera impedirlo, desenfundó la daga del capitán Dolmier, que estaba a su lado, y se la clavó en el corazón. Cayó de rodillas sin lanzar ni un solo quejido.

Los médicos acudieron inmediatamente en su ayuda, pero no pudieron salvar su vida. Dolmier estaba desolado y fue incapaz de pronunciar una sola palabra. Se llevaron su cadáver para que la presencia de un muerto no empañara la celebración de una gran victoria y un histórico pacto de paz.

Wolfort se puso en pie y observó el cadáver de su padre sin inmutarse. No hubo forma de saber qué sentimientos se despertaron en él ya que no pronunció una sola palabra y tampoco dejó caer una sola lágrima. Sólo pude descubrir una mirada apagada y profunda. Asistió a la muerte de su padre en silencio.

—Los bárbaros del norte no lloran nunca —sentenció mi abuelo—. Los conozco bien. Por eso no son de fiar. No son como nosotros.

Gwendlin, con los ojos llenos de lágrimas, miró compasivamente a Wolfort.

No me pude quitar la sensación de que algo negro y oscuro acababa de ocurrir. Algo imprevisto que, sin duda, había empañado la fecha de la victoria más grande que mi padre había conseguido.

Ahora, tenía una nueva hermana, hija de un valiente que había muerto para defender a mi padre, y un hermano venido de tierras bárbaras cuyo padre había muerto para sellar

un pacto de paz.

Prisionero

El saco que me tapa la cabeza me tiene sumido en la oscuridad, pero sé que llevamos mucho tiempo caminando. Apenas me dan de comer desde que me han atrapado. Estoy encadenado a un caballo que tira del collar de acero que llevo alrededor del cuello. El collar de los esclavos.

El infortunio se ha cebado en mí.

Me cuesta mucho trabajo andar y me mantengo en pie a duras penas. Estoy agotado. Pero no debo desfallecer ya que estoy seguro de que me arrastrarían por el suelo.

La imagen de mi hermana atada al árbol y de la colina donde vi a mis padres por última vez me hace sentir una terrible soledad. La pérdida de toda mi familia me ha dejado abatido. Pero no es la primera vez que tengo este horrible sentimiento. Algo en mi interior me dice que ya ha ocurrido antes y que mi familia ya me había abandonado en otra ocasión. Intento no hacer demasiado caso a esa angustia. Puede ser una sensación falsa producida por el dolor y la desesperación.

Alguien, que debe de ser el caballero que me ha apresado, me da una patada en el costado y me hace tambalear.

—¿Quién eres, muchacho? —me pregunta.

—Soy el príncipe Royman Delaforce, del reino de Force, hijo del rey Wincott Delaforce —consigo decir—. El hombre al que habéis matado.

—¿Qué buscabas en nuestro campamento? No te conocemos.

—Quería liberar a mi hermana Gwendlin.

—¿Esa chica era tu hermana?

—Sí.

—Ahora ya no existe. ¡Olvidala!

—¡Malditos asesinos!

Me da otra patada.

—¡Eres mi esclavo y me hablarás con respeto!

—¡Soy el príncipe Royman!

—¡Eres mi esclavo! ¡Te llamarás *Perro*!

—¡No!

Tira de la cadena que está unida a la argolla y me obliga a acercarme a él.

—¡Por tu culpa han herido a varios criados! ¡Y estoy muy enfadado! ¡Así que harás todo lo que te ordene, *Perro*!

—¡Habéis matado a mi familia! —exclamo—. ¡Miserables!

—Debes olvidarlos. Si quieres permanecer vivo, debes seguir mis órdenes — responde tajante el caballero soltando mi cadena—. Mi criado personal ha muerto y tú ocuparás su lugar. Si te niegas, te descuartizaré y te arrojaré a los perros.

La impotencia me hace apretar los puños. No estoy acostumbrado a recibir órdenes de nadie y no he sido educado para ser esclavo. ¡Soy un príncipe!

Acampamos y me quitan la capucha. A pesar de que no hay demasiada luz, a mis ojos les cuesta habituarse. Me sueltan y me obligan a trabajar como un esclavo. Ahora, lo importante es sobrevivir para vengarme. Por eso obedezco.

Después de comer la bazofia que me han dado, me ocupo de cuidar el caballo de mi amo. El animal está maltrecho. Los nervios que ha pasado durante el ataque de los dragones le han sacado de sus casillas y no permite que nadie se le acerque. Gracias a que tengo experiencia en el trato de caballos, consigo ganarme su confianza. Le doy de comer, de beber y limpio algunas de sus heridas. Después, le ajusto la silla de montar y la barda que le protegerá en la batalla. Creo que jamás va a olvidar el encuentro con los dragones.

—Mi señor —digo sumisamente, entregándole las riendas—, vuestro caballo está listo.

Estoy tan desanimado por todo lo que me ha ocurrido que mi destino deja de preocuparme. Casi deseo que me maten. Una muerte rápida y sin dolor. Sin embargo, algo me dice que tengo que sobrevivir; que tengo que superar esta desesperación que me embarga.

Pero los días pasan y no veo ninguna salida. Apenas como, estoy abatido y no dejo de pensar en la forma de salir de este agujero inmundo de Mort. Sigo sin saber cómo he llegado hasta aquí.

Mi amo, el caballero Zoltan, se ha empeñado en convertirme en su esclavo y no deja de azotarme cada vez que tiene ocasión. Creo que conseguirá hacer de mí un perro sumiso.

Cada vez que hacemos un alto para comer, me comporto como un auténtico esclavo. Cumplo todas las órdenes que mi amo y los demás caballeros y criados me dan. Ya estoy vencido. Soy un ser demolido.

—Es un buen perro —se burla un milmort—. Amigo Zoltan, has tenido suerte. Ese chico no tiene espíritu y será un buen esclavo.

—Espero que me dure hasta que lleguemos al Monte Milmort —desea Zoltan—. Ojalá no le maten los dragones como a su familia.

—¿Lo usarás como cebo, igual que a esa chica? —pregunta el caballero Torac—. Deberíamos matar algunas de esas bestias para conseguir su sangre. Ese chico es un buen anzuelo.

—Ya hicimos un poco de ejercicio la noche del ataque de los dragones —dice Zoltan—. Ahora quiero perder más eslabones.

—¿Cuántos te quedan?

—Trescientos cincuenta —responde Zoltan.

—Yo tengo todavía unos seiscientos —dice Torac.

—A mí me quedan más de cien —añade el tercer caballero, que se llama Croax—. ¡Tenemos que hacer algo!

—Mañana llegaremos al circo de Torencio —dice Zoltan—. Allí tendremos ocasión de reducir eslabones. Y después...

—¡A la gloria! —exclama Torac.

—¡Ojalá lo consigamos!

—Lo lograremos —asegura Zoltan—. Hemos peleado mucho para que se nos escape.

No entiendo nada de lo que dicen. Estoy completamente intrigado. Espero averiguar pronto qué significan estas palabras.

Reanudamos la marcha después de reponer fuerzas. Los milmorts son implacables. No hay camino demasiado abrupto ni riachuelo tan profundo que no puedan ser cruzados por ellos.

De vez en cuando, en la distancia, aparecen algunas siluetas de guardianes que nos observan en silencio, sin entrometerse. Los hay por todas partes. Además, algunos están acompañados de soldados vestidos de negro, que parecen seguir sus órdenes.

Entramos en un desfiladero oscuro y tenebroso, lleno de rocas que sobresalen y que, de vez en cuando, ruedan pared abajo. El peligro se siente como algo real.

—Tened las armas prestas —advierte Zoltan—. Alguien puede darnos una sorpresa.

—No se atreverán a atacar —responde Torac—. Saben cómo nos las gastamos. Nuestros escudos son bien visibles. Cualquiera que los vea sabrá que somos milmorts.

—Siempre hay algún osado que quiere demostrar que es más fuerte que un milmort —ironiza Zoltan—. Siempre lo hay.

Los caballeros desenfundan sus espadas y dejan que el acero brille. Si alguien piensa intentar alguna cosa contra ellos, ahora ya no le debe caber ninguna duda de con quién se va a enfrentar.

Marchamos con todos los sentidos alerta. A pesar de que no hay ningún signo de peligro, mi olfato de cazador me dice que nos acechan y que, tarde o temprano, seremos atacados. Pienso en la ventaja que puedo obtener si no advierto a mis acompañantes. Si los matan a todos, mi suerte podría cambiar. ¿Qué puede ser peor que la esclavitud salvo la muerte? Casi es preferible morir en el combate que seguir en esta situación.

Cuando llegamos a una zona más abierta y despejada, unas sombras oscuras surgen de entre los arbustos. Se trata de una veintena de hombres acompañados de cuatro o cinco lobos.

—¡Entregadnos todo lo que lleváis! —ordena un hombre grueso que blande un hacha de doble filo.

—¡Somos caballeros milmorts! —responde Zoltan, golpeando su espada contra el escudo—. ¡Es mejor que os marchéis!

—No tenemos ningún sitio adonde ir —responde el hombretón—. Ocuparemos vuestro lugar, nos apropiaremos de vuestros atributos y vuestros criados serán nuestros.

Zoltan y los otros milmorts no responden. Ni se mueven. La respuesta no puede ser más contundente.

Me coloco bajo los caballos de carga para protegerme, junto a otros sirvientes. Una

terrible lucha va a tener lugar y yo estoy desarmado.

Zoltan espera a que los tres primeros atacantes se acerquen. Cuando los tiene al alcance de su espada, hace rápidos movimientos y acaba con ellos.

—¡Tres eslabones menos! —grita, eufórico.

Entonces, los otros atacantes se lanzan desde todas partes. Con sus rudimentarias armas intentan matar a los tres milmorts. Ahora veo de dónde proviene la arrogancia de estos extraños caballeros que llevan una calavera grabada sobre los escudos y una cadena alrededor del cuello. Su habilidad en el manejo de las armas y su ferocidad en el combate no dejan lugar a dudas de que son hombres especiales.

Tardan poco en deshacerse de los bandidos y tardan aún menos en apropiarse de todo lo que les interesa.

—¡Perro! —me ordena Zoltan—. ¡Coge mi parte del botín y tráela aquí!

Obedezco sin pérdida de tiempo. Estoy impactado por la dureza de la lucha y sé que no me conviene desobedecer a un hombre cuya sangre aún hierve en las venas después de matar a unos cuantos enemigos.

—No tienen dinero, mi señor —digo, después de registrar a los hombres que Zoltan ha aniquilado.

—Coge cosas prácticas, botas, guantes, ropa... Todo lo que esté en condiciones de ser usado. ¡No dejes nada!

Sus palabras me sorprenden. Es muy listo y sabe que, en un mundo de penuria, no se puede desaprovechar nada. Pero, lo que más me llama la atención, es que la ausencia de dinero no le preocupa.

A un milmort no le interesan las cosas de los mortales.

Lazos de hermandad

Teníamos varios profesores cuya misión consistía en convertirnos en dignos y honorables príncipes. Ahora que la normalidad había vuelto al reino y la paz imperaba, nos tomábamos los estudios muy en serio. Queríamos que nuestro padre viera que nos alegraba tenerle de vuelta y hacíamos todo lo posible para que se sintiera orgulloso de nosotros.

Gwendlin, Sibila, Wolfort y yo asistíamos todas las mañanas a las clases como si fuésemos verdaderos hermanos.

—Hoy os voy a hablar del honor que rige en la caballería —dijo el profesor Celatrius, que también era el escribiente oficial y biógrafo de nuestra familia—. Es un código que debéis conocer y respetar. Recordad que una persona que no lo tiene o que no lo respeta, no tiene nada. Por eso debéis aprender a conocerlo.

—¿El honor es igual para todos? —preguntó Wolfort.

—El honor es un código de conducta sin el cual no se puede vivir —explicó Celatrius—. Sólo los plebeyos carecen de él. Sólo las personas más miserables no tienen dignidad. Además, la honestidad no tiene precio; no se compra ni se vende. Escuchad bien...

A medida que nos iba explicando las bases del código de honor, yo iba reconociéndolas en mis padres. Los dos se regían por él y nunca se habían salido de su senda.

—La caballerosidad es el norte que nos guía —determinó Celatrius—. Lucha directamente contra la traición y la maldad, y obliga a mantener un comportamiento claro, honrado y limpio. Es decir, el código de honor distingue a quien lo respeta.

—Entonces, ¿todo el mundo puede usarlo?

—El honor es libre y está al alcance de todos. Pero los que se sirven de él están obligados a respetar sus reglas y a enriquecerlo. No hay nada más indigno que escudarse en el honor para cometer tropelías.

Sus palabras nos impactaron. Ya sabíamos que hay gente que miente, pero descubrir que un caballero o una persona de honor fuese capaz de traicionar a sus compañeros después de haber hecho un voto de nobleza, nos indignó.

Mis padres nos habían educado en la generosidad y en el estricto cumplimiento de la palabra de honor.

—Todo el mundo recuerda la historia de Lanzarote del Lago que, siendo amigo personal del rey Arturo Pendragón, le traicionó manteniendo con la esposa del monarca,

la reina Ginebra, un romance secreto. Descubierto por Mordred, el romance dividió a los caballeros de la Tabla Redonda y generó una guerra que acabó con el reino de Arturo –relató nuestro profesor–. Lanzarote abusó de la confianza del rey para traicionarle. El hecho de que Arturo hubiera depositado toda su confianza en él, le permitió llevar a cabo esa traición.

—Entonces, ¿no hay que fiarse de los que conviven cerca? –preguntó Sibila–. ¿Todos estamos bajo sospecha?

—Hay que aprender a distinguir entre aquellas personas de las que te puedes fiar y aquellas a las que no debes darles tu confianza. Es la obligación de los gobernantes. Debe ser su mejor habilidad.

—¿Cómo se detecta a los traidores? –preguntó Welfort–. ¿Existe algún sistema para descubrirlos?

Celatrius sonrió antes de responder.

—No lo hay –dijo con firmeza–. Lamentablemente, la traición tiene su mejor aliado en el anonimato. Los actos de traición se dan a conocer cuando se producen, no antes... Aunque, si uno está muy atento, siempre puede encontrar pistas. Los traidores cometen, casi siempre, errores y van delatando sus intenciones.

—Pero, por lo que vos contáis, maestro, Lanzarote no cometió ningún error –concluí.

—O puede que Arturo no los detectara. El rey estaba inmerso en la construcción del reino y descuidó su vida personal. Es verdad que dio su confianza a Lanzarote, y eso, posiblemente, fue un gran error. No debió entregarse tanto a él. De hecho, yo creo que no se puede entregar todo a una persona. Hay que reservar algo para sí mismo.

—Entonces, ¿no hay que dar la confianza total a nadie? –preguntó Gwendlin–. ¿Ni siquiera a los hermanos?

—Sólo digo que hay que estar atento. Muy atento. Os aseguro que la traición va precedida de signos que advierten que se va a producir.

—Si el rey Arturo no fue capaz de detectar la traición de su amigo y su esposa, nadie puede hacerlo –concluí–. Yo no soy más listo que él.

Celatrius se acercó, me puso la mano en el hombro y dijo:

—No te menosprecies, Royman. Te aseguro que, si llega el caso, serás capaz de detectar a los traidores que inevitablemente te rodearán. No te quepa duda.

Aquella clase nos dejó intranquilos. De repente, descubrimos que vivíamos en un mundo de víboras que se acercaban sigilosamente, disfrazadas de hadas, y te clavaban sus dientes envenenados cuando menos te lo esperabas.

Esa noche, durante la cena, se me ocurrió preguntar a mi padre su opinión sobre el tema.

—Padre, ¿alguien te ha traicionado alguna vez?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Celatrius nos ha hablado hoy del honor y de la traición. Afirma que sólo los que están cerca de nosotros pueden engañarnos. Y me gustaría saber si estás de acuerdo con él.

—Vuestro profesor sabe lo que dice. Os aconsejo que le hagáis caso. No hay que bajar la guardia y debéis permanecer siempre atentos. ¡No os fiéis de nadie!

—Pero, señor, ¿alguien os ha traicionado alguna vez? —insistió Welfort.

—Siempre he tenido que hacer frente a traidores. De hecho, todos los reyes están rodeados de felones y conspiradores. Los monarcas sabemos que nos quieren quitar el poder. Nuestra corona es el mayor objeto de deseo. Personalmente, he tenido que hacer frente a dos grandes conspiraciones que descubrí a tiempo. Tuve que cortar algunas cabezas.

—¿Os disteis cuenta de esas intrigas antes de que se llevaran a cabo? —preguntó Sibila.

—Es casi imposible descubrir las traiciones antes de que se produzcan. Salvo que tengas buenos confidentes o los propios conspiradores se traicionen entre sí. Hacedme caso, el mejor remedio contra las confabulaciones es ser generosos con los que las descubren... Y disponer de buenos espías...

—Eso significa, mi señor, que tenéis informadores en vuestro reino —sugirió Welfort—. ¿No es así?

—Eso significa que no os lo diré. Si tengo o no agentes es asunto mío y nadie lo sabrá. Un rey debe saber guardar sus propios secretos. He aquí una de las fórmulas para mantenerse en el poder.

—Cualquiera diría que no os fiáis de vuestros propios hijos —bromeó Gwendlin.

—Me fio, por eso permito que os sentéis a mi mesa —respondió, siguiendo la broma.

—Y tú, abuelo, durante el tiempo que fuiste rey, ¿tuviste problemas de ese tipo? —le pregunté.

—Naturalmente. Mi mejor amigo, Tiriano, un caballero al que había salvado la vida y al que había encumbrado, creó a mi alrededor una red de traición que me fue imposible detectar. La fortuna hizo que, el día en que se disponía a matarme para ocupar mi puesto, lloviera a mares. La naturaleza envió un extraordinario diluvio que mantuvo inmovilizadas a las fuerzas desleales e hizo que, ese día, no saliera de caza y salvara mi vida.

—¡La lluvia! —exclamó Sibila—. ¿Eso os salvó la vida?

—Efectivamente. La conspiración quedó al descubierto gracias a la tromba de agua que cortó los caminos, retrasó los cambios de guardia, me mantuvo encerrado en mi cámara, rodeado de mis fieles y... ¡Tiriano vio cómo sus planes se esfumaban! El golpe falló gracias a la tormenta.

—¿Cómo se descubrió todo?

—Al día siguiente, las fuerzas rebeldes, que habían quedado estancadas en el fango, fueron descubiertas por los campesinos que nos avisaron. Debido a eso, mis soldados los rodearon y los detuvieron. Muchos habían muerto y el resto estaba exhausto pero, cuando les interrogaron, confesaron que tenían el apoyo de un caballero, cuyo nombre desconocían y que les había pagado con oro. Luego, cuando reunimos a los caballeros para interrogarlos, descubrimos que Tiriano se había ahorcado.

—Tuviste suerte, abuelo —dije.

—Sí, pero lo que no me perdonaré nunca es que ya me habían avisado. Mi esposa, vuestra abuela, sospechaba de Tiriano y me había advertido contra él. Pero nunca le hice caso.

—La abuela lo sabía —añadió mi padre, tomando un largo trago de vino—. Era una mujer extraordinaria.

—Sí. Tenía la habilidad de conocer a la gente. Por eso sabía que dentro de Tiriano anidaba un traidor. Fui un idiota al no escucharla. Mi estupidez pudo costarme caro.

—Gracias a ella, decidimos organizar una red...

—¿... de informadores? —redondeó Welfort—. Fue eso, ¿verdad?

—Creo que por esta noche ya está bien —dijo mi madre, la reina—. No me gusta hablar de estos temas mientras comemos. Precisamente ahora, que llega la primavera y los árboles florecen.

Campo de batalla

Según nos vamos acercando al campo de batalla de Torencio el movimiento de gente se acrecienta. Sé que la sangre siempre atrae a muchos carroñeros. El ambiente me indica que voy a participar en algo excepcional.

Los tres milmorts están cada vez más excitados. Tienen la mirada encendida y la expresión extraviada.

—Espero perder muchos eslabones —dice Torac—. Aquí hay muchos guerreros.

—Nadie les obliga a venir —añade el tercero, Croax.

—La cabeza de un milmort da mucho prestigio —especifica Zoltan—. Sueñan con matarnos. Es su gloria.

—Sí, una extraña gloria. No son capaces de convertirse en milmort, pero intentan conseguir nuestra cabeza.

—Y nuestros atributos —apunta Croax—. Eso les otorga mucho prestigio.

—Pues hoy les vamos a hacer sudar —asegura Zoltan.

—Mejor aún, les vamos a hacer morir —se burla

Torac.

—No saben que nuestra fuerza está en nuestro corazón —dice Zoltan—. Y nuestro corazón es invencible.

Los tres caballeros se ríen a mandíbula batiente. Esos tres hombres van a meterse en un campo de batalla, lleno de enemigos, y lo hacen con una sonrisa en los labios.

Una partida de soldados se acerca a galope.

—Me llamo Cuorano, soy oficial de Torencio. ¿Qué queréis, milmorts? —les pregunta.

—Pelear —responde Zoltan—. Queremos luchar a muerte.

—Eso cuesta dinero —advierte el hombre—. Cien monedas de oro por cabeza.

—¿Por cuánto tiempo?

—Lo que dure un cirio tan largo como mi espada —responde el jefe—. No es negociable.

—Está bien, pagaremos —dice Torac—. Pero queremos gente dura. Nada de pelagatos.

—Tenemos muchos guerreros de valía —asegura Cuorano—. No os defraudaremos.

—¡Perro! —me llama Zoltan—. Trae mi alforja.

Corro hacia el caballo de carga, desato la gran bolsa de cuero y se la entrego. Zoltan la abre y dice:

—Sírvete, siervo.

Cuorano sonríe con desprecio.

—¡Sacad cien monedas de aquí! —ordena a dos jinetes que desmontan rápidamente. Los hombres meten las manos en la saca y extraen varios puñados de monedas.

—Ya tenemos las cien monedas, mi señor —dice uno de ellos.

—Coged las mías de esta caja —propone Torac.

—Y las mías de esta alforja —añade Croax.

Los hombres se sientan en el suelo y repiten la operación.

—¡Ya tenemos las trescientas monedas! —afirma el soldado, entregando una bolsa—.

Aquí están, mi señor.

—Los caballeros milmorts serán bienvenidos —dice Cuorano—. ¿Cuándo quieren pelear?

—Esta misma tarde —dice Zoltan—. Tengo ganas de acabar con todo esto.

—Esta tarde, pues.

—¿Lucharás tú? —le pregunta Zoltan.

—No. Yo soy oficial de la guardia de mi señor Torencio. No soy un gladiador.

—Es una pena —responde Zoltan—. Me habría gustado matarte.

—Me temo que os vais a quedar con las ganas —responde Cuorano.

—No estés tan seguro. Un milmort no perdona las insolencias.

—Ya veremos si vuestra espada es tan rápida como vuestra lengua.

Zoltan desenfunda tan rápido que cuando corta el cuello de Cuorano y su cabeza rueda por el suelo, apenas tengo tiempo de echarme hacia atrás para evitar que la sangre me salpique.

—¡Lo es! —dice Zoltan, limpiando la espada en el cuerpo mutilado del hombre que ha quedado sobre la silla, inmóvil—. ¡Deberías haber controlado tu lengua!

Los que acompañan a Cuorano le miran, desconcertados.

—Tranquilos, no hemos venido a perder el tiempo con cobardes —dice Torac—. Acompañadnos al campamento.

—Esto no le gustará a nuestro señor Torencio —advierte uno de los soldados que han contado las monedas—. El oficial Cuorano era de su absoluta confianza.

—¿Quieres seguir su mismo camino? —le pregunta Zoltan.

Como respuesta, el hombre levanta el brazo y da la orden de marchar.

—¡Perro! —brama Zoltan—. Guarda la bolsa y no la pierdas de vista. Respondes de ella con tu vida.

Estoy asombrado por la actitud de Zoltan. Está buscando la muerte a cada paso y no titubea al enfrentarse con ella. O desconoce el miedo o está deseando morir.

Buscamos un lugar para acampar y lo hacemos en un pequeño llano cercano a un riachuelo, cuya orilla está más limpia y alejada del gentío que circula por allí, que es mucho.

—Levanta la tienda y trae aceite para mis armas —ordena Zoltan—. Quiero asegurarme de que están limpias.

Mientras le ayudo, Zoltan, que se siente seguro de sí mismo, me hace algunas

revelaciones. Confesiones propias de alguien que está convencido de que el que escucha no las repetirá ya que, seguramente, le queda poca vida.

—Para un caballero milmort las armas son tan importantes como las ganas de usarlas. Pero deben estar en perfecto estado, limpias, cuidadas y bien preparadas. Por eso debes prestarles toda la atención posible, *Perro*.

—Sí, mi señor.

—Desde ahora te esmerarás en su cuidado. Lo demás no importa, ni siquiera tu vida. Esta espada y este escudo son, desde este momento, el motivo de tu existencia. Si permites que alguien los dañe o no los cuidas como se merecen, te arrancaré la piel a tiras. Serás mi esclavo de armas, eso te hará vivir más.

—Dejaré mi vida en el empeño —le aseguro.

—Tu vida no vale nada —me corrige Zoltan—. Estas armas tienen más valor que tu vida, que la mía y que la de todos los que van a morir hoy aquí. Son la llave que me llevará a la gloria.

Tomo buena nota de sus palabras. Cuando un hombre deposita tanta confianza en su acero, es que espera recibir algo muy importante. Y, como él mismo acaba de decir, ese algo debe de ser mucho más valioso que su propia vida. La cuestión es: ¿qué puede ser más trascendente que la vida? ¿Vale la pena perderla para alcanzar esa gloria de la que tanto habla?

Dos soldados de Torencio se acercan al campamento.

—Caballeros, todo está listo. Mi señor Torencio quiere saludaros antes de que empecéis a pelear.

—Dile a tu amo que no deseamos hablar con él —responde Zoltan, con un tono de insolencia que roza la provocación—. Sólo anhelamos luchar. No queremos perder el tiempo.

—Pero, mi amo...

—¡Escucha, sabandija! —exclama Torac, dando un paso adelante, blandiendo su espada—. ¡Hemos pagado para combatir, no para hablar! ¡Advierte a tu señor que si quiere mantener sus posesiones en buen estado, debe darnos lo que queremos! ¡Ya!

Los dos soldados, que han entendido el mensaje, dan media vuelta y se dirigen apresuradamente hacia la tienda de Torencio.

Los tres milmorts sonríen satisfechos.

—Creo que hoy vamos a tener un buen día —pronostica Zoltan.

—Sí, eso me parece —asiente Torac.

—Estoy deseando entrar en acción —añade Croax.

—Vamos allá —ordena Zoltan—. No les hagamos esperar.

Los tres caballeros se encaminan hacia el campo de batalla, seguidos por sus criados y esclavos. Ni siquiera se molestan en dejar vigilancia en el campamento. Sólo queda una letra M dibujada en la arena. Aquella advertencia es suficiente para alejar a cualquier ladrón.

El perímetro del campo de batalla está marcado por un círculo de piedras rojas. Alrededor, muchos hombres, varias mujeres y algunos niños desnutridos celebran su

llegada con un murmullo. Entre el público, me parece distinguir algunas siluetas de guardianes, pero puedo estar equivocado.

Los milmorts, acompañados de sus esclavos y escuderos, se sitúan en el centro, donde han señalado su sitio con tres círculos pintados en el suelo. Ni siquiera prestan atención a Torencio, que los observa con los ojos entornados desde su poltrona, bajo un techo de cañas de bambú, rodeado de esclavas y bajo la protección de diez soldados que forman su guardia personal.

—¡Perro! ¡Quiero que vayas limpiando mi espada con un trapo! —me ordena Zoltan—. La sangre acumulada en la hoja impide que el acero corte bien. ¿Me has entendido?

—Sí, mi señor —respondo, situado detrás, a su espalda—. Contad conmigo.

—Y no dejes que ninguno de estos desgraciados me ataque por la retaguardia.

En ese instante, una joven coge una antorcha, la acerca a un gran cirio que está sobre un estrado, junto a Torencio, y lo enciende.

—¡Ha llegado vuestra hora, milmorts! —grita Torencio—. ¡Os daremos lo que habéis pedido! ¡Horas de lucha hasta que encontréis lo que buscáis! ¡La gloria o la muerte!

—¡Deja de hablar y suelta a tus hombres, a ver si sirven para algo! —responde Zoltan.

Acto seguido, tres grandes puertas de madera se abren para dejar salir a una manada de guerreros. Docenas de hombres armados se dirigen hacia nosotros, dispuestos a segar nuestras vidas.

—Esto es más de lo que esperaba —musita Torac.

—Creo que Torencio quiere agradecernos la muerte de Cuorano —manifiesta Zoltan—. ¡Cuántos más enemigos, mejor!

—Hay suficientes para los tres —bromea Croax—. Nuestros collares van a aligerarse bastante hoy.

Observo a nuestros enemigos y trago saliva. Jamás me he visto en un lance semejante. Ahora me doy cuenta de que mi vida ha sido un juego de niños. Pero todavía no alcanzo a comprender de qué va el juego sanguinario de los milmorts.

Día de caza

La caza formaba parte de nuestro aprendizaje. Por decisión de mi madre, Sibila y Gwendlin solían participar en ella.

No era habitual que las princesas se adiestraran en esta actividad. A ellas se les permitía la caza del halcón o con perros, pero ninguna relacionada con las armas ni con animales salvajes.

Sin embargo, la reina se había empeñado en que las dos princesas practicasen este deporte que era duro, violento y requería un gran esfuerzo físico.

—Además, deseo que Gwendlin y Sibila aprendan a manejar las armas —había dicho—. Quiero que hagan esgrima, tiro con arco y que...

—¿No querrás que también participen en los torneos? —le había respondido el rey, un poco irónico—. ¿Verdad?

—No bromees con esto. No quiero que mis hijas se conviertan en débiles mujeres, incapaces de defenderse a sí mismas.

—Debes permitirlo, Wincott —la apoyó el abuelo—. Son jóvenes y deben fortalecerse.

—Está bien. Admitiré que practiquen la caza, pero me parece excesivo que aprendan el manejo de las armas. Va contra la costumbre y no debemos dar motivos a nuestros enemigos para que nos consideren fuera de las normas. Dos mujeres haciendo esgrima y tirando con arco puede ser un arma arrojadiza contra nosotros.

—¡Me da igual lo que digan! —respondió la reina, decidida a imponer su criterio—. ¡Sibila y Gwendlin deben aprender a cazar y a luchar!

—Nadie querrá casarse con mujeres expertas en el manejo de las armas —añadió el rey—. ¡Nadie! Aunque en el caso de Sibila, eso no importa. Ya tiene prometido; pero no quiero que el príncipe Miliari me reproche haberla convertido en un soldado. Pero se hará lo que vos digáis, reina Elaine.

Así que empezaron a asistir a las partidas de caza.

Sibila y Gwendlin se integraron muy bien en una actividad reservada, en principio, a los hombres. Corrían, usaban las lanzas y los cuchillos igual que nosotros.

—Sois muy valientes —reconoció Cornelio, nuestro maestro de caza—. Dentro de poco, seréis mejores que vuestros hermanos.

—Es posible —respondió Gwendlin que, en el fondo, no estaba muy convencida de tener que comportarse como un hombre—. Aunque no creo que nos sirva de mucho.

Cuando esté casada y tenga hijos, no me valdrá de nada ser una buena cazadora.

—Cuando estés casada podrás llevar a tus hijos de caza —la corrigió Sibila, que sí estaba encantada de practicar con nosotros—. Te gustará enseñarles a cazar.

—Eso lo hará su padre, mi marido —se defendió Gwendlin—. Yo tendré otras cosas que hacer. Seré una princesa muy ocupada, te lo aseguro.

No obstante, a pesar de sus esfuerzos, estaba claro que Gwendlin jamás sería una gran cazadora. Lo contrario de Wolfort, que sí tenía grandes habilidades y parecía disfrutar mucho persiguiendo a las piezas.

—La clave para ser un buen cazador está en estudiar el modo de vida de los animales y conocer sus costumbres —nos explicó Cornelio—. Debéis observar a todos los que intentéis cazar. Pensad que, cuánto más peligrosos sean, más os conviene saber cómo actúan. Sabed que ellos os estudiarán a vosotros ya que también son cazadores.

De esta manera, el maestro Cornelio nos inició en el arte de la observación y nos hizo pasar muchas horas en los bosques, camuflados entre el follaje, con el único objetivo de conocer los hábitos de los osos, lobos y otros animales de gran ferocidad, que son los que más nos interesaban.

—No hay otra forma de vencer que no sea esta —insistía—. ¡Aprended a conocer a vuestros enemigos!

Pero yo no me aplicaba bastante en esta técnica ya que me resultaba extremadamente aburrida. Y Cornelio, que era un hombre sensato, no me regañaba por mi falta de atención. Sabía muy bien que no conviene presionar al príncipe heredero.

Un día, un jabalí al que habíamos estado persiguiendo salió inesperadamente del follaje. Se lanzó contra mí, me derribó y me puso en mala situación. Creo que fue la primera vez que sentí que mi vida corría peligro.

Me encontraba en una circunstancia muy apurada cuando, en el último momento, Wolfort se interpuso.

—¡Agáchate, Royman! —gritó, enarbolando su lanza—. ¡Apártate!

Rodé por el suelo para esquivar a la bestia que no dejaba de embestirme. Cuando logré separarme un poco, Wolfort disparó su lanza con todas sus fuerzas y me salvó la vida.

El jabalí, que tenía la lanza clavada, gruñía y se revolvía, resistiéndose a morir.

—Nadie quiere morir —nos explicó el maestro Cornelio—. Ni siquiera los animales. Es lo peor que nos puede pasar. Es el fin de la vida. Lo pierdes todo...

Vi correr su sangre y escuché sus gritos que me estremecieron. En algunos momentos me pareció humano. La verdad es que jamás había visto a alguien con tantas ganas de vivir. Pero su destino estaba escrito en la lanza que le atravesaba. Si hubiera podido, se la habría arrancado él mismo y habría vuelto a atacarme.

Después, Cornelio sacó su daga y lo degolló, igual que si fuese un cerdo.

Fue una experiencia dura y escalofriante que quedó grabada en mi memoria.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por mi hermano —le dijo Gwendlin a Wolfort.

—También es mi hermano y daré la vida por él —respondió el joven bárbaro—. Pero también la daría por ti, si hiciera falta.

Creo que ese día Wofort se ganó el corazón de mi hermana Gwendlin.
Fue un buen día de caza.

Lucha a muerte

Los guerreros, con las cabezas protegidas por grandes cascos de acero, provistos con toda clase de armas, largas y cortas, avanzan implacables hacia los milmorts, a los que tienen rodeados.

El público, enardecido, ríe y grita al ver la sorpresa de los caballeros.

—Nuestro señor, Torencio, quiere agradecer vuestra amabilidad por haber matado a su lugarteniente, Cuorano, y os envía este regalo. Si de verdad tenéis ganas de luchar, aquí tenéis la oportunidad —grita una esclava.

—Da las gracias a tu señor —responde Zoltan, dando un paso adelante, listo para enfrentarse con el primer enemigo—. Dile que le dedico la primera sangre de la jornada.

De un tajo preciso y contundente, Zoltan elimina a un enemigo, que cae como un fardo sobre el polvo.

—¡Uno! —grita mi amo.

Luego, clava su espada en el pecho de otro que se ha acercado demasiado.

—¡Dos!

A continuación, ensarta a otros dos.

—¡Cuatro!

El público, sorprendido, hace un breve silencio.

Torac y Croax se abalanzan contra los guerreros más cercanos, cercenando manos, brazos y todo lo que se pone al alcance de sus poderosas y ágiles espadas.

—¡Seis! —grita Croax, que es el más sanguinario de todos.

—¡Cinco! —grita Zoltan.

—¡Tres! —exclama Torac.

—¡Perro! ¡Limpia! —pide Zoltan.

Aprovechando que no hay ningún guerrero cerca, me sitúo delante de mi señor, limpio la hoja de la espada y vuelvo a la retaguardia.

Zoltan reanuda el ataque y suma más bajas de las que puedo contar.

—¡Siete! ¡Ocho!...

—¡Cuatro! —grita Torac—. ¡Cinco!

Es asombroso. Estos hombres cuentan sus víctimas igual que si contaran piedras del río. Sin ningún atisbo de pena por ellas.

—¡Diez! —grita Zoltan.

Vuelvo a limpiar la espada y aprovecho para atizar un golpe a un herido que se

disponía a lanzar su hacha contra Zoltan.

—¡Muy bien, *Perro*! —agradece mi caballero, rematándole—. ¡Doce!

—¡Diez! —chilla Croax.

Los guerreros caen sin cesar pero me doy cuenta de que algo raro está pasando. Ningún atacante grita. Reciben las heridas mortales con evidente dolor pero no llegan a emitir un solo gemido.

—¡Catorce! —grita Zoltan.

—¡No gritan, mi señor! —le hago notar.

—¡Eso no me importa! —responde el caballero—. ¡Quince!

Pero a mí sí me preocupa. Es muy raro que estos guerreros mueran sin rechistar. «Les han tenido que cortar la lengua», pienso mientras limpio otra vez la espada de Zoltan.

Para asegurarme, aprovecho un pequeño receso para quitar el casco a uno de los heridos y me encuentro con una sorpresa. ¡Está amordazado!

—¿Por qué lo habrán hecho? —le pregunto a Zoltan, que lucha con un gigante.

—Para que no influyan en los demás —responde el caballero—. ¡Los gritos de dolor acobardan! ¡Diecisiete!

Pero no me quedo satisfecho con la respuesta. Tiene que haber otro motivo. Nadie minimiza las fuerzas de sus guerreros tapándoles la boca.

Observo a nuestros enemigos y descubro algo que me preocupa aún más.

—¡Algunos son mujeres! —le digo a Zoltan—. ¡Torencio nos ha engañado! ¡No son guerreros!

—¡Dieciocho!

—¡Mi señor, vuestra lucha no tiene honor! —insisto tratando de que no me hieran.

—Deja de molestarme con tus tonterías, *Perro*. ¡Libérame de ese maldito!

De una patada aparto a un guerrero que, a pesar de estar muy mal herido, se agarra a una pierna de Zoltan con la intención de tirarle al suelo.

Estoy a punto de volver a la retaguardia cuando tomo una decisión atrevida.

—¿Qué haces, *Perro*? —grita Zoltan—. ¡Vuelve aquí!

Pero estoy decidido a no acatar la orden. Me abrazo a un guerrero y lo derribo al suelo. Aprovechando su desconcierto, le quito el casco y dejo su rostro al descubierto. Agarro del cuello a mi prisionero y lo pongo frente a Zoltan, para que lo vea perfectamente.

—¡Vedlo vos mismo, mi señor! ¡Es una muchacha! ¡Amordazada!

Zoltan se queda paralizado por la sorpresa.

—¡Esto es una burla! —exclama.

Los otros dos milmorts prestan atención y se enfurecen.

—¡Torencio nos ha engañado! —grita Torac.

—Hemos pagado por luchar con guerreros y nos envía campesinas atemorizadas —explica Croax, indignado—. ¡Estas muertes son inútiles! ¡No contabilizan! ¡Esto no nos sirve para nada!

Algunos guerreros quieren aprovechar el desconcierto de los caballeros para seguir

luchando, pero es en vano. Mueren sin comprender que los milmorts son máquinas de matar que ahora no quieren seguir peleando.

Así que la lucha decae.

Exhibo a la joven amordazada como si fuese un trofeo y el público expresa su decepción. Han pagado por ver una violenta lucha de gladiadores y se encuentran con una estafa.

Los tres milmorts se miran y, sin decir una sola palabra, toman una decisión.

—¡Torencio! ¡Vas a pagar este engaño con tu vida! —grita Zoltan—. ¡Prepárate a morir!

Zoltan, Torac y Croax se dirigen hacia él sin tener en cuenta la legión de soldados que le rodean. Saben que les va a costar llegar hasta el traidor, pero no tienen miedo y sus miradas lo reflejan.

La muchacha intenta liberarse, pero la sujeto con fuerza.

—¡Tú no te mueves de aquí! —le ordeno—. ¡Tienes muchas cosas que contarnos!

La chica, que lleva la boca tapada, intenta inútilmente deshacerse de la mordaza. Me hago con una espada y la empujo, sujetándola del cuello con el brazo libre. Junto a los escuderos seguimos a los milmorts.

Torencio, asustado, se protege tras su guardia personal.

—¡Soldados! ¡Acabad con estos hombres!

Pero su orden es inútil. Pocos son los que se atreven a interponerse en el camino de los enfurecidos milmorts. Zoltan liquida a dos guardianes de un solo mandoble y el camino hasta Torencio queda libre.

—¡Veinte! —grita, mientras levanta su espada ante Torencio.

—¡No lo hagas, milmort! —grita, asustado el estafador—. ¡Te daré lo que quieras!

—¡No tienes nada que me interese salvo tu vida! —replica Zoltan.

—¡Poder! ¡Puedo entregarte mi castillo!

—No quiero ningún castillo. No quiero nada de este mundo. ¡Sólo quiero matar!

—Entonces, te daré más víctimas. ¡Tengo las cárceles llenas!

—¡Nos has engañado y lo vas a lamentar!

—¡Espera, Zoltan! —propone Torac—. Veamos esas cárceles.

—No le creas. Es un mentiroso —le rebate Zoltan—. ¡Sólo quiere ganar tiempo! ¡Es una trampa!

—¡Te aseguro que digo la verdad! —insiste Torencio—. ¡Tengo bellas esclavas! ¡Hombres a los que puedes descuartizar!... ¡Lo que quieras!

—Nosotros no descuartizamos esclavos —le reprueba Croax—. ¡No somos carniceros! ¡Luchamos con honor contra gente que quiere matarnos!

—¡Dadme la oportunidad de demostraros que soy un hombre honrado! —implora Torencio—. ¡Por vuestra alma!

Zoltan, que mantiene la espada en alto, le mira con desprecio. Sabe que es peor que una alimaña y que no vale la pena esperar nada de él.

—Eres una bestia, Torencio —exclama—. Pero si me demuestras que dices la verdad, no te mataré.

—Gracias, mi señor —responde el dueño del campo en tono de súplica—. Sígueme y lo verás con tus propios ojos.

Zoltan le da una patada y le obliga a caminar delante.

—Te aseguro que si es una trampa y alguno de tus hombres intenta algo contra nosotros, lamentarás haberme conocido —le advierte Zoltan, colocando la punta de la espada sobre su nuca.

Sin soltar a la prisionera, sigo a los caballeros por unas pequeñas callejuelas, mirando hacia todas partes para evitar sorpresas.

—¡Abrid la puerta de las celdas! —ordena Torencio, cuando llega a una construcción de piedra que parece un castillo mal construido—. ¡Haced lo que os digo! ¡Mataré al que no me obedezca!

Varios soldados cumplen la orden de su amo y dejan el paso libre a los milmorts. Cruzamos la puerta y entramos en un oscuro pasillo en el que hay una escalera.

—Por aquí —dice Torencio—. Es ahí abajo.

Cuando descendemos por la escalera, nos llega un mal olor que nos provoca náuseas. Algunas antorchas arrojan una luz insuficiente. Se oyen gritos y lamentos que estremecen el corazón más duro.

Las celdas están repletas de hombres, mujeres, niños y ancianos que están apiñados sin apenas sitio para moverse.

—¡Eres una bestia, Torencio! —exclama Zoltan—. ¡Eres una verdadera bestia!

—Escoged lo que os apetezca —les invita Torencio—. Son esclavos dóciles. Harán todo lo que queráis... ¿Cuántos queréis? ¿Cien?... ¿Mil?

Estoy sobrecogido por el repugnante espectáculo y siento una arcada que me perfora el estómago. La joven prisionera cruza una mirada conmigo. Por primera vez, veo en ella a un ser humano.

—¡Salgamos de aquí! —pide Torac—. ¡Esto es lo peor que he visto en mi vida!

—¡Es inhumano! —añade Croax.

—¿Dónde están las llaves de estas celdas? —pregunta Zoltan.

—¡Dale la llave! —ordena Torencio a un carcelero—. ¡Dásela!

El hombre entrega un llavero a Zoltan que, sin dudarlo, abre la celda más cercana.

—¡Entra! —le ordena a Torencio—. ¡Entra!

Torencio, que comprende la intención del caballero milmort, se pone lívido.

—Pero, mi señor... Yo no puedo... ¡No!

Zoltan empuja a Torencio y lo introduce en la celda.

—¿Qué hacéis, mi señor? —pregunta el miserable tratante de seres humanos, agarrándose a los barrotes, como si pudieran protegerle—. ¡Dejadme salir!

—Que te dejen salir ellos —responde Zoltan, cerrando la puerta y arrojando el manojo de llaves al interior—. ¡Diles a ellos que te abran!

Los asombrados prisioneros observan a Torencio con un brillo en los ojos. Se acercan lentamente a él, sin prisas, sabedores de que no podrá escapar.

—Espero que los convenzas —sentencia Zoltan—. Nosotros nos vamos.

Los milmorts hacen salir a los carceleros y ellos lo hacen en último lugar, acompañados por los desgarradores gritos de Torencio.

Me mantengo cerca de mi amo, sin soltar a la chica, que sigue empeñada en quitarse la mordaza.

La acción de los milmorts me hace pensar que, quizá, no son tan salvajes como creía. He visto la compasión en sus ojos. Es posible que, bajo su crueldad, haya un fondo de honor y de humanidad.

También he descubierto que no quieren matar por matar. Quieren matar para defender su vida. Si no eres peligroso para ellos, no te harán nada, pero eso la gente no lo sabe.

Sin embargo, no puedo olvidar que usaron a mi hermana como cebo. Nunca se lo perdonaré.

Promesas de amor

En aquellos días felices, todo el mundo trataba de olvidar los estragos de la Guerra de los Tres Años y el reino de Force iba recuperando la normalidad.

Incluso los bárbaros, ahora convertidos en esclavos, se estaban integrando bien a nuestro estilo de vida, más civilizado que el suyo. Wolfort, que los visitaba mucho, hacía esfuerzos para hacerles comprender las bondades de la vida pacífica. Y lo estaba consiguiendo. Quizá se debía a los privilegios que les otorgaba.

Wolfort y Gwendlin habían hecho planes de futuro y no dejaban de hablar de su decisión de casarse y formar una familia. Sibila y yo los escuchábamos con envidia ya que ella tenía su futuro comprometido con el príncipe Miliari y sólo podíamos aspirar a mantener una gran amistad. Pero, en el fondo de nuestro corazón, ansiábamos algo más.

—Es posible que Miliari tenga un accidente —deseó Wolfort un día, mientras cazábamos—. Esas cosas ocurren.

—No desesperéis —añadió Gwendlin, que conocía nuestros sentimientos—. Queda mucho tiempo para que venga a reclamar la mano de Sibila. Pueden pasar muchas cosas.

—No creo que llegue a casarse contigo —insistió Wolfort—. Ya lo verás.

Aquellas palabras de ánimo nos hicieron imaginar todo tipo de desgracias para el príncipe Miliari. No obstante, y al margen de nuestros deseos, disfrutábamos mucho de una época muy alegre.

Sin embargo, un día, las cosas cambiaron. O mejor dicho, empeoraron.

—¡El abuelo está enfermo! —nos anunció nuestro padre, al final de una jornada de caza—. ¡Está muy mal!

—¿Qué le pasa? —pregunté—. Estos días ha cabalgado con nosotros.

—Nunca se ha quejado de nada —añadió Gwendlin.

—Es posible que sean cosas de la edad —explicó la reina—. Pero los médicos están preocupados.

—¿Podemos verle? —preguntó Gwendlin.

—Mañana por la mañana —respondió el rey—. Ahora es tarde y está cansado. Id a dormir.

Yo me quedé muy preocupado con aquella noticia. Me inquietaba el efecto que su muerte pudiera causar sobre mi padre, que le quería mucho. Había oído decir que, a veces, la pérdida de un ser querido puede volver loco a alguien.

Sibila, Wolfort, Gwendlin y yo decidimos que íbamos a estar atentos a lo que pudiera ocurrir. Por eso nos quedamos agazapados en la escalera, tras una gran cortina,

pendientes de todos los movimientos de los criados, médicos y otros servidores.

—Estoy preocupado —dijo—. Si el abuelo muere...

—No digas eso —me reprendió Sibila—. Nadie ha hablado de morir. Sólo es una enfermedad pasajera. En unos días estará bien.

—No, hay demasiado jaleo. Mirad las caras de los médicos —dijo Welfort—. Están nerviosos. Saben que hay un peligro real de que el abuelo muera.

—Welfort tiene razón —dijo Gwendlin—. El abuelo está muy enfermo y puede fallecer.

—¡No volváis a decirlo! —exclamé—. ¡Mi abuelo no va a morir! ¡No va a morir!

—Está bien, está bien... —pidió Sibila, intentando serenarme—. Vamos a esperar tranquilamente a que todo se resuelva. Ya veréis como mañana, al amanecer, todo habrá pasado.

Pero yo sabía que las cosas no iban bien. Welfort tenía razón sobre los médicos. Jamás los había visto tan apurados. Y eso era una mala señal.

Más tarde, mis padres vinieron a visitarle y, desde nuestro escondite, pudimos escuchar lo que hablaban con Serviano, el médico real.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido —aseguró Serviano—. Su destino ya no está en nuestras manos.

—Sabemos que habéis hecho todo lo que está a vuestro alcance —dijo mi padre—. Y os lo agradecemos.

—Lamento no ser mejor médico —respondió Serviano.

—Pero, al menos, ¿podéis decirnos qué le ocurre? —preguntó la reina—. ¿Qué enfermedad es esa? ¿Qué es lo que le está matando?

—Nunca había visto estos síntomas —reconoció Serviano—. Es una enfermedad desconocida para nosotros. No sabemos cómo atajarla.

—¿Quizá ha tomado algo que estaba en mal estado? —preguntó mi padre.

—Estoy seguro de que no tiene nada que ver con los alimentos. Es como... No sé... Una enfermedad extraña... Imposible de descifrar... No creo que podamos salvarlo. Sólo su fuerte naturaleza puede sacarlo de ese oscuro infierno que lo tiene atrapado.

Abatidos, mis padres entraron en la habitación. Cuando salieron, un poco después, estaban demudados.

—¿Qué maldición ha caído sobre nosotros? —se preguntó mi padre—. ¿Qué hemos hecho para que nos ocurra esto?

—Tiene que ser algún tipo de hechizo —replicó Serviano—. No tiene otra explicación.

—Pero, ¿quién nos ha lanzado semejante hechizo? Estamos en paz con todo el mundo. Nuestros enemigos son ahora nuestros aliados.

—Cualquier rencoroso que se haya sentido ofendido por vos, majestad —dijo Umertino, el mago—. Los hechizos pueden provenir del lugar más inesperado. Y siempre se hacen en secreto, sin testigos.

—Administramos justicia con la mejor voluntad; no ofendemos a nadie; no somos rencorosos y perdonamos a nuestros enemigos...

—No todo el mundo es tan generoso como vos –sugirió Umertino—. El odio y el deseo de venganza anida en muchos corazones. Cualquiera de vuestros enemigos puede alimentar un gran anhelo por destruirlos.

—No quiero creer en esas cosas –le cortó la reina—. Tiene que ser una simple enfermedad. ¡Olvidad esas ideas de hechizos y venganzas!

Cuando se retiraron, dejaron dos criados en el interior, con instrucciones de avisarlos si surgía alguna novedad.

Poco a poco, según avanzaba la noche, el ambiente se fue tranquilizando y el ajetreo cesó hasta alcanzar una gran tranquilidad.

Convencí a mis hermanos de que era un buen momento para que yo pudiera entrar y que debían quedarse a vigilar.

—No te dejaré ir solo –dijo Sibila—. Yo te acompañaré.

—Gwendlin y yo nos quedaremos aquí –se ofreció Wolfort—. Si hay peligro, os avisaremos. Tened cuidado con los sirvientes.

—Id con precaución –pidió Gwendlin.

Sibila y yo nos acercamos a la puerta y nos deslizamos al interior de la estancia.

El abuelo estaba tumbado en una gran cama y respiraba con dificultad. A su lado, los dos criados, tal y como habíamos imaginado, estaban completamente dormidos.

Nos acercamos sigilosamente, de puntillas, hasta la cama. Tenía el rostro contraído. Parecía sufrir mucho y su piel estaba llena de heridas purulentas. Mantenía los ojos abiertos, como en estado de trance.

Ya íbamos a retirarnos cuando, de repente, el abuelo abrió los ojos.

Me miró fijamente, aunque tardó un poco en reconocernos.

—¡Royman! ¡Ten cuidado! –me advirtió—. ¡No te fíes de nadie! ¡De nadie!

Alarmados por las palabras del abuelo, los criados se despertaron y se dispusieron a echarnos.

—¡Ya nos vamos! –dijo Sibila—. No digáis nada a nadie y nosotros no contaremos que estabais dormidos.

Los dos sirvientes, conscientes de que les iba a costar mucho explicar cómo habíamos entrado, depusieron su actitud y se callaron.

—¡Royman! ¡No te dejes engañar! –insistió el abuelo, antes de perder la conciencia—. ¡No te fíes de nadie!

—Es mejor que salgáis –nos advirtió un criado—. Los médicos pueden venir en cualquier momento.

Ante el temor de ser descubiertos por los médicos, que sí se lo dirían a mis padres, salimos de la estancia. Yo no sabía que aquella era la última vez que vería al abuelo Derek con vida.

—¿Le habéis visto? –preguntó Gwendlin.

—¿Cómo se encuentra? –quiso saber Wolfort.

—Hemos estado con él –dije—. Está muy mal.

—Al borde de la muerte –añadió Sibila—. No puede ni hablar.

La miré intentando saber por qué engañaba de esta manera a nuestros hermanos. Su

mirada me indicó que si quería seguir el consejo del abuelo, tenía que empezar por mis propios hermanos. Pero yo no podía excluirlos de mi círculo de confianza. Si no creía en mis propios hermanos, ¿en quién iba a depositar mi confianza? Si hacía eso, estaba destinado a convertirme en un rey solitario y desconfiado. Si no confías en tus hermanos, tampoco confiarás en tus hijos.

—A pesar de su agotamiento, me ha susurrado algo al oído... —dije, dejando claro que Sibila no lo había escuchado—. Me ha pedido que no confíe en nadie. ¡En nadie!

—¿Ni en nosotros? —preguntó Gwendlin.

—¿Ya no somos hermanos? —añadió Welfort.

—Vosotros y mis padres sois los únicos en los que confío —les aseguré.

—¿No nos ocultarás nada? —preguntó Welfort.

—Os juro que seré fiel a vuestra confianza —prometí—. Nunca me guardaré ningún secreto. Es mi palabra.

—Entonces, yo te hago el mismo juramento —afirmó Welfort—. ¿Y vosotras?

—Yo también —aseguró Gwendlin—. Confiaré siempre en vosotros.

—Contad conmigo —dijo Sibila—. Os prometo que jamás os ocultaré nada.

Los cuatro unimos las manos y las apretamos con fuerza. Acabábamos de hacer un juramento que iba directamente contra el consejo de mi querido abuelo.

Nunca olvidaré la mirada de Sibila. No era un reproche, pero tampoco era aprobación. Era esperanza. Esperanza en que nuestro pacto nos protegería.

Sin embargo, durante un instante, pensé que mi abuelo jamás habría aprobado aquel pacto. Jamás.

Flechas envenenadas

Cuando salimos al exterior la plaza está vacía y el pa-

norama es tranquilizador. Parece que el miedo ha hecho estragos entre la gente que ha huido o se ha escondido.

—Id a por los caballos y traedlos aquí —ordena Torac a los escuderos—. No tardéis.

Los sirvientes corren, pero yo estoy indeciso ya que no me atrevo a soltar a mi prisionera.

—¿Qué haces con esta chica? —me pregunta Zoltan—. ¿Es que quieres casarte con ella?

—No, mi señor —respondo, enrojeciendo—. Había pensado que la podíamos interrogar.

—No tiene nada que contarnos —ruge, agitando su espada para espantar a los carceleros y soldados que aún merodean por allí—. La usaremos para atraer dragones. Necesitamos su sangre.

—¿Como usasteis a mi hermana?

Con una rabia inaudita, Zoltan me agarra del cuello y aprieta con fuerza.

—¡Escucha, *Perro!* ¡A mí no me vengas con esas! ¡Soy un milmort y sé muy bien lo que tengo que hacer! ¡Quizá te use a ti como cebo en vez de a ella!

Cuando ya me empieza a faltar el aire, noto que la presión afloja.

—¡Átala! ¡Nos la llevamos! —me ordena—. ¡Tenemos que seguir nuestro camino!

Obedezco a mi amo y la encadeno. Entonces, la chica consigue quitarse la mordaza.

—¡Suéltame de una vez! —grita.

—¡Eres esclava de mi señor! —le digo.

—¡Soy la princesa Ónica! —me dice—. ¡No seré esclava de nadie!

—¡Ya está bien! —grita Zoltan, cortando la discusión—. ¿Qué es esto? ¿Eres una princesa?

—Soy la princesa Ónica, del reino de Graymark. Mi padre es el rey Marcus Graymark.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta.

—Me secuestraron. El príncipe Tronario se disponía a atacar el castillo de mi padre y yo iba a negociar con él cuando los hombres de Torencio nos atacaron y me hicieron prisionera.

—Tu historia es muy interesante, princesa Ónica —dice Torac, señalando a los primeros prisioneros que están saliendo—. Pero deberíamos irnos de aquí antes de que

empiece la batalla. Dentro de poco habrá enfrentamientos que no nos van a beneficiar en nada. Esto no nos interesa.

El silbido de una flecha nos alerta. Algunos arqueros, desde los tejados, tratan de hacernos pagar la muerte de Torencio.

—No nos van a perdonar lo que hemos hecho —sentencia Croax—. Se están reagrupando. Si no nos vamos pronto, nos meteremos en un lío.

Los escuderos llegan con los caballos, pero falta uno.

—¡Sube a la grupa de *Perro*! —ordena Zoltan a Ónica, deteniendo un par de flechas con su escudo—. ¡Vámonos!

Emprendemos una loca carrera hacia las afueras del campamento. Tenemos que abrirnos paso con las armas e intentamos esquivar la lluvia de flechas que cae sobre nosotros.

—Agárrate, princesa Ónica —le sugiero—. Si te caes, no podremos recogerte.

—Soy mejor jinete que tú —responde ella, atenazándose el cuello—. Si yo caigo, tú caes.

Varios soldados han colocado carros en el camino para impedir nuestra huida, pero los milmorts no se dejan amilanar. Sus espadas dan buena cuenta de todos los que se ponen delante. Su habilidad como jinetes queda demostrada cuando consiguen sortear los obstáculos.

Una flecha derriba a un escudero de Torac, pero no puedo hacer nada por él, salvo seguir galopando. Ahora se trata de mi vida y no voy a ponerla en peligro para salvar a alguien que quizá esté muerto.

—Esas flechas están envenenadas —asegura la princesa Ónica, que advierte mi estado de tensión—. ¡Galopa! ¡No te detengas!

Conseguimos alcanzar una colina, en cuya cima nos reagrupamos. Desde allí, observamos algunas columnas de humo, la lucha por el poder ha comenzado.

—Tenemos que seguir nuestro camino —dice Torac—. Aquí no hay nada para nosotros. Ya hemos obtenido lo que queríamos.

—Tendréis que hacerlo sin mí —dice Croax—. Me han alcanzado.

Todos podemos ver la flecha que está clavada en su costado.

—No sobreviviré. Esos malditos usan poderosos venenos —asume el caballero—. No conseguiré la gloria.

—Te curaremos —asegura Zoltan—. Tenemos remedios. La sangre de dragón es muy poderosa.

—No creo que lo consigáis —replica Croax—. Noto cómo el veneno corre por mis venas.

Seguimos cabalgando para alejarnos de esta zona que se ha hecho peligrosa. Entramos en un bosque bastante profundo que parece deshabitado y nos detenemos en un claro, cerca de un arroyuelo.

—Traed agua y calentadla —ordena Zoltan—. Poned unas mantas en el suelo y tumbad a Croax. Vamos a extraerle la flecha.

Los sirvientes ponen manos a la obra mientras que los escuderos crean algunos

puestos de vigilancia.

—Es inútil —dice Croax, con el rostro desencajado—. No se puede hacer nada.

—Déjanos hacer —insiste Zoltan—. Hay que intentarlo. No podemos dejarte morir. Eres un buen compañero de viaje.

Croax se resigna y se tumba. Tres criados y yo le agarramos los brazos y las piernas para impedir que se mueva. Zoltan coge una pinza de cirujano y se dispone a sacar lo que queda del dardo.

—¿Puedo ayudar? —pregunta Ónica—. Sé algo de eso. He curado muchas heridas.

—Cuando yo saque la punta, taponla la herida con toda la fuerza que puedas con este trapo empapado en sangre de dragón. Después la cauterizaremos con fuego... ¿Listos?

Zoltan actúa con rapidez. Pinza la punta de la flecha con la tenaza y tira con tanta fuerza que rasga la carne y la extrae.

—¡Ahora! ¡Taponla!... ¡El hierro!

Mientras Ónica mantiene la herida tapada y permite que el líquido milagroso combata el veneno, yo alcanzo el hierro ardiente y lo aplico sobre la herida, que empieza a soltar humo.

—¡Ya está hecho! —dice Zoltan, observando el repugnante dardo—. Ahora hay que esperar.

Croax cae en la inconsciencia. El esfuerzo ha sido agotador.

—Ha perdido mucha sangre —digo—. Esperemos que se recupere y que la magia del dragón haga su efecto. Me temo que se trata de veneno de sangre de lobo, el peor de todos.

Mientras Zoltan va al arroyo a limpiarse, Ónica se me acerca.

—¿Vas a ser su esclavo toda tu vida?

—¿Qué quieres decir?

—Que me voy a escapar. Sólo quiero saber si vendrás conmigo.

—¿Estás loca? Si Zoltan nos atrapa, nos desollará vivos. No puedes salir de aquí.

—Tengo que ayudar a mi padre. Puede tener problemas con Tronario. Yo no me voy a quedar aquí el resto de mi vida. Sé el destino que me espera con los milmorts. Todo el mundo sabe quiénes son.

La imagen de Gwendlin, atada a un árbol, se dibuja en mi mente.

—Si tú te vas, iré contigo —digo finalmente.

—Cogeremos dos caballos al amanecer. Es cuando los guardias están más cansados.

—De acuerdo. Al amanecer. Ahora, intentemos dormir.

Apenas nos hemos tumbado entre las mantas y los harapos cuando la voz de Zoltan nos despierta:

—¡Todo el mundo en pie! ¡Hay que cavar una tumba!

—¿Qué pasa, mi señor? —pregunto.

—Croax ha muerto. El veneno era imparable y alcanzó su corazón. La sangre del dragón no ha servido de nada. Quiero darle una sepultura digna.

Torac está de rodillas, junto al cuerpo de Croax. Tengo la impresión de que ha sido el último en hablar con él. No sé qué le ha dicho, pero le ha dejado muy abatido.

Ónica, otros sirvientes y yo abrimos una fosa y, después de depositar el cuerpo del caballero milmort en el fondo, la recubrimos de tierra. Croax tiene el rostro oscurecido, seguramente por el efecto del veneno de lobo.

—Aplanad bien el terreno. Poned algunas rocas encima y camufladlo con plantas. No quiero que nadie encuentre su cuerpo. Merece descansar en paz —ordena Zoltan—. Era un valiente.

Torac está pálido. Se deja caer al suelo, sobre la manta y dice:

—¡No puedo más, Zoltan! ¡Abandono!

—¿Qué dices, amigo? —pregunta Zoltan—. ¡Un milmort no puede abandonar!

—Iré al Templo Milmortiano a devolver mis atributos —asegura—. No puedo con esto. Nunca alcanzaré la gloria. Hay demasiada sangre a mi alrededor.

Zoltan decide no incidir en el asunto. Le cubre con una manta y el caballero Torac se rinde ante el cansancio.

Después, la tranquilidad se abate sobre nosotros y la noche recobra su quietud.

Promesa de venganza

Supe que el abuelo había muerto cuando, al amanecer, oí los gritos desgarradores de mi madre y los lamentos de mi padre.

Serviano, el médico, y Umertino, el mago, a pesar de todos sus esfuerzos, habían fracasado rotundamente y apenas se atrevían a dejarse ver.

No obstante, la noticia no me sorprendió demasiado. El rostro y la voz quebrada del abuelo ya me habían indicado que estaba llegando al final de su vida.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó Sibila, mientras íbamos a la cámara mortuoria—. ¿Lo soportarás?

—Es la mayor pérdida que he sufrido en mi vida —le dije—. No sé cómo se sobrelleva una cosa así. Es terrible perder a un ser querido.

—Yo he perdido a mis padres —dijo—. Es lo más grave que te puede ocurrir. Estaré contigo y te consolaré.

—Espero que puedas ayudarme a sobrellevar este profundo dolor. Mi abuelo era parte de mi vida.

—Lo sé. Tú también formas parte de la mía —dijo—. No te dejaré solo. Confía en mí.

—También puedes contar conmigo —añadió Wolfort—. Sé cómo te sientes. Yo he perdido mucho en esta vida. Mi padre murió para que viviéramos en paz.

—Se quitó la vida voluntariamente —le corrigió Sibila—. No es lo mismo.

—No tengo familia, he perdido mi libertad y sé qué es el dolor. Por eso comparto vuestro luto. Sois mis hermanos y no os abandonaré en este día tan triste —resumió.

—Lo sobrellevaremos entre todos —intervino Gwendlin, que estaba deshecha de pena—. Si estamos unidos, todo irá mejor.

Entramos en la cámara y vimos el cuerpo del abuelo en un sarcófago de piedra. Estaba rígido, le habían lavado todas las heridas y tenía mejor aspecto que cuando lo vi, la noche anterior.

Mis padres estaban arrodillados, ante él. En el lado opuesto, varios nobles y caballeros desfilaban sin cesar, rindiéndole homenaje. Pasaban ante su cadáver con la cabeza inclinada y se daban un golpe en el pecho, en señal de afecto y respeto.

Los dos médicos, desde el fondo, tenían el rostro descompuesto. Parecían cadáveres en vida. Sabían que su porvenir pendía de un hilo si no encontraban explicaciones convincentes a la muerte del abuelo. Hasta ahora, no habían convencido a nadie.

Entre los habitantes del castillo reinaba una gran confusión. Nadie sabía con exactitud lo que había pasado. El abuelo era un hombre sano que jamás se ponía

enfermo. Por eso, esa extraña y repentina enfermedad daba pie a todo tipo de conjeturas.

Muchos emisarios habían partido a dar la noticia a otros reinos. Los estandartes estaban a media asta. Las mujeres se habían reunido en el patio central y lanzaban lamentaciones tan fuertes que llegaban hasta la cámara, inquietándonos a todos.

Mi padre estaba descompuesto. La súbita muerte del abuelo le había cogido por sorpresa. Ni siquiera la peste actuaba con tanta rapidez.

Nosotros estuvimos en la cámara durante todo el día, recibiendo pésames de todos los hombres de nuestro reino.

—Tu abuelo fue un gran rey y un gran hombre —aseguraron casi todos—. No le olvidaremos.

En un momento determinado, cuando nos quedamos solos, Wolfort, que no había dejado de llorar, dijo:

—¡Debemos vengarle! Si hay una mano oscura detrás de su muerte, debemos descubrirla y cortarla.

—Umertino ha comentado que sospecha de algún maleficio —añadió Gwendlin—. Pero no sabemos nada más.

—¡Lo descubriremos! —aseguré, con el puño cerrado—. Si alguien lo ha matado, lo pagará caro.

Sibila estrechó mi mano.

—Debes tranquilizarte, Royman —dijo—. Tenemos que actuar con cautela. Deja que el culpable se confíe. Que no sepa que vamos a buscarle.

Su astucia me llamó la atención. Nunca hubiera imaginado que fuese capaz de actuar con tanta frialdad.

Las últimas palabras de mi abuelo resonaron durante horas en mi cabeza: «No te fíes de nadie».

¿Quién era nadie?

¿Mis padres? ¿Mis hermanos? ¿Mis maestros? ¿Mis amigos?

La huida

Me despierto sobresaltado, en plena noche, con la mano de Ónica sobre mi boca.

—¡Chiisst! –susurra la princesa–. ¡Silencio!

Le hago un gesto amistoso para que levante la mano.

—Es hora de irse –dice–. Todos duermen. ¡Vamos!

—¿Y los centinelas?

—Duermen. Los he drogado... La sangre de dragón sirve para muchas cosas.

La sigo en silencio. Nos deslizamos hábilmente hasta los caballos. Una vez allí, desatamos el mío y ella elige otra montura.

—Cogeré el de Croax –dice–. Ya no tiene dueño. Además, me llevaré su espada milmortiana. Creo que me será de gran utilidad.

—Y yo cogeré la de Torac, ya no la va a necesitar –digo–. Lo ha dicho él mismo.

Con sumo cuidado, nos alejamos del campamento y logramos salir sin hacer un solo ruido. Una vez que estamos seguros de que nadie nos puede oír, montamos y nos alejamos despacio pero, más adelante, fuera del bosque, partimos a todo galope.

Cabalgamos durante horas, hasta que perdemos el bosque de vista.

De vez en cuando nos paramos para asegurarnos de que no nos siguen. Ojalá que los milmorts nos hayan dado por perdidos y que Zoltan haya renunciado a atraparnos.

Cabalgamos durante el resto del día y sólo nos detenemos para comer algo y dejar descansar a los caballos. Esta región, a diferencia de otras, está bastante despoblada.

—Este lugar es muy extraño... Demasiado solitario... –digo, mientras los caballos beben agua de un riachuelo–. No hay luz radiante.

—En el reino de Mort el sol no sale nunca –admite Ónica–. Mi padre dice que siempre ha sido así y que siempre lo será. Se lo han contado los guardianes.

—¿Cuándo llegaste aquí?

—No lo sé, en Mort no se puede calcular el tiempo. ¿Y tú, cómo has llegado?

—Un día me desperté junto a mis padres, pero no sé nada más. Sólo sé que echo de menos la luz del sol. Esto es muy triste.

—Mort es un mundo sombrío –reconoce–. Pero hay que saber soportarlo. Viviremos aquí toda nuestra vida.

—Tengo la impresión de que tú y yo nos hemos visto antes, pero no puedo recordar dónde... Ese nombre... Ónica...

—Es poco común, pero mi padre piensa que es un buen nombre para una princesa.

—Princesa Ónica...

—De todas formas, te diré que yo también tengo la sensación de haberte conocido —confiesa—. Pero no sé ni dónde ni cuándo.

—Cualquiera sabe si es verdad. Este lugar se presta a la confusión —digo—. Mi memoria no funciona bien. Apenas recuerdo cosas...

—Dicen que aquí sólo recordamos a los familiares —me explica—. Sólo a la gente con la que tenemos lazos de sangre...

Cabalgamos hasta donde el paisaje cambia de aspecto y se hace aún más rocoso y tenebroso.

—¿Quiénes son esos milmorts? —le pregunto—. ¿Lo sabes?

—Son caballeros muy feroces. Nadie sabe por qué son así. Sólo se sabe que buscan un premio. Hablan siempre de la gloria... Y de subir a un monte...

—Sí, eso he oído decir, pero eso no justifica su brutalidad —digo—. Por su culpa mis padres y mi hermana han muerto. He jurado que los ejecutaré a todos.

—Eres un presuntuoso, príncipe Royman. Nadie puede inmolar a todos los milmorts. Cada día nacen nuevos caballeros.

—Yo digo que vengaré a los míos. No puedo permitir que hayan matado a mi familia impunemente.

—Pues Croax ya no sufrirá tu venganza.

—Pero ha tenido una muerte horrible.

Horas más tarde llegamos a una bifurcación. En una colina próxima veo que un par de guardianes nos observan.

—¿Quiénes son esos? —le pregunto.

—No lo sé. Pero no hay que molestarlos —advierte.

—Parecen los dueños de todo esto.

—Es posible que lo sean —dice—. Escucha, Royman, yo tengo que volver a mi reino, para ayudar a mi padre. El príncipe Tronario quiere casarse conmigo para ampliar su poder, pero yo me he negado. ¡Nunca me casaré con él!

—Somos libres para hacer lo que queramos —le digo—. Te deseo suerte.

—¿No quieres acompañarme? Mi padre querrá agradecerte lo que has hecho por mí.

—No tengo nada que hacer en tu reino. Ojalá consigas liberarte de ese Tronario.

—¿Qué piensas hacer? ¿Adónde te dirigirás?

—Volveré al lugar en el que perdí a mis padres y a mi hermana. Los buscaré y los enterraré dignamente.

—Es posible que no los encuentres.

—Levantaré un monumento en su nombre. Todos los que pasen por allí sabrán que murieron por culpa de los milmorts. Luego me encargaré de ellos.

—Entonces, buena suerte, príncipe Royman —dice Ónica—. No olvidaré que te debo la vida. De no ser por ti, quizá estaría muerta.

—Adiós, princesa Ónica —me despido—. ¡Que tengas suerte!

Pero el destino tiene otros planes para nosotros. Un nutrido grupo de jinetes se deja ver desde las colinas cercanas.

—¡Esos hombres llevan el estandarte de Tronario! —exclama Ónica—. ¡Vienen a

buscarme! Te aconsejo que escapes. Si te atrapan, no tendrán piedad.

Los jinetes lanzan un potente grito de guerra y avanzan hacia nosotros, con las armas en alto.

—¡Vamos, príncipe! —grita Ónica—. ¡Corre!

—¡Me parece que, al final, lamentaré haberte salvado la vida! —replico, espoleando mi caballo.

—¡Sígueme y yo salvaré la tuya! —responde ella, galopando a mi lado.

—¿Adónde me llevas?

—Al castillo de mi padre. Tendremos que cruzar el cerco.

—¡Estás loca!

—Galopa y no gastes fuerzas. Te harán falta.

Ónica tiene razón. No es el momento de entrar en debates estériles. Así que aprieto el paso ya que tengo la sensación de que los perseguidores se están acercando peligrosamente. Está claro que los hombres de Tronario no se andarán con contemplaciones si nos apresan. Y Ónica, que debe conocer muy bien la maldad de ese individuo, sabe que no puede caer en sus manos.

Cuando algunos dragones aparecen en el cielo, comprendo que mis suposiciones son ciertas. Tronario ha cercado el castillo, que está ya muy próximo.

—Ahora empieza lo bueno —advierte Ónica—. Vamos a encontrarnos con un ejército. A ver si somos capaces de salir airoso. Nos jugamos la vida. ¡Hay que cruzar esa barrera!

—Ya estoy habituado —respondo—. Desde que te conozco no he dejado de hacerlo.

—No te quejes tanto y galopa —dice—. ¡Galopa y vive!

Desenfundamos nuestras espadas, aprestamos los escudos y nos preparamos para abrirnos camino. Enseguida, un bosque de lanzas, espadas y hachas forma una barrera que parece imposible de cruzar.

—¡Por la libertad! —grita Ónica, cuando distingue el estandarte de su padre ondear sobre la torre del homenaje.

—¡Por mi familia! —grito, dispuesto a imitar a los milmortos.

Armados con espadas milmortianas, estamos a punto de superar juntos una gran prueba de fuego. Nosotros solos vamos a enfrentarnos con un ejército bestial.

Lágrimas de esperanza

A pesar de que la costumbre permitía velar el cuer-

po de un fallecido durante un solo día, mi padre decidió que la familia podría estar otra jornada a solas con el abuelo.

Pensé que era natural que quisiera permanecer más tiempo junto a su padre ya que le profesaba un gran amor y un enorme respeto.

Mi madre estaba verdaderamente compungida y, acompañada de dos de sus damas de honor, permaneció sentada ante el cuerpo del abuelo durante todo el velatorio.

—Quizá deberías descansar, madre —le propuso Gwendlin, al atardecer—. Te agotarás.

—No le perderé de vista ni un segundo —respondió la reina—. Estaré a su lado hasta que lo entierren.

En vista de su tenacidad, y temiendo que pudiera ponerse enferma a causa de ese grandísimo esfuerzo, fui a ver a mi padre para pedirle que intercediera. Sibila me acompañó mientras Welfort y Gwendlin se quedaban junto a ella.

—No desistirá de su idea —advirtió el rey—. Jamás dejará el cadáver de un miembro de la familia hasta que lo hayan enterrado.

—¿A qué se debe semejante insistencia en acompañar a un ser que ha dejado este mundo? —preguntó Sibila.

—Si me prometéis que no se lo vais a decir a nadie, os lo contaré —dijo, sentándose en su sillón de madera y cuero, con una copa de vino en la mano—. Ni siquiera Gwendlin debe saberlo.

—Puedes confiar en nosotros, padre —le aseguré—. Te doy mi palabra de honor.

—Yo también os la doy, mi señor —añadió Sibila—. Lo que nos vais a contar, jamás saldrá de nuestros labios.

Nos miró fijamente, quizá para sellar nuestro pacto.

—La reina está obsesionada con la muerte desde hace muchos años —empezó a narrar—. Piensa que algunas personas mueren y vuelven a la vida después de ser enterradas. Cree que es una prueba del destino para que podamos demostrar nuestro cariño hacia nuestros seres queridos. Con los años, esa idea se ha convertido en una obsesión.

—¿La reina sufre una enfermedad, padre? —pregunté.

—¿O teme perder a los que más quiere? —preguntó Sibila.

—Puede que sea un poco de ambas cosas. Pero, la verdad, es que esa obsesión tiene su origen en algo que sucedió realmente y de lo que yo fui testigo... Y en alguna medida, culpable...

Hizo una pausa que le sirvió para dar un buen trago de vino. Como si quisiera reunir las fuerzas necesarias para hablar.

—La reina y yo nos habíamos casado tres años antes de que su padre muriera... Ella le veló durante unas horas pero yo la aparté de su cuerpo diciéndole que ya no se podía hacer nada. Ella me hizo caso, y nunca volvió a verle ya que, bajo los efectos de unos somníferos que le administramos, se quedó profundamente dormida y ni siquiera pudo asistir a su entierro, que tuvo lugar al día siguiente... El problema surgió meses después cuando, a causa de las lluvias, hubo que sacar el féretro y un sepulturero descubrió que el padre de Elaine había vuelto a la vida y que había muerto solo, ahí abajo, en esa caja de madera.

Se sirvió otro trago de vino de la jarra.

—Cuando la reina se enteró, casi se volvió loca. Saber que su padre había muerto de esa horrible manera, la llevó a un estado de desesperación que me hizo temer por su salud mental. Los médicos me dijeron que estaba al borde de la locura. Nunca se perdonó haberle abandonado durante el velatorio. Siempre ha estado convencida de que, si hubiera estado a su lado, habría detectado cualquier signo de vida, por muy pequeño que este hubiese sido. Por eso, ahora, no se separará del abuelo Derek hasta que esté segura de que, efectivamente, está muerto. Hasta que lo entierren en el mausoleo.

—¿Por qué no queréis que Gwendlin lo sepa? —preguntó Sibila.

—Es tan obsesiva como su madre —respondió sin dudar—. Es preferible que esta historia no llegue a sus oídos. Cuento con vuestra discreción.

—Puedes estar seguro, padre —le dije, con el puño sobre el corazón—. Nadie sabrá nada.

—Gwendlin es muy débil —añadió—. Por eso se siente segura junto a Wolfort. Siempre busca protección.

Sibila y yo nos quedamos callados ante aquella extraña confesión.

—Os pido que estéis atentos a la reina y que la cuidéis —dijo, recuperando el rumbo de la conversación—. A mí no me hará ningún caso. Pero si la veis desfallecer, os ruego que intentéis llevarla a sus aposentos. No debemos dejarla caer en una crisis. Pero no la forcéis a separarse del abuelo Derek.

Cuando abrimos la puerta para salir, dijo:

—Nunca me lo ha perdonado. Jamás me lo perdonará...

Sibila y yo dejamos a mi padre a solas con su copa de vino y fuimos a hacer compañía a mi madre.

Ahora que ya sabíamos lo que pasaba por su cabeza, no nos resultó extraño ver cómo, de vez en cuando, ponía la mano sobre el corazón del abuelo. O se acercaba a su nariz para ver si los pelos de la barba se agitaban levemente... O acercaba una vela a sus labios con el deseo secreto de ver cómo la llama se movía... Pero el abuelo no dio ningún signo de vida.

Sibila y yo permanecemos todo el tiempo junto a ella, turnándonos en silencio. Mi padre apenas apareció un par de veces pero jamás se acercó a mi madre que, cuando le veía, le miraba con rabia.

Nunca hubiera imaginado que, entre ellos, existiera una brecha tan profunda. Sé que se amaban, pero ante el cuerpo de mi abuelo, descubrí que existía un vestigio de odio entre ellos.

—Se quieren y se detestan —me susurró Sibila—. Espero que no me ocurra eso con el hombre que se case conmigo.

—Viven en un infierno. Se perdonan muchas cosas pero hay algo que les impide ser felices —reconocí—. Haré todo lo que esté en mi mano para que mi esposa no se convierta en mi enemiga.

Durante aquellas horas, mi madre nos contó cosas increíbles sobre el Abismo de la Muerte. Cosas que yo no comprendía y que me negaba a creer.

—Los que van al Abismo de la Muerte sólo piensan en volver a la vida para pedirnos explicaciones de su muerte —dijo en plena noche, como si hablara con alguien invisible—. Debemos estar atentos, porque pueden regresar en cualquier momento. ¡Pueden reaparecer!

El amanecer del segundo día nos encontró agotados y desesperanzados. Mi madre seguía sin aceptar la muerte del abuelo y se negaba a creer que ya no estaría entre nosotros.

El castillo

Ónica y yo estamos inmersos en una alocada carrera hacia la muerte.

Nuestros caballos galopan con todas sus fuerzas. El infierno se ha desatado y tanto los soldados que nos persiguen como los que están delante, están convencidos de que esta locura durará poco. ¡Dos jinetes contra cientos! ¡Una locura!

—¡Por nuestra vida! —grito.

—¡Por nuestra libertad!

El encontronazo es tremendo. Caballos que caen, hombres que gritan, polvo y heridas por doquier. Nuestras espadas se mueven sin cesar, abriendo carne, cortando yelmos y cotas de malla. Voy en cabeza. Mi destreza les resulta sorprendente, igual que me parece prodigiosa la valentía de Ónica. ¿De dónde sacará el arrojo, el valor y la fogosidad que la acompañan?

«La fuerza de los milmorts está en su corazón», pienso, recordando las palabras de Zoltan, sorprendido por la agilidad y destreza con que manejamos el acero.

He debido de tener buenos maestros en las artes de la guerra y en el uso de las armas, pero lo que me está ocurriendo en este lance no es normal. Esto sobrepasa todo lo imaginable y me supera.

Manejo la espada milmortiana con una habilidad increíble. Cada soldado que se pone delante es un regalo para mi arma. Los guerreros que nos atacan son muñecos que se rompen ante mi furia.

Veo que Ónica tiene la misma sensación. Ni en sus mejores sueños ha imaginado tanto poder. Por mucha inclinación que sienta por la lucha, jamás ha pensado que podría llegar a adquirir semejante destreza.

—¡Sigue, Royman! —grita Ónica—. ¡Lo vamos a conseguir!

—¡Somos milmorts! —exclamo.

El fragor de la batalla, los gritos, la acción y el ruido del acero nos han subyugado. Esta sensación de poder es tan extraordinaria que hemos perdido incluso el miedo a morir, que siempre nos ha atenazado.

En poco tiempo hemos traspasado la primera línea de enemigos. Pero, ahora, estamos rodeados, ya que nuestros perseguidores se están sumando a sus compañeros y forman una barrera infranqueable.

Entonces, una trompeta anuncia que algo va a pasar. Casi de reojo, veo que el puente levadizo del castillo está descendiendo. Mi corazón se acelera de alegría.

Cuando un nutrido grupo de caballeros sale en formación militar, luciendo el

estandarte real, los soldados de Tronario reciben nuevas órdenes de sus jefes para afrontar la nueva situación. Ya no se trata de detener a dos jinetes alocados, sino de soportar un ataque en su propio campo, algo con lo que no han contado.

—¡Estamos salvados! –grita Ónica–. ¡Mi padre nos envía refuerzos!

—¡Llega en el momento oportuno! –respondo, empezando a sentir los efectos del cansancio.

La ayuda se hace notar enseguida. Los hombres del rey se enfrentan con los soldados de Tronario, a los que su ataque ha cogido desprevenidos. Abren una brecha tan grande en la línea enemiga que Ónica y yo podemos pasar sin dificultades. En poco tiempo, estamos protegidos por docenas de soldados fieles.

—¡Seguidnos! –nos ordena un oficial–. ¡Vamos al castillo!

Todo ocurre muy deprisa. Cuando ya estamos volviendo a la fortaleza, Tronario, montado sobre un dragón, se abalanza sobre nosotros. La bestia alarga las pezuñas, consigue atrapar al oficial y se eleva por los aires antes de que nadie pueda impedirlo.

Esta acción envalentona a los hombres de Tronario, que reaccionan con júbilo. Se reagrupan y acorralan a los hombres del rey con la intención de impedirles el paso. Me doy cuenta de la maniobra y decido actuar con rapidez.

—¡Venid conmigo! –ordeno, alzando la espada milmortiana para que todos la vean con claridad–. ¡Todos detrás de mí!

Sin perder tiempo, me lanzo hacia delante y abro una pequeña brecha entre el cerco enemigo. Mis aliados forman una pequeña cuña, en cuya punta está Ónica, y avanzan con fuerza.

—¡Vamos! –grita Ónica–. ¡Adelante!

Redoblo mis esfuerzos y consigo avanzar. La brecha se hace más grande y algunos soldados de Tronario deciden huir.

Nuestra forma de luchar se convierte en un buen ejemplo para nuestros hombres. Nada puede detenernos y logramos llegar al castillo. Sólo los gritos del oficial, que está siendo devorado por la bestia voladora, traen la inquietud al corazón de nuestros soldados. Levanto la vista durante unos segundos hacia el cielo y cruzo una rápida mirada con Tronario, que parece observarme con mucha atención.

Una disuasoria lluvia de flechas viene en nuestra ayuda desde las almenas de la fortaleza. La primera andanada produce grandes pérdidas en las filas enemigas que, viéndose en peligro, optan por retroceder. Incluso los oficiales deciden dar por perdida la batalla. Sin darse cuenta, se han acercado demasiado a la muralla y ahora están pagando las consecuencias.

De forma ordenada y cubiertos por los arqueros, entramos en el castillo y nos ponemos a salvo.

Cuando llegamos al patio de armas, Ónica y yo desmontamos. Estamos excitados por el éxito de la batalla. Nos sentimos unidos por la fuerza que las espadas milmortianas nos han transmitido.

—Ha sido muy emocionante –reconozco, enarbolando mi arma–. Estas espadas son únicas. Jamás he visto algo igual.

—Yo tampoco —dice Ónica—. ¡Me siento especial!

—Nadie puede ganar a quien empuñe una espada milmortiana.

—¡Su majestad, el rey Marcus! —exclama un paje, desde lo alto de una gran escalera.

Ónica agarra mi brazo y se pone a mi lado.

—Ahora conocerás a mi padre —murmura—. Te dará todo la ayuda que necesites para llevar a cabo tu plan de enterrar a tu familia.

La majestuosa figura del rey aparece en lo alto de la escalera. Ahí se detiene para observarnos.

—¡Enhorabuena, soldados! —grita—. ¡Os habéis portado como valientes! ¡Gloria a los que lo han pagado con la vida! ¡Honor a los que han quedado heridos!

Los soldados vitorean las palabras del rey.

—¡Habéis salvado a mi hija Ónica y os estoy agradecido por vuestra acción!

El rey alarga el brazo y extiende la mano derecha hacia la princesa.

Ónica sube rápidamente la escalera y se arrodilla ante él.

—Gracias por vuestra ayuda, padre —dice.

—Te dábamos por perdida —reconoce el monarca—. Me alegra que hayas vuelto. ¡Bienvenida!

—He recibido la ayuda de Royman, un valiente príncipe —explica Ónica—. Me salvó la vida exponiendo la suya.

—Dile que suba a recibir mi agradecimiento.

Ónica me hace una señal y, sin pérdida de tiempo, empiezo a subir la escalera. Cuando llego arriba, me arrodillo respetuosamente.

—Sé que has salvado la vida de mi hija Ónica, y te estaré eternamente agradecido —dice el rey Marcus—. Te concederé todo lo que me pidas.

—Sólo quiero...

—¡Volver a ser mi esclavo! —dice una voz grave desde atrás.

Cuando la reconozco, siento una punzada en el estómago.

—¡Zoltan! —exclamo.

—¡Soy Zoltan, el caballero milmort! —dice, dejándose ver—. ¡Devuélveme la espada de Croax!

—Y la mía —dice Torac, haciendo presencia.

Coloco mi puño derecho sobre el pomo del arma, dispuesto a empuñarla.

—No cometas ninguna tontería, *Perro* —me amenaza Zoltan—. No intentes usarla contra mí. Te arrepentirás.

Comprendo que no tengo nada que hacer contra el caballero Zoltan, así que me desabrocho el cinturón y entrego el arma a Torac.

—Aquí está vuestra espada —digo—. Es un arma magnífica. Espero no haberla estropeado.

—La vuestra también, alteza —pide Zoltan cortésmente a la princesa—. Nadie puede portar las armas de un milmort sin ser uno de ellos.

La princesa Ónica se deshace del cincho y le entrega la espada. Después, mira a su

padre, en busca de una explicación.

—El caballero Zoltan vino a verme —dice el rey—. Me contó todo lo que había pasado y me advirtió de vuestra llegada. De no ser por él, que me indicó que venías, jamás habríamos salido a rescataros. Le prometí que le ayudaría a recuperar las espadas y a su esclavo... Lo siento, Ónica. He hecho lo mejor para ti.

—Pero, Royman me salvó la vida —protesta la princesa.

—Era mi esclavo antes de conoceros, alteza —explica Zoltan—. Y ahora volverá a serlo.

—Debo cumplir el trato que he hecho con él —se disculpa el rey—. No sabía que el esclavo te había salvado la vida. Lo siento.

—Antes de que os marchéis, me gustaría hablar con vos —propone la princesa—. Quedaos a cenar esta noche con nosotros. Quiero haceros una proposición... Ah, y traed a vuestro esclavo *Perro*. Él forma parte del trato. Os aseguro que os interesa escucharme.

Sin esperar respuesta, toma el brazo de su padre y entra en la torre, dejándome en poder de Zoltan.

Un entierro para un rey

Mi padre había preparado un entierro digno de un gran rey.

A pesar de las diferencias que habían existido entre ellos, era evidente que deseaba demostrarle el gran respeto que sentía hacia él. Y quería que todo el mundo lo supiera.

—Lo enterraremos en el mausoleo de los Delaforce. Ahí podrá descansar en paz, junto a la abuela —ordenó—. Es lo mejor para todos.

—Le gustará estar a su lado —dijo mi madre—. Después de tantos años separados.

—No creo que los muertos se den cuenta de esas cosas —dijo Wolfort.

—Es una forma de hablar —replicó Gwendlin—. Todo el mundo cree que entre la vida y la muerte hay una barrera que se puede cruzar. Por eso es mejor que estén juntos.

—Wolfort, tienes que saber que nos consuela pensar que puede haber una relación entre ambos mundos. Nadie sabe lo que pasa en el Abismo de la Muerte, pero preferimos pensar que ahí también se vive. Nos gusta pensar que vivimos en la muerte. Por eso, intentamos cuidar los cuerpos de las personas que mueren.

—En mi mundo, quemamos a los muertos. Nos gusta pensar que se convierten en humo que vuela hasta un paraíso —explicó Wolfort—. Por eso me llama la atención lo que decís.

—Tienes que ir pensando como nosotros —añadió el rey—. Tu padre te entregó a mi cuidado y deseo que te integres en nuestra cultura y en nuestra forma de vida.

—Os aseguro que lo intento, mi señor. Aunque reconozco que me cuesta mucho trabajo. Decís cosas que no acabo de asimilar, como lo de la muerte.

—Lo intenta, padre —dije, hablando en su favor—. Me consta que hace todo lo que puede para integrarse en nuestro modo de vida.

—Me alegra saberlo. Wolfort, participarás en el entierro del abuelo y te concederemos el honor de transportar su escudo. Y tú, Royman, llevarás su espada.

Al día siguiente, bajo una intensa lluvia, seis caballeros transportaron el féretro del abuelo hasta el mausoleo real.

A pesar de que me habría gustado ser uno de ellos, tuve que conformarme con portar su espada de guerra. Mi padre me explicó que, dado que aún no había sido nombrado caballero, no podía formar parte de los seis elegidos que habían sido fieles servidores del abuelo y que, en algunas ocasiones, habían luchado codo con codo con él.

Wolfort y yo, cargados con la espada y el escudo, íbamos delante de los seis caballeros, entre los que estaba Mardof. Detrás, iban Gwendlin y Sibila, precedidas por los reyes.

Mi madre llevaba la cabeza completamente cubierta por un velo negro transparente mientras que mi padre, en señal de respeto, la tenía descubierta y un paje, a su lado, transportaba la corona real.

Las armaduras, escudos y otras armas relucían bajo la cascada de agua que nos acompañó hasta el mausoleo. Sólo entonces el aguacero amainó un poco.

Colocaron la caja en el interior de una cripta de piedra que estaba repleta de inscripciones y adornos que reflejaban sus hazañas. La historia de los reyes suele quedar escrita en su tumba. Es una forma de acercarlos a la inmortalidad.

La taparon con una gran losa en la que había esculpida una réplica exacta del cuerpo del abuelo. Estaba tumbado, mirando al cielo, con los ojos abiertos. Las manos vacías, cruzadas sobre el pecho, formaban un hueco.

—Royman, dame la espada a tu abuelo —dijo mi padre, en tono solemne.

Cuando la desenfundé, vi que la hoja estaba muy gastada y los filos habían perdido la finura habitual. La empuñadura ya no tenía el lustre de las armas nuevas, pero conservaba su firmeza.

Se la entregué a mi padre, asiéndola por la hoja y ofreciéndole la empuñadura. La agarró con fuerza y la introdujo en la oquedad que quedaba entre las dos manos, de tal modo que dio la impresión de que el abuelo la sujetaba.

Después, mi padre cogió el escudo que Wolfort le acababa de entregar y lo colgó en el cabecero de la cripta.

—Aquí tienes, padre, tus armas de guerra por si las necesitaras en el Abismo de la Muerte —dijo el rey—. Que nadie piense que estás indefenso. Que nadie intente robarte u ofenderte ya que probará el filo de tu acero, que tantas veces has utilizado en defensa de tu reino, de tu familia y de tu honor.

Las lágrimas y la emoción le hicieron callar.

La reina le cogió la mano y se quedaron los dos, ante la cripta, en un majestuoso silencio. Verlos unidos me reconfortó y me hizo pensar que la barrera que los separaba no era tan grave como había creído.

Después, cuando recuperó el templo, mi padre puso la mano sobre el pecho de la escultura y dijo:

—Fuiste un buen esposo, un buen padre y un buen rey. Espero reunirme contigo, mi señor, en el Abismo de la Muerte. Espérame, padre.

—Espéranos a todos —añadió mi madre—. Tarde o temprano nos volveremos a ver.

Se retiraron un par de metros y mi padre me hizo una señal de aprobación. Me acerqué y puse mi mano sobre la empuñadura de su espada.

—Abuelo, soy yo, Royman. Quiero que sepas que te echaré de menos durante toda mi vida. Te juro solemnemente que, cuando baje al Abismo de la Muerte, no descansaré hasta encontrarte. Quiero pasar el resto de la eternidad a tu lado. Ojalá sea así.

Mi hermana Gwendlin le prometió que guardaría su memoria en el fondo de su corazón; Sibila le aseguró que me cuidaría y que se ocuparía de mantener vivo su recuerdo, y Wolfort dijo, simplemente, que le echaría de menos y que le agradecía todo

lo que le había enseñado.

El ataque de Tronario

Estoy desolado. Además de haber perdido a mi familia también he perdido la libertad. Ahora, me encuentro de nuevo cuidando de los caballos de mi amo. Sin embargo, una chispa ha nacido en mi corazón. El manejo de la espada milmortiana me ha creado la ilusión de que, dentro de mí, existe un gran caballero. Y eso me anima.

—Lávate, *Perro* —me ordena Zoltan—. Esta noche iremos a cenar con el rey y no quiero que nos amargues la fiesta. Hueles mal.

—Sí, mi señor.

—Y te aconsejo que no vuelvas a intentar una nueva huida. Será lo último que hagas en tu vida. Te lo garantizo. Empiezo a estar harto de tus hazañas.

Recibo la advertencia sin protestar. Sé muy bien que Zoltan me cortaría el cuello sin parpadear. Pero no puedo garantizar que no lo volveré a intentar. Sin embargo, también sé que mi destino no es precisamente el de ser esclavo. He nacido como príncipe y aspiro a lucir la corona de rey. Sólo es cuestión de tiempo volver a enderezar mi vida.

Cuando Zoltan se marcha, la princesa Ónica se acerca a verme.

—¿Qué quieres, princesa? ¿Te gusta verme convertido en esclavo?

—No, no me gusta. Te sienta mejor ser libre —responde—. De todas formas, soy tan esclava como tú. En este castillo viviremos en la esclavitud mientras Tronario nos siga asediando.

—Algún día desistirá. Tu fortaleza es poderosa y nunca logrará someteros. Sus deseos de apropiarse de tu reino se agotarán. Se convencerá de que no quieres casarte con él y abandonará, ya lo verás. Persevera.

—Te equivocas, Royman. Tronario no tiene más deseos de conquista que el de poseerme. Quiere hacerme su esposa... O su esclava...

—¿Por qué no accedes?

—Por la sencilla razón de que le desprecio. Es una bestia, un tirano y un salvaje. Nunca uniré mi vida a un hombre como ese. Prefiero morir mil veces.

—¿Se lo has dicho?

—Claro. Cuando pidió mi mano a mi padre, le enviamos un mensaje de negativa. Entonces, despechado, vino con su ejército. Sé que no cejará en su empeño.

—¿Tan enamorado está de ti?

—¿Enamorado? ¡No! ¡Quiere poseerme como un trofeo! ¡Quiere que todo el mundo sepa que consigue todo lo que quiere! ¡Quiere poder! ¡Quiere mi reino!

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Estoy desesperada. Quizá le desafíe a un duelo y le mate. Es mi única salida.

—Si quieres, puedo intentar...

—¡No, de ninguna manera! Es asunto mío y tengo que resolverlo yo.

—Este mundo es muy cruel... No lo entiendo... ¿Qué pasa por aquí?

—¿A qué te refieres? —pregunta.

—¡A Mort!

—No te entiendo. ¿De qué estás hablando, Royman?

—¿No te has dado cuenta de que todo el mundo lucha para conseguir el poder? ¡O quieren morir, o quieren dominar! ¡No hay término medio! ¡Nadie tiene ilusión por vivir!

—Mort es un mundo muy extraño, con sus propias leyes...

—¿Y esos guardianes? ¿Quiénes son?

—¡Alarma! ¡Alarma! —grita un vigía desde las almenas—. ¡Se acercan!

Salimos corriendo, subimos las escaleras y nos asomamos a la muralla.

—¿Qué ocurre? —pregunta la princesa a un oficial.

—Hay movimiento de tropas. Puede que se estén preparando para un asalto a gran escala. ¡Mirad!

Varios dragones se acercan hacia el castillo. El cabecilla, montado por Tronario, se aproxima más que los otros.

—¡Princesa Ónica! —grita, mostrando su lanza de oro—. ¡Ríndete de una vez! ¡Di a tu padre que deponga las armas! ¡Cásate conmigo!

—¡Eso no ocurrirá nunca! —responde ella—. ¡Antes muertos que esclavizados!

—¡Tú no sufrirás la esclavitud! ¡Serás mi esposa!

—¡No quiero! ¡Quiero que nos dejes en paz! ¡Márchate!

—Eso no es posible. Te doy la oportunidad de abrir las puertas de tu castillo. ¡O entraremos a sangre y fuego! ¡Lo saquearemos!

—¡No nos asustas!

—No lo pretendo. Sólo he venido a advertirte. ¡Mañana serás mía!

Los soldados están en tensión. Algunos han colocado sus flechas en los arcos y se preparan para disparar. Entonces, el rey Marcus, Zoltan y Torac hacen acto de presencia, a pocos pasos de Ónica.

—¡Vaya, veo que tienes a dos milmorts entre tus filas! —se burla Tronario—. No te creas que te servirá de mucho. Tienen una misión que cumplir y poco pueden hacer por ti.

—No creas que te saldrás con la tuya —grita el rey—. Con milmorts o sin ellos, somos fuertes. ¡Tenemos la voluntad de no rendirnos ante ti!

El dragón se acerca un poco más, desafiando el peligro. Tronario levanta su lanza y se dispone a arrojarla contra el rey.

Pero yo agarro rápidamente un arco y disparo una flecha. Ante la sorpresa de todos, se clava en el brazo de Tronario que, a causa del dolor, se contrae sobre sí mismo.

—¡Maldito seas! —exclama, haciendo girar al dragón—. ¡Me lo pagarás!

Mientras se aleja, Tronario tiene que hacer esfuerzos para agarrarse. El flechazo no es grave, pero le ha hecho ver que no nos dejaremos amilanar. Ha recibido nuestra respuesta de forma contundente.

Algunas catapultas de los sitiadores nos lanzan piedras, grandes dardos y varias bolas de fuego, que caen en el interior del castillo. Además, docenas de flechas surcan el cielo.

—¡Disparad! —ordena el rey—. ¡Disparad!

Nuestros hombres dan una respuesta adecuada al ejército de Tronario que, en poco tiempo, deja de atacar.

—¡Perro! ¿Quién te ha dado permiso para actuar? —grita Zoltan, desenfundando su espada y agarrándose de la pechera—. ¡Eres mi esclavo y no puedes tomar decisiones por tu cuenta! ¡Te castigaré como mereces! ¡Ya te lo advertí!

Está a punto de abatir su arma sobre mí cuando la princesa interviene.

—Por favor, caballero Zoltan, os ruego que respetéis su vida —casi suplica—. ¡Es posible que haya salvado la vida de mi padre!

—Me ha involucrado en una batalla que no me concierne —responde, enfurecido.

—¡Un esclavo no puede actuar así! —le apoya Torac—. ¡Se debe a su ama!

—¡Por favor, escuchadme! —insiste la joven—. ¡Por favor!

Zoltan depone su actitud y baja la espada.

—Escuchad, lo que Royman ha hecho nos beneficia.

—A mí no me hace ganar nada —responde Zoltan—. Esto no es asunto mío.

—¿Cuántos eslabones os quedan?

—Más de ciento cincuenta —responde Zoltan, acariciando su collar.

—Yo he renunciado a seguir —dice Torac—. No quiero saber nada.

—¿Queréis la oportunidad de terminar vuestra misión? ¿Queréis acabar de una vez?

—Es lo único que deseo —dice Zoltan.

—Entonces, caballero Zoltan, mi padre os dará el mando de nuestros hombres y podréis salir a luchar contra los hombres de Tronario. Seréis el milmort más aniquilador que se haya conocido nunca. ¡Podéis eliminar todos vuestros eslabones de una vez!

Zoltan se queda sorprendido por la propuesta de Ónica, pero me parece que le ha gustado.

El rey, que lo escucha todo, mira a su hija en busca de una explicación. ¿Desde cuándo una princesa hace proposiciones sin contar con el monarca? ¿La rebeldía del esclavo la ha contagiado!

—Padre, él puede dirigir el ejército —asegura Ónica, explicando su actitud—. Es el único que puede acabar con este asedio. Dale el mando, por favor.

El monarca duda durante unos instantes antes de dar su respuesta.

—Está bien, caballero Zoltan, os entrego el mando de mis hombres —determina finalmente—. ¡Desde este momento, sois el general Zoltan!

El caballero milmort recibe la noticia con una sonrisa. Es una oportunidad única para acabar de una vez con la cuenta atrás. Si tiene suerte, esta guerra podrá convertirle en un hombre liberado de la cadena milmort.

—Acepto vuestra propuesta, majestad —dice—. Os libraré de vuestros enemigos.

—Entonces, amigo mío, preparemos un plan de ataque —dice el rey, poniéndole la mano sobre el hombro—. ¡Será nuestra última oportunidad de deshacernos de Tronario!

Zoltan y el rey se alejan mientras yo me acerco a Ónica.

—Ahora soy yo el que te debe la vida —le digo.

—Estamos en paz —responde la princesa.

—Sí, ahora somos iguales.

—No te confundas. Tú eres un esclavo y yo soy una princesa.

—Yo también soy príncipe —refunfuño—. Y recuperaré mi libertad.

—Te creo. Pero mientras llega ese momento, te felicito por tu acción. Te has portado como un valiente. Nadie se habría atrevido a responder de esa manera. Tronario se ha llevado una gran sorpresa. Gracias a ti hemos encontrado un buen jefe.

—Sí, pero yo sigo con mis cadenas —respondo.

Ónica se aleja y yo inclino la cabeza. Regreso a las caballerizas y retomo la limpieza de los caballos. Mientras trabajo, mi mente no hace más que darle vueltas a la manera de recuperar la libertad.

Aunque, la verdad, ¿para qué quiero ser libre en un mundo como este, lleno de miserias?

Lengua negra

Algún tiempo después del entierro del abuelo, mi padre me invitó a dar un paseo a caballo. Juntos llegamos hasta las colinas del norte, donde le había visto desaparecer cuatro años antes, cuando partió a guerrear contra los bárbaros.

Descabalgamos cerca de un gran roble al que solía venir a reflexionar en soledad, cuando tenía graves problemas. Decía que pensaba mejor cuando se aislaba y encontraba tranquilidad.

En una ocasión, tuvo que juzgar a uno de sus más fieles caballeros, acusado de haber matado a un campesino que, presuntamente, había intentado asesinarle por haber seducido a su hija. Mi padre pasó aquí un día entero, en busca de la verdad.

Por fin, cuando volvió al castillo, convocó al caballero, que se llamaba Vilchois, y le leyó su sentencia.

—No entraré a juzgar lo que has hecho con la hija de ese hombre ya que no es el motivo del juicio, pero te diré que lo que sabemos no te honra. Sin embargo, has matado a un campesino que estaba bajo mi protección y que me servía fielmente. Aseguras que lo hiciste en defensa propia... pero no tienes en cuenta que tú provocaste la ira de ese hombre al seducir vilmente a su hija. De haberte comportado con honor, ese hombre estaría aún vivo. Por eso, caballero Vilchois, te condeno a ocupar su lugar durante el resto de tu vida. Trabajarás sus campos, cuidarás de sus animales y entregarás todo el fruto de tu esfuerzo a la familia del campesino. Te entregarán una mínima parte de las ganancias para que puedas sobrevivir. Perdiste la cabeza y has perdido tu honor, Vilchois.

Aquella sentencia fue muy comentada por todo el reino. De todas sus obras, buenas o malas, seguramente sería la más recordada, a pesar de que Vilchois se colgó de una cuerda un año más tarde. No pudo soportar el deshonor de la sentencia.

—Royman, ahora que el abuelo ha muerto, debes prepararte para sucederme en el trono —dijo, ofreciéndome asiento al pie del árbol.

—Espero que queden muchos años para eso, padre. Todavía eres joven y conservas la salud.

—El tiempo es implacable y envejecemos más deprisa de lo que nos gustaría, hijo. Además, hay que contemplar la posibilidad de un posible accidente. Nadie vive eternamente y es sensato organizar el futuro. Y tú eres el porvenir de este reino. Por eso debes afrontar tu destino.

—¿Qué quieres que haga, padre? ¿Qué esperas

de mí?

—Tienes que aprender el arte de reinar. Tienes que aplicarte en esa disciplina que, te aseguro, es sumamente complicada. Pondré todos los medios a tu alcance, tendrás los mejores maestros y los más fieles consejeros. Aprenderás estrategias de guerra y serás un conocedor del arte de la lucha... Ya eres un buen cazador, pero debes aprender cuestiones relacionadas con la asignatura más difícil de todas...

—Supongo que te refieres a la guerra, ¿verdad, padre?

—No. Me refiero a la ciencia de conocer a las personas. Es más difícil conocer a la gente que te rodea que ganar una batalla. Si conoces y descubres lo que anida en su corazón, las ganarás todas. Así es como se ganan las guerras. Las estrategias militares son una gran ayuda, pero la esencia de todo está en conocer a fondo a las personas. Aquel que no sabe hacer buenos aliados y que no conoce bien a sus enemigos, está perdido.

Sus palabras me desconcertaron. Yo siempre había pensado que ganaba las guerras gracias a su extraordinaria habilidad en asuntos militares.

—Una de tus mejores y más difíciles pruebas la pasarás cuando tengas que elegir esposa. También tendrás que esforzarte en seleccionar a tus caballeros, a tus consejeros, a tus soldados... Eso es lo verdaderamente difícil.

—Encontrar esposa es fácil, padre —dije.

—No tanto como crees. Debes encontrar a la mujer adecuada. Si te equivocas, tu reino y tu vida correrán peligro.

—¿Cómo se hace eso, padre? ¿Cómo se acierta?

—Tus consejeros te lo enseñarán. Te advierto que es la asignatura más difícil de todas. A partir de ahora, debes fijarte en lo que hay debajo de ese envoltorio que es el cuerpo. Una persona bella no es necesariamente una buena persona. Escucha lo que dicen, analiza sus palabras, observa sus actos y valóralos. Nada de lo que ocurra a tu alrededor te debe pasar inadvertido.

—¿Cómo podré elegir a una buena esposa? ¿Qué debo buscar en ella?

—No busques una mujer que te adule; ni que te diga lo que quieras escuchar... Nunca creas a una mujer que te diga que eres el rey de su vida. Aplícalo a todos los que te rodean. Dentro de poco, cuando tomen conciencia de que vas a ser rey, te rodearán, te acosarán y te pondrán mil trampas para convencerte de que son más dignos que otros de estar junto a ti, al lado del trono. Pero, sobre todo, no permitas que nadie se acerque a la corona más de lo que debe. Ambos son tuyos y sólo tuyos y no los puedes compartir. Son como la vida, que no se puede poner en peligro ni se puede regalar. ¡Tu vida es tuya y de nadie más! Aprende eso y sobrevivirás.

—Te haré caso, padre. Pondré toda mi voluntad en aprender.

—Para que veas que lo que te digo es cierto, te voy a contar un secreto que casi nadie sabe. Es un asunto muy grave que también exige silencio por tu parte. Nadie, repito, nadie debe saber lo que te voy a contar.

—Te aseguro que nada de lo que me cuentes hoy saldrá de mi boca, padre.

—Es posible que hayan envenenado a tu abuelo —dijo con voz grave.

—¿Qué dices, padre? ¿Cómo es posible? ¿Cómo lo sabes?

—Serviano, nuestro médico, me ha hecho una extraordinaria revelación. El cadáver del abuelo mostraba signos inequívocos de envenenamiento. Curiosamente, el hecho de haber tenido un velatorio de dos días, ha ayudado a descubrir que su lengua se iba oscureciendo. Un indicio inequívoco.

—¿Quién le odia tanto como para llevar a cabo esa infame acción?

—No lo sabemos. Eso es lo que más me preocupa. Tenemos a alguien cerca de nosotros que nos quiere mal y no sabemos quién es. ¿Entiendes ahora a qué me refería antes?

Cerré los puños, lleno de rabia.

—Te prometo que los descubriré, padre. Dedicaré tiempo a...

—No seas imprudente. Nuestra ventaja es que el asesino no sabe que hemos descubierto su crimen. Todavía debe pensar que creemos que ha fallecido de muerte natural. Dejemos que siga pensándolo.

Mi padre acababa de demostrarme otra vez su gran astucia. Por eso se mantenía en el trono.

—Creo que alguien conspira contra nosotros para hacerse con la corona —añadió.

—¿Tienes alguna sospecha?

—Eso es lo peor de todo. Ni siquiera mis informadores me han avisado de nada. El traidor o los traidores están bien camuflados. Debemos estar atentos.

—Mantendré los ojos abiertos y la boca cerrada.

Me puso la mano sobre el hombro y me apretó contra su cuerpo.

—Ahora que el abuelo se ha ido, estamos solos,

Royman. Tú y yo. ¡Solos! Y sólo podemos confiar el uno en el otro.

Otra vez me asaltaron las dudas: ¿Debía comentarles todo esto a mis hermanos o no?

—Royman, tienes que olvidar a Sibila. Está comprometida con el príncipe Miliari. Ya sabes que su padre tenía previsto casarla con él. Es un trato que no se puede romper.

—Sí, padre. Te haré caso.

—Debes buscar esposa... Y pronto...

La cena

La gran sala está repleta de antorchas y velas que dan luminosidad a la cena que se está celebrando. En la mesa real, regida por el rey Marcus, y a cuyo lado se encuentra la princesa Ónica, están Zoltan, Torac y algunos caballeros.

Lo observo todo desde la punta de la mesa. Ónica ha insistido en mi presencia ya que quiere darme un reconocimiento público por haberla salvado de una muerte segura.

Ahora, junto a su padre, la veo feliz. Quizá esta noche consiga olvidar el salvaje acoso de Tronario.

Los músicos crean un buen ambiente y la alegría reinante contrasta con mi pena. El hecho de estar asediados y de saber que nuestras vidas corren peligro, ayuda a que los invitados sonrían, disfruten e intenten olvidar. La cerveza y el vino corren sin parar.

El rey Marcus se levanta y todo el mundo guarda silencio.

—¡Quiero celebrar esta noche el regreso de mi hija, la princesa Ónica! —exclama, con el semblante feliz—. ¡Y quiero agradecer públicamente la ayuda del joven príncipe Royman! No me cabe la menor duda de que ella está viva gracias a su intervención. Le debemos mucho. Y hoy, desde las murallas, nos ha dado una buena muestra de su valor. Seguro que Tronario no lo olvidará.

Todo el mundo aplaude. El recuerdo del dolor de Tronario hace que la gente se alegre.

—Pero, además, esta noche, quiero informaros de que tenemos la gran suerte de contar con la ayuda de un caballero milmort.

Ahora se hace un gran silencio.

—El valiente Zoltan ha accedido a mi petición de dirigir nuestro ejército. Dentro de unos días iniciaremos una extraordinaria ofensiva que consistirá en acabar con el asedio que estamos sufriendo. Ya hemos visto que ningún otro rey ha venido a ayudarnos. Nos encontramos solos, por lo que tenemos derecho a buscar ayuda allá donde se halle. Y ha venido de forma inesperada. También gracias a Royman —el rey hace una pausa para tomar un trago de vino—. ¡Os anuncio que el caballero Zoltan es, desde este momento, el general de mi ejército! ¡Y quiero que le rindáis toda vuestra obediencia!

Nadie se mueve.

—¡Por el general Zoltan! —grita el rey, alzando la copa con fuerza.

Algunos caballeros se levantan y vitorean sin demasiadas ganas. Entonces, la princesa Ónica se pone en pie.

—¿Acaso alguno de vosotros se cree más capacitado para dirigir nuestro ejército? —

pregunta, con voz indignada—. ¿Acaso os creéis mejores que nuestro caballero milmort?

Nadie responde.

—Pues os diré una cosa. ¡Creo que hemos tenido mucha suerte al conseguir la ayuda de este noble y valiente caballero! ¡Creo que si es capaz de desviarse de su camino para ayudarnos, debemos mostrarle nuestro agradecimiento!

Murmullos.

—¡Viva el general Zoltan! —grita Ónica.

Desganados, pero dispuestos a no disgustar a su princesa, los invitados se ponen en pie. Sin embargo, no dicen nada. Entonces, Zoltan se levanta y da un puñetazo en la mesa.

—¡No dirigiré a un ejército de cobardes! —exclama—. ¡Soy un caballero milmort y ya he restado más de ochocientas vidas a mi cadena!

—Por favor... —empieza a decir la princesa, intentando aplacar su furia.

—¡Renuncio a cumplir mi promesa! —exclama Zoltan, indignado—. ¡Buscaos a otro! ¡No quiero cabalgar con gente atemorizada!

—¡No! —grita el rey—. ¡Os exijo que cumpláis vuestro compromiso!

Zoltan está a punto de responder cuando doy un salto, me subo a una banqueta y gritó:

—¿Es que os creéis que por ser un milmort no merece vuestra confianza?

—Los milmort sólo piensan en sí mismos —grita un caballero—. ¡No nos fiamos!

—Son carroñeros —grita otro—. Sólo quieren matar para salvar su vida.

—Si quiere conseguir la gloria, que la busque en otro sitio —ruge un tercero—. No expondré mi vida.

Doy una patada y arrojo una copa de vino al suelo.

—¿Estáis locos? ¿Tan desagradecidos sois? ¿Acaso no veis lo que va a hacer por vosotros? ¿Quién se cree más capacitado para ganar una guerra que se eterniza por culpa de vuestra propia debilidad?

—Tronario es un gran enemigo —dice un caballero—. ¡Nadie puede con él!

—¡Zoltan es un gran guerrero! —argumento—. ¡Es el único que puede enfrentarse a Tronario! ¿No os dais cuenta de la suerte que supone tener a un milmort a nuestro lado? ¿Cuándo habéis oído algo semejante? ¿Cuánto pagarían otros reyes por tener a un milmort junto a él, en el campo de batalla?

Noto que mis palabras están calando en la mente de los asistentes cuando veo que algunos asienten con la cabeza.

—¡Yo os digo que si perdéis esta oportunidad, acabaréis siendo esclavos de Tronario! —afirmo con rabia—. ¡Y os lo habréis merecido!

Ónica se sube a mi lado y levanta el brazo armado, enardecida.

—¡Si vosotros no vais, yo iré! —exclama—. ¡Yo seré su ejército!

—¡Y yo! —grito—. ¡Iremos solos y venceremos a Tronario!

Algunos caballeros murmuran entre sí.

—¡Viva el general Zoltan! —grita Torac, aprovechando la indecisión de los hombres de Marcus.

—¡Por nuestro honor! –grita Ónica—. ¡Viva el general Zoltan!

—¡Viva el general Zoltan! –gritan todos, animados por el arrojo de la princesa—. ¡Viva el general Zoltan!

—¡Por la victoria! –grita el rey.

—¡Por la victoria! –grito.

Zoltan está asombrado. Si hace un momento estaba dispuesto a renunciar, ahora daría cualquier cosa por cumplir la promesa.

—General Zoltan... ¿Contamos con vos? –pregunta el rey Marcus.

Zoltan levanta su copa y dice:

—¡Acabaremos con Tronario y con su ejército! ¡Victoria o muerte!

El clamor inunda la sala. Todas las gargantas, sin excepción, repiten el grito de victoria de su general.

—¡Victoria o muerte!

El ardor recorre todos los corazones. Esta noche nadie duda de que la victoria sea posible.

Ónica me lanza una mirada de agradecimiento.

De repente, me entran unas tremendas ganas de besarla. Es como si algo que está dormido en mi interior se despertara.

—Te has portado como un gran jefe –dice ella, acercándose.

—He hecho lo que tenía que hacer. No podía quedarme de brazos cruzados.

—Serás un gran rey cuando llegue el día.

—Si es que llega. De momento, me tengo que conformar con ser un esclavo.

—¡*Perro!* –grita Zoltan—. ¡Ven aquí!

Corro a atenderle.

—No creas que tus palabras te devolverán la libertad –dice—. Seguirás siendo mi esclavo.

—Lo sé, mi señor... No obstante, me gustaría pedirlos un favor...

—No hago favores a mis esclavos –responde mientras da un gran trago de vino—. Además, no pienses que he olvidado que abusaste de mi confianza y que escapaste. Me robaste caballos y las espadas milmortianas. No me fío de ti.

—Este joven ha hecho algo extraordinario esta noche –dice el rey—. No debemos olvidar que ha despertado las ganas de luchar en nuestros hombres. Eso se merece un premio, por pequeño que sea.

—Demuestra que eres generoso, amigo Zoltan –dice Torac—. No pierdas esta oportunidad.

—Está bien, *Perro*, di qué deseas.

—¡Luchar a vuestro lado! ¡Con la espada milmortiana!

—¡Un esclavo no lucha al lado de su señor!

—Un esclavo tampoco apoya a su señor –dice Ónica—. ¡Y él lo ha hecho!

Zoltan escucha imperturbable las palabras de la princesa.

—Ya. Supongo que tú también querrás usar una espada milmortiana, ¿verdad?

—Sí, general –responde la princesa—. Quiero luchar a vuestro lado. Quiero

participar en la liberación de mi reino. Tres espadas milmortianas en acción son mejor que una.

—Os cederé la mía —dice Torac—. Ya que yo, como sabéis, he renunciado a luchar.

—Está bien —accede Zoltan—. Os concedo el derecho a luchar a mi lado.

—Gracias, mi señor —digo—. Os aseguro que no os arrepentiréis.

—Y yo te garantizo que si me engañas, lo lamentarás. No permitiré una nueva traición.

—No la habrá, os lo aseguro.

—General —dice uno de los hombres que se han opuesto a su nombramiento—. Quiero presentaros mis respetos... Y estos caballeros también.

Zoltan hace un gesto que me indica que debo alejarme mientras atiende a los caballeros que están deseando hablar con él de asuntos de guerra.

Ónica y yo nos alejamos.

—Ven, quiero enseñarte algo —dice ella—. Algo especial.

Subimos la escalera y llegamos a lo alto de la torre, donde ondea el estandarte real, junto a una antorcha.

—Mira... Allá, a lo lejos... Mira el horizonte...

—¿Qué hay que ver? —pregunto.

—Es el límite de mi reino. Algún día seré reina...

—¿Y?

—Necesitaré un rey.

Cruzamos una intensa mirada.

—Yo tengo que vengar a mi familia —replico—. Además, tengo otros planes.

—Podemos hacer algo grande si estamos juntos —dice ella, acercándose—. Eres el rey que necesito.

—Es que... Hay algo que no te he dicho...

—¿Qué secreto es ese?

—Creo que mi corazón está ocupado por otra mujer —le confieso—. Tengo algunos recuerdos que me inquietan.

—¿Qué clase de recuerdos?

—¿Tú no tienes recuerdos oscuros?

—Claro, como todo el mundo —dice Ónica—. Pero eso no impide que piense en el futuro.

—Si hay algún futuro que me interese, es el de ser un milmort. Quiero alcanzar esa gloria de la que hablan. Dicen que recuperas la memoria y que vuelves a ser tú mismo.

Unimos nuestros labios en silencio y nos fundimos en un beso. Cierro los ojos y me abandono a la pasión. Durante unos minutos me siento otro y dejo volar mi imaginación. Sin embargo, no puedo acallar en lo más profundo de mi ser la voz que me llama y me recuerda que hay otra mujer en mi vida. Una mujer que tiene otro rostro, otra voz, otro nombre. Y que, posiblemente, está en otro mundo que no es Mort...

Segunda Parte

Pacto de sangre

La ausencia del abuelo nos había dejado a todos en un penoso estado de soledad. Acostumbrados, como estábamos, a su compañía, nos sentimos huérfanos.

Y eso se notó en la vida diaria, en lo cotidiano, en lo más simple.

A pesar de su abatimiento, mi padre estaba muy entregado a la búsqueda silenciosa de los asesinos del abuelo. Pero no avanzaba.

La reina pasaba días enteros ante el mausoleo, esperando algún vestigio de vida. Me enteré de que ella había dado orden, años atrás, de que las puertas no se cerraran y de que siempre, día y noche, hubiera vigilancia.

—¿Qué hace madre tanto tiempo ante el mausoleo? —preguntó Gwendlin, un día en que volvíamos de caza, mirándola de lejos—. Hace frío. Pasa ahí muchas horas. Va a enfermar.

—Deberíamos hablar con ella —propuse—. Podemos quedarnos en su lugar.

—No hace falta que se quede nadie —insistió Gwendlin—. No hay nada que hacer ahí.

—Si Royman piensa que es mejor así, yo le apoyo —dijo Wolfort—. Propongo que le hagamos caso.

Gwendlin no respondió y asintió en silencio. Siempre aceptaba las propuestas de Wolfort.

Terminamos de cenar, nos abrigamos y nos armamos. Después, fuimos directamente al mausoleo y me acerqué a la reina que estaba junto a una hoguera que su fiel criada iba alimentando. Verla ahí, sola y acurrucada al lado de la fogata, me hizo estremecer.

—Madre, venimos a relevarte —le dije—. Ve a descansar, nosotros nos quedaremos aquí.

—No puedo abandonarle —advirtió—. ¡No voy a dejarle solo!

—Te juro por nuestro honor que estaremos atentos —insistí—. Si ocurre algo, te llamaremos. Nosotros también estamos preocupados. Puedes ir tranquila.

Se quedó pensando unos segundos.

—Volveré al amanecer —prometió—. Pero no os descuidéis. Puede que sólo tenga fuerzas para gemir. Imaginaos lo que pasaría si no lo escucháis.

—Si hace algún movimiento, por muy pequeño que sea, lo oiremos —le aseguró Sibila, abrazándola—. Descansad tranquila. No nos moveremos de aquí hasta que volváis, mi señora.

Las palabras de Sibila le dieron la confianza que necesitaba. Se levantó lentamente y se abrigó con la gran capa. Acompañada por su guardia personal y su dama de compañía, se dirigió hacia la torre.

—La cuidaré —prometió la sirvienta.

—¡No os descuidéis! —pidió la reina, mientras se alejaba.

Cuando nos quedamos solos, nos sentamos ante la puerta, cerca de la fogata.

—No lo entiendo —dijo Gwendlin—. No sé qué hacemos aquí. ¿Por qué madre quiere estar cerca del abuelo si ya está muerto?

—Le quería mucho y le recuerda a su padre —le respondí—. Ella sólo quiere estar cerca de él.

—¿Teme algo? —preguntó Wolfort—. ¿Teme que profanen su tumba?

—Teme algo peor —dijo Sibila.

—Me parece que vosotros sabéis algo que no conocemos —dedujo Wolfort—. Deberíais tener confianza en nosotros y contarnos vuestro secreto.

—No os perdonaremos nunca que nos ocultéis algo —nos advirtió Gwendlin, muy ofendida—. No puede haber secretos entre hermanos.

—Tampoco podemos incumplir una promesa —respondió Sibila—. Nuestro corazón está dividido. No queremos ocultaros nada, pero hemos dado nuestra palabra.

—Si habéis empeñado vuestra palabra en un compromiso que os obliga a guardar un secreto con nosotros, creo que no debisteis hacerlo —soltó Wolfort, en tono de reproche—. Esto nos divide y nos autoriza a Gwendlin y a mí a guardar los secretos que queramos. Nunca confiaremos en vosotros.

Sibila y yo cruzamos una mirada rápida. Sabíamos que Wolfort tenía razón. Era la primera vez que algo nos separaba.

Wolfort y Gwendlin me miraron sin decir nada. Acababan de dejar la decisión en mis manos. Estaba claro que no iban a olvidar el asunto.

—Voy a hacer una ronda —dije para ganar algún tiempo—. Ahora vuelvo.

Cogí mi espada, me envolví en la capa y me alejé del fuego; el frío arreciaba. Me adentré en la oscuridad que nos rodeaba dando vueltas a las palabras de Wolfort. Sin duda, tenía razón. Si no confiaba en ellos, algo se iba a romper. Después de todas las promesas de fidelidad que nos habíamos hecho, los secretos que estaban en mi mente y en la de Sibila eran una gran traición.

—Espera —dijo Sibila, acercándose—. Te acompaño.

—¿Qué opinas de lo que han dicho nuestros hermanos?

—Por eso he venido a verte. Tienen razón. Hay que tomar una decisión.

—Y hay que tomarla pronto —dije—. Si la desconfianza se instala entre nosotros, nunca volverá a restablecerse nuestra amistad. Nos separará

—Pero has dado tu palabra a tu padre.

—Creo que si se lo cuento a Wolfort y a Sibila no traicionaré mi palabra —afirmé—. Ellos son yo. Los cuatro somos lo mismo.

—Sin embargo, hay algo que te inquieta, ¿verdad?

—Mi padre me ha pedido que vaya buscando esposa —dije de repente—. Quiere que

elija a la que va a ser mi reina.

Sibila se quedó paralizada.

—He pensado en ti —dije—. Quiero que seas mi reina.

No respondió. Estaba más asustada que yo. Creo que hice la propuesta de matrimonio en el momento y en el lugar más inadecuado.

—Ya sabes que no puede ser —dijo un poco después—. Miliari vendrá un día a reclamarme.

—Vayamos a hablar con ellos —dije—. No conviene que piensen que los apartamos de nuestras vidas. Ven...

Un poco después, nos sentábamos junto a nuestros hermanos. Acerqué las manos al fuego y recuperé la templanza.

—Os lo voy a contar todo. Ya sabéis que he dado mi palabra de honor, pero creo que debí explicar que cualquier cosa que yo sepa la compartiré con vosotros. Somos cuatro hermanos y ningún secreto se interpondrá entre nosotros. Escuchad...

El crepitar del fuego acompañó mis palabras. Con cada chispa, iba desgranando los secretos que me separaban de ellos. Relaté con todo detalle la historia de la reina y su padre, y expliqué los motivos que nos habían llevado allí esa noche. También confesé la conversación secreta que había mantenido con mi padre, al pie del árbol.

De esta manera, mi corazón se sintió aliviado. Descargué todos los secretos que guardaba en él y me sentí en paz.

Cuando terminé de hablar, Wolfort se levantó y me abrazó.

—Hemos recuperado a nuestro hermano —dijo, lleno de alegría—. ¡Royman ha vuelto a nosotros!

Gwendlin se unió a nuestro abrazo.

—¡Me alegro mucho de que vuelvas al grupo! —dijo—. He tenido miedo de perderte.

Agarró a Sibila de la mano y la atrajo hacia nosotros.

—¡Somos cuatro, somos uno! —dijimos todos a la vez—. ¡Somos cuatro, somos uno!

Entonces, Wolfort sacó su daga y dijo:

—Haremos un pacto de sangre que nadie podrá romper. Ahora estaremos unidos como verdaderos hermanos.

—Eso está bien —dijo Gwendlin—. Fortalecerá nuestra amistad.

—¡Extended las manos! —casi ordenó Wolfort—. ¡Somos cuatro, somos uno!

Rasgó nuestra carne, unimos las heridas y nuestra sangre se mezcló. ¡Ahora ya éramos hermanos de sangre!

—¡Nada nos separará! ¡Ningún secreto se interpondrá entre nosotros! —exclamó Wolfort—. ¡Somos hermanos!

—¡Somos hermanos! —gritamos los cuatro a la vez—. ¡Somos hermanos!

En ese momento, el sol despuntó tras las montañas y empezó a clarear.

Ataque por sorpresa

Desenfundo la espada milmortiana y espero órdenes.

A mi lado, la princesa Ónica, ataviada con una armadura, también empuña su arma. Nos miramos en silencio. No es momento de hablar; es la hora de luchar.

Un poco más adelante, Zoltan levanta el brazo derecho para dar la señal de ataque. Todo el mundo está muy nervioso. Llevamos horas preparándonos, en silencio, con disciplina, con miedo. Sólo el fragor de la batalla podrá aliviar la tensión.

Zoltan baja el brazo en silencio y las espuelas se clavan en los flancos de los caballos. Todos avanzamos al mismo ritmo, despacio, sin aspavientos y sin hacer ruido. Contamos con que el enemigo no ha visto que hemos bajado el puente levadizo. Marchamos al unísono, sin pérdida de tiempo, con decisión. Nada de estandartes, sólo armas. Lanzas, hachas, espadas. Y la resolución de triunfar.

Desde las almenas, los arqueros, que están ocultos, han preparado aljabas de flechas y están listos para usarlas. El rey, desde lo alto de la torre, observa con atención cómo sus soldados, ahora convertidos en sombras oscuras, salen del castillo para iniciar el combate mortal y definitivo. Si algo sale mal, las cosas se complicarán mucho. Por eso, debemos actuar con precisión.

Amparados en la oscuridad, nos colocamos a lo largo de la muralla. Un poco después, antes de que la luz la ilumine y nos haga visibles a los ojos de los enemigos, estamos listos para lanzarnos al ataque.

Para favorecer la sorpresa, Zoltan ha renunciado al discurso habitual con el que los jefes suelen arengar a sus tropas antes del combate. Sólo tiene que dar una orden para que el infierno se desate. En el campamento enemigo todo está tranquilo. Apenas unos centinelas somnolientos están en pie, ajenos a lo que se les viene encima.

Estoy intranquilo y ansioso por entrar en acción, aunque no dejo de pensar en Ónica. No obstante, estoy seguro de que se valdrá sola.

El general Zoltan levanta nuevamente el brazo derecho y aguarda a que sus oficiales lo vean. La espera crea tensión entre los hombres.

—¡Al ataque! —grita, sabiendo que corre el riesgo de ser oído por los centinelas enemigos. Pero da igual. La ofensiva es imparable.

La caballería se pone en marcha como un solo hombre. Los cascos de los caballos golpean el suelo y lo hacen temblar.

Los centinelas enemigos se sienten tan sorprendidos que se niegan a creer lo que sus propios ojos están viendo. Pero la realidad es que doscientos caballeros, montados en

potentes corceles de guerra, empuñando peligrosas armas, se abalanzan sobre ellos, dispuestos a pasarles por encima y a arrasarlo su campamento.

—¡Alarma! —grita uno—. ¡Nos atacan!

Otro toca el cuerno y los demás empiezan a gritar sin orden ni concierto mientras nuestra caballería recorre la corta distancia que la separa de ellos.

Sus gritos sirven de poco. Los hombres de Tronario duermen a pierna suelta y los que escuchan los avisos de alarma no los reconocen. Es una tropa mal entrenada e indisciplinada que tarda más de la cuenta en reaccionar.

Cuando se deciden a salir de las tiendas, se hallan rodeados de jinetes que golpean sin cesar todo lo que se mueve. Su campamento se ha convertido en un matadero. Casi no pueden responder al asalto que, por otra parte, está bien planificado. Zoltan ha creado una estrategia perfecta que consiste en caer sobre ellos cuando están más indefensos; aislar a los caballos y erigir una barrera entre la tropa y los oficiales. Y nada de prisioneros para que cada soldado pueda luchar sin detenerse a vigilar a los que se rinden. Por eso, los que deponen las armas corren despavoridos y abandonan el campo de batalla esperando salvar su vida.

Envalentonado por la experiencia anterior, lucho a brazo partido y manejo la espada milmortiana como un auténtico maestro. Mi ánimo ha alcanzado la máxima temperatura. Cada golpe es un acierto y cada espadazo significa una nueva víctima.

Cerca de mí, la princesa Ónica se siente más fuerte que nunca. Siempre ha tenido inclinaciones guerreras, pero ahora, en esta batalla, está pletórica.

El plan se está llevando a cabo a la perfección. Cada uno sabe muy bien lo que tiene que hacer y ejecuta su parte de manera precisa e implacable.

El campamento de Tronario está siendo arrasado. Nuestra infantería avanza a buen ritmo y nos está alcanzando. Dirigida personalmente por el rey Marcus, remata todo lo que los jinetes han dejado con vida y liquida la poca oposición que queda.

Al final, los hombres de Tronario optan por retroceder. Apenas oponen resistencia debido a que reciben pocas órdenes de sus oficiales. Tronario se ha equivocado al agrupar a sus generales cerca de su tienda, en lo alto de la colina, lejos de sus tropas. Pero, sobre todo, ha cometido el gran error de anunciarlo poniendo estandartes en las tiendas para evidenciar la gran separación que existe entre los jefes y sus soldados. Y Zoltan, que lo había observado con atención, se ha aprovechado de ello. A veces, el enemigo es tan prepotente que, sin darse cuenta, muestra sus puntos débiles.

Tronario, a lomos de su dragón, empieza a comprender las consecuencias de su grave equivocación.

—¡Maldito milmort! —exclama—. ¡Ahora vas a pagar caro lo que has hecho!

Varias columnas de humo y la gran espantada de sus hombres le confirman que ha caído en una trampa de grandes dimensiones.

—¡Atacad el castillo! —ordena a los dragones que le acompañan—. ¡Es la única forma de cambiar el rumbo de esta tragedia!

Su idea es buena, pero no ha contado con que esperábamos esta reacción. Y es que Tronario no sabe que Zoltan ha previsto su resistencia. Por eso, cuando los dragones se

acercan a las murallas, son recibidos por una andanada de proyectiles de todo tipo que los derriba. Piedras, lanzas, flechas... Todo lo que puede ser arrojado contra ellos es disparado con gran puntería.

Tronario observa, enfurecido, el desastre de su flota de dragones.

Más abajo, divisa a Zoltan, que encabeza la expedición. Lo reconoce desde lejos. Ningún otro caballero es capaz de crear tanto alboroto a su alrededor.

Se dirige hacia él, convencido de que, desde su posición, le costará poco aniquilarle. Enarbola su lanza y se dirige en picado hacia el culpable de toda aquella mortífera debacle.

—¡Zoltan! —grito, para avisarle del peligro—. ¡Zoltan!

Pero mis llamadas son inútiles. El fragor de la batalla es demasiado intenso para que una voz pueda ser escuchada.

Nada impide a Tronario colocarse a pocos metros de Zoltan, sobre su cabeza, con su lanza de oro lista para ser arrojada.

El dragón ensombrece la figura de Zoltan que oye los aleteos del animal y levanta la cabeza para descubrir que su vida está en peligro.

Aterrado, Zoltan ve que todos sus esfuerzos y victorias no van a servir de nada. Es posible que haya llegado al final del camino. Es probable que nunca pueda subir a ese monte del que tanto habla.

En vista del terrible peligro, me dirijo hacia Zoltan, espada en mano, lanzando gritos de guerra.

—¡Tronario! ¡Cobarde! ¡Ven a por mí!

Pero el príncipe invasor está ciego de ira y ya no escucha nada. Tiene todos los sentidos puestos en Zoltan. Es lo único que le interesa.

Sin embargo, nuestro jefe se dispone a vender cara su vida. A golpe de espada, trata de alejar las garras afiladas del dragón.

Tronario apura al animal y le obliga a acercarse más. Quiere atraparlo con las garras, llevarlo hasta las nubes y soltarlo, igual que hacen las águilas con los carneros, igual que hizo aquel dragón con mi hermana Gwendlin.

Entonces, tomo una decisión rápida: agarro una lanza clavada en el suelo y la arrojo con todas mis fuerzas hacia Tronario. El arma le alcanza y se clava en su cuerpo, haciéndolo temblar y retorcerse. La sangre mana y se desparrama sobre el animal, que también grita, como si la herida la hubiese sufrido él.

Tronario, gravemente herido, se arranca la lanza, hace girar al dragón y se aleja volando lo más rápido posible, abandonando su propio ejército a su suerte.

Zoltan ha vuelto a renacer y yo he enfurecido por segunda vez a Tronario. Espero que no haya una tercera, y si la hay, que sea la última.

Malas noticias

El abuelo Derek llevaba tres años muerto pero le seguíamos echando de menos. Hablábamos de él como si todavía estuviese vivo y solíamos visitar su tumba de forma regular.

Yo no se lo dije a nadie, pero su ausencia me resultaba insoportable. Habría dado cualquier cosa por poder hablar con él y compartir mis problemas, que no dejaban de aumentar. Algunas noches llegué a soñar que volvía del Abismo de la Muerte sólo para abrazarme y darme alguno de esos sabios consejos suyos. Eran sueños tan intensos que parecían reales.

A pesar de las sospechas de que lo hubieran maldecido y envenenado, y de que mi padre siguiera con las pesquisas, jamás encontramos una sola pista que confirmara nuestros recelos.

—Hemos investigado a todos los brujos y hechiceros que conocemos, pero ninguno admite haber hecho nada —me explicó una noche—. A estas alturas estoy convencido de que no es posible que alguien le haya matado. Ha tenido que ser de muerte natural. No hay otra explicación. A menos que el culpable haya muerto o huido.

—Eso es difícil de creer, padre. Muy difícil. El abuelo estaba sano.

—A veces, la naturaleza es caprichosa y se ensaña con los más justos.

Lo cierto es que estábamos sumidos en la confusión. No teníamos ninguna pista y lo peor es que no dejábamos de especular sobre algo que no había dejado ningún rastro. La lengua negra era nuestro único indicio.

—Si sigues así, te volverás loco —me advirtió Sibila—. Tu abuelo ha muerto, y no puedes hacer nada para remediarlo. Eso es lo único que cuenta.

—No, lo único que cuenta es que no sé por qué ha muerto. No sé lo que ha ocurrido y eso me martiriza. Me siento culpable. Debí protegerle mejor.

—¿Cómo podías imaginar que iba a pasarle algo así? No debes pensar que tienes la culpa.

—Todo me va mal... Estoy desesperado. Mi abuelo ha muerto y nosotros seguimos separados por los compromisos de nuestros padres.

—Por favor, Royman, no hables así, que me partes el corazón. Debemos afrontar nuestro destino.

—No puedo hablar de otra forma. Cada día estoy más solo.

—Debes hacer caso a tu padre y pensar en buscar esposa —me recomendó—. Debes pensar en casarte,

Royman.

—¿Es eso lo que quieres? ¿De verdad quieres que elija una mujer con la que casarme? ¿Cómo puedes pedirme eso?

—¡Ya sabes que nuestros destinos están marcados!

—¡Pues cambiémoslos! ¡Cambiemos el rumbo de nuestras vidas!

—¡No podemos! ¡No nos dejarán! ¡El príncipe Miliari va a venir para reclamar mi mano a tu padre! ¡Llegará la próxima primavera!

Me quedé paralizado por la sorpresa. Sus palabras me dejaron desorientado.

—¿Desde cuándo lo sabes? ¿Por qué no me has dicho nada? ¿Por qué no me has avisado?

—Eso no importa. Lo que cuenta es que hemos crecido y debemos afrontar lo que nos espera. Ya tenemos edad para comportarnos como adultos.

—Sí, yo me casaré con una mujer a la que no amo, tú te desposarás con ese príncipe al que no conoces y seremos desgraciados el resto de nuestras vidas.

Sibila no respondió. Con sus lágrimas explicaba mejor que con palabras lo que pasaba en su corazón.

—Lo siento, perdóname —me excusé—. Lo lamento mucho.

Desde aquel día las cosas cambiaron entre nosotros. Ya no había miradas furtivas, ni roces, ni ilusión. Nos comportábamos como hermanos.

Entonces, para agravar aún más las cosas, un día llegó un mensajero con malas noticias.

Esa noche, después de la cena, mi padre reunió en secreto a toda la familia en el gran salón.

—Tengo malas noticias, Sibila —anunció—. Tu tía Lucrecia, la regente de tu reino, ha enviado un mensaje que me inquieta mucho y que debo leerte. Te advierto que lo que vas a oír no te va a gustar.

—Soy fuerte y soportaré las peores noticias —dijo ella, con gran entereza.

—Para facilitarte las cosas, en vez de leer, te lo contaré con mis propias palabras... Verás, últimamente han ocurrido cosas muy desagradables en Langan. Han aparecido bandas de ladrones y profanadores que se han dedicado a saquear las tumbas...

Sibila y los demás acusamos el golpe. Supimos inmediatamente que algo grave había pasado.

—¡Han mancillado las tumbas de tus padres! —dijo el rey, sin más rodeos—. Han robado todo lo que han podido y han sacado los sarcófagos con sus restos a la luz. Lo siento, Sibila... Lo siento mucho.

Ella apretó los labios pero se mantuvo entera. Se levantó y se acercó a la chimenea, quizá buscando el calor de las llamas.

—¿Dónde están los cuerpos de mis padres ahora?

—Están a resguardo. Aunque no sé en qué estado.

Sibila tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar.

—¿Han detenido a los miserables que han hecho eso? —preguntó.

—Han buscado por todas partes, pero no los han encontrado...

—¡Yo lo haré! —exclamó Sibila—. ¡Los encontraré y los castigaré como se merecen! ¡Pagarán caro lo que han hecho!

—He pensado en enviar una expedición al mando del caballero Mardof —dijo el rey.

—¡Quiero ir en esa incursión! —solicitó Sibila—. ¡Se lo debo a mis padres!

—Es mejor que te quedes aquí...

—¡Iré, aunque sea sola! ¡Debo hacerlo, mi señor!

El rey esperó un poco. Sibila estaba furiosa y no era el mejor momento para discutir.

—Padre, dame el mando de esa patrulla —le pedí—. Sibila es mi hermana y debo ayudarla a recuperar la paz. Debe ser vengada y me ofrezco para ello. Por favor, padre...

—Es una locura. Ni siquiera eres caballero.

—Es mi oportunidad de demostrar que merezco serlo. Si he de ser rey algún día, conviene que todos sepan que no me quedo de brazos cruzados cuando atacan a mi familia. Te lo ruego, padre.

El rey miró a mi madre, en busca de consejo.

—Eres muy joven —dijo la reina—. Es un trabajo para un caballero más curtido, como Mardof.

—Nunca me endureceré si me quedo en casa —repliqué—. Madre, necesito tu apoyo. Necesito que me permitas...

—¡Concedido! —dijo mi padre—. Tienes mi permiso. Dirigirás la expedición. Pero Mardof os acompañará. Estará bajo tus órdenes y escucharás sus consejos en caso de peligro

—¿Y yo? —preguntó Sibila.

—Irás con ellos. Iréis juntos a poner orden en tu reino. Al fin y al cabo, algún día serás reina y debes afrontar tus obligaciones. Partiréis dentro de dos días.

—Prepararé mis cosas —dijo Sibila—. Me llevaré a Almaria, mi dama privada —añadió—. Me hará falta. Creo que va a ser un viaje duro.

La reina se levantó, inclinó la cabeza ante mi padre y salió de la estancia en silencio. Su enfado era evidente.

Liberación

La batalla ha terminado. La mayoría de los hombres de Tronario han huido, otros están muertos y el resto ha sido hecho prisionero.

—He cumplido mi compromiso, rey Marcus —dice Zoltan al rey—. Ha llegado la hora de irme.

—Te llevarás nuestro agradecimiento —responde el monarca, mirando el campo de batalla, sembrado de cadáveres y heridos—. Te lo mereces. Gracias a ti volvemos a ser libres. Espero que hayas conseguido lo que buscabas.

Zoltan no quiere reconocer que ha eliminado muchos eslabones de su collar, pero le noto satisfecho. Cruza una mirada de complicidad con Torac.

—Ha ganado mucho —dice el antiguo milmort—. Ha ganado la batalla para vos y ha obtenido mucho para él.

—Me siento bien pagado —responde Zoltan—. Creo que ha valido la pena. Ha sido una gran experiencia que me ha servido de mucho.

—Sabemos que eres un hombre de honor, caballero Zoltan —añade el rey—. Dejas aquí un buen grupo de amigos. Pondremos tu nombre a este campo, en tu honor. Te lo mereces.

—No estaré mucho tiempo en este mundo —dice Zoltan—. No creo que nadie se acuerde de mí dentro de un tiempo. Pero no me importa. Lo que busco está en otro sitio.

—Nunca te olvidaremos, amigo Zoltan —dice Ónica—. Creo que nos hemos librado de Tronario. Por lo menos, de momento.

—No hay rastro de él —confirмо—. Se ha escapado. Estoy seguro de que está gravemente herido.

—Los que lo han visto huir aseguran que se tambaleaba sobre el dragón —añade un caballero—. Puede que muera en breve.

—No os hagáis ilusiones —dice Zoltan—. Esa gente no muere nunca. Cuando parece que están a punto de caer en el Abismo de la Muerte, vuelven a la vida. Suelen tenerle un gran apego.

—En cualquier caso, hemos ganado la batalla, mi señor —afirmo—. Ha sido una gran victoria.

—Nos habéis liberado de una amenaza terrible, caballero Zoltan —dice Ónica—. Merecéis un homenaje.

—Os lo agradezco, pero no puedo perder más tiempo —replica Zoltan—. He conseguido lo que quería y deseo partir hacia el Monte Milmort.

—¿Cuándo partimos, mi señor? —pregunto.

—Tú te quedas —responde el milmort—. Me has salvado la vida y yo te recompenso con la libertad. Puedes quitarte ese collar de esclavo. Eres libre, príncipe Royman.

Le miro con enorme agradecimiento. Sé que mi acción merece una recompensa pero, sabiendo lo implacables que son los milmorts, nunca hubiera imaginado este extraordinario regalo.

—¿De verdad soy libre?

—Completamente. No sería un hombre de honor si no fuese capaz de premiar la generosidad. Y tú te has comportado con honestidad. ¿Por qué me has salvado la vida sabiendo que, si moría, serías libre?

No soy capaz de explicarme. En realidad, no quiero reconocer que, durante estos días, se ha ganado mi respeto y mi corazón. A pesar de que él y sus dos amigos han tenido que ver con la muerte de mis padres y de mi hermana. Curiosamente, ya no les hago responsables. Sé que en Mort las cosas son así. Aquí no puedes echarle la culpa a nadie de una muerte. Aquí se muere por principio. En un mundo en el que nada crece, en el que no nacen niños, en el que la vida tiene poco valor y el futuro no existe, no puedes esperar nada.

Torac abre el candado de mi argolla y me libera.

—Ya no eres un esclavo, amigo Royman —dice—. Eres un ser libre que puede hacer lo que le plazca.

—Quizá, mi señor Zoltan, es que siento admiración por los milmorts —respondo—. Quizá, mi señor, es que me gustaría ser un milmort.

Zoltan sonríe.

—¿Sabes lo que eso significa? ¿Sabes que los milmorts renuncian a todo en esta vida para conseguir una gloria que es incierta? Tendrás que salvar tu vida mil veces sabiendo que todos los que se crucen contigo querrán tu vida y tú la suya. La cabeza de un milmort es un trofeo muypreciado por estos lares. Nos odian porque hacemos cosas que ellos no se atreven a hacer.

—Aun así, deseo ser un milmort.

—¿Sabes que cada vez que consigas matar a alguien, sentirás su muerte en tu propio cuerpo? Te aseguro que se sufre mucho, pero también te diré que es la única forma de recuperar lo que has perdido. Es la única manera conocida de rellenar el vacío que todos tenemos en Mort. Ese vacío horrible e insufrible que no nos deja dormir tranquilos y que inquieta nuestros días.

—¿Cómo puedo ser un milmort? ¿Qué debo hacer?

—Debes buscar el Templo Milmortiano. Entra en él y di lo que pretendes, quizás te lo otorguen.

—¿Dónde está ese templo?

—Pregunta a los guardianes, quizá ellos quieran informarte. No puedo decirte más. Pero está lejos. Ni siquiera figura en los mapas. Sólo los guardianes pueden indicarte el camino.

Grabo en mi memoria las breves instrucciones de Zoltan. Ahora sé que si quiero

recuperar todo lo que he perdido en la vida, debo convertirme en un caballero milmort. En un feroz caballero milmort.

—Gracias, caballero Zoltan —digo, alargando la mano—. Os agradezco vuestras explicaciones.

—Y nosotros valoramos vuestra ayuda en lo que vale —añade Ónica—. Nunca os olvidaremos.

—Defended lo que es vuestro a muerte —aconseja—. No dejéis que os quiten lo que os pertenece. Es lo peor que os puede ocurrir. Adiós.

Zoltan y Torac se dan un fuerte abrazo de despedida.

—Que tengas suerte, amigo —le desea Torac—. Espero que consigas lo que yo no he sido capaz de alcanzar.

—Me acordaré de ti y de Croax cuando alcance esa maldita cima —asegura Zoltan—. Habéis sido buenos compañeros de viaje.

—¡Consíguelo, Zoltan! ¡Consíguelo por nosotros! —exclama Torac con emoción—. ¡Alguien tiene que lograrlo!

—Te aseguro que lo intentaré con todas mis fuerzas —promete Zoltan, separándose—. ¡Me dejaré la piel en el empeño!

Nos despedimos de él sabiendo que, quizá, nunca volvamos a verle. Un milmort nunca regresa sobre sus pasos. Y si consigue alcanzar la cumbre del Monte Milmort, entra en la leyenda.

Zoltan se une a sus sirvientes que le están esperando y se aleja. Poco después, es un punto casi invisible en la línea del horizonte.

—¿Qué vas a hacer, Royman? —me pregunta Ónica—. ¿Cuándo te marcharás?

—Mañana —respondo—. Hoy consultaré algunos mapas y me prepararé para el viaje.

—Te daremos todo lo que necesites —dice el rey.

—Yo te acompañaré —se ofrece Torac—. Te pondré sobre la pista del Templo Milmortiano. Además, debo ir a devolver mis atributos. Y los de Croax.

—¿Devolverás las espadas?

—Las espadas, los escudos y lo que queda de las cadenas, si las quieren —responde—. Yo no quiero saber nada de todo esto. Me ha hecho vivir un infierno y quiero olvidarlo. Me conformaré con vagar en este mundo como una sombra.

—¿También lo de Croax?

—Lo llevo todo en las alforjas —explica Torac—. Debo cumplir esa misión. Aunque debo advertirte de que no estoy seguro de encontrar el camino. Es posible que lo haya olvidado. Hace demasiado tiempo que estuve allí...

—Majestad, necesitaré un caballo, armas y provisiones —digo.

—Cuenta con ello —replica el rey, con voz cansada—. Te has ganado nuestro agradecimiento. En buena parte, el éxito de esta lucha es tuyo.

—La batalla ha terminado para nosotros —dice Ónica—. ¡Por fin!

Ahora es el turno de los carceleros, enterradores y cirujanos.

Volvemos al castillo donde nos aseamos y recuperamos las fuerzas y, esa misma noche, me despido de Ónica.

—Mañana partiré en busca de ese Templo Milmortiano —le digo—. Ha llegado la hora de separarnos.

—Te deseo que lo encuentres —dice la princesa—. Sinceramente.

—Hablaré con los guardianes —digo—. Preguntaré, viajaré hasta el confín del mundo, pero lo encontraré. Torac me ayudará.

—Mort es muy grande —explica Ónica—. Puede llevarte mucho tiempo llegar hasta él.

—No tengo nada mejor que hacer. Mi vida ha cambiado y no entiendo qué ha pasado. Ya no soy el mismo. Mi gente ha desaparecido. Mis recuerdos son cada día más imprecisos. No comprendo este lugar tenebroso, al que el sol envía su luz aunque no se deje ver. ¿Qué clase de mundo es este en el que el sol se oculta?

—Royman... He pensado en ir contigo...

—Es una locura. Mi viaje no tiene una meta clara. Ni siquiera sé si valdrá para algo. Todo se basa en fantasías... Un templo mítico del que nunca había oído hablar, un monte que lleva a la gloria... No sé nada... Es mejor que te quedes aquí y cuides a tu padre...

—El reino está en paz y mi padre domina la situación. Tronario no volverá a atacar en mucho tiempo. Mi padre puede prescindir de mí... Pero yo no puedo prescindir de ti —dice, abrazándome—. ¡No nos separemos, Royman!

—Conmigo la vida es un riesgo. Puedes morir si sigues a mi lado.

—Prefiero morir contigo que vivir apartada de ti.

Me dejo hacer. Los besos de Ónica son muy convincentes y alivian mi terrible soledad.

Luego, en el aislamiento de mi habitación, reflexiono sobre el proyecto de hacerme milmort y mi mente se llena de preguntas inquietantes...

¿Y si todo es una fantasía? ¿O un espejismo? ¿Y si no me aceptan en el Templo Milmortiano? ¿Y si el Monte Milmort no existe?

Es verdad que estoy influido por la figura de Zoltan. Todo lo que le he visto hacer me ha seducido. Es posible que, ahora que he perdido a mis padres, busque en la orden de los caballeros milmorts a un sustituto.

Pero algo en mi interior me impulsa a seguir adelante. De manera inexplicable, deseo más que ninguna otra cosa ser un caballero milmort.

«¿Por qué ahora se habla tanto de ellos si en toda mi vida nadie los ha nombrado?» —me pregunto—. «¿De dónde salen? ¿Quiénes son?».

No encuentro ninguna respuesta.

Los milmorts ya forman parte de mi vida y ahora quiero formar parte de su historia.

La princesa independiente

Dos días después, Sibila, Mardof, Almaria, mis hombres y yo estábamos listos para salir en dirección al reino de Langan.

Sibila se había negado a viajar en un carro, mucho más cómodo que la montura, y prefería cabalgar a mi lado ya que, según dijo, no deseaba entrar en su reino dando la impresión de estar escoltada por sus tutores.

—Soy la princesa Sibila Langan —argumentó—. Y entraré por mi propio pie, dando la imagen de una soberana independiente, que es lo que soy.

El asunto quedó zanjado cuando aprobé su demanda y, mi padre, en un proceder que aprecié mucho, determinó que si yo era el jefe de la expedición, todo el mundo debía acatar mis órdenes.

Sin embargo, lo que me angustiaba de verdad era la actitud de mi madre, que había rechazado verme desde la noche en que tomé la decisión de partir e, instalada en una habitación aparte, se negaba a recibir cualquier tipo de visitas.

Wolfort y Gwendlin me habían jurado que cuidarían de ella y que también estarían muy atentos a las necesidades de mi padre, que estaba abatido por la actitud de la reina.

—No la dejaremos ni a sol ni a sombra —me aseguró Gwendlin—. Sibila y tú podéis ir tranquilos. Todo estará en orden.

—Yo andaré cerca —añadió Wolfort—. Nada ni nadie perturbará su paz. Es mi madre y no permitiré que nadie le haga daño.

—La distraeremos —dijo Gwendlin—. Le quitaremos esa rabieta. Cuando volváis, todo estará olvidado. Os lo aseguro.

—Royman, sólo debes pensar en llevar a cabo tu misión —explicó Wolfort—. Encuentra a esos miserables y dales su merecido. Lo único que lamento es no ir contigo para ayudarte. ¡No les dejes escapar!

—No escaparán —aseguró Sibila—. Los perseguiré hasta el mismísimo infierno. Los encontraré, pase lo que pase.

—Volveremos lo más pronto posible —concluí—. Seremos como el rayo, rápidos y certeros.

Así que, ahora que había llegado la hora de partir, sólo me inquietaba la ausencia de mi madre en esta despedida.

Mi padre me abrazó con fuerza. Cuando estuve junto a él, me susurró sus últimos consejos:

—No te compadezcas de los canallas y ataja esta barbarie antes de que se extienda.

Si creen que pueden ultrajar las tumbas de los reyes, no estaremos nunca a salvo. Y, sobre todo, recuerda que no debes fiarte de nadie. Confía sólo en tus fuerzas. ¡Confía sólo en ti!

—Seguiré tus consejos, padre —le dije, devolviéndole el abrazo—. Seré tú. Seré igual que tú.

Estaba a punto de dar la orden de partir cuando oí un grito que provenía de la torre y que se mezcló con el viento. Levanté la cabeza para ver quién era y descubrí la silueta de mi madre, con un brazo levantado, agitando un pañuelo.

Mi corazón dio un vuelco de alegría.

La imagen de la reina despidiéndome, me hizo revivir.

Desenfundé mi espada y apunté al cielo con ella. Quise tranquilizarla haciéndole ver que mi brazo era mi mejor protección y que mi espada formaba parte de mí y nada ni nadie me haría daño.

Creo que entendió el mensaje. Su mano se acercó a sus labios y me lanzó un beso.

Ahora podía partir tranquilo. Era la primera vez que me alejaba de mi hogar y de mi familia.

Mi padre me autorizó a dar la orden, así que levanté el brazo y grité:

—¡Adelanteeee!

Iniciamos la marcha entre el relincho de los caballos y el ruido de sus cascos golpeando el empedrado. Poco después, cruzamos la puerta del castillo y salimos a campo abierto con toda tranquilidad y en formación militar, bajo la mirada de todos.

Cuando pasamos cerca del gran árbol de mi padre, no pude evitar sentir una cierta desazón. De repente, todos mis temores se juntaron y me hicieron tambalear.

—¿Estás bien? —me preguntó Sibila.

—Creo que sí.

—Pues haz que se note. Eres el jefe de esta expedición y no conviene que tus hombres piensen que temes algo. Mantente firme sobre la silla y endurece tu expresión, que pareces un pajarito que acaba de perder a su familia.

Sibila tenía razón. Ahora no era un muchacho que salía de caza o de paseo. Esto era más serio y requería un esfuerzo por mi parte.

Viaje incierto

Torac y yo cruzamos el puente levadizo y salimos del castillo justo cuando el gallo canta para anunciar que, a pesar de que la luz sigue siendo débil, un nuevo día acaba de empezar.

Cabalgo al lado del antiguo caballero milmort, con las alforjas repletas de comida, una espada al cinto y un escudo colgado a la espalda. Él, por su parte, carga con las espadas y los escudos milmortianos.

Cuando llegamos a lo alto de una colina, después de haber cruzado los restos de la batalla, nos detenemos para contemplar por última vez el castillo de Ónica, que nunca volveré a ver. Ni el castillo, ni a ella.

Pero me doy cuenta de que estoy equivocado cuando, un poco después, veo que un jinete viene hacia nosotros. Y por su forma de cabalgar, lo reconozco enseguida.

—Tenemos compañía —avisa Torac.

—Hola, Ónica —digo, cuando llega a mi lado.

—Hola, Royman —responde ella—. Aquí estoy.

—Ya te veo. Estaba seguro de que vendrías. Lo temía.

Un relámpago cruza el cielo y un trueno le acompaña.

—Supongo que será inútil que intente disuadirte —digo—. ¿Verdad?

—Verdad. Estaba escrito que no te irías solo —bromea—. ¿Hacia dónde vamos?

—Creo que el Templo Milmortiano puede estar en esa dirección —dice Torac, alargando el brazo derecho—. Estoy casi seguro.

—Pues vamos allá —propongo—. No perdamos más tiempo.

—El cielo anuncia tormenta —advierte la princesa—. No es un buen presagio.

Antes de emprender la marcha, Ónica mira el castillo. Distinguimos una figura en lo alto de la torre. El rey agita la antorcha para hacerse notar. Ella le envía un beso que sale volando hacia él.

Noto que Ónica siente una congoja que le impide respirar. Tenemos el extraño presentimiento de que puede ser la última vez que vea a su padre.

—Va a llover —digo—. Va a llover mucho.

—Nos cobijaremos en las cuevas de las montañas —sugiere la princesa, espoleando su montura—. Pero salgamos de aquí ahora mismo... Antes de que me arrepienta.

—Ojalá encontremos a algún guardián para que nos indique el camino correcto —dice Torac.

—Seguro que encontraremos a alguno de esos cuervos —pronostico—. Siempre están

al acecho. ¿Quién es su jefe?

—¡Mort! —exclama Torac—. ¡El más poderoso de este reino! ¡Mort!

—¿Dónde podemos encontrarle? —pregunto.

—Nadie le ha visto. Dicen que está en todas partes. Pero es imposible verle.

—Si algún día me lo encuentro, le explicaré en qué condiciones vive la gente —refunfuño algo indignado—. Debería hacer algo.

Torac subraya mis palabras con una sonrisa irónica, pero no responde.

La lluvia nos acompaña hasta que nos protegemos bajo unos árboles de denso follaje. Luego, aprovechando una tregua del cielo, alcanzamos las rocas y nos cobijamos bajo ellas.

Distinguimos algunos guardianes a lo lejos, pero nos rehúyen.

En una ocasión, nos topamos con dos de ellos y me atrevo a preguntarles. Con una actitud fría pero correcta, nos indican el camino en dos palabras.

—Seguid rectos.

Durante las dos jornadas siguientes, trotamos por prados y bosques hasta que, al tercer día, llegamos a un lugar donde el paisaje cambia radicalmente. Es más abrupto y desolador.

—Nunca he traspasado esta línea —dice la princesa—. Ignoro lo que podemos encontrar de aquí en adelante. Es tierra de nadie, salvaje y peligrosa.

—He estado en peores lugares —comenta Torac—. Este mundo es así de implacable. Sales de un sitio malo y entras en otro peor.

Por fin, cinco días después, y casi sin incidentes, llegamos al pie de las montañas. La falda es rocosa y está poblada de numerosas cuevas naturales. Lo malo es que, por aquella zona, pululan muchos individuos de mal aspecto. Gente desarrapada, armada, que vive de la rapiña, a la que se han añadido desertores del ejército de Tronario que aún llevan su uniforme. Un lugar francamente peligroso.

—Tendremos que estar atentos y hacer guardias —adviento, acercándome a una cueva—. Si nos dormimos, no despertaremos. Esto está lleno de ladrones.

—Gente desesperada —dice Torac con pena—. El abatimiento los convierte en alimañas. Yo haré la primera guardia.

—¿Seguro? —le pregunto.

—Completamente. He abandonado la idea de ser un milmort, pero me quedan agallas para enfrentarme a quienes quieran hacernos daño. Podéis dormir tranquilos.

Una vez dentro de la gruta, levantamos una pequeña barrera de rocas que, al menos, dificultará la entrada de cualquiera que intente atacarnos.

Al anoecer, unos gritos llaman nuestra atención y nos ponemos rápidamente en guardia. Aunque al principio tememos un ataque, después nos damos cuenta de que la cosa no va con nosotros.

—¡Dejadnos en paz! —grita una mujer, desde la maleza—. ¡Por favor!

Desenfundo mi espada y me dispongo a salir.

—¡Cuidado! ¡Puede ser una trampa! —me advierte Ónica.

—Sólo quiero ver qué está ocurriendo —la tranquilizo.

Ella, que ya me conoce, no insiste.

—Las trampas son eso: reclamos para llamar la atención del que se pretende engañar —me advierte Torac, que se está levantando.

Pero ya es tarde para hacer caso de su advertencia. Me asomo al exterior y observo la escena: ¡tres hombres de aspecto peligroso intentan apropiarse de un niño de unos diez años mientras la madre hace lo posible por liberarlo!

—¡Aparta, mujer, o morirás! —advierte el más grueso.

—¡Por piedad! ¡Dejad a mi hijo! —implora ella.

—¡Tu hijo vale mucho dinero! —se burla otro—. ¡Lo venderemos en el mercado de esclavos! ¡Y a ti también!

Salgo de la espesura y me enfrento a ellos.

—¡Soltad a ese chico, miserables! —ordeno.

Los hombres, sorprendidos, me miran.

—¿Quién eres tú? —pregunta uno—. ¿Quién te ha llamado?

—No te metas —me avisa otro—. Esto no es asunto tuyo.

Levanto la espada en plan amenazador y digo:

—¡Os lo advierto por última vez! ¡Soltadlo! ¡Atrás!

Sin mediar palabra, el tercer hombre se lanza hacia mí con un puñal en la mano. Pero Ónica, que está alerta, se deja ver y, de un certero sablazo, le corta el brazo. El hombre cae de rodillas, bramando como un animal herido.

—¿Qué has hecho, maldita bruja? —dice el hombre grueso—. ¿Qué has hecho?

—¡Os lo advertí! —digo—. ¡Os pedí que os retiraraís!

Lejos de hacer caso, los dos hombres blanden sus armas y dan un par de pasos hacia nosotros.

—Las chicas guapas también se pagan muy bien —dice el segundo—. Al final ganaremos el doble.

Avanzo un poco y les hago notar que no les va a ser fácil hacerse con nosotros. Entonces, el primer hombre levanta el hacha de doble filo y se prepara para abatirla sobre mí cuando, de repente, lanza un quejido, se detiene en seco... y se tambalea.

El chico acaba de lanzar una piedra contra su cabeza. El hombre se da la vuelta para ver de dónde proviene. Yo aprovecho la oportunidad, le golpeo con la espada y le hago una herida en el cuello.

Torac nos observa sin intervenir.

—Veo que no os hago falta —dice, sonriendo—. Me alegro. Estos tipos parecen muy peligrosos... Sobre todo, con una mujer y un niño.

Ónica se enfrenta con el otro que está muy desconcertado.

—¡Recoged a vuestro compañero y marchaos de aquí antes de que me enfade! —les sugiero—. ¡Ahora mismo!

Los dos hombres, que no tienen otra opción, ayudan al compañero que ha perdido el brazo a ponerse en pie y, casi a rastras, se lo llevan de allí.

—¡Nos lo pagarás! —amenaza el grueso, tapándose la herida del cuello que sangra abundantemente—. ¡Esto no quedará así!

Hago ademán de ir a por ellos, pero apresuran el paso y huyen.

—Gracias por vuestra ayuda –reconoce la mujer–. Querían robarme a mi hijo.

—Son bazofia –dice Ónica–. Y cobardes.

—Pero se han llevado un buen susto –digo–. Uno de ellos se acordará de nosotros cada vez que quiera coger algo.

—Pasad y sentaos con nosotros –les propone Torac–. Esta noche estaréis seguros.

Después de asegurarnos de que los tres canallas se han esfumado, nos sentamos alrededor del fuego y les ofrecemos algo de comer.

—¿Cómo te llamas, chico? –le pregunto.

—Robin –responde el muchacho–. Y ella es mi madre.

—Me llamo Nubiola –dice la mujer.

—Eres un valiente, Robin –le digo–. Te doy las gracias por haberme ayudado. Menuda pedrada le diste.

—Se la merecía –dice sencillamente–. Tenía que ayudar.

—Y lo hiciste. Vaya que sí lo hiciste.

—¿Adónde os dirigís, señora? –pregunta Ónica.

—A ningún sitio. Intentamos sobrevivir. Esta tierra es hostil.

—¿Y vuestro marido?

—Hace tiempo que no sabemos nada de él. Os agradecemos vuestra ayuda. Mi hijo es mi vida. Estamos solos.

—¿Cuándo habéis dejado de ver a vuestro marido? –pregunta Torac–. ¿Dónde fue? Nubiola y Robin se miran, pero no son capaces de encontrar una respuesta.

—Creo que fue en un cruce de caminos, pero no recuerdo cuánto tiempo hace... No lo sé... Lo he olvidado...

—No os preocupéis, señora –dice el antiguo milmort–. No es grave. Aquí, nadie recuerda nada. Sobre todo los que llevan mucho tiempo en este lugar.

—¿Queréis decir que llevamos mucho tiempo aquí? –pregunta Nubiola.

—No lo puedo afirmar pero, teniendo en cuenta que en Mort la memoria se desgasta, supongo que sí. De todas formas, recordáis vuestros nombres y sabéis que sois familia, así que no debe ser excesivo.

—Explicaos mejor, amigo Torac –le pido–. ¿Qué queréis decir?

—Es muy sencillo... He notado que las personas van perdiendo la memoria –explica–. Luego dejan de reconocer a sus familiares, a sus amigos y, poco a poco, se consumen hablando solas... Eso es lo que ocurre cuando llevan mucho tiempo aquí.

—¿Estáis seguro de lo que decís? –pregunta Nubiola–. ¿Olvidaré a mi propio hijo?

—¿Recordáis el nombre de vuestro marido?

Nubiola mira a Robin en busca de ayuda.

—Eso no quiere decir nada –replica la mujer–. Siempre he sido muy desmemoriada. Luego, el silencio se instala en la gruta. Nadie quiere profundizar en las palabras de Torac.

Afuera, la tormenta arrecia y los truenos se multiplican.

—Es mejor. Nadie querrá salir con este tiempo –digo–. Esos bandidos tendrán que

resguardarse.

—¿Qué hacéis por estas tierras? —pregunta la mujer—. Por aquí no hay nada que valga la pena.

—Vamos de paso —respondo—. Cruzaremos las montañas.

—Allí no hay nada —dice ella—. Es el vacío más absoluto. Todo el mundo lo sabe.

—Hay un templo —le digo—. El Templo Milmortiano.

—¿Templo Milmortiano? —pregunta Robin—. ¿Por qué vais allí?

—¡Voy a ser un milmort! —digo, categórico—. ¡Voy a hacerme caballero milmort!

—¡Yo también! —añade Ónica.

—¿Cómo has dicho? —pregunto—. ¿Es una broma?

—¿Por qué? ¿Porque quiero ser como tú?

—Ninguna mujer ha sido nombrada milmort —le informa Torac—. No te admitirán.

—Eso ya se verá —responde ella, muy decidida.

—Bueno, ha llegado la hora de dormir —digo—. Yo haré...

—No, amigo Royman —insiste Torac—. Yo seré el primero. Dormid tranquilos. Yo vigilo vuestro sueño.

Nos tumbamos entre las rocas y nos cubrimos con las mantas, alrededor de una hermosa fogata que Torac alimenta con algunos arbustos que encontramos en el interior de la cueva.

Allí, en silencio, la voz de Robin dice:

—Yo también quiero ser milmort.

—No digas tonterías, hijo —le acalla la madre.

—No es una tontería, madre. Es la única manera de sobrevivir en esta tierra. ¡O eres milmort o no existes! ¡Padre lo decía siempre!

Escucho la inocente voz del chico y sé que tiene razón. Por eso, esta noche, la determinación de ser milmort se fortalece en mi corazón. Y también comprendo la decisión de Ónica. Me hago la promesa de que, si es necesario, la ayudaré a conseguir su meta.

—Como padre... —añade el chico—. Quiero ser como él.

El primer viaje

Cuando perdimos de vista nuestro castillo, me asaltó una extraña sensación de soledad.

Era la primera vez que salía de mi hogar y, naturalmente, me sentí abandonado y fuera del mundo. Era como si el lazo que me unía a los míos se hubiera roto definitivamente. El temor de no volver a verlos se instaló en algún lugar de mi mente.

Cabalgamos durante toda la jornada sin incidentes. Sabíamos que en nuestras tierras, y a pesar de nuestros esfuerzos por impedirlo, había algunas bandas de salteadores y proscritos que acechaban a los viajeros, pero tuvimos la suerte de no toparnos con ninguna. Quizá éramos demasiados para hacernos frente.

La noche nos sorprendió en un bosque de grandes y gruesos árboles, en el que reinaba un gran silencio.

—Acamparemos aquí —ordené cuando la luz estaba cayendo para dejar paso a la oscuridad—. Marquemos un perímetro de protección para defendernos en caso de ataque.

—Sí, mi señor —dijo el caballero Mardof—. No dejaremos que nadie nos ataque por sorpresa.

Levantamos unas tiendas junto al carromato, que nos protegería en caso de ataque. Luego, el cocinero nos preparó una cena caliente que nos hizo revivir. Cabalgar durante horas nos había agotado.

—Gracias por este magnífico guiso —dijo Sibila antes de retirarse a su tienda—. Estamos en buenas manos.

La vi encerrarse en su pabellón sin haber podido hablar con ella durante todo el día. Entonces me di cuenta de que estaba más fría y distante que nunca. Pero, por muchas vueltas que le di, no descubrí el motivo de su actitud. Se había encerrado en sí misma como una concha marina.

Nos acostamos después de haber organizado los turnos de vigilancia. Me quedé profundamente dormido y tuve sueños agitados que me alteraron el ánimo, pero, al día siguiente, ya no quería pensar en ellos.

Varios soldados salieron de caza y volvieron con tres conejos y algunas perdices que nos sirvieron de desayuno.

Luego, sin prisas, reemprendimos la marcha.

Dejé a Mardof al mando de la columna y me acerqué a Sibila, que cabalgaba más atrás, cerca del carro.

—¿Te pasa algo? —le pregunté—. Te noto un poco rara.

—Estoy bien —respondió con frialdad—. Me encuentro perfectamente.

—Desde que hemos salido del castillo te noto más distante. ¿Estás enfadada conmigo?

—Estoy un poco triste por las noticias que he recibido. No es muy agradable saber que han profanado las tumbas de tus padres.

—Si es eso, te pido perdón y te dejaré en paz.

—Además, te recuerdo que nos vamos a casar con otras personas. Creo que es mejor que empecemos a distanciarnos. Tendremos el trato de hermanos... Sólo hermanos... Ya lo hemos hablado.

—Yo aún no he elegido esposa.

—Pero yo ya estoy comprometida con el príncipe Miliari. Le debo respeto.

—Comprendo. A mí no me debes nada.

—Ya te lo he dicho: somos hermanos.

Espoleé mi caballo y volví a la cabeza de la columna.

—Mardof, yo tomo el mando —le dije—. Puedes controlar a los hombres. Manda vigías a los flancos, me ha parecido ver siluetas entre los arbustos.

—Sí, mi señor. Yo también las he visto. Quizá debamos... ¡Mirad! ¡Ahí hay varios jinetes!

Eran bandidos que trataban de amedrentarnos.

—Puede ser una trampa, mi señor —me advirtió Mardof.

—Lo sé, pero no dejaré que piensen que les tenemos miedo ¡Que los seis primeros hombres me sigan! —ordené, desenfundando mi espada—. ¡Vamos!

Mis hombres se abrieron en abanico detrás de mí y me siguieron de cerca. Un poco de acción no me iba a venir mal después de la conversación con Sibila.

Cuando los proscritos nos vieron venir trataron de confundirnos dividiéndose en pequeños grupos. Pero estaba decidido a hacerles ver que no iban a jugar con nosotros, así que perseguí a dos que quedaron un poco rezagados.

Al primero le herí en el muslo de un sablazo y cayó al suelo, revolviéndose entre gritos de dolor. El segundo recibió un golpe en la cabeza y rebotó varias veces bajo los cascos de mi caballo. Entonces, mientras cuatro de mis soldados salían en persecución de los otros, descabalgué y me enfrenté con el miserable que estaba tratando de herir las patas de mi corcel. Le asesté dos golpes y cayó sin vida al suelo. Me acerqué al otro y le rematé con el filo derecho de mi espada.

—¿Estáis bien, mi señor? —me preguntó uno de los dos soldados que se habían quedado para protegerme.

—Sí. Estoy perfectamente... Estoy muy bien...

Era verdad que me encontraba mejor que antes. Era la primera vez que me enfrentaba en duelo a muerte con dos hombres. Era la primera vez que mataba a dos hombres. Aun sintiendo por ellos una lástima enorme, me sentía pletórico. Y no era sólo por el hecho de haber vencido a mis enemigos, era por el desahogo que suponía.

No podía explicarlo, pero sabía que todo había sido a causa de la conversación con Sibila. Su frialdad y su distanciamiento me habían vuelto loco.

Ella sabía que yo la quería como esposa, pero se aferraba a ese compromiso de

casarse con un hombre al que nunca había visto en su vida. Y eso me enfurecía.

Los cuatro soldados regresaron a nuestro lado con tres prisioneros, a punta de lanza.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó un soldado—. ¿Los colgamos?

—No. Que caven dos fosas para enterrar a estos desgraciados. No los dejaremos aquí para que se los coman los carroñeros.

Subí a mi caballo.

—Cuando terminen, que se vayan. Pero bajo juramento de no volver a acercarse a nosotros.

—Lo jurarán en falso —afirmó uno de mis hombres.

—Marcad sus mejillas con cicatrices profundas —ordené bien alto para que me oyeran—. Si incumplen su juramento, y volvemos a verlos, morirán sin piedad.

Volví grupas y me dirigí hacia la columna que se había detenido para esperarnos.

—Cabalguemos despacio para que nuestros hombres puedan alcanzarnos pronto —le dije a Mardof—. No conviene que se queden desamparados en estas tierras llenas de bandidos. Seguro que sus amigos están al acecho.

—Cada día hay más proscritos —explicó Mardof—. Forman grandes bandas y son más osados.

—Cuando sea rey me ocuparé de limpiar estas tierras. Quiero que todo el mundo pueda viajar sin correr el peligro de ser atacado.

—Cuando seáis rey, puede que sean ellos los que quieran expulsarnos. Para entonces formarán un ejército.

—Te aprecio, amigo Mardof. Por eso dejaré pasar esta insolencia —le advertí.

—Gracias, mi señor.

Cuando llegó la noche y acampamos, estaba de muy mal humor. Había sido uno de los peores días de mi vida. Y por mucho que digan, matar a hombres hambrientos no es un plato de buen gusto. Algo se remueve en tu interior y te altera la sangre.

Por eso preferí no cenar con mis acompañantes y me mantuve apartado, junto a los caballos.

—Ellos no tienen la culpa de lo que nos pasa —dijo Sibila, acercándose—. Son tus hombres y deberías estar con ellos. Te aprecian y tú eres su jefe.

—No estoy de humor. He tenido un mal día.

—Y has matado a dos hombres. Pero eso no es lo que te tiene alterado.

—No estoy alterado. Estoy furioso.

—Yo también lo estoy. No quiero casarme con el príncipe Miliari. Quiero casarme contigo, pero estoy atada al compromiso de mi padre.

—¡Tu padre está muerto y, si quieres, iré a convencer a Miliari de que te libere de ese compromiso! —exclamé, agarrándola de los brazos—. ¡Déjame que lo haga!

—¡No hagas locuras...!

La atraje hacia mí y la besé.

No se resistió. Al contrario, respondió con pasión. Con la pasión que nos consumía a ambos.

—¡Mataré a todos los que se opongan a nuestro amor! —dije cuando nos separamos—. ¡Los mataré a todos!

—Eres un príncipe y tienes que cumplir muchos compromisos —respondió—. ¡No somos dueños de nuestras vidas!

—Entonces, huyamos de aquí. Ahora se nos presenta una buena ocasión. Cuando lleguemos a tus tierras y solucionemos lo de las profanaciones, ordenaré a Mardof que regrese con los soldados y podremos huir. Iremos al norte, más allá de las tierras bárbaras y construiremos una nueva vida.

—¡Estás loco, Royman! ¡Estás completamente loco!

—Sí, Sibila. Estoy loco por ti y te advierto que no renunciaré a tu amor. ¡Retaré a Miliari a un duelo y le ganaré! —le advertí—. ¡Te casarás conmigo!

—¡Mi padre y el tuyo han empeñado su palabra! ¡No dejes que el deshonor caiga sobre nosotros!

—¿Qué será de nosotros y de nuestro honor? ¡Tú, casada con un hombre al que no amas, y yo...!

—¡Tienes que recuperar la cordura! —exclamó, justo antes de darme una bofetada—. ¡Vuelve en ti!

Me dio la espalda y se alejó con aplomo.

La mejilla me ardía. Pero eso no era nada comparado con el ardor de mi sangre.

Entonces, empezó a llover y me refugié en mi tienda donde estuve toda la noche dando vueltas a lo que había pasado. Aquel beso contenía una promesa de amor que jamás podría olvidar.

El hijo del milmort

Amanece y sigue lloviendo.

Me despierto inquieto. He tenido malos sueños y estoy alterado. Según pasa el tiempo, crece la necesidad de abandonar este horrible mundo en el que, según Torac, iré perdiendo la memoria. Quizá por eso apenas recuerdo a mis padres y a mi hermana. Ni siquiera tengo recuerdos de mi infancia.

—No hay rastro de esos tipos —asegura Torac—. He salido a inspeccionar, pero no los he visto. Seguramente han ido a buscar alguna ayuda.

—No te fies —le advierto—. Nunca se sabe.

—Seguro que están por aquí cerca —dice Ónica—. Esos no abandonan nunca su presa.

—No me dejaré coger —asegura Robin—. No me convertirán en esclavo.

—¡No dejéis que mi hijo caiga en sus manos! —exclama Nubiola.

—No lo permitiremos —asegura Torac—. No mientras tenga una espada a mi alcance. Ónica pasa la mano sobre el cabello de Robin para tranquilizarle.

—Mientras me quede un soplo de vida no te harán prisionero —afirma.

Después de comer algunas frutas que recogemos de los árboles, nos preparamos para continuar el camino.

—Nubiola, Robin dijo anoche que tenía un padre —dice Ónica.

—Nos abandonó o se perdió hace tiempo... —explica la mujer—. Ahora, sólo nos tenemos el uno al otro. Estamos solos.

—¿Es verdad que tu marido es un milmort? —le pregunto.

Me mira desconcertada.

—No sé... No lo recuerdo... Pero es posible... Ni siquiera me acuerdo de su nombre.

Ónica, Torac y yo cruzamos una mirada cargada de compasión.

—No podemos dejaros aquí, pero tampoco podemos llevaros. Vamos muy lejos, a un lugar incierto, lleno de peligros —dice Ónica.

—No os preocupéis por nosotros. Vagaremos hasta que nos quedemos sin fuerzas —dice Nubiola con resignación—. Encontraremos algún lugar tranquilo para morir. Una mujer agotada y un chico de diez años tienen pocas posibilidades de sobrevivir.

—De momento nos acompañaréis —digo—. No os vamos a dejar al alcance de esos tipos. Seguramente andan merodeando por aquí. Ya veremos más adelante.

—Vamos, Robin, ayúdame con los caballos —dice Torac.

Cargamos los caballos y emprendemos la marcha. Durante algunas horas no cae una sola gota de agua. Luego, por la tarde, el paisaje se hace más peligroso y resbaladizo debido a las placas de hielo. Nieva intensamente durante unas horas y vuelve a aplacarse por la noche. Pero el frío es helador.

—Debemos buscar refugio —propone Ónica, observando la nieve grisácea que no deja de caer—. Va a helar esta noche.

Una extraña nieve sucia y gris inunda el paisaje. Nunca he visto una cosa igual. Parece ceniza.

—Acamparemos debajo de esos árboles —propongo—. Haremos fuego y comeremos algo.

—Yo cocinaré —se ofrece Nubiola.

—Robin y yo traeremos leña —dice Torac.

Luego, el calor de los caballos y del fuego nos devuelve el color original de la cara y las manos.

—¿Estáis decididos a ser milmorts? —pregunta Robin.

—Nada nos lo impedirá —dice Ónica—. Nada en el mundo se opondrá a nuestro deseo.

—Mi padre se preparó mucho —explica el chico—. Tuvo que hacer muchos entrenamientos.

—¿Dónde se entrenó? —le pregunto con interés—. ¿Lo sabes?

—No estoy seguro pero, cuando le vimos por última vez, antes de ser un milmort, me contó que estuvo en un lugar en el que le habían preparado para pasar las pruebas.

—¿Qué pruebas son esas? —pregunta Ónica.

—Pruebas duras —responde Robin—. ¿Verdad, madre?

—Oh, sí... Creo que sí...

—Aunque mi memoria no anda demasiado bien últimamente, ahora que lo dices creo que me suena lo de ese campamento, lo dirigía un tipo con un solo ojo —menciona Torac—. Sí, creo que he estado con él.

Un repentino aullido de lobo nos intranquiliza.

—Hay que proteger a los caballos antes de que nos ataquen —digo.

—No se acercarán mientras haya fuego —responde Ónica—. Las llamas los contienen.

—Entonces, vamos a proveernos de ramas —sugiero, cogiendo una pequeña hacha—. Acompañame, Robin.

Nos alejamos unos metros del campamento, ya que no es conveniente cortar las ramas de los árboles que nos cobijan porque la nieve que las cubre podría caernos encima.

—Mira, estos árboles nos servirán —digo—. Yo subiré y cortaré algunas ramas, y tú las agrupas. ¿Vale?

Robin asiente.

Poco después, hemos reunido un buen número de madera y decidimos que ya es hora de volver.

—Royman —dice Robin—. Tengo que decirte una cosa...

—Claro.

—Mi padre me dijo que *Cíclope*, el hombre que dirige los entrenamientos, cobraba muy caro. Mi padre tuvo que entregarle un ojo.

—¿Un ojo? ¿Estás seguro?

—Es su precio. Un ojo.

—¿Y para qué quiere él un ojo si no le sirve para nada?

—No lo sé. Sólo te digo lo que mi padre me contó.

—¿Sabes dónde está tu padre ahora?

—Supongo que estará subiendo el Monte Milmort. Era lo único que le interesaba.

—A veces, la gente actúa de forma inexplicable —digo—. Quiere cosas que no son importantes y se olvida de las que lo son. No debes enfadarte con tu padre.

—No estoy enfadado con él. Quiero ser como él.

—¿Qué opina tu madre de eso?

—¿Nubiola? A ella le parece bien todo lo que le digo. Además, no recuerda nada de lo que hablamos.

—¿Cómo es que tú recuerdas tantas cosas?

—No lo sé. Supongo que los niños recordamos más cosas que las personas mayores.

Cuando llegamos al campamento, nieva copiosamente y los aullidos de los lobos han crecido de forma preocupante. Torac sale a nuestro encuentro y nos ayuda con las ramas.

—Las esparciremos delante de nosotros —sugiere—. Formarán una pequeña barrera.

—Si esos lobos atacan, no habrá barrera que los detenga —dice Nubiola con voz temerosa.

—Si atacan, sus cadáveres formarán una barricada —respondo—. ¿Verdad, Robin?

—Sí, los esperaremos con las armas —contesta—. No nos dejaremos devorar.

—No gastéis fuerzas en balde —dice Torac—. Os van a hacer falta. Esas bestias se están preparando para atacar.

Es una noche larga. La intensa nieve y los continuos aullidos de los lobos nos mantienen en estado de alerta. En cualquier momento podemos ser atacados o bien corremos el peligro de quedar enterrados si nieva demasiado. Y siempre cabe la posibilidad de que la nieve de los árboles se nos caiga encima.

Me mantengo despierto casi toda la noche. Las historias de Robin me han impresionado... un padre que está dispuesto a abandonar a su mujer y a su hijo para ser milmort; un gladiador que arranca un ojo a aquellos a los que enseña a luchar.

Estoy obsesionado con la leyenda milmortiana. La imagen de Zoltan luchando como un dios de la guerra todavía revolotea en mi mente, pero sus palabras están aún más presentes: «Ser un milmort es lo mejor que se puede ser en este mundo miserable». Unas palabras que se parecen mucho a las que Robin pronunció la otra noche, en la cueva.

¿Sirve de algo ser un milmort o es una ilusión que los hombres se han creado para tener un rayo de esperanza?

Sólo hay una forma de saberlo.

La regente

El viaje duró cuatro días.

La lluvia nos retrasó mucho y en más de una ocasión tuvimos que detenernos para buscar protección en cuevas naturales, pueblos y granjas.

Cuando vimos el castillo de Langan todos sentimos una gran alegría y un enorme alivio.

Era mi primer viaje, pero deseé que fuese el último. Ver a los caballos agotados, a los hombres de mal humor y tener las nalgas doloridas me había quitado las ganas de viajar. La única que parecía contenta era Sibila.

—Hemos llegado —le dije—. Por fin.

—Estaba deseando volver a mi castillo —respondió—. Después de tantos años fuera, el retorno resulta muy emocionante. Aquí he pasado mi primera infancia y este lugar está lleno de recuerdos.

—Supongo que tu tía Lucrecia se alegrará de verte.

—Yo también. La recuerdo como una mujer agradable —me explicó—. Espero que siga igual.

Una pequeña patrulla de seis hombres salió del castillo y se dirigió hacia nosotros, portando un estandarte blanco con el dibujo de una flor de dos cabezas. Además, los acompañaba el mensajero que habíamos enviado horas antes para anunciar nuestra llegada.

—Vienen a darnos la bienvenida —dije—. Tu tía es muy atenta.

Los jinetes se detuvieron a pocos metros. Un capitán se acercó a Sibila.

—Princesa Sibila —dijo—. Vuestra tía, la regente Lucrecia Langan, os da la bienvenida. Igual que a vos, príncipe Royman... Y a vuestros hombres, naturalmente.

—Gracias, capitán...

—Wilox, capitán Wilox... Os acompañaremos al castillo. La regente está deseando ver a su sobrina.

Poco después, estábamos en el interior de la fortaleza. La debilidad de la tropa era evidente. Pocos soldados, mal pertrechados y casi sin disciplina. Había una sensación de abandono que me preocupó bastante. La verdad, eran un blanco perfecto para cualquiera que tuviese ambiciones de conquista.

Entramos en la torre del homenaje y subimos hasta el primer piso, donde la regente nos aguardaba.

—¡Sibila! —exclamó la mujer, abriendo los brazos en señal de bienvenida—. ¡Qué

alegría verte! ¡Cómo has crecido!

—¡Tía Lucrecia! ¡Por fin!

Se abrazaron y se besaron efusivamente. Estaba claro que estaban encantadas de verse, aunque fuese en estas circunstancias. Por eso llegué a la conclusión de que se querían de verdad.

—Este es el príncipe Royman, hijo del rey Wincott Delaforce.

—Gracias por traerla sana y salva, príncipe Royman —dijo la regente—. Gracias, de corazón.

—Ha sido un placer acompañarla.

—Cuéntamelo todo, tía —pidió Sibila—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién ha sido?

—Antes debes recuperarte. Es mejor que descanses un poco.

—No he hecho este viaje para descansar. He venido para saber qué les ha pasado a mis padres. Te ruego que no alargues mi angustia.

La regente iba a negarse, pero leyó la determinación en el rostro de Sibila y cambió de idea.

—Tomad asiento y escuchad —dijo—. Os lo voy a contar todo... Hace unos días, los soldados que iban a hacer el relevo de la guardia en el mausoleo se encontraron con algo espeluznante. Un soldado muerto, degollado, y la puerta abierta. Dentro, habían levantado las losas y habían...

—¿Habían...? —dijo Sibila.

—Habían sacado los cuerpos de los sarcófagos y les habían cortado las cabezas.

Sibila acusó el golpe y se quedó con la boca abierta.

—Eso no lo decías en la carta —le hizo notar.

—No lo creí necesario. Nunca se sabe en qué manos termina un correo. Hay muchos asaltantes que no respetan nada por estos caminos... Preferí ser prudente.

—¿Dónde están ahora las cabezas? —pregunté.

—Se las han llevado.

Sibila dejó escapar un pequeño grito.

—¿Qué han hecho con ellas? —preguntó, reponiéndose de la mala noticia.

—No lo sabemos —reconoció la regente—. Las hemos buscado, pero no han aparecido. Ni siquiera han pedido rescate.

—¿Han profanado otras tumbas? —pregunté.

—No. Sólo las tuyas —dijo—. No nos lo explicamos. Nunca había ocurrido en nuestro reino. Ha sido una sorpresa.

Durante unos instantes asocié la sospechosa muerte de mi abuelo con este acto bárbaro, pero lo desestimé inmediatamente.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Sibila—. ¡Hay que recuperar las cabezas de mis padres! ¡Sea como sea!

—Ningún cadáver debe permanecer descabezado —añadí—. Jamás encontraría descanso en el Abismo de la Muerte.

—Poco podemos hacer —reconoció la regente—. Nuestros hombres han seguido todas las pistas. Pero esa noche llovía y no ha quedado un solo rastro fiable.

—¡Quiero verlos! —pidió Sibila—. ¡Quiero postrarme ante ellos!

—Pero, Sibila, eso es una locura. Te volverás loca si ves el estado en que... Además, ya ha anochecido.

—¡Quiero verlos ahora! —insistió, poniéndose en pie—. ¡Quiero una antorcha!

—Yo te acompañaré —dijo—. ¡Voy contigo!

La regente tuvo que rendirse ante la evidencia.

—Está bien. Que el capitán Wilox os muestre el camino —dijo, dándose por vencida—. Pero no lo apruebo, Sibila.

La princesa dio un paso adelante, dejando claro que le daba igual que aprobasen su actitud o no.

—Almaria, ven con nosotros —ordenó Sibila a su dama de confianza—. ¡Acompáñanos, por favor!

Salimos de la estancia custodiados por Wilox y su guardia. Algunos criados se unieron a nosotros portando antorchas y una docena de soldados se acercaron para escoltarnos.

Cruzamos el puente levadizo y caminamos por el fango hasta el cementerio, que estaba a las afueras del castillo, más allá de la muralla exterior. Cuando nos vieron llegar, los vigías, que ahora eran muchos, se pusieron en posición de firmes.

—Estamos a vuestras órdenes, mi señor —dijo el sargento que los mandaba.

—La princesa Sibila quiere ver el mausoleo real —explicó Wilox—. Abridnos paso.

Sibila siguió al sargento que, con ayuda de sus hombres, abrió la puerta de piedra. Un agujero oscuro y profundo se mostró ante nosotros. Sibila cogió la antorcha que Almaria portaba y dio un paso adelante. Yo agarré otra y la seguí por aquel pasadizo frío como la muerte.

Nos detuvimos ante las dos criptas cuyas losas estaban mal colocadas.

Sibila se detuvo en seco y tragó saliva.

—Princesa, te pido que no mires —le pedí.

—Son mis padres —replicó—. No puedo ni debo tener miedo.

—Sé que no lo tienes, pero también sé que nunca olvidarás lo que vas a ver ahí. Esa horrible imagen te acompañará toda tu vida.

Apretó la mandíbula con fuerza y siguió adelante.

—Hazlo por ellos, princesa. Hazlo por tus padres que, con toda seguridad, querrán que los recuerdes cómo eran en vida.

Entonces se derrumbó. La antorcha se le cayó de las manos y se apoyó contra la pared. La agarré de la cintura y la abracé mientras Almaria sacaba las sales y se las acercaba a la nariz.

—Te juro que encontraré a los que han hecho esto —le prometí—. Recuperaré lo que les han quitado a tus padres.

—No podré descansar hasta que sepa que están enteros —sollozó—. No puedo permitir que caminen sin cabeza entre los muertos.

El ermitaño

La nieve cae con tanta intensidad que resulta imposible ver más allá del brazo extendido. Por eso, a pesar de lo peligrosa que se está haciendo nuestra situación, decidimos no movernos.

—Todavía tenemos comida para aguantar otro día —dice Ónica—. Estemos tranquilos. Además, siempre podemos cazar alguna liebre.

—Esperemos que este árbol aguante el peso de la nieve —digo—. Está siendo excesivo.

—Hace tiempo que los lobos no se oyen —dice Nubiola.

—Eso es lo que me preocupa. Pueden estar más cerca de lo que pensamos —advierde Torac—. Cuando aúllan sabes dónde están, pero en silencio...

—El frío puede acabar con nosotros —reconoce Ónica—. Corremos el peligro de morir congelados.

—Sí, tienes razón —respondo—. Esta situación es muy peligrosa.

—Mi padre la solucionaría —dice Robin—. Seguro que haría algo. Nunca se quedaría quieto.

—¿Qué haría? —le pregunto—. ¿Qué crees que haría tu padre?

—Ante el riesgo de quedarse congelado, se movería. Ante el posible ataque de los lobos, se armaría. Ante el posible peligro de la caída de nieve, se apartaría. Eso es lo que haría.

Escucho con atención las sugerencias de Robin.

—Tienes razón —digo finalmente—. Debemos movernos, debemos prepararnos y debemos apartarnos. ¡Arriba todo el mundo!

Nos ponemos en pie y agarramos las riendas de los caballos.

—¿Qué pretendes, Royman? —pregunta Torac.

—Caminaremos en círculo, alrededor del árbol. Estaremos alerta por si cae la nieve, escucharemos con atención, por si oímos pisadas ajenas a las nuestras, y cogeremos leña para alimentar el fuego. Cualquier cosa menos estarnos quietos. Ah, y nada de quedarse callados. El silencio es un gran enemigo. Así que, a hablar...

—¿Y de qué hablamos? —preguntó Ónica.

—Contaremos cosas de nuestra vida. Empiezo yo... Desde que me topé con los milmorts, no pienso en otra cosa que no sea subir a la cima del Monte Milmort donde dicen que la vida cambia... Ahora te toca a ti, Ónica...

—Siempre me he sentido atraída por las armas. Creo que mi padre me inculcó la

importancia de saber luchar. Por eso, cada vez que he podido, me he entrenado... Ahora tú, Torac...

—Después de la pelea con los hombres de Torencio, cuando vi el cadáver de Croax, decidí que ya no iba a seguir con esto. Creo que es una maldición... Nubiola, te toca...

—Me gustaría encontrar a mi marido, sobre todo por Robin. Pero temo que, si lo encuentro, no lo reconoceré. Y eso me da miedo. Cada día me siento más aislada. Menos mal que mi hijo me recuerda las cosas que he olvidado... Robin, sigue tú, por favor...

—Lo mejor que me enseñó mi padre fue a no rendirme. Siempre insistía en lo importante que es no darse por vencido. Solía decir que era mejor morir que vivir aplastado. Cuando le vi con un solo ojo y le dije que me daba mucha pena, me respondió que no me preocupara, que le quedaba otro. Nunca le olvidaré. Me prometió que volvería a buscarme... Cada noche sueño que ha regresado conmigo...

Dos horas después, la nieve cae más espaciada. Estamos cansados, pero, al menos, estamos vivos y calientes. Y no hay señales de los lobos.

—Creo que debemos reemprender la marcha –sugiero—. No conviene permanecer demasiado tiempo en el mismo sitio. Atrae más peligros.

—Estoy de acuerdo contigo, Royman –dice Torac—. Salgamos de aquí de una vez. Quedarnos en este lugar es como cavar nuestra propia tumba.

Recogemos nuestras pertenencias y cargamos los caballos. Ónica monta uno de ellos mientras que Nubiola comparte el otro con Robin. Yo abro la marcha, a pie, con la espada preparada, junto a Torac.

Marchamos lentamente ya que los caballos no pueden ir más deprisa por culpa de la altísima capa de nieve que les llega casi hasta la panza. El paisaje es desolador. Todo gris y frío.

Sin estar muy seguros de cuánto hemos avanzado, decidimos hacer un alto en el camino. Recuperamos fuerzas y seguimos adelante. Pernoctamos bajo un saliente rocoso, donde podemos encender una pequeña fogata gracias a unos arbustos que encontramos. Al día siguiente no nieva. Pero hay una ligera bruma que impide la visión.

—Creo que si seguimos hacia aquella cima que se distingue a lo lejos –propone Torac, aprovechando un despeje de la niebla—, llegaremos al valle que lleva al otro lado. De pronto tengo la certeza de que allí está el campamento de entrenamiento.

—Te haremos caso –digo—. A ver si terminamos este tormentoso viaje.

—Este trayecto no se terminará nunca –dice Nubiola—. O mejor dicho, acabará cuando muramos.

Con el rumbo marcado, nos dirigimos directamente hacia el pico montañoso. Nada en el mundo nos va a desviar.

—Los lobos han desistido de atacarnos –dice Ónica—. Habrán encontrado algo mejor.

—Nos tienen miedo –dice Robin—. Por eso no nos atacan.

—¿Cómo pueden tenernos miedo si no saben quiénes somos? –pregunto.

—Los lobos son muy listos. Saben dónde está el peligro. Y vuestras espadas lo son. Oléis a milmort. Ellos conocen ese olor –explica el muchacho—. Oléis a muerte.

—¿Así que los milmort olemos a muerte, eh? —pregunta Torac.

—¿No lo sabíais? —responde el muchacho.

Al día siguiente alcanzamos la entrada del valle, donde todo es silencio y tranquilidad. Una tranquilidad aterradora, según la madre de Robin.

—¿Por qué lo dices, Nubiola? —le pregunto.

—Esto se parece más a un cementerio que a un valle —responde la mujer—. Un gran cementerio gris.

—A nosotros lo que nos interesa es encontrar a ese *Cíclope* —dice Ónica—. No nos dejemos llevar por falsas ideas. Me da igual que sea gris o negro. Nadie me detendrá.

—Da la impresión de que la nieve se mueve —susurra Robin—. Juraría que se desplaza.

—Es un engaño de la vista —le explica Torac—. No te dejes impresionar.

A pesar del fuerte viento, logramos avanzar mucho.

Acampamos esa noche, casi convencidos de que la guarida de *Cíclope* no puede estar muy lejos. Rodeados de nieve, organizamos un pequeño campamento con una muralla de protección.

Durante toda la noche oímos ruidos de todo tipo, pero no somos capaces de averiguar de dónde proceden.

—¿Son los lobos? —pregunta la madre de Robin.

—Son ruidos inconcretos, el viento que agita ramas, pájaros que hacen caer la nieve de los árboles, liebres que corren entre los arbustos... Nada que deba asustarnos.

Sin embargo, no me separo de mi espada ni un solo momento, igual que Torac. Cada ruido me alerta y no consigo cerrar los ojos en toda la noche. La nevada nocturna me hace compañía.

Cuando nos levantamos por la mañana, nos encontramos con que la nieve ha subido mucho. El valle es más gris y parece un lugar desolador.

—Si seguimos aquí mucho tiempo, también nos pondremos grises —digo—. Tenemos que encontrar a ese maldito *Cíclope*.

—Tiene que estar cerca —dice Nubiola—. Casi puedo oler el peligro.

Entonces, como si sus palabras tuviesen el poder de convertirse en realidad, algunos montículos de nieve se agitan, se levantan y dejan al descubierto algo que nos estremece.

—¡Osos! —exclamo, sujetando las bridas de los caballos que se han encabritado con los gruñidos de los osos grises—. ¡Han estado toda la noche cerca de nosotros!

—¡Los hemos tenido a nuestro lado todo el tiempo! —añade Ónica.

—Lo presentía —dice Torac—. ¡Lo sabía! ¡Malditas bestias!

—¡Poneos detrás de mí! —ordenó, desenfundando mi espada—. ¡Van a atacar!

Robin empuña el hacha y se une a su madre, dispuesto a defenderla.

—¡Menos mal que se mueven con lentitud! —dice Ónica, observando los grandes colmillos que adornan sus bocas abiertas y amenazadoras.

—¡Es mejor que no opongáis resistencia! —grita alguien, oculto tras un árbol—. ¡Deponed las armas!

—¡Ven a buscarlas! —respondo—. ¡Sal y deja que te veamos!

—Vamos, no tengas miedo —añade Torac, en tono amistoso—. No te haremos nada.
El desconocido lanza un rugido similar al de los osos.

Entonces, dos osos se lanzan sobre un caballo y lo destrozan a zarpazos y a bocados. Mientras relincha, el pobre animal se desangra formando un extraordinario charco de sangre que se desparrama sobre la nieve. Cuando cae, su cuerpo aún caliente se mueve entre estertores de muerte.

—¡Soltad las armas! —vuelve a ordenar la sombra—. ¡No lo repetiré!

Titubeamos, pero llegamos a la conclusión de que de ninguna manera sobreviviremos al ataque de esas feroces bestias grises que nos rodean.

—¡Está bien! ¡Nos rendimos! —grito, clavando la espada sobre la nieve.

Ónica, Robin y Torac arrojan sus armas al suelo y adoptan la actitud de los vencidos.

—¡Alejaos de ellas! —ordena el desconocido.

Todos damos un par de pasos atrás.

Entonces, la sombra se deja ver.

Un reino sin corona

Al día siguiente de nuestra llegada, me reuní con Si-bila, Wilox y Mardof para afrontar el problema que nos había llevado hasta allí.

Después de haber visto los esqueletos descabezados de los padres de Sibila, estaba furioso. Me había prometido a mí mismo que tenía que encontrar a aquellos profanadores de tumbas.

Mis padres me habían enseñado que los difuntos deben ser respetados. La gente que abusa de los que no pueden defenderse tiene que ser castigada.

—¿Por dónde empezamos a buscar? —les pregunté—. Wilox, tú eres de aquí y conoces esta comarca. Seguro que tienes alguna idea interesante.

—No puedo aportar nada, mi señor —respondió—. Es la primera vez que ocurre algo tan tétrico y no sospechamos de nadie. No han dejado ni una sola pista.

—Entonces, tendré que buscarlas yo mismo —le advertí—. No pararé hasta encontrarlos. ¡No quedarán sin castigo!

—¿Cómo pensáis hacerlo? —preguntó Wilox—. No conocéis este lugar y no sabéis nada de este reino.

—Ya pensaré algo —respondí, recordando los consejos de mi padre y de mi abuelo—. Algo se me ocurrirá.

—Podemos hacer una expedición por los alrededores —propuso Mardof—. Estoy seguro de que los que han hecho eso deben vivir fuera de la Ley y están ocultos en los bosques. Yo empezaría a buscar por ahí.

—Es una buena idea. Os autorizo a dar una batida —dije—. Seguro que encontraréis a alguien que pueda dar alguna información.

—Sí, pero traedlos vivos —pidió Sibila—. Necesitamos saber si lo han hecho por iniciativa propia o por orden de alguien.

—¿Sospecháis algo? —preguntó Wilox—. ¿Pensáis en una conspiración o algo así?

—No creo nada —respondió Sibila—. Sólo quiero asegurarme de que no hay nadie detrás de todo esto y de que se trata de una acción aislada.

—¿Piensas en proscritos? —pregunté.

—No tengo ni idea —replicó, cortante—. Ahora eso no importa. Lo que interesa es encontrarlos.

—¿Podemos hacer algo mientras tanto? —se ofreció Wilox.

—Quiero que mantengáis el mausoleo bien protegido —dije—. Que nadie entre o salga sin nuestro permiso. Buscad pistas y haced una lista de todos los que han entrado o

salido en los últimos tiempos.

—Es posible que los enterradores sepan algo.

—No creo que tengan nada que ver, pero hacedme una relación de sus nombres – dije, tratando de quitar importancia a esa pista que consideré muy interesante—. Ah, y no alarméis a nadie innecesariamente. Es posible que Mardof tenga razón y se trate de gente extraña que ha venido de fuera de Langan.

—¿Cuándo queréis que empecemos, príncipe? –preguntó Wilox.

—Ahora mismo. Y vos también, amigo Mardof. No perdáis ni un momento.

El capitán y el caballero salieron de la estancia y nos dejaron solos.

—¿Por qué has dado tan poca importancia a esa pista de los enterradores? –me preguntó Sibila—. Es posible que...

—Mi abuelo solía decir que no hay que confiar en nadie y mi padre insiste en que no hay que explicar nunca los planes que se tienen.

—Ya, entiendo. ¿Crees que pueden estar más cerca de lo que pensamos, verdad?

—No creo nada, pero no cometeré imprudencias –respondí—. Me limitaré a investigar.

—¿Qué hacemos nosotros mientras tanto, Royman? –se interesó Sibila.

—Saldremos a observar y haremos preguntas.

—Nadie nos responderá con sinceridad. Ni siquiera querrán hablar con alguien que lleva estos atuendos.

—¿Quién ha dicho que iremos con estos ropajes?... Nos aprovecharemos de que casi nadie conoce nuestros rostros. Ven, acompáñame.

Salimos de la estancia y nos dirigimos al establo. Allí, algunos de nuestros soldados, que habían seguido mis instrucciones, nos llevaron hasta el fondo y nos mostraron unos andrajos que habían amontonado entre la paja.

—¿Pretendes que me ponga esto? –se quejó Sibila.

—Sólo intento encontrar a esos tipos. Si no quieres ayudarme, yo me ocuparé.

Me dio un empujón y escogió algunas ropas.

—¿Dónde puedo cambiarme? –preguntó airada a los soldados.

—Aquí detrás, mi señora –respondió uno, señalando una portezuela—. En este pequeño cuarto de herramientas.

Sibila entró con decisión y cerró la puerta tras ella.

Aproveché para vestirme rápidamente con la ropa que los soldados me tendieron. Teniendo en cuenta que no iba a ir a ninguna recepción y que no buscaba ser admirado por mi buen gusto, me puse lo primero que cogí.

Sibila salió un poco después con un aspecto absolutamente deplorable, igual que el mío.

—Bueno, Royman, espero que todo esto sirva para algo –dijo, con expresión embarazosa—. Te aseguro que no me siento nada cómoda.

—Lo sé y lo lamento –respondí—. Yo tampoco estoy contento, pero esto es necesario si queremos aclarar el misterio de... Bueno, ya sabes...

—Hay una salida ahí detrás –nos indicó el sargento—. Nadie se fijará en dos

palafreneros.

Salimos discretamente, sin llamar la atención, y nos mezclamos con la gente. Poco después, estábamos en el mercado, entre el gentío. Nadie nos reconoció y deambulamos a nuestro antojo.

—Mira, ahí van Mardof y el capitán Wilox —me hizo notar Sibila—. Van a hacer su trabajo.

—Sí, han tardado poco en ejecutar mis órdenes. Ojalá consigan algo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sibila—. ¿Tienes algún plan?

—Deberíamos acercarnos a la taberna. Seguro que encontraremos a alguien dispuesto a hablar. Es el mejor sitio. El vino y la cerveza sueltan la lengua de la gente.

Nos sentamos ante la puerta, como si estuviésemos descansando. Hablamos con varios clientes que, cuando salían en estado de embriaguez, necesitaban un poco de ayuda para mantenerse en pie. Sin embargo, no obtuvimos ninguna respuesta. Nadie sabía lo que había ocurrido en el mausoleo real, pero tampoco tenían idea de quién estaría dispuesto a hacer un trabajo tan sucio como el de degollar cadáveres.

—¡Sois unos depravados! —nos espetó un tipo, que había bebido más de la cuenta y que nos interpretó mal—. ¡Marchaos antes de que os denuncie a los soldados! ¡Carroñeros!

Para no llamar la atención, nos fuimos de allí y dimos unas vueltas por el mercado, donde acabamos hablando con un vendedor de armas llamado Arquiano.

—¿Un arma para cortar la cabeza de un esqueleto? —preguntó, mientras se acariciaba la barba—. Yo usaría esta espada corta. Tiene el filo muy pronunciado y bastaría con un solo golpe.

—¿Has vendido muchas espadas como esta últimamente? —le preguntó Sibila.

—Pocas. No es muy eficaz salvo en la lucha cuerpo a cuerpo.

—¿Recuerdas a alguno de tus clientes?

—¿Qué queréis saber exactamente?

—Queremos saber si conoces a alguien que se dedique a esos menesteres —le dije—. Te pagaremos por la información.

—No conozco a nadie que haga eso. No es rentable y a nadie le interesa, salvo que quiera mandar un mensaje a alguien.

—¿Un mensaje? ¿Cómo se puede enviar un mensaje cortando la cabeza de un muerto?

—Si descabezas a un patriarca, significa que esa finca no tiene dueño... Y que cualquiera puede apropiarse de ella. Es como un aviso.

Nos quedamos atónitos. ¿Cómo no lo habíamos pensado antes?

—Toma, amigo —dije, poniendo unas monedas en su mano—. Te lo has ganado.

—Es la primera vez que me pagan por hablar —dijo el hombre, sorprendido.

Un poco después nos detuvimos en un callejón solitario.

—¡Era un mensaje! —exclamé—. ¡Un aviso!

—¡Significa que el reino está descabezado y que alguien piensa hacerse con la corona! —dedujo Sibila.

—¡La regente! —exclamé—. ¡Hay que protegerla!
Salimos corriendo hacia el castillo.

La bestia gris

La sombra es un individuo de gran altura, peludo y muy parecido a uno de los osos salvajes que nos amenazan. Ojos profundos, nariz prominente y boca ancha poblada de dientes y colmillos de grandes dimensiones.

Resulta difícil saber dónde terminan los rasgos humanos y dónde comienzan los animales.

—¡No intentéis nada! —advierte con su voz gruñona—. ¡Lo pagaríais muy caro!

—No queremos hacer daño a nadie —digo—. Estamos de paso.

—¿Adónde vais? ¿Quiénes sois?

—Soy el príncipe Royman y me dirijo al Templo Milmortiano. Ellos me acompañan.

—El Templo Milmortiano está muy lejos. Me estás engañando.

Los osos gruñen para subrayar sus palabras.

—Yo soy la princesa Ónica y también voy al templo.

—Mi hijo y yo vamos en busca de mi marido —dice Nubiola.

—¿Quién eres tú? —le pregunta Torac—. ¿Por qué nos atacas?

—¡Estáis en mis tierras y mis osos tienen hambre! —responde el hombre bestia.

—Nosotros no vamos a ser alimento de nadie —le advierto.

—Debes saber que mis osos están dispuestos a acabar contigo y tus amigos a la más mínima señal —me amenaza, mostrando sus afiladas garras—. ¡No hagas ningún movimiento falso!

Levanto las manos en señal de paz. No quiero alterarle ya que parece muy peligroso. Ónica y Torac hacen lo mismo y Nubiola se abraza a Robin.

—Ahora, dad la vuelta y empezad a caminar —nos ordena.

—¿Adónde quieres llevarnos? —le pregunto.

—¡A mi cueva!

—¡No! ¡Ya te hemos dicho adónde vamos! —me opongo—. ¡Déjanos pasar!

—¡Haréis lo que yo os diga! ¡Vivos o muertos! ¡Nadie pasa por aquí!

—Mi padre lo hizo —dice Robin—. Y volverá a hacerlo.

—¿Tu padre? —se burla la bestia.

—Es un milmort y te matará si nos haces daño.

—¿Crees que mis osos temen a tu padre?

—Mi padre no tiene miedo de nadie —responde con aplomo—. Te cortará el cuello con su espada mágica.

—¡Yo soy su padre! —dice Torac, enseñando la hoja de su espada milmortiana—. ¡Soy un milmort!

—Entonces, empezaré por ti —le amenaza—. ¡Vas a morir, milmort!

He estudiado la situación y he calculado el riesgo, así que doy un paso adelante y me interpongo.

—Escucha, amigo —le digo, mientras me acerco—. Es mejor que nos tranquilicemos. Verás...

Sin darle tiempo a reaccionar, me lanzo sobre él y le coloco la punta de mi daga en el cuello.

—¡Ordena a tus amigos que se estén quietos o te rebano el pescuezo! —le advierto—. ¡Te aseguro que lo haré!

La bestia se queda desconcertada. Jamás ha visto a nadie actuar con tanta rapidez y arrojo. Los animales, al ver a su jefe en peligro, se muestran más amenazantes. Tengo que presionar un poco más la daga.

La bestia lanza unos bufidos que los osos entienden a la perfección.

—¡Ahora diles que se retiren! —le ordeno—. ¡Hacia atrás!

Después de recibir nuevas órdenes, se retiran unos metros. Sin embargo, no dejan de mostrarse amenazantes. Lanza zarpazos al aire y emiten poderosos gruñidos. ¡Están deseando atacarnos!

Ónica, Nubiola y Robin se colocan detrás de mí y Torac se pone a mi lado.

—Y, ahora, vas a venir con nosotros —le advierto, apretando la daga—. Si nos atacan, serás el primero en pagarlo. ¡Te lo garantizo!

Ónica coloca la punta de su espada sobre el pecho de la bestia.

—Yo le vigilo mientras lo preparáis todo —dice—. No creas que porque soy una mujer no tendré redaños para clavarte este acero hasta la empuñadura. Y te advierto que estoy muy enfadada por haberme dejado sin caballo.

—Yo me ocupo de estos —añade Torac—. ¡Acabad con esa bestia!

Me doy cuenta de que los osos se mantienen alerta. Lo peor es que, ahora, hay más. Lo que me resulta preocupante.

—¿De dónde salen todos estos animales? —pregunto con cierta inquietud—. ¿Qué está pasando aquí?

—Están preocupados por mí —contesta la bestia gris.

—Pues procura que no se pongan nerviosos —dice Ónica—. Puedo atravesar tu cuerpo peludo antes de que te des cuenta de lo que ocurre.

—Esto no me gusta —digo, notando la creciente intranquilidad de los osos, que sigue aumentando—. ¡No os separéis!

Robin agarra su hacha y se pone ante su madre.

—¡No os servirá de nada! —grita la bestia—. ¡Moriréis hoy mismo! ¡No llegaréis vivos a la noche!

Esta amenaza me alarma definitivamente. Percibo el peligro inmediato.

—¡Ónica, cuidado! —grito.

—¿Qué pasa? —pregunta ella—. ¿Qué ocurre?

—¡Van a atacar!

Los osos abandonan su actitud dócil para convertirse en auténticos salvajes. Empiezan a gruñir y a acercarse de forma muy peligrosa. Decido que hay que actuar con rapidez.

Me acerco a la bestia gris, levanto mi espada y, antes de que pueda emitir un solo sonido, le corto la cabeza que cae sobre el suelo nevado, rebota un par de veces y rueda mientras lo salpica todo de sangre.

Los osos gruñen y se alzan sobre sus patas traseras. Lejos de amilanarse, Torac se adelanta y los desafía. Uno se atreve a dar un paso más y el antiguo milmort le asesta un espadazo en pleno cráneo. Después, Torac se dispone a matar a otro que, prudentemente, da marcha atrás.

Cuando se aplacan un poco, recojo la cabeza de la bestia y la elevo para que la vean.

—¿Queréis acabar igual que él?

Me miran con una mezcla de odio y miedo. No saben si arrojarse sobre mí o retroceder.

Entonces, para ayudarles a tomar una decisión, doy un paso adelante con la espada en alto.

Por fin, convencidos de que no dudaré en matar a todos los que nos ataquen, se retiran lentamente, lanzando gruñidos.

—¡Vámonos! —ordenó, metiendo la cabeza en un saco y colgándolo de la silla del caballo—. ¡Huyamos!

Les falta tiempo para obedecer mi orden. Robin, su madre y Ónica me siguen de cerca mientras aflojo las riendas del caballo. A pesar de que la nieve nos impide correr, nos alejamos de allí lo más rápidamente posible. Torac protege nuestra retaguardia.

Entonces, los osos, en vez de seguirnos, hacen algo sorprendente. ¡Se lanzan sobre el cuerpo inanimado de la bestia gris!

—¿Qué hacen? —pregunta Nubiola—. ¿Intentan reanimarlo?

—¡Se lo van a comer! —respondo—. Aprovechemos para huir.

Mientras nos alejamos, los osos clavan sus colmillos en el cuerpo de la bestia gris y luchan entre ellos para llevarse la mejor parte. No tardan demasiado tiempo en devorarlo.

Para entonces, ya hemos desaparecido de su vista.

Temiendo que decidan seguirnos, nos internamos entre los grandes bloques de hielo que sobresalen de la nieve y corremos hasta que conseguimos cruzar un pequeño puente de hielo que derribamos después de pasar.

—De momento, estamos a salvo —digo—. Ahora tenemos que centrarnos en encontrar a *Cíclope*.

—Ahí está —dice Robin—. Ahí abajo, en la explanada.

Ónica, Torac y yo miramos hacia el lugar que señala.

—No se ve nada —dice Torac.

—Está ahí —insiste Robin—. Lo sé, lo presiento...

—Entonces, si estás seguro, bajemos a ver —dictamino—. Ya es hora de ver a ese tipo tan fuerte que tiene un solo ojo.

—Recuerda que su precio es... —empieza a decir Robin.

—No lo he olvidado —digo, comprobando la atadura del saco sobre el caballo—. No lo he olvidado. Dos alumnos, dos ojos...

¡Traición!

Volvimos al establo y nos reunimos con el sargento.

—¡Trae a tus hombres! —ordené, agarrando mi espada—. ¡Corred!

Sibila y yo, seguidos de los cuatro soldados y del sargento, bajo la mirada de la gente, nos dirigimos a la torre a toda velocidad.

—¿Dónde está Lucrecia? —pregunté a los centinelas.

—En sus aposentos —respondieron—. En el último piso.

Subimos la escalera corriendo y llegamos al piso señalado.

—¿Qué ocurre, mi señor? —preguntó un criado personal de la regente—. ¿Qué sucede?

—¡Llévanos ante tu señora! —ordenó Sibila—. ¡Deprisa!

El criado nos abrió el camino hasta una puerta. Dio un par de golpes con los nudillos.

—¡Mi señora, los príncipes están aquí y quieren veros! —gritó.

Pero no hubo respuesta. El criado volvió a golpear la puerta en vano.

—¡Aparta! —exclamó Sibila, que estaba intranquila—. ¡Déjame pasar!

Abrió la puerta de golpe y nos encontramos con la escena más horrible que podíamos haber imaginado: ¡Lucrecia, la regente del reino de Langan, estaba tumbada en su cama! ¡Decapitada!

Un charco de sangre empapaba la cama y chorreaba hasta el suelo... Pero la cabeza no se hallaba en el lugar. ¡Se la habían llevado!

Sibila y yo nos miramos, aterrorizados. No fuimos capaces de movernos ni de pronunciar palabra. La confusión y el miedo nos habían paralizado.

—¡Cerrad las puertas del castillo! —ordenó Sibila, recuperando el habla—. ¡Qué no entre ni salga nadie!

—Eso no servirá de nada —dije—. El asesino ha tenido tiempo de escapar.

—¡Haced lo que os digo! —insistió Sibila—. ¡Quiero encontrar a los salvajes que han hecho esto!

Dos soldados corrieron escaleras abajo para ejecutar la orden de la princesa.

—¿Quieres interrogar a todo el mundo? —le pregunté.

—¡Quiero encontrar a los que han hecho esto! Y si tengo que investigarlos a todos, lo haré. ¡No te quepa duda!

Descendimos las escaleras acompañados de los soldados. Cuando llegamos al gran portón del castillo, el puente levadizo ya estaba levantado e impedía el paso. La gente,

desconcertada, miraba hacia todos los lados, temiendo lo peor.

—¿Qué ocurre? —preguntaban muchos.

—¿A qué viene esto?

—¡Queremos salir!

Sibila y yo tratamos de no hacer caso a las quejas y nos centramos en buscar alguna pista. Una cara, un gesto, una mancha de sangre o algo que delatara al asesino. Pero, a pesar de nuestro empeño, no encontramos nada. Había demasiado barullo para sacar algo en limpio.

—No vamos a conseguir nada —dije—. Esta gente se está poniendo nerviosa.

—Sigamos, sigamos —nos presionó ella, totalmente centrada en la búsqueda—. ¡No ha tenido tiempo de salir del castillo! ¡Tiene que estar aquí! ¡Buscad a alguien que tenga la ropa manchada de sangre!

Los soldados redoblaron los esfuerzos, pero todo resultó inútil. Hubo algunos incidentes debido a que varias personas llevaban la ropa sucia.

—¡Esta mañana he matado un cerdo! —se quejó un hombre que decía ser carnicero y que tenía sangre en el delantal—. ¡No he hecho nada! ¡Dejadme en paz!

La muchedumbre alcanzó tal proporción que temí que se produjera una revuelta. Los ánimos estaban muy alterados. Las caras reflejaban la angustia que suponía estar rodeados de soldados nerviosos que llevaban las armas desenfundadas.

—Sibila, es mejor abrir las puertas y dar la búsqueda por perdida. El ambiente se está calentando demasiado.

Leí la desilusión en su rostro. Aunque no lo quería reconocer, sabía que yo tenía razón.

—Está bien —dijo finalmente—. ¡Abrid las puertas! ¡Pero no dejéis de buscar!

El torno que levantaba la rejilla crujió mientras el puente levadizo descendía. Una vez extendido, la gente se lanzó en avalancha hacia fuera, buscando liberarse de la tensión.

Una hora después, no quedaba nadie a quien registrar.

—Se ha escapado —se lamentó Sibila.

—O se ha escondido en el castillo. Puede que ni siquiera se haya molestado en huir. Es posible que esté aquí, cerca de nosotros.

—¡Lo hemos tenido en la punta de los dedos! —se lamentó Sibila—. ¡Ha faltado poco!

—Debemos descansar un poco —propuse—. Vamos a cambiarnos de ropa. Deja que los soldados sigan haciendo su trabajo. Anda, vamos...

Estaba agotada y al borde de la desesperación, pero accedió a mi petición.

Regresamos a nuestras habitaciones para cambiarnos de ropa. Almaria, su dama personal, la recibió con una sonrisa y la llevó al interior de la habitación.

—Yo me ocuparé de vos, mi princesa —dijo la sirvienta en tono amable y servicial—. Confíad en mí.

Yo me marché y aproveché para darme un baño que me quitara ese mal olor que las ropas viejas y sucias me habían impregnado. Mientras me frotaba con las hierbas, en el

barreño de agua fría, no podía quitarme de la cabeza la imagen de la regente decapitada. Había ocurrido ante nuestras narices y no podía por menos que sentirme culpable.

Los acontecimientos se estaban precipitando y la sensación de estar perdiendo el control iba creciendo en mi interior.

Pero algo me inquietaba. No sabía qué era, pero estaba seguro de que iba a ocurrir algo. Y, sin embargo, todo parecía en orden. Ahora que habían matado a la regente, todo había terminado... Sólo quedaba encontrar a los culpables... Pero un latigazo de lucidez cruzó mi mente y me hizo salir de la bañera de un salto.

Agarré la espada y, con el camisón de baño chorreando, salí corriendo. Alcancé la puerta de la habitación de Sibila y entré dando un portazo. No había tiempo para la cortesía. ¡Llegué en el último segundo!

—¡Quieta ahí! —grité—. ¡No te muevas!

Almaria, la sirvienta, que estaba detrás de Sibila con una espada corta en la mano, dispuesta a decapitarla, me miró con sorpresa.

En sus ojos leí la determinación de seguir adelante con su acción, así que salté hacia ella y conseguí detenerla en el último momento, justo cuando ya iba a asestar el golpe mortal. Caímos al suelo, rodamos y me di algunos golpes, pero conseguí mi objetivo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sibila, de pie, sin darse cuenta de lo que realmente había ocurrido—. ¿Qué haces ahí en el suelo, Royman? ¿Cómo te has atrevido a entrar en mi habitación?

—¡Almaria iba a matarte! —exclamé—. ¡Estaba a punto de decapitarte!

—Pero... Almaria es mi dama desde hace tiempo. Me es fiel. Lleva muchos años conmigo. Desde que era niña.

—Alguien la ha convencido para matarte —dije, mientras la sujetaba por el cuello y la inmovilizaba—. Hay que averiguar quién ha sido.

Varios soldados, alarmados por el ruido, entraron en la estancia.

—¡Detened a esta mujer! —ordené—. ¡Que nadie hable con ella! ¡Encerradla en una celda!

Los soldados se la llevaron casi a rastras, pero ella no soltó un solo quejido. Ni una sola muestra de arrepentimiento.

Sibila y yo estábamos atónitos. La audacia de los asesinos no tenía límites.

—¡En mi propia habitación! —musitó la princesa cuando nos quedamos solos—. ¡Mi dama de confianza!

Cíclope

Una columna de humo oscuro señala el campamento de *Cíclope*, que se yergue como un monumento, a pocos kilómetros de nosotros.

—Espero que nos reciban bien —digo—. No tengo demasiadas fuerzas para luchar. Estoy al borde del agotamiento.

—Pues te recomiendo que no dejes ver tu debilidad —me advierte Torac—. No te conviene. Debemos parecer fuertes.

—Estoy de acuerdo contigo —dice Ónica—. Tenemos que aparentar que somos guerreros peligrosos.

—Parecer débiles nos puede costar la vida —añade Robin—. Mi padre me lo decía siempre.

Sé que tienen razón. Nunca hay que dejar que los demás vean en qué estado estás.

Dos jinetes salen del campamento de *Cíclope* y vienen a nuestro encuentro. Van muy armados y parecen peligrosos.

—¿Qué buscáis aquí, extranjeros? —pregunta uno.

—Queremos ver a *Cíclope* —le digo—. Quiero que me prepare para ser un milmort.

Los dos hombres se miran y sonríen.

—No eres nadie. Nunca serás un milmort. Nuestro señor cobra muy caro. Vosotros sois unos muertos de hambre.

—Tengo para pagarle —insisto.

—Enséñanoslo, andrajoso.

—Sólo se lo enseñaré a *Cíclope*.

—No admitimos insolencias —dice el segundo—. ¡Marchaos ahora mismo!

—¡No nos iremos! —respondo en plan desafiante.

Sin mediar palabra, los dos hombres se lanzan contra mí, pero reacciono con rapidez y ensarto al que me ataca por la derecha. Ónica, por su parte, liquida al segundo, que no esperaba ser atacado por una mujer.

—¡Yo también quiero ser milmort! —le dice, mientras le remata en el suelo.

El otro, que aún se mantiene con vida, consigue hablar:

—¡Ayudadme! ¡Me estoy desangrando!

—Te vamos a ayudar —digo—. Y tú también nos ayudarás.

Entre Ónica, Torac y yo le subimos a su caballo. Después, cargamos al muerto en su montura y la atamos al primer caballo.

—Intenta no caerte —le aconsejo—. Si lo haces, no te recogeremos y te desangrarás en el suelo. Llega hasta el campamento y diles que vamos para allá. ¿Lo has entendido?

El hombre me mira con rabia, pero no dice nada.

—¿Quieres quedarte aquí hasta que no te reste una sola gota de sangre? —le pregunta Torac, sujetando las riendas con fuerza—. ¿O prefieres marcharte?

El herido asiente con la cabeza.

Torac suelta las riendas y yo doy un azote en la grupa del caballo que, al trote, se dirige hacia la hacienda sin salirse del camino.

—¿Ves lo que pasa por parecer débil? —me reprocha Ónica—. Se creen con derecho a atacarte.

—Es mejor que crean que eres débil a que supongan lo contrario —respondo—. Ahora ya saben que no estoy tan indefenso como pensaban.

—No te hagas el listo, príncipe, que yo también he hecho mi parte.

—Contaba con ello, princesa. Gracias por tu ayuda.

—Creo que seréis una buena pareja de milmorts —ironiza Torac.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Robin.

—Ir a su encuentro —propongo—. Para que no piensen que les tenemos miedo.

Ónica me mira de reojo, haciéndome ver que ha entendido la ironía.

—No te preocupes —dice la joven princesa—. Estaré alerta, por si acaso.

La madre de Robin nos avisa.

—¡Mirad!

—Me parece que no les ha gustado el mensaje que les hemos enviado —dice Torac—. ¡Ahí vienen más!

Media docena de hombres cabalgan hacia nosotros.

Desato de mi caballo el saco que contiene la cabeza de la bestia gris, me pongo delante de todos y espero a que lleguen.

—¡Tengo algo para *Cíclope*! —exclamo cuando están tan cerca que pueden escucharme—. ¡Le gustará!

—¡No creas que nos vas a detener! —grita el primer jinete—. ¡Vas a morir!

Trata de embestirme con su caballo, pero Robin lanza su hacha con tanta precisión que se clava en su pecho.

Los otros, sorprendidos, se detienen.

—¡Venimos en paz! ¡Somos amigos! —grito—. ¡Mirad lo que tengo!

Pero no parecen muy interesados en el saco, y siguen su camino.

Enfadado, arrojo el saco contra uno de ellos y lo derribo. Con la espada en la mano, me dispongo a enfrentarme al resto. Ónica se pone a mi lado mientras Torac observa sin intervenir.

—Si os hace falta mi ayuda, me lo decís —bromea.

El primero en caer es el hombre de la barba roja. El segundo es el que va a su lado. Ónica y yo hemos aprovechado bien la oportunidad de hacernos con la situación.

Antes de que los otros tres hombres puedan devolvernos el golpe, nos lanzamos contra ellos y los aniquilamos de sendos sablazos. La lucha ha sido breve pero eficaz.

—Vayamos al campamento –sugiero–. Es hora de conocer a *Cíclope*.

—Es una buena idea –dice Torac–. Aquí ya no hacemos nada.

Recojo el maltratado saco, lo vuelvo a atar a mi caballo, me subo a él y lo espoleo. Ónica monta uno de los caballos de los caídos y me sigue. Torac, muy protector, se une a Robin y a su madre.

—¿Así que eres mi padre? –le dice Robin, recordándole lo que le dijo a la bestia gris.

—¿Es tu padre? –pregunta Nubiola–. ¿Estás seguro, hijo?

—Bueno, lo dije para que viera que no le tenía miedo –se excusa Torac–. Sólo soy un antiguo milmort.

—Mi marido también es un milmort –dice Nubiola, divagando.

—Sí, madre. Padre es un gran milmort y vendrá a buscarnos para sacarnos de aquí.

Cuando llegamos al campamento, la puerta está cerrada. En la muralla, dos docenas de vigías armados con lanzas y arcos nos observan.

—¡Abrid esa puerta o la echamos abajo! –los amenazo–. ¡Abrid os digo!

Pero no me hacen caso. Son como muñecos sin voluntad, que no tienen interés en mis palabras. Ni siquiera saber que sus compañeros han muerto les inmuta.

Me acerco a la gran puerta de madera y la golpeo con el pomo de la espada. Pero es inútil. Entonces, me retiro un poco, agarro el saco y lo lanzo por encima de la muralla.

—¡Mira, *Cíclope*! ¡Mira qué regalo te traigo! –grito con todas mis fuerzas–. ¡Es para ti!

Durante los próximos minutos hay un gran silencio.

Por fin, la gran puerta de madera cruje y se abre lentamente.

Temo que van a salir más soldados, pero no ocurre nada.

—Esto puede ser una trampa –me advierte Torac–. Tengamos cuidado.

Después de esperar un poco más, decido que me da igual. Aunque sea una trampa, prefiero meterme de cabeza en ella, pero no voy a quedarme aquí, temeroso de lo que pueda ocurrir.

—¿Es prudente entrar? –pregunta Ónica–. Puede estar lleno de hombres armados.

—No es bueno dejarles creer que les tenemos miedo –respondo, guiñándole un ojo–. Vamos, no les hagamos esperar. Sígueme a distancia, no nos conviene ir juntos. Cuando yo esté dentro, tú entras. Torac, quedaos aquí con Nubiola y Robin.

Avanzo lentamente, sin prisas, desafiante. Penetro en la hacienda como el que entra en su propia casa. Nadie sale a mi encuentro. No hay ninguna oposición.

Cuando me detengo, levanto la mano armada y hago una señal a Ónica, que se pone en marcha, seguida por Torac, Robin y su madre. Entonces, vemos algo que nos desconcierta: en el centro del patio, *Cíclope* ha abierto el saco y mantiene la cabeza de la bestia gris en la mano derecha.

En ese momento, varios hombres cierran la gran puerta.

Regreso a casa

Al día siguiente, después de una noche de lágrimas, enterramos a Lucrecia, la regente. Sibila había decidido que debía reposar en el mausoleo real ya que, según ella, había cuidado del reino durante mucho tiempo y merecía el trato que corresponde a un miembro de la realeza.

—Se ha portado muy bien conmigo —afirmó—. Dejó su vida personal para servirme, y lo hizo perfectamente. Le estoy agradecida.

—Tienes razón. Al fin y al cabo, el reino no era para ella.

—El trono es mío y debía entregármelo dentro de unos años, a mi mayoría de edad. Por eso quiero que seamos tan generosos con ella como lo ha sido conmigo.

Los sepultureros tuvieron que habilitar un sarcófago con toda rapidez ya que no había ninguno previsto para ella. Sibila eligió uno sencillo, de piedra gris, con algunos relieves de caballeros armados que, simbólicamente, la protegerían durante toda la eternidad.

Por la tarde, después de que muchas personas le rindieran homenaje, lo que demostraba que había sido una gobernante justa, y sobre los hombros de su guardia de honor, la llevamos a su morada definitiva.

Había mucha niebla y, envueltos en un gran silencio, nos despedimos de ella definitivamente.

—Hay que averiguar dónde está su cabeza —dijo Sibila—. Debemos encontrarla.

—Vamos a interrogar a Almaria —dije—. Es posible que nos dé alguna pista.

—No permitiré que ni mis padres ni la regente permanezcan en ese estado —insistió la princesa—. Tenemos que completarlos. Debemos recuperar las cabezas.

—Lo haremos, pase lo que pase.

—Juro aquí, delante de los cuerpos de mis padres y de mi querida tía, que empeñaré mi vida en esta honrosa misión —afirmó, poniendo la mano sobre el corazón.

—Yo me pongo a tu servicio para que logres llevarla a cabo —dije—. ¡Lo juro por mi honor!

Salimos del mausoleo con el corazón encogido. Había sido una ceremonia corta, muy íntima pero emotiva.

No estábamos dispuestos a perdonar a los que habían cometido esta barbarie, fuesen conspiradores o no.

Nos dirigimos directamente a nuestros aposentos, nos cambiamos de ropa y

ordenamos que trajeran a la prisionera a la habitación real.

Poco después, Almaria entró en la estancia. Estaba destrozada, llorosa y su estado era lamentable. La ropa rota, el pelo sucio, despedía un olor pestilente. En apenas unas horas, su aspecto había cambiado radicalmente. La situaron ante Sibila, que estaba sentada en el gran sillón que, hasta hace poco, utilizaba la regente.

—¿Lo vas a contar todo por las buenas o prefieres que te ponga en manos de los verdugos? —le preguntó Sibila.

—No tengo nada que contar —respondió la mujer, agitando sus manos encadenadas—. ¡Nada!

—¿Por qué has intentado matarme?

No hubo respuesta.

—¿Quién te ha pagado para hacerlo?

Ni un susurro.

—¿Qué sabes de los que han matado a mi tía?

Ni un movimiento de cabeza.

—¿Has sido tú, verdad? —le pregunté.

Ninguna respuesta.

Almaria estaba tan abatida que parecía haber perdido el interés por la vida. Sabía que estaba a punto de ser torturada, pero no parecía preocuparle.

Era una actitud muy extraña. Nadie en su sano juicio, en su situación se hubiera negado a colaborar. Todos mentían, imploraban piedad, delataban a sus amigos... Cualquier cosa con tal de no caer en los calabozos de tortura. Y, sin embargo, Almaria parecía indiferente a todo lo que la rodeaba. No es que no tuviera miedo, ya que sus temblores delataban que sí lo tenía, pero le daba igual. Era como si la tortura fuese mejor que delatar a sus jefes.

Me acerqué a ella, apoyé mi mano en su barbilla, levanté su cabeza y la obligué a mirarnos.

—Almaria, no te entiendo. Si no hablas, serás torturada, juzgada y sentenciada a muerte. Tu delito no deja lugar a dudas. Fui testigo de tu intento de matar a Sibila, tu señora. Y ya sabes que matar a los reyes se paga muy caro. Habla y seremos indulgentes contigo. Te lo prometo.

Pero su mirada permaneció fría y distante. Era como si ya se hubiera ido de este mundo. Volví al lado de Sibila.

—¡Si no colaboras, no tendremos piedad contigo! —exclamó ella, al límite de su paciencia—. ¿Quién te ha ordenado matarme?

Entonces, Almaria pareció recuperar la cordura.

Sibila y yo creímos que se había decidido a hablar.

Sus cadenas rozaron el suelo cuando dio un paso adelante.

De repente, salió corriendo hacia la ventana. Como adiviné sus intenciones, corrí tras ella en un vano intento de detenerla, pero no lo conseguí. Antes de que los soldados que la vigilaban pudieran atraparla, se arrojó al vacío.

Sibila y yo nos quedamos conmocionados. Nos había sorprendido. Nunca

hubiéramos imaginado que Almaria iba a hacer algo tan trágico.

Nos asomamos a la ventana, y vimos su cuerpo, ahí abajo, retorcido sobre las piedras. A su lado, dos soldados observaban atónitos el cadáver. Tuvieron suerte de que no les cayera encima.

—¿Por qué ha hecho eso? —me preguntó Sibila—. ¿Por qué ha preferido matarse antes que delatar a sus cómplices?

—Porque los teme más que a nosotros —concluí—. Sabía que si hablaba, le esperaba algo terrible. Algo peor que la muerte.

—¿Qué puede ser peor que la muerte?

—La muerte de un ser querido, supongo.

Sibila reflexionó durante unos instantes.

—¡Almaria tenía una hija! —exclamó.

—¿Dónde vive?

—En... En la ciudad de Stronfor... ¡Con su abuela!

—Debemos volver a Force y visitar a esa niña y a su abuela. Es la única pista que nos queda...

—Sí. Wilox y Mardof no han encontrado ningún rastro entre los proscritos. Esa niña y su abuela son lo único a lo que podemos asirnos. Debemos hablar con ellas.

—¿Quién quedará al cuidado de tu reino cuando nos marchemos? —pregunté—. ¿Quién regentará Langan durante tu ausencia?

—¡Wilox! Le nombraré a él. Es el único del que me puedo fiar.

—No digas eso. Mi abuelo decía que no hay que fiarse de nadie.

—Entonces, diré que es el único del que dispongo —reconoció.

—Eso es mejor. Si te traiciona, no podrás sentirte decepcionada.

—Si me traiciona, su cabeza colgará de lo más alto de la torre. Empiezo a estar harta de traidores.

Como ya no teníamos nada que hacer y nuestra misión estaba cumplida, hicimos los preparativos para regresar a Force.

Al día siguiente, en una reunión con caballeros, oficiales y escribientes, Sibila nombró a Wilox regente provisional del reino de Langan. Le hizo jurar por su honor que lo haría en su nombre y que, cuando llegara el momento, entregaría la corona a Sibila de forma pacífica.

—Pongo toda mi confianza en vos, capitán Wilox —dijo ella, desde lo alto del estrado—. Os entrego esta espada como signo de poder. Espero de vos que seáis justo y bondadoso con nuestros súbditos. Espero también que sabréis defender mi corona, a la que seréis fiel. Y que, cuando llegue el momento, aceptaréis con honor mi coronación, ya que seré la reina de Langan.

—Juro por mi honor que honraré la confianza que depositáis en mí, princesa.

—Si es así, seréis premiado. Pero, si faltáis a vuestra palabra, recibiréis el castigo de los traidores —aseguró Sibila con voz firme.

—Así sea, mi señora —aceptó Wilox, poniéndose de rodillas ante ella y besando su mano.

Al amanecer del día siguiente, emprendimos la marcha.

No obstante, habíamos dejado a dos de nuestros soldados en el castillo con el encargo de informarnos secretamente de todo lo que aconteciera en el reino. También dimos instrucciones al tesorero de que debía entregarles una cantidad de dinero para que, sin que nadie lo supiera, crearan una red de informadores.

Nadie sabía, ni siquiera Sibila, que la noche anterior yo había ido a visitar al vendedor de armas que nos había contado el significado del mensaje que alguien trataba de enviarnos sobre el reino descabezado.

—Arquiano, aquí tienes una buena cantidad de monedas de oro y plata —le dije—. Te las ganarás haciendo un trabajo silencioso. Cada mes, me enviarás una carta contándome todo lo que te parezca raro. Si descubres a alguien hablando sobre la princesa Sibila, la regente Lucrecia o los difuntos reyes, quiero que tomes buena nota y me informes. Quiero estar seguro de que nadie sabe que eres mi espía. Recuerda que necesito saber todo, repito, todo lo que ocurra en relación a los reyes de Langan.

—Podéis contar conmigo, mi señor —dijo Arquiano, sopesando la bolsa de monedas—. Sois generoso.

—Soy muy espléndido, pero también soy inflexible. Quiero que sepas que, a tu vez, serás vigilado por otras personas que me informarán de tus actos. Si me mientes o me traicionas, volveré a pedirte cuentas. Pero si haces un trabajo satisfactorio, vendré para recompensarte. ¿Está claro?

—Muy claro, mi señor. Haré lo que me pedís. No os defraudaré.

—Eres un hombre astuto, Arquiano. Sé que sabes que no te conviene defraudarme. Y también sabes que te será más rentable serme fiel.

Cuando perdimos de vista el castillo, sentí una cierta desazón por ocultar a Sibila mi trato con el armero Arquiano. Pero dado que no lo hacía para perjudicarla sino por su propio beneficio, me convencí a mí mismo de que no tenía nada que reprocharme.

Al fin y al cabo, seguía los consejos de mi abuelo.

Entrenamiento

Cíclope tiene un solo ojo. A juzgar por las cicatrices de su rostro, el otro ha sido arrancado de forma muy violenta. Tiene expresión de enfado. Es un hombre de gran musculatura, muy alto, con piel oscura y pelo largo.

—¿Qué queréis, intrusos? —me pregunta muy desafiante.

—Queremos que nos entrenes para ser milmorts —respondo.

—¿Nos entrenes? ¿A quién te refieres?

—¡Yo también quiero ser milmort! —exclama Ónica—. Mírame como si fuese un hombre.

—No entreno a mujeres —responde, ignorando sus palabras.

—He ayudado a cortar la cabeza de esa bestia peluda que tienes entre las manos, he matado a algunos de tus hombres y puedo luchar contigo si hace falta —le reta la princesa—. No te tengo miedo.

—Y vas a entrenarnos a los dos —le digo.

—No hay trato. No sois nadie para obligarme.

—Te voy a hacer una proposición —digo—. O nos entrenas o arrasamos tu campamento. Le prenderemos fuego, acabaremos con toda tu gente, te arrancaré el ojo que te queda y arrojaré tu cadáver a los osos grises que rodean este asqueroso lugar.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así?

—Uno que tiene alma de milmort. Y te advierto que lo primero que haré cuando lo sea, será volver aquí para maldecir tus cenizas y escupir sobre ellas. Te pudrirás en el olvido.

Cíclope me observa con atención. Mi amenaza es clara y sabe que no estoy bromeando.

—¿Por qué quieres ser milmort? —me pregunta.

—Porque deseo alcanzar la gloria. Este mundo no me gusta y pretendo salir de aquí.

—Yo tengo los mismos motivos que él —dice

Ónica.

Cíclope se fija en Torac, en Robin y en su madre.

—¿Quiénes son esos?

—Yo me llamo Torac y he sido un caballero milmort hasta que he renunciado.

—¿Por qué no los entrenas tú? —pregunta *Cíclope*.

Torac da un paso adelante.

—Porque lo vas a hacer tú, que eres un experto en entrenamientos.

Cíclope le mira fijamente.

—Yo te conozco. Tú has estado aquí.

—Sí, con Croax y con Zoltan... Nos entrenaste bien. Y nos llenaste el alma de asco con lo que nos enseñaste —responde Torac—. Es posible que quiera vengarme de ti por el trato que nos diste.

—Yo no obligo a nadie a venir.

—Y nadie me obliga a matarte. Así que, o entrenas a mis dos amigos o te las verás conmigo. Ahora ya no soy el inocente que vino aquí hace tiempo.

Cíclope mira a Robin y a Nubiola.

—¿Son tu mujer y tu hijo? —pregunta.

—Soy su esposa —dice Nubiola—. He venido para acompañarle.

—Y yo soy su hijo.

—Esto no es una posada —responde *Cíclope*—. Estar aquí cuesta mucho.

—Trabajaremos —replica Torac—. Haremos todo lo que quieras.

—¿Cuándo empezamos a entrenar? —le pregunto—. Tengo prisa.

—No te pongas nervioso. Todavía no he aceptado.

—Claro que has aceptado. Lo que pasa es que todavía no lo sabes —le respondo, arrojándole una bolsa de monedas.

Cíclope la abre, sonríe, se da la vuelta y se dirige hacia una puerta de madera que forma parte de una gran empalizada.

—Dormid y descansad —ordena, antes de cruzar la puerta—. Nos divertiremos con vosotros. Ya os avisarán.

Desmontamos y nos acercamos a las caballerizas donde dejamos los caballos. Después, buscamos un lugar para cobijarnos.

Entonces, un hombre de una sola pierna se nos acerca.

—Me llamo Bertol y soy ayudante de *Cíclope*. Debéis seguir mis instrucciones. Vosotros dos podéis dormir en ese cobertizo hasta que empiecen los entrenamientos —dice—. La mujer, el chico y el milmort...

—Ellos se quedan con nosotros —le interrumpo—. No nos separaremos.

—Si queréis que os entrenen, os aconsejo que sigáis las instrucciones de *Cíclope*.

—Escucha, Bertol. Nos quedamos todos juntos —le insisto—. Nada nos separará. Si *Cíclope* no está de acuerdo, dile que venga a decírmelo.

—Sí, le escucharemos con atención —añade Torac.

Bertol entiende que no vale la pena perder el tiempo por un detalle sin importancia y acepta nuestra proposición. Su estrategia de separarnos les ha salido mal.

Nos instalamos en el cobertizo y comemos tranquilamente. Nadie viene a molestarnos. Invertimos nuestro tiempo libre en limpiar las armas. Remendamos las ropas y nos aseamos. El viaje ha sido duro y estamos agotados.

—¿Has visto la cantidad de hombres armados que han pasado por aquella puerta? —le pregunto a Torac.

—Sí, entran y salen sin cesar —dice Ónica—. Ahora deberíamos dormir. Seguro que mañana será un día difícil.

—Si consigues salir vivo de ahí, todo irá bien —dice Torac—. Pero es difícil. Te lo advierto, Royman.

No le respondo, pero pienso en sus palabras durante horas y tengo un sueño intranquilo. La noche se me hace muy larga.

Al amanecer del día siguiente, apenas ha cantado el gallo, Bertol y un hombre fornido y sudoroso se acercan a nosotros.

—*Cíclope* dice que puedes ir —me dice Bertol.

—¿Y yo? —pregunta Ónica.

—Sólo él. De ti no me ha dicho nada.

—Está bien, esperaré —dice la princesa.

—Allá voy —digo, cogiendo mi espada.

—¡Sin armas! —me indica el hombretón.

Le lanzo una mirada de reproche, pero no digo nada.

—Que te vaya bien —me desea Ónica, cogiendo mi espada.

—Te esperamos —añade Robin.

Torac se acerca y me da un abrazo.

—Sé implacable —me susurra al oído.

Bertol, que no le ha oído, me apremia:

—Vamos, que ya es tarde.

—Mucha suerte, príncipe —me desea Torac, en voz alta, poniéndome la mano en el hombro.

Bertol y su acompañante empiezan a andar y yo los sigo.

Cuando entro en la empalizada, la sensación de haber caído en una trampa se agudiza.

Apenas pongo los pies en el recinto, la puerta se cierra. Me doy cuenta de que acabo de entrar en un lugar peligroso. Los gritos que hemos estado escuchando provienen de las docenas de hombres que se entrenan.

Un perro grande, con aspecto violento, se pone a mi lado.

—¡Estos hombres también quieren ser milmorts! —grita *Cíclope*—. ¡A ver si consigues salir de aquí!

El campo de entrenamiento es grande y se parece a la arena de un circo romano con un círculo pintado en el suelo. Alrededor hay hombres que se miran con rabia.

En el centro, *Cíclope* y sus ayudantes, acompañados por varios perros, los enfurecen y les dan órdenes.

Los ayudantes de *Cíclope* sueltan a dos animales que se dirigen hacia dos hombres con la clara intención de clavarles los colmillos. Pero los dos individuos se lanzan a la carrera hacia el círculo, donde hay una espada clavada en la arena. El que llega primero se hace con el arma y se dispone a atacar al contrario que, asustado, se detiene en seco. Sin contemplaciones de ningún tipo, arremete contra su indefenso compañero y lo atraviesa mientras los perros ladran con fiereza. Sin darle tregua, otro ayudante entrega

una nueva espada a otro tipo que, perseguido por un perro, acaba de llegar a su lado y se apresta a luchar con él.

Los dos contendientes empiezan a combatir. Pero otro luchador se une al grupo y trata de ganar ventaja ya que no le han visto venir. Dos certeros golpes acaban con el primer luchador y otro espadazo deja lisiado al segundo. El tercero se proclama vencedor. Pero por poco tiempo. Otros dos luchadores salen a su encuentro y tardan poco en acabar con él. Después, se enfrentan entre sí y uno acaba con el pecho rajado.

Resultado, tres cadáveres, dos heridos y un vencedor.

Los cuerpos son arrastrados por los perros mientras que los heridos salen por su propio pie. Sin embargo, justo al llegar a la puerta de salida, el último herido cae al suelo muerto. Dos perros corren en su busca, lo arrastran hasta una fosa y lo arrojan a ella.

Estoy anonadado. Jamás he visto semejante carnicería. ¿Estoy en un campo de entrenamiento o de aniquilamiento?

—¡Tú, ven aquí! —me grita *Cíclope*—. Colócate donde el perro te indica.

El perro me lleva hasta uno de los lugares que han quedado vacíos.

—¿Cuáles son las reglas? —le pregunto.

No he terminado de hablar cuando dos perros se lanzan a por mí. Ya van a saltarme al cuello cuando un ayudante los detiene.

—¡No hay reglas! —grita *Cíclope*—. ¡Matas o mueres!

Ahora soy el protagonista del espectáculo que vuelve a comenzar. Perros que corren, hombres que tratan de salvar sus vidas, muertos, heridos, gritos, lamentos, risas... He conseguido salir con vida y todo vuelve a comenzar.

Durante horas interminables, lucho sin parar. Al final de la jornada tengo la sensación de ahogarme en la sangre de los desgraciados que han muerto a mi lado. He matado a tantos hombres que sería muy fácil creer que soy invencible. Pero sé muy bien que es un engaño. No debo olvidar que soy tan vulnerable como mis víctimas.

—¡Por hoy se acabó! —grita *Cíclope* al anochecer—. ¡Dormid bien esta noche, mañana puede ser vuestro último día!

Estoy agotado. He luchado como una fiera salvaje durante horas y tengo el cuerpo magullado, lleno de moratones y de heridas. He sobrevivido pero estoy al borde de mis fuerzas. Tengo las tripas revueltas de contemplar tanta sangre y de escuchar tantos gritos de dolor.

—¿Te ha gustado? —me pregunta *Cíclope*.

—No creo que todo esto sirva para algo. No enseñas nada —le digo—. Aquí ni siquiera se aprende a morir con dignidad.

—¿Morir con dignidad? ¿Bromeas? No hay dignidad en la muerte. No importa cómo mueres, sólo cuenta que vivas.

—Un caballero milmort...

—Un caballero milmort tiene que evitar que le maten mil veces. O lo que es lo mismo, debe matar mil veces él. La dignidad no tiene nada que ver.

—Entonces, ¿para qué estamos aquí?

—Para que aprendas a evitar que te maten. Si lo consigues, tienes alguna

posibilidad de que te acepten. Es una llave que te abrirá la puerta del Templo Milmortiano.

—No me gustan tus métodos.

—Entonces, ya te puedes ir. Y te puedes llevar a tu compañera. Ya habrás comprendido que no va a sobrevivir. Además, le mandaremos los contendientes más duros. No durará ni una hora.

—Esa chica es valiente.

—Esa chica está muerta si pone los pies en esta arena. Te lo aseguro.

Tiene razón, creo que Ónica no sobrevivirá si entra en ese circo de muerte.

La reina hechizada

El viaje de regreso a Force fue más largo y pesado que el de ida a Langan.

Nuestro ánimo no era el mismo que entonces, por eso resultó más duro. El agotamiento se cebó en nosotros. La angustia y los últimos acontecimientos nos habían dejado al borde de nuestras fuerzas. La verdad es que no nos habíamos repuesto de la muerte de Lucrecia y del intento de asesinato de Sibila.

Por eso tardamos un día más en el viaje de vuelta.

Cuando estábamos llegando al castillo, di una orden a Mardof:

—Quiero que vayas a buscar a la madre y a la hija de Almaria. Llévate diez soldados.

—¿Conoces el camino hasta Stronfor? —preguntó Sibila.

—Sí, mi señora. No está lejos. Las encontraré y las traeré. Os lo aseguro.

—Ten cuidado. Ya sabes que la vieja puede ser una hechicera.

—Sus hechizos no podrán con mi espada —aseguró Mardof, rozando la empuñadura.

—Aun así, no te confíes —le ordené—. Los maleficios tienen más filo que las espadas.

Después de despedirse, acompañado de una decena de soldados, se separó de nosotros y se perdió en la lejanía.

Entonces, cuando me disponía a enviar un mensajero al castillo para anunciar nuestra llegada, varios jinetes salieron de la fortaleza y se dirigieron hacia nosotros. Eran Gwendlin y Wolfort, con sus escoltas.

—Gracias por venir a buscarnos —les dije cuando se acercaron.

—Queríamos ser los primeros en darte la noticia —dijo Gwendlin.

—¿Qué noticia? —pregunté—. ¿A qué te refieres?

—Nuestra madre está muy enferma —explicó—. Tememos por su vida.

Sibila y yo cruzamos una mirada de preocupación. ¿Tenía esto algo que ver con lo que había sucedido en Langan?

—¿Dónde está? —pregunté.

—En su habitación —explicó Wolfort—. El rey está con ella.

Espoleé mi caballo con tanta fuerza que profirió un relincho antes de salir a galope tendido. Me lancé a una carrera descontrolada hacia el castillo.

Oí los cascos de los caballos que me seguían, pero no perdí tiempo en mirar. Para mí sólo había una persona que me interesaba.

Crucé el puente levadizo como una tromba. Me detuve ante la puerta de la torre y

un par de soldados, acompañados de un criado, vinieron a hacerse cargo de mi montura.

—Bienvenido, príncipe —dijo el sirviente—. Yo me ocuparé de vuestro caballo.

Apenas le di las gracias y seguí mi camino. Justo cuando entraba en la torre, Sibila llegó a mi lado.

—¡Espérame! —pidió—. ¡Espérame!

Subí los escalones de dos en dos sin permitir que acompasara su paso al mío. Cuando llegué arriba, apenas podía respirar. Mi ropa estaba empapada de sudor y mi frente goteaba.

Al verme llegar, los soldados que vigilaban la puerta la abrieron y se apartaron para dejarme paso. Mi padre estaba junto a la cama de mi madre, sentado, desolado.

—¡Royman! —exclamó, poniéndose en pie—. ¡Hijo!

—Hola, padre —contesté, haciendo una respetuosa inclinación de cabeza—. ¿Qué le pasa? ¿Qué le ocurre?

—No lo sabemos. Al día siguiente de vuestra partida empezó a sentirse mal y ha ido empeorando. Los médicos están desconcertados. No lo entienden.

Me acerqué a la cama y vi que mi madre mostraba un aspecto espantoso. Tenía los ojos cerrados y la expresión contraída. Una ligera espuma rodeaba sus labios. Me pareció que su cabello era más blanco y que su rostro estaba invadido por las arrugas. Era como si hubiera envejecido muchos años en pocos días.

—¡No podemos dejarla morir! —exclamé—. ¡No quiero que muera!

—Hemos hecho todo lo que está a nuestro alcance —explicó mi padre—. Los médicos están desolados. Ya no pueden hacer nada más.

—Pues buscaremos a otros —propuso Sibila, que acababa de llegar—. ¡Traeremos más médicos! ¡O hechiceros! ¡O alquimistas!

—¡Haremos lo que haga falta para impedir que muera! —exclamé—. ¡Lo que haga falta!

Gwendlin y Wolfort entraron en ese momento.

—Royman. Nuestra madre va a morir, igual que el abuelo —se lamentó mi hermana—. ¡Nuestra familia está maldita!

—¡No! —grité—. ¡No va a morir y me niego a aceptar que nuestra familia esté condenada! ¡Todos vamos a vivir muchos años!

—¡No podemos hacer nada! —replicó el rey, que ya había dado la batalla por perdida.

—¿Dónde están los médicos, que no están aquí, junto a ella? —pregunté—. ¿Por qué no la cuidan?

—Trabajando en sus laboratorios —respondió mi padre—. Buscando medicinas que puedan salvarla. Ensayando fórmulas medicinales.

—Voy a verlos. Quiero saber qué están haciendo exactamente.

—Espera, te acompaño —dijo Sibila—. Yo también quiero ver qué hacen.

Salimos de la estancia en busca de respuestas. Cruzamos el patio y entramos en un edificio de madera, apartado de todos.

—¿Qué pasa? —exclamó el doctor Serviano cuando oyó el portazo.

—¡Soy yo, el príncipe Royman! –repliqué–. ¡Quiero respuestas!

—¡Príncipe, mi señor! –dijo el médico, inclinando la cabeza–. ¿Qué puedo hacer?

—¡Explicame en pocas palabras qué le pasa a la reina!

—Está gravemente enferma...

—¡No eludas la respuesta a mi pregunta! ¡Dime qué le pasa!

—Está... Bueno, es difícil saberlo. Padece una extraña enfermedad.

—Eso no es una explicación –le dije, agarrándole de la pechera–. ¿Qué es lo que la está matando?

—¡Tiene que ser un hechizo! –respondió, tembloroso–. ¡Alguien la ha embrujado!

—¿Quién ha sido? ¿Qué clase de maleficio es ese? –preguntó Sibila.

—Un conjuro nuevo. Nunca he visto nada igual, mi señora. ¡Proviene de lejos!

—¡Eso es una tontería! –grité–. ¡Me estás engañando! ¡No hay hechizo! ¡No hay nada!

—No ha respondido a ninguna de mis medicinas –replicó Serviano–. ¡Tiene que estar embrujada! ¡No hay otra explicación!

—Los hechizos también se pueden curar –dijo Sibila–. ¡Debes encontrar la manera de salvarla!

—¡O abandonarás tu puesto! –añadí–. ¡Si ella muere, tendrás que irte de aquí! ¡Te desterraremos de Force!

El médico se quedó callado. Mis amenazas le habían dejado sin aliento.

—¡Tienes que buscar alguna solución! –le apremié.

Sibila me agarró del brazo para evitar que mi cólera aumentara.

—¡Lo siento, mi señor! –balbuceó, rendido Serviano–. Lo siento de veras. Cuando salimos afuera, estaba rojo de rabia.

—Ese hombre recibe una gran paga para mantenernos vivos, pero es un inútil –bramé–. ¡Debería ejecutarle aquí mismo! ¡Fue incapaz de salvar a mi abuelo y mi madre va a morir también!

—La muerte del médico no serviría de nada –replicó Sibila–. Hay que buscar una solución.

—¿Dónde? ¿Dónde está esa solución?

—No lo sé, Royman. Ojalá lo supiera.

Mi tristeza aumentaba por momentos. Si no ocurría algo pronto, mi madre iba a morir.

Estábamos dominados por la impotencia. Lo único que podíamos hacer era permanecer a su lado, junto a su lecho. Escuchando su respiración que se iba haciendo cada vez más lenta, temiendo que se acallara por completo.

Los recuerdos de la agonía del abuelo Derek se asentaron en mi mente. La forma de respirar, los síntomas y la angustia eran muy similares. Por eso me animé a hablar con mi padre:

—Tienes, razón, hijo –respondió–. Yo también he pensado lo mismo. Pero no

entiendo cómo la están envenenando. He tomado todas las precauciones posibles.

Matar o morir

Cada día vemos carros de madera cargados con docenas de cadáveres que salen de la empalizada.

—Todavía me queda un poco de sangre de dragón —me dice Torac—. Aliviará tus heridas.

Ya he tenido tres sesiones de entrenamiento y soy consciente de que estoy vivo de casualidad. He matado a tantos hombres que he perdido la cuenta. Por la noche me hacen beber un brebaje maldito que me ayuda a soportar esa sensación de estar embrutecido. A veces, pienso que me estoy convirtiendo en una bestia y me acuerdo de ese ser gris al que corté la cabeza; el hombre medio oso.

—¿Cuándo podré entrar? —me pregunta Ónica, aprovechando que estoy sereno—. El tiempo pasa y no me llaman. ¿Qué sucede?

—Ónica, no deberías entrar ahí —le explico, intentando disuadirla—. Esa prueba es una salvajada. Son auténticos bárbaros. Te matarán sin piedad. Te destrozarán. No quedará nada de ti, te lo aseguro.

—Deja de protegerme, Royman. Sé muy bien lo que hago. Déjame hacer mis cosas.

—No te protejo, ni te impido que hagas nada. Sólo te advierto lo que hay. No tengo palabras para transmitirte lo que sufrirás. Ya ves en qué estado estoy. Me han transformado en un salvaje.

—Si tú puedes, yo puedo.

—Es que no sé si puedo. A veces creo que no voy a superar la prueba.

—Entonces, renuncia. Si tú abandonas, yo abandono —dice.

Me siento incapaz de convencerla.

—Bueno, lo he intentado —digo—. Supongo que será inevitable que entres ahí. Por lo menos escucha este consejo... ¡No te fíes ni de tu sombra y no te relajes! ¡Saca lo peor de ti misma si quieres sobrevivir!

—Te haré caso.

—Todo lo que te diga es poco. Mueren como chinches.

—Lo sé. Veo salir los muertos. Pero no tengo miedo.

—Ya sé que no lo tienes. Lo que quiero es que seas astuta y prudente a la vez. Deseo que sobrevivas.

Sé que no es cuestión de repetir lo que ya le he dicho sino de hacérselo entender. Pero es casi imposible de conseguir. Noto que no me escucha.

Inevitablemente, y a mi pesar, llega el momento en que Ónica va a tener la ocasión

de demostrar su valía.

—¡Mujer! —grita Bertol, con un tono de burla que no deja lugar a dudas sobre su intención—. ¡Entra!

No puedo evitar un ligero revuelco en el estómago cuando veo que se dirige hacia la puerta de madera.

Me levanto y la sigo, dispuesto a acompañarla.

—Tú no entras —me dicen los guardianes de la puerta—. ¡Quédate aquí!

Si supiera que insistir me va a servir de algo lo haría, pero sé muy bien que mis palabras van a ser inútiles.

Robin, que conoce mis sentimientos hacia Ónica, se acerca y, para distraerme, me pide consejo.

—Cuando crezca, ¿podré ser también un caballero milmort?

—Cuando crezcas podrás ser lo que quieras. Tu padre es un valiente y tú también lo eres. No sufras por eso.

—Entonces, seré un caballero milmort, como tú, Ónica y mi padre.

Cada vez que oigo un ladrido o un grito de dolor, me preocupo.

—¿Me enseñarás a manejar la espada? —insiste

Robin.

—Cuando puedas levantar una —respondo—. Pesan mucho.

—Si soy capaz de lanzar un hacha, también soy capaz de levantar una espada. Ya lo he probado.

Desenfundo mi espada y se la entrego.

—Toma, Robin, prueba y dime si puedes con ella —le reto.

Robin agarra el arma con las dos manos e intenta alzarla.

—¿Ves como no puedes? Ten paciencia, ya te llegará el momento.

Torac y Nubiola se acercan en ese instante. Ella me ofrece unas frutas.

—Toma, te sentará bien comer algo. Estás muy nervioso.

Muerdo una manzana con rabia. Daría cualquier cosa por estar allí dentro, junto a Ónica, luchando a su lado.

—Serás un gran milmort y alcanzarás la cima —dice Torac, intentando tranquilizarme—. He pensado en darle un padre a Robin.

—¿Un padre?

—Bueno, en realidad, no estoy seguro de nada —responde—. Ni siquiera de que Robin sea hijo de Nubiola. Ella no recuerda nada. Debe de llevar mucho tiempo aquí, más que Robin. Por eso pienso que algo no encaja.

Le miro un poco sorprendido.

—¿Me estás diciendo que esta mujer no es la madre del chico?

—Te estoy diciendo que nadie lo sabe —me corrige—. Es posible que ni siquiera Robin pueda estar seguro.

—Sólo tienes que preguntárselo.

—¿Cómo sabemos que no miente?

—No lo sabemos.

Me acerco al pozo, tiro de la cuerda y saco el cubo repleto de agua fresca. Me sirvo una jarra y estoy a punto de beber un trago cuando la puerta se abre. Mi corazón se acelera.

Estoy tan impaciente por saber qué ha pasado que tiro la jarra al suelo y salgo corriendo hacia la puerta.

Dos hombres aparecen en primer lugar.

Pero no hay rastro de Ónica.

Temo lo peor. Esos canallas...

¡Ahí está! ¡Es ella!

—Hola, Royman —dice, arrojándose a mis brazos, absolutamente agotada—. ¡Lo he logrado!

Nos fundimos en un extraordinario abrazo.

—¿No tenías confianza en mí? —pregunta la princesa.

—Claro que sí, pero no me fiaba de ellos.

—Sólo tengo un mordisco en la pierna y unas cien heridas —dice—. Lo demás ha sido fácil.

—Si te llega a pasar algo, no sé qué hubiera hecho —le susurro al oído.

—Si me llega a pasar algo, me hubieras vengado y los habrías matado a todos —responde ella—. Lo sé muy bien.

—Hubiera arrancado el ojo que le queda a *Cíclope* y habría quemado este lugar. ¡No te quepa duda!

—Yo haría lo mismo por ti —dice dulcemente—. ¡Son peores que las bestias!

—¡Eh! ¡Ahora te toca a ti! —me grita un hombre, cerca de la puerta.

Torac y Nubiola se acercan a ayudarme con Ónica, que está al borde del desmayo.

—¡Curadla! —les digo—. Está muy mal herida y ha debido de perder mucha sangre.

Estoy furioso. La tensa espera me ha sacado de mis casillas. Agarro mi espada pero Torac me detiene.

—Toma la mía —dice, ofreciéndome la suya—. Hoy te va a hacer falta.

Ajusto mi mano a la empuñadura y me dirijo con decisión hacia la puerta. Aparto al vigilante de un empujón y entro como un loco.

Abato a los dos perros feroces que salen a buscarme.

—¿Qué haces? —me reprocha *Cíclope*—. ¡Sigue las reglas!

No le respondo y sigo mi camino. Hay tanta furia en mí que los dos primeros hombres se apartan cuando me acerco a ellos.

—¡Detenedle! —ordena *Cíclope*, dándose cuenta de lo que pasa—. ¡Matadle!

Ninguno ha visto una manera de pelear como la que estoy usando ahora. Mi brazo armado se levanta y se bate con la fuerza de un trueno y la velocidad de un rayo. Nada puede detenerme, nadie va a poder conmigo. Mi rabia es ilimitada.

Ni perros ni hombres son capaces de oponer resistencia. Me he convertido en una máquina de matar. Cada enemigo muerto es reemplazado por otros dos, pero no les sirve de nada. Con los ojos encendidos, los músculos en tensión, descargo toda mi furia imparable sobre los que se ponen delante, sean quienes sean.

La sangre salpica el terreno de lucha y los aullidos de dolor se multiplican. Nada puede detenerme. No va a quedar uno en pie.

—¡Atrás! —grita *Cíclope*—. ¡Atrás todos! ¡Apartaos de él!

Los guerreros y los animales obedecen a su jefe. Se retiran y me dejan aislado, en un círculo de muerte, con la espada ensangrentada y la rabia a flor de piel.

—¡Vamos, cobardes! —grito—. ¡Aquí os espero! ¡Venid a por mí!

Pero nadie se acerca.

Acabo de darles suficientes muestras de que no podrán detenerme.

Me doy la vuelta, me acerco a la puerta que aún está abierta y me encuentro con Ónica que, junto a Robin, su madre y Torac, me observan asombrados. Está claro que lo han visto todo.

La princesa se acerca y me coge la mano, mientras intenta tranquilizarme.

—¡No volverán a hacerte daño! —susurro, apoyándome contra ella.

Entonces, furioso como un volcán, *Cíclope* sale corriendo hacia mí, espada en mano.

—¡Te voy a triturar! ¡Nadie mata más que yo en este sitio! ¡Nadie!

Torac reacciona con rapidez y, cogiéndome la espada milmortiana de la mano, se interpone y se enfrenta al gigante e implacable guerrero.

—¡Ha llegado la hora de vernos las caras, *Cíclope*! —le advierte.

Ambos luchan como titanes. Practican su oficio con esmero. Las espadas se cruzan con fuerza y hacen saltar chispas del acero. Todo el mundo los mira pero nadie se atreve a interponerse.

Parece que *Cíclope* se impone sobre Torac, pero el antiguo caballero milmort usa su espada con habilidad y consigue rajarle el cuello de un hábil sablazo lateral.

Cíclope se queda quieto durante un instante. Después, se tambalea y cae de frente a los pies de Torac, que se mantiene alerta.

Entonces, cuando *Cíclope* ya no da señales de vida, Robin se acerca a Torac y le rodea la cintura con sus brazos.

—¡Padre! —dice entre lágrimas—. ¡Padre!

—Robin, hijo, ¿es tu padre? —pregunta Nubiola.

—¡Es él! —insiste Robin—. ¡Ha vuelto!

Torac, en vez de negarlo, le acaricia la cabeza con la mano.

—Robin, hijo —dice.

La sorprendente escena nos desconcierta a todos. Nubiola mira a Torac y a Robin como si fuese un testigo invisible. No comprende nada y apenas puede hablar.

Ónica clava la vista en mí, buscando una respuesta que no tengo. La estrecho contra mi pecho y le hago saber que todo me da igual. Le prometo que no permitiré que nadie vuelva a atacarla.

Es lo único que tengo claro dentro de mis pensamientos oscuros y teñidos de sangre roja.

La madre traidora

Al día siguiente me asomé a la ventana de la habitación de la reina y descorrí las gruesas cortinas para dejar entrar la luz y permitir que el aire se renovara.

Desde allí, observé cómo unos jinetes se acercaban al castillo. Eran Mardof y sus hombres, que traían a la niña y a la anciana subidas en un pequeño carro sin techo.

—Ahí están —dijo Sibila, acercándose—. Ojalá puedan contarnos algo.

—Ojalá sepan algo de brujería —repliqué—. Nos vendría muy bien. Es lo que necesitamos.

Bajamos las escaleras y no paramos hasta que llegamos al patio de armas, donde Mardof y los suyos estaban descabalgando.

—Os lo prometí, mi señor —dijo el caballero Mardof apenas nos vio—. Aquí están.

La anciana y la niña nos miraron con temor. Estaban muertas de frío y totalmente mojadas a causa de la lluvia.

—Que las lleven a la cocina y que les den algo de comer —ordené.

—¿No las llevamos a los calabozos? —preguntó Mardof.

—No. Primero queremos hablar con ellas —explicó Sibila—. Luego veremos.

Me acerqué a Mardof y le dije en voz baja:

—Necesitamos que se confíen. Debéis cuidarlas bien.

El caballero hizo una señal de asentimiento y se dirigió hacia la cocina, acompañado de las dos prisioneras junto a cuatro de sus hombres.

—Ah, Mardof... —dije—. Habéis hecho un buen trabajo. Os felicito.

—Gracias, mi señor —respondió, con una sonrisa de satisfacción.

Sibila y yo observamos a la anciana con mucha atención. Estaba encorvada, no veía bien y caminaba con mucha dificultad.

—¿Crees que podrá ayudarnos? —le pregunté a Sibila—. ¿Crees que hablará por las buenas?

—Tengamos paciencia. Aguardemos a que coman algo y a que se repongan. Luego hablaremos con ellas —propuso.

—Espero que no sea necesario interrogar a la niña —dije—. No me gusta presionar a los pequeños.

—Quizá su presencia ayude a la abuela a confesar —concluyó—. Ninguna mujer pondría en peligro la vida de su nieta.

Sibila tenía más esperanzas que yo. Era posible que tuviera razón y la asistencia de

la niña ayudara a la anciana a tomar una buena decisión. Sin embargo, yo tenía muchas dudas. ¿Podíamos fiarnos de la madre de una mujer que había intentado matar a su ama y que, posiblemente, formaba parte de una conspiración?

Wolfort y Gwendlin se acercaron en ese momento, interesados por la llegada de Mardof.

—¿Quiénes son esa mujer y esa niña que han venido con él? —preguntó Gwendlin.

—Es posible que esa anciana pueda ayudarnos a descubrir quién mató a la regente —expliqué—. Y también, a todos los que están detrás de la maquinación que hay contra nosotros y nuestra familia.

—¿Esa anciana? —preguntó extrañado Wolfort—. ¿Quién es? ¿Es acaso una bruja?

—Creemos que puede saber algo —dije—. Vamos a intentar conseguir su ayuda.

—No debes confiar en ella. Es la madre de una traidora —dijo Gwendlin.

—Arrójala a los calabozos y deja que los verdugos la hagan hablar —propuso Wolfort—. Ellos la harán confesar.

—Deja que lo intente por las buenas —propuse—. El abuelo me explicó que las confesiones voluntarias son más fiables que las que se hacen bajo tortura.

—La tortura es la única forma de hacer hablar a los traidores —insistió Gwendlin.

—Cuando el rey se entere, no le va a gustar lo que pretendéis —dijo Wolfort—. Gwendlin tiene razón.

—Entonces, id a decirle a nuestro padre que voy a sonsacarle todo lo que sabe —propuse—. Convencedle de que es la mejor opción posible.

—Así lo haremos, hermano —dijo Gwendlin, dirigiéndose hacia la torre—. Pero no te aseguramos nada.

Sibila y yo fuimos a la cocina, seguros de que la mujer y su nieta habrían recuperado algunas fuerzas y estarían en disposición de hablar.

Cuando nos vio llegar, Mardof salió a nuestro encuentro.

—¿Cómo se encuentran? —le pregunté.

—Creo que la mujer está lista para escucharos —aseguró—. Podéis interrogarla.

—Es mejor que nos dejéis solos con ella —propuso Sibila.

—Sí, llevaos a la niña al fondo, y que los cocineros y criados se retiren también —le ordené—. Hablaremos a solas con la anciana. Pero que la chica esté a la vista. Y no dejéis de mostrar vuestras armas. Si siente que su nieta está en peligro, hablará con más ganas.

Mardof se dio la vuelta y entró de nuevo en la cocina. Escuchamos como, con su voz ronca y fuerte, dio las órdenes oportunas para cumplir mis instrucciones.

Cuando entramos, la anciana estaba sentada cerca de un fogón, donde una gran olla despedía humo además de un olor que despertaba las ganas de comer y de vivir.

Al fondo, entre los soldados, la niña no dejaba de mirar a su abuela.

Nos acercamos a la mujer muy lentamente y nos sentamos a su lado. Mantuvo el cazo de caldo entre las manos temblorosas.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Quania —respondió—. Quania Landers.

—¿Sabes que tu hija Almaria intentó matarme? —le preguntó Sibila—. Era mi dama

de confianza y estuvo a punto de cortarme la cabeza... ¿Lo sabías?

La anciana movió la cabeza de derecha a izquierda.

—¿Niegas saber que tu hija Almaria, mi dama de confianza, era una traidora? —le preguntó Sibila, directamente.

—Mi señora Sibila, mi situación no es precisamente favorable para mentir —reconoció—. Por eso tengo que decir la verdad. No tenía noticia de que mi hija iba a hacer lo que decís. Su actitud me es ajena y nunca imaginé que fuese a intentar semejante cosa.

—Escucha, Quania —dijo, con tono agrio—. Tú y tu nieta sois familia de alguien que ha intentado matar a una princesa. No hace falta que te explique lo que eso supone para vosotras. Si quieres salvar, al menos, la vida de tu pequeña, te aconsejo que no sigas mintiendo.

—No puedo mentir sobre lo que desconozco —contestó humildemente—. Haría cualquier cosa por salvar la vida de mi nieta, pero no puedo hacer otra cosa más que decir lo que sé. Mi hija nunca me confió sus planes. Y tampoco sé por qué hizo lo que decís.

—Sólo queremos saber por qué intentó matarme —insistió Sibila en tono amistoso—. Era mi dama de confianza. Pudo matarme aquí, pero prefirió hacerlo en mi reino, después de que alguien degollara a mi tía Lucrecia, la regente. Eso forma parte de un plan bien estudiado.

—Un plan que desconozco —insistió la mujer, mirando a la niña.

—Creemos que Almaria mató a Lucrecia, la regente —dijo—. ¿Por qué lo hizo?

—Espera, Quania Landers, dime una cosa —pidió Sibila—. Dime si fue a despedirse de ti y de su hija antes de partir de viaje.

—No. Os aseguro que no vino a vernos y que jamás nos expresó su intención de matar a la princesa.

Sibila me cogió la mano suavemente.

—Royman, yo la creo. Almaria actuó por indicación de alguien.

—Entonces, el descabezamiento de tus padres fue una trampa para atraernos hasta Langan —resumió—. Una trampa para matarte...

—Y para matar a la reina mientras estábamos fuera —añadió ella.

—¿Crees que todo esto forma parte de un plan minucioso? —pregunté, mirando a Quania.

—Si me permitís... —dijo la anciana, pidiendo permiso para hablar.

—Di lo que sea —le dije.

—Sé que la reina está muy enferma —se atrevió a decir Quania—. Se lo he oído decir a los criados cuando se lo contaban a los soldados.

—Supongo que eso te alegrará —dijo.

—No, de ninguna manera —respondió—. La reina es una persona muy querida por los campesinos. Nadie gana nada con su muerte.

—Pues tu hija no debía de opinar lo mismo —insistí—. Estaba dispuesta a matar a la princesa Sibila.

—Quizá pueda hacer algo para reparar el daño que mi hija ha estado a punto de

infligiros –dijo.

—¿Cómo? ¿Qué puedes hacer tú? –dije, burlándome—. ¡Madre de una traidora!

—Sé cosas sobre las enfermedades... Quizá pueda ayudaros a recuperar la salud de la reina.

—¡Te encerraré en la mazmorra más profunda de este castillo y nunca volverás a ver la luz! –exclamé—. ¡No te burles de nosotros!

Quania inclinó la cabeza y se encerró en sí misma. Ni siquiera se disculpó. Tuve la impresión de que sólo esperaba el castigo que le acababa de prometer.

Sibila me cogió del brazo y me llevó hasta la puerta.

—Creo que no tenemos nada que perder –me dijo.

—¿Bromeas? ¿Crees que voy a poner a mi madre al alcance de esta bruja? ¡Intentará matarla!

—Estoy segura de que no lo hará. No ha dejado de mirar a la niña. Sólo piensa en ella. Sabe que si intenta algo, la chiquilla sufrirá unas consecuencias horribles. También creo que quiere redimir el nombre de su hija Almaria.

—¿Crees que mi padre permitirá que se acerque a la reina? ¿Lo crees de verdad?

—Lo que creo es que es posible que Quania pueda hacer algo por la reina. No perdemos nada por probarlo –casi me suplicó.

Sus palabras no estaban exentas de sabiduría.

—¿Y si le lanzara un hechizo? –pregunté.

—Ya es presa de un hechizo que la está matando –replicó—. ¡Dale la oportunidad! ¡Dásela!

Me acerqué a Quania y me senté a su lado. La miré fijamente y le dije:

—No soy cruel. Nunca he mandado matar a un niño, ni a un anciano. Mi padre y mi abuelo me han enseñado a guardarme de la traición, a la que odio profundamente, y a castigar con dureza a los que me engañan y abusan de mi confianza... Pero te voy a dar una oportunidad de redimir el nombre de tu hija, de salvar a tu nieta y a ti misma. No hagas que tenga que sacar lo peor de mí mismo. ¡Te lo advierto!

La anciana inclinó la cabeza en silencio.

—¡Mardof! ¡Seguidnos! –grité—. ¡Vamos a ver a la reina!

En busca de la fortaleza

Ónica y yo cruzamos la puerta de la hacienda de *Cíclope* bajo la atenta mirada de los vigías que, después de lo que han visto, se mantienen quietos.

Torac, Robin y Nubiola se acercan para despedirse.

—Toma, Royman —dice Torac—. Los atributos de Croax. Entrégalos a los guardianes del Templo Milmortiano. Yo me quedaré con los míos.

—¿Estás seguro de que prefieres quedarte aquí? —le pregunto.

—Sí, Robin y Nubiola me necesitan. Serán mi familia.

—Pero, ¿qué pasará cuando aparezca el padre de Robin? —pregunta Ónica—. No le gustará ver que has ocupado su lugar.

Torac sonríe maliciosamente mientras abraza a su nueva esposa y a su hijo.

—¿Quién se acuerda de alguien que se marchó hace una eternidad? —pregunta—. Os deseo mucha suerte en vuestro viaje. Seguid las instrucciones que os he dado y llegaréis al Templo Milmortiano. No os desviéis, pase lo que pase. Si os perdéis, podéis preguntar a los guardianes.

—Haced caso a mi padre —repite Robin—. Él sabe lo que dice. Conoce el camino. Ya ha estado allí.

—Le obedeceremos —le aseguro—. Me alegra que hayas encontrado a un nuevo padre.

—¿Nuevo? —pregunta Nubiola—. Robin dice que es su verdadero padre... Aunque yo no lo recuerdo...

—Si él lo dice, será verdad —opina Ónica—. Es el padre de tu hijo y tu marido. Sed felices.

—Le enseñaré a ser un gran milmort —afirma Torac—. Quizá volváis a verle convertido en un caballero milmort.

—¿Qué harás con este campamento? —le pregunto.

—Lo transformaré en un lugar honorable. Se acabaron las matanzas inútiles. Instruiré a posibles milmorts para que se conviertan en caballeros de honor.

—Ojalá lo consigas —dice Ónica—. Te deseo suerte en tu empresa.

—Eres un buen hombre, Torac —digo—. Sólo me intriga una cosa de ti.

—¿Qué es?

—¿Por qué renunciaste a ser un milmort?

Me mira con expresión sombría.

—Descubrí el Gran Secreto —dice con amargura—. Me lo contó Croax cuando se

estaba muriendo.

—¿No querías compartirlo conmigo, verdad?

—Te horrorizaría saberlo. Es mejor que no lo sepas. Lucha por alcanzar esa cima. Es lo mejor que puedes hacer. Croax me quitó las ganas.

Ónica y yo espoleamos los caballos y partimos a galope tendido en la dirección que nos ha indicado. En el fondo, estamos deseando salir de este horrible lugar donde la muerte acecha en cada esquina.

Poco después, perdemos de vista la hacienda de *Cíclope* y nos adentramos en un terreno abrupto, lleno de vegetación. No nos apartamos del sendero y mantenemos una marcha regular.

—No te he dado las gracias por lo que has hecho —dice Ónica, mientras descansamos a la sombra de un gran olmo—. Me has llenado de orgullo.

—¿A qué te refieres?

—A lo que les hiciste a esos tipos. No dejaste títere con cabeza. Nadie lucharía tanto por mí. Ningún caballero que yo haya conocido haría una hazaña semejante. Deberían hacerte un poema.

—No le des demasiada importancia. Te lo mereces.

—Tu bravura debería ser conocida. Alguien cantará algún día el «Día de la furia de Royman». ¿Por qué lo hiciste?

—Sólo me dejé llevar por mi corazón. Algo me impulsó a luchar contra esos bárbaros. Necesitaba hacerles pagar lo que te habían hecho.

—En realidad, yo entré voluntariamente.

—Eso no quita el hecho de lo que me hicieron sufrir.

—Pero, ¿por qué lo hiciste? ¿Por amor?

—No lo puedo explicar, princesa. Sólo sé que me recuerdas a alguien a quien he olvidado. Alguien que está muy lejos.

—¿Una mujer?

—Una mujer. Su recuerdo acude a veces a mi memoria. Aunque viene troceado. No soy capaz de unir las piezas. Pero tú formas parte de él. Ella y tú parecéis la misma persona. Me gustaría recordar más cosas, pero no puedo.

—O sea, que en realidad luchabas por ella —dice Ónica, un poco desilusionada—. No lo hiciste por mí.

—Lo que importa es que lo hice. Todavía me arrepiento de no haberlos matado a todos y de no haber prendido fuego a ese maldito lugar. Son unos bestias que han perdido el contacto con lo humano. ¡Salvajes!

—Vivimos en un mundo bárbaro, que apenas conoce la piedad. No los culpes. Mort es implacable. Aquí manda el caos y la barbarie. Es posible que nosotros acabemos como ellos.

—No, princesa. Eso no ocurrirá. Somos sensibles al dolor humano. Respetamos el valor y la honradez. No somos bestias. Además, vamos a ser caballeros milmorts.

De vez en cuando nos cruzamos con pequeños grupos que, prudentemente, se apartan cuando nos ven. Una tarde, distinguimos un campamento, pero preferimos no

acercarnos ya que nada tenemos que ganar si lo hacemos. Ahora todo consiste en evitar problemas. Sabemos adónde vamos y no debemos distraernos.

—¿Crees que Robin es hijo de Nubiola? —pregunta Ónica cuando cruzamos un riachuelo poco profundo.

—Estoy seguro de que no. Este chico se ha aprovechado de la pérdida de memoria de Nubiola y le ha hecho creer que es su hijo.

—La ha engañado.

—Digamos que la ha engatusado. La gente es capaz de lo que sea con tal de no estar sola —explico—. Todos queremos lo mismo.

—¿Me estás diciendo que quizá Nubiola se ha dejado engañar?

—Te estoy diciendo que Torac ha visto una buena oportunidad de crear una familia. Llegará el día en que pierda la memoria por completo. Pero, hasta que ese día llegue, serán felices.

Según avanzamos, el ambiente se hace más brumoso y solitario. Apenas se oyen sonidos de pájaros.

—Mira, Royman, ahí delante hay alguien —dice Ónica, cuando llegamos a un cruce de caminos—. Hay un hombre sentado en el suelo, junto a su caballo, al borde del sendero.

—Olvídalo y sigamos nuestra marcha —digo—. No nos ha hecho nada.

—Parece una estatua.

Seguimos nuestro camino, dispuestos a ignorarle.

—¿Estáis seguros de lo que hacéis? —pregunta el hombre, cuando pasamos a su lado.

—¿Cómo decís, caballero? —le pregunto, deteniendo mi montura.

—Os pregunto si estáis seguros de lo que vais a hacer. Si entráis en esa fortaleza, nada será igual. Vuestra vida cambiará. Os sugiero que lo penséis bien.

—Lo tenemos bien pensado y nada ni nadie nos hará cambiar de idea —dice Ónica—. ¡Queremos ser milmorts!

—Estáis a tiempo de recuperar vuestra vida. Si os hacéis milmorts, ya no seréis los mismos. Vuestras vidas cambiarán. ¡Os aseguro que os arrepentiréis!

—¿Qué queréis de nosotros? —le increpo—. No os hemos hecho nada y ni siquiera nos conocemos.

—Sentaos a cenar conmigo —propone—. Mañana distinguiréis el Templo Milmortiano. Entonces será tarde. Soy vuestra última oportunidad.

—No nos haréis cambiar de idea —insisto—. Estamos decididos a seguir adelante.

—Entonces, ¿de qué tenéis miedo? Os invito a compartir este sabroso conejo que he cazado esta misma tarde. No temáis nada de mí. He hecho un guiso estupendo.

Estamos cansados y necesitamos un poco de reposo. Además, comer algo caliente nos reconfortará, así que descabalgamos.

—Ella se llama Ónica y mi nombre es Royman.

—Yo me llamo Váldigor. Gracias por vuestra compañía.

—¿Qué hacéis en este lugar? ¿Sois acaso un vigilante del camino?

—Llevo aquí muchos años. Intento disuadir a los ingenuos que quieren conseguir el título de caballero milmort.

—¿Quién os paga para hacer eso? —pregunta Ónica, atando su caballo a un árbol—. ¿Por qué lo hacéis?

—Estaba decidido a hacerme milmort —explica el caballero mientras trocea el conejo—. Luché contra los hombres de *Cíclope* e iba a entrar en el templo cuando, al llegar aquí, en este cruce, me entró una tremenda indecisión. Y me quedé aquí. Creo que alguien me hechizó.

—¿Una bruja, quizá? —le pregunto, sentándome a su lado.

—Es posible. El caso es que cada día cambio mil veces de idea. De pronto me animo a seguir adelante pero, apenas he montado sobre mi caballo, decido no ir. Descabalgo, me pongo a pensar, me animo y me desanimo con la misma facilidad.

—Vuestra situación es terrible, señor —se compadece Ónica—. No quisiera estar en vuestro lugar.

—Es una verdadera tortura —reconoce—. No consigo ir hacia delante, pero tampoco soy capaz de volver sobre mis pasos. Estoy aquí, clavado en este lugar del que no logro apartarme. Es como si estuviera encadenado.

—¿No podéis hacer nada para liberaros? —pregunto—. Quizá si intentáis recordar los motivos que os llevaron a ser un milmort, podrían ayudaros a recuperar la fuerza.

—No recuerdo qué motivos eran. Soy una sombra de lo que fui. No tengo ilusión por nada ni ambiciono ninguna cosa. A veces, como os digo, me entran ganas de seguir adelante, pero duran poco. Por eso creo que soy presa de un hechizo.

—Eso no nos ocurrirá a nosotros —le aseguro, clavando los dientes en el sabroso muslo de conejo—. ¡Seremos milmorts!

—¿Estáis seguros de que eso es lo que queréis? ¿Sabéis las consecuencias trágicas que os puede traer? Muchos han perdido la vida en el intento. Sé de algunos que luego se han arrepentido.

—No nos asusta —afirmo—. Nada nos detendrá. Ser milmorts es nuestra única opción. Si queremos recuperar la memoria, si queremos volver a ser lo que fuimos, sea lo que sea, tenemos que ser milmorts.

—¿Y si fuese mentira? ¿Y si la gloria prometida fuese falsa y no existiera? ¿Os imagináis lo que puede suponer empeñar vuestra vida en un espejismo? Os recomiendo que lo penséis...

—Nuestra fe es inquebrantable, caballero Váldigor. Mañana seguiremos nuestro camino.

—Y dentro de poco esgrimiremos los atributos milmortianos —añade Ónica—. Lucharemos por lo que queremos.

—Insisto en que debéis barajar la posibilidad de que todo sea falso. ¿Conocéis a alguien que haya conseguido la gloria? ¿Tenéis noticia cierta de algún caballero milmort que haya alcanzado el triunfo prometido?

—No nos hace falta ninguna prueba —digo—. Sabemos que es cierto. En cualquier caso, no hay alternativa. Entre vivir en este mundo oscuro, tenebroso y miserable y creer

que puede existir algo mejor, me quedo con la segunda opción. Aquí no tenemos ni futuro ni pasado. No sabemos quiénes somos y no estamos dispuestos a vivir en esta tiniebla.

—Es un engaño de la mente. Todo el mundo sueña con una vida mejor y nos cuentan lo del Monte Milmort, donde se puede alcanzar la gloria. ¿No os dais cuenta del engaño?... ¿Verdad que este conejo está bueno?

La conversación ha tomado un giro inesperado y preocupante. Intento saborear la carne, pero no encuentro nada salvo un sabor insípido, seco e inexistente.

—¡Déjalo, Ónica! —le advierto, arrojando los restos a la fogata—. ¡Tíralo y vámonos!

Lanza el trozo de conejo al fuego, se levanta y me sigue. Subimos a los caballos y nos disponemos a marcharnos de este extraño lugar.

—¿Adónde vais? ¿Por qué os retiráis? —pregunta el caballero—. ¡No me dejéis solo, por favor! ¡Volved aquí!

Pero no le hacemos ningún caso. Nos lanzamos a galope hasta que lo perdemos de vista. Aun así, el eco de sus palabras nos persigue durante un buen trecho.

«¡No os dejéis engatusar! ¡Es mentira! ¡Esa gloria no existe!... ¡Lo sé muy bien!».

Horas después, cuando estamos en lo alto de un promontorio, la bruma se disipa ligeramente y podemos distinguir con cierta nitidez la figura inexpugnable del Templo Milmortiano.

La reina enferma

Cuando le conté a mi padre lo que me proponía, se negó en redondo.

—¡No permitiré que tu madre se ponga en manos de una hechicera! —exclamó—. ¡De ninguna manera!

—Padre, te lo ruego —dije—. Esa mujer puede salvarla.

—Majestad, existe una posibilidad de que pueda salvar a vuestra esposa —casi imploró Sibila.

—Yo también estoy de acuerdo con ellos —dijo Wolfort—. No tenemos nada que perder.

—Padre, por favor... —pidió Gwendlin.

El rey observó a Quania, que esperaba en el quicio de la puerta, inclinada y silenciosa. Había tanto desprecio en su mirada que sus ojos casi echaban chispas.

—Una reina no puede depender de una hechicera —determinó—. ¿Qué dirán nuestros súbditos si se enteran de que la reina ha salvado la vida gracias a una bruja? ¿Os lo imagináis?

—Es mejor que digan lo que quieran siempre y cuando esté viva —le rebatí.

—¡Esa bruja no puede acercarse a la reina! —exclamó Serviano—. ¡Todo el mundo dirá que creéis en la hechicería!

—Eso no importa —le contradije—. Lo único que cuenta es que la reina recupere la salud.

—Bah, esta mujer no puede salvar la vida de una reina —dijo el rey con desprecio.

—¡Es una farsante! —añadió el médico.

—Dejadla hacer, padre —le pedí—. Dejad que la vea de cerca. Sólo eso.

—Está bien. Permitiré que la mire —dijo—. Pero que no se le ocurra tocar a la reina. Si lo hace, le cortaré las manos.

Sibila acompañó a Quania hasta la cama. Mientras, la niña observaba con curiosidad todo lo que ocurría.

—Aquí está —dijo Sibila—. Puedes mirarla, pero no la toques. Nadie puede tocar a una reina.

—¿Puedo olerla? —preguntó.

Sibila miró al rey, esperando su aprobación. Este inclinó la cabeza, autorizando la extraña petición de la hechicera.

Entonces, y para asombro de todos, la mujer se inclinó sobre la reina y la olió de arriba abajo. Después de hacerlo dos veces, le miró la cara y las manos.

—¿Qué tienes que decir, hechicera? —preguntó Serviano.

—Nada, mi señor. No puedo decir nada —respondió ella.

—¡Sacadla de aquí antes de que me enfade! —ordenó el rey—. ¡Es una impostora!

—Habría que encarcelarla —añadió el médico—. Es una farsante que engaña a la gente. ¡Es peligrosa!

Sibila miraba a la vieja como si compartieran un secreto, por eso salió en su defensa.

—Está bajo mi protección —dijo—. Yo respondo por ella y os pido que la dejéis ir en paz.

—Está bien, Royman —dijo el rey—. Llévatela y que no vuelva por aquí.

Mardof, Sibila, Quania, la niña y yo salimos de la estancia en silencio.

—Vamos a mi habitación —dijo Sibila, justo cuando Gwendlin y Wolfort se unían a nosotros.

Bajamos hasta el piso inferior y entramos todos en su estancia.

—Quania tiene algo que decirnos —indicó Sibila—. Sabe algo.

—¿De qué hablas? —le pregunté, un poco irritado—. Ella misma ha dicho que no ha detectado nada.

—Mi señor... La reina está envenenada... —susurró la hechicera—. La están envenenando...

Sus palabras me dejaron de piedra.

—¿Cómo has dicho?

—Ya lo has oído —dijo Sibila—. Afirma que la están envenenando.

—¿Cómo puede saberlo si apenas...?

—Lo he olido, príncipe —dijo—. He olido el veneno.

—Eso es imposible. Nadie huele eso —le rebatí.

—Os aseguro que está llena de ponzoña —insistió—. Lo sé muy bien.

Wolfort y Gwendlin no salían de su asombro.

—¿Estás insinuando que alguien de este castillo la está envenenando? —preguntó Wolfort—. ¿Es eso lo que dices?

—Yo no digo nada porque no sé nada —aclaró Quania—. Sólo digo lo que digo. ¡Es un veneno muy fuerte! ¡Un veneno animal!

—Esta mujer está loca —determinó Gwendlin—. Deberíamos arrojarla al foso. Está jugando con nosotros.

—¿Y si fuese verdad? —la defendió Sibila—. ¿Y si...?

—Nadie impedirá que intente salvar a mi madre —aseguré—. Si os ponéis en mi contra, será mejor que os quitéis de en medio ahora mismo.

—No digas eso —respondió Wolfort—. Naturalmente que estamos contigo. Pero no estamos seguros de que esa mujer no nos esté engañando para hacer más daño a la reina.

—¿Más daño? Pero, Wolfort, la reina está al borde de la muerte.

—Se puede morir de muchas maneras. En paz o entre grandes dolores. Es posible que quiera vengar a su hija, la traidora Almaria.

—Yo la creo —dijo Sibila—. Confío en ella.

—Yo también —afirmé—. ¿Estáis con nosotros?

Wolfort y Gwendlin cruzaron una mirada rápida.

—Estamos contigo, hermano —aceptó Wolfort—. Tienes razón. Es mejor intentarlo que quedarnos de brazos cruzados.

—¿Qué debemos hacer, Quania? —le pregunté, acercándome a ella—. ¿Cómo podemos curar a la reina?

—Hay que cortar su alimentación y empezar de cero. Sólo debería comer fruta recién cogida de los árboles, escogida al azar, sin que nadie la haya tocado antes —propuso—. Es la única manera.

—¡Estás loca! —gritó Wolfort—. Nadie hace eso. Nadie vive de comer sólo fruta.

—Ella vivirá si hace lo que digo. Debe tomar únicamente fruta limpia y no debe probar ninguna otra cosa. Ni medicamentos, ni ungüentos, ni pócimas... No debe ingerir nada que proceda de este castillo. Sólo lo que venga de las manos de Vainta, mi nieta.

Después de pensarlo un poco, decidimos que no había otra alternativa. Sabíamos que era posible que la hechicera se equivocara, pero había la posibilidad de que estuviera en lo cierto. En cualquier caso, llegamos a la conclusión de que no teníamos nada que perder.

—Iré a hablar con el rey —dije—. Le explicaré lo que vamos a hacer.

—Yo te acompaño —propuso Wolfort—. Necesitarás ayuda para convencerle.

—Dile que yo me ocuparé de ir a buscar la fruta —dijo Sibila.

—Y yo también —se sumó Gwendlin.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Wolfort, cuando estábamos a punto de salir de la habitación.

—Hay que protegerla. Cuando los médicos se enteren de lo que nos ha contado, no les va a gustar.

—Tampoco gustará a los que están envenenando a la reina —añadió Sibila—. Su vida corre peligro. Y la de la niña.

—Yo las protegeré —dijo Wolfort—. Me aseguraré de que nadie les hace daño.

—Bien, entonces quédate aquí mientras yo hablo con el rey —dije con decisión—. Me las apañaré solo. Ahora, lo importante es poner el plan en marcha.

—Ah, y que nadie toque a la reina —pidió la hechicera—. Ni siquiera para lavarla. No sabemos cómo le administran el veneno.

Subí la escalera que llevaba al piso superior con el miedo metido en el cuerpo. Los conspiradores estaban siendo muy atrevidos. Estaba claro que no se iban a detener ante nada.

En algún sitio, cerca del castillo, alguien había tomado la decisión de acabar con mi familia y no éramos capaces de descubrir su identidad.

O lo hacíamos pronto o no iba a quedar nadie para contarlo.

Tercera Parte

El Gran Milmort

Ónica y yo estamos asombrados ante la visión del Templo Milmortiano que se erige en todo su esplendor ante nuestros ojos, envuelto en una suave niebla, en el centro del valle.

Su espeluznante aspecto, de templo y fortaleza a un tiempo, da pavor. Sus muros grises y sucios, coronados por unas almenas amenazadoras que proyectan oscuras sombras, prometen los peores castigos a quienes se atrevan a acercarse con malas intenciones.

Hay filas enteras de personas que entran y salen sin cesar. Son tantos que casi obstruyen las grandes puertas que están controladas por encapuchados. Alrededor, docenas de guardianes acompañados de soldados armados con grandes lanzas, mantienen una vigilancia continua.

—Ahí lo tenemos —digo—. ¡Por fin! ¡El Templo Milmortiano!

—Sí, ahí está. Al alcance de nuestra mano —añade Ónica—. Pero no parece muy acogedor que digamos.

—Nos va a dar lo que necesitamos, es suficiente —observo—. No estamos aquí para admirarlo.

—Estamos aquí para convertirnos en milmorts. Pero estoy empezando a pensar que ese caballero dubitativo podía tener razón... ¿Estamos seguros de lo que hacemos? ¿Vale la pena entrar?

—Lo malo de las dudas es que se contagian —le advierto—. Si quieres, puedes quedarte fuera. Ya te lo contaré cuando salga.

—No he llegado hasta aquí para quedarme en la puerta —responde ella, espoleando su caballo—. ¡Sígueme, caballero milmort!

Me pongo a su lado y marchamos juntos.

—No quiero que nadie piense que soy tu criado... o tu esclavo —digo.

—¿No lo eres?

Cuando llegamos al puente levadizo, dos guardianes embozados por sus capuchas nos cierran el paso.

—¿Qué buscáis aquí?

—Queremos ser milmorts —respondo—. Vamos a alistarnos.

—¿Los dos? ¿Ella también? —pregunta el segundo encubierto.

—Sí, yo también quiero ser caballero milmort —dice Ónica con determinación—. Para eso estoy aquí.

—Poneos en esa fila. Ya os llegará el turno.

—También traemos los atributos de un milmort muerto –digo, mostrando la espada y el escudo. Queremos devolverlos.

—Descabalgad y acercaos a ese escribiente para darle vuestros nombres –ordena el primer encapuchado—. Él os atenderá.

Obedecemos dócilmente, pues no es cuestión de tener problemas ahora que estamos cerca de nuestro objetivo.

Cuando nos aproximamos a la mesa, el escribiente, protegido por soldados, se fija en los atributos.

—¿De dónde habéis sacado eso? –nos pregunta.

—Pertencen a un caballero milmort llamado Croax –le explico—. Murió con honor y sus amigos nos encargaron devolverlos. Aquí están.

—Metedlo en ese cesto –nos ordena—. Ya no vale para nada.

Le hago caso y arrojo la espada y el escudo a un gran cesto repleto de cacharos, armas y herramientas. Me parece que todo irá a parar a la basura.

El escribiente mete la pluma en un tintero y se dispone a escribir.

—Dime tu nombre –me pide.

—Soy el príncipe Royman Delaforce... Quiero ser milmort.

—Royman Delaforce –repite el hombre, mientras dibuja unas torturadas letras góticas sobre la hoja de pergamino—. Milmort.

—Sí, milmort –confirmo.

—Tu nombre –le pide a Ónica.

—Soy la princesa Ónica Graymark... También voy a ser milmort.

—Ónica Graymark –repite—. Milmort.

Espera un poco a que la tinta se seque, enrolla los pergaminos y nos entrega uno a cada uno.

—Entregad esto en el Palacio del Hospedaje –nos dice, señalando un gran edificio—. Es aquel de la gran cúpula negra.

—¿A quién se lo damos? –le pregunto.

—A quien os lo pida –responde el escribiente—. Podéis pasar.

—De acuerdo –respondo—. Vamos allá.

—¡Un momento! –me interpela el primer vigilante—. Esperad un momento.

Un poco después se acerca acompañado de dos encapuchados.

—Son vuestros guías –nos dice—. Estarán con vosotros mientras estéis en el Templo Milmortiano. No os separéis de ellos.

—No creo que haga falta... –empiezo a decir.

—Sí, es necesario. Y no quiero tener que repetirlo –me advierte el vigilante—. ¿Entendido?

—No nos apartaremos de ellos –asegura Ónica.

—Entonces, ya podéis entrar. No os desviéis de vuestro camino –señala antes de retirarse.

Ónica y yo regresamos junto a nuestros caballos.

—¿Puedes sujetarme el pergamino? –le pido a mi guía.

—Soy tu guía, no tu criado —responde el encapuchado.

—Oh, claro, perdona... ¿Cómo te llamas? Porque tendrás un nombre, ¿verdad?

—No tengo nombre. Puedes llamarme como quieras.

—Pues te llamaré *Crepúsculo* —digo.

—De acuerdo.

—Y a ti te llamaré *Sombrío* —comenta Ónica.

—Muy bien. Escuchad con atención. Os vamos a explicar las reglas que rigen aquí y que debéis observar mientras permanezcáis tras estos muros —dice *Crepúsculo*.

—Nosotros sólo venimos a...

—Obedeced cualquier orden nuestra o de los guardianes —me corta *Sombrío*, ignorando mis palabras—. Cumplidlas sin protestar.

—No mintáis, no robéis, no os peleéis, no insultéis a nadie —recita *Crepúsculo*—. Comed lo que se os dé, pero no cojáis lo que no se os entregue.

—Podéis llevar vuestras espadas, pero no debéis desenfundarlas —añade *Sombrío*—. Nada de peleas. Aquí no se admiten los duelos.

—¿Y si nos provocan? —le pregunto.

—No os provocarán. Y si alguien lo hace, nosotros nos ocuparemos.

—Aquí, nadie insulta a nadie. Nadie es más que nadie. Sois invitados, comportaos como tales. Olvidad que sois príncipes. No creáis que sois más importantes que otros. Aquí todo el mundo es igual. ¿Entendido?

Asentimos con un gesto.

—Bien, vamos a ir al Palacio del Hospedaje —concluye *Crepúsculo*—. No perdamos tiempo.

—Os seguimos —dice Ónica—. Estamos deseando acabar. ¿Tardaremos mucho?

—Lo necesario. Ni más ni menos —dice *Sombrío*.

—¿En qué consisten las pruebas? —pregunto—. ¿Son duras? ¿Contra quién lucharemos?

—No somos vuestros criados y tampoco estamos aquí para informaros —dice *Crepúsculo*.

—Nuestra misión consiste en acompañaros —añade *Sombrío*—. Somos vuestros guías.

—¿Guías o vigilantes? —pregunto.

—Las dos cosas. No podéis separaros de nosotros —insiste *Sombrío*—. No intentéis hacerlo.

—No tenemos ninguna intención de burlaros —le aseguro—. Queremos acabar lo antes posible. Seréis nuestras sombras mientras permanezcamos aquí.

—Otra vez te equivocas —me corrige *Crepúsculo*—. Las sombras sois vosotros. Ónica y yo acusamos el golpe en silencio.

—Podéis dejar aquí vuestros caballos —sugiere *Sombrío*.

—¿No nos los robarán? —pregunta Ónica.

—Nadie se atreverá a hacerlo. Aquí no se roba. Aquí todo el mundo se porta bien. Estáis en el Templo Milmortiano y aquí hay orden.

Caminamos junto a nuestros dos guías que, según nos han dicho, nos llevan a nuestro alojamiento.

Un poco después, llegamos a una gran plaza muy concurrida donde muchos individuos siguen a sus guías. Es evidente que son aspirantes a milmorts.

—¿Qué es eso? —le pregunto a *Crepúsculo*—. Esa estatua.

—Es algo que os conviene conocer —responde—. Es el Gran Milmort.

La reproducción en piedra de un guerrero blandiendo una espada en la mano derecha, con un escudo en el brazo izquierdo y una larga cadena de eslabones colgada del cuello se alza en medio de la plaza.

—Es el ejemplo a seguir —añade *Sombrío*.

—¿Qué tiene de especial? —le pregunta Ónica—. Parece un caballero normal.

—Ese milmort consiguió deshacerse de su collar en una jornada histórica.

—¿Quieres decir que acabó él solo con mil enemigos en un día? —digo en tono irónico—. ¡Eso es imposible!

—Pues eso es exactamente lo que ocurrió —asegura *Sombrío*—. El Gran Milmort realizó una hazaña que ningún otro ha sido capaz de igualar.

—No sé si creérmelo —comento—. Suena a leyenda.

—Os aseguro que el Gran Milmort es un caballero legendario pero auténtico —concluye *Crepúsculo*—. No tenemos necesidad de mentir. Puedes creer lo que te digamos.

—En cualquier caso, la hazaña es impresionante —reconoce Ónica—. ¡Mil eslabones en un día!

—Nadie lo ha igualado y creemos que nadie lo hará jamás —dice *Sombrío*.

La hechicera

La reina mejoró al cabo de dos días.

Serviano y Umertino fueron incapaces de encontrar una explicación razonable al hecho de que, comiendo únicamente fruta, una moribunda pudiera volver a la vida. Jamás sospecharon que estaba siendo envenenada ya que nunca se lo dijimos a nadie... Y si sospecharon algo, nunca lo demostraron.

—Hemos tenido suerte —dijo el monarca, la primera noche que la reina se levantó—. Nuestros hijos han cuidado de vos, querida esposa. De no ser por ellos, no sé qué habría pasado.

—Yo sí lo sé —dijo la reina—. Lo sé perfectamente. Estoy viva gracias a ellos y a esa mujer, Quania.

A pesar de nuestros esfuerzos por silenciarlo, todo el mundo acabó enterándose de que Quania había tenido mucho que ver con la recuperación de la reina.

Así que los rumores sobre sus habilidades como hechicera se multiplicaron.

—Los soldados han hablado de más —reconoció Mardof cuando se lo comenté—. Lo siento.

—El daño ya está hecho —condescendí—. Ahora hay que intentar proteger a Quania y a la niña. Hay que hacer un esfuerzo. Se lo han ganado.

—No hay que olvidar que la hija de esa mujer intentó matar a la princesa Sibila —me recordó.

—No lo olvido, amigo Mardof —dije—. Pero tampoco podemos ignorar que ha salvado a la reina de una muerte segura. No creo que ellas tengan que pagar la infamia de la traidora. No es justo.

—Entonces, sugiero que las encarcelemos —propuso Mardof—. Es el lugar más seguro que conozco. Es el único sitio en el que podemos controlar a todo aquel que entre. Nadie podrá penetrar en la celda sin nuestro consentimiento.

—De acuerdo, pero haz que se sientan cómodas —sugerí—. Esa mujer ha salvado la vida de tu reina y merece que la cuidemos.

—Lo haré. Si queréis, podemos elegir juntos la celda —se ofreció el caballero.

—De acuerdo —dije—. Bajemos a las mazmorras.

Mientras descendíamos, y aprovechando que estábamos solos, me animé a hacerle una proposición:

—Mardof, ¿puedo confiaros una misión secreta?

—Claro que sí, príncipe Royman.

—Tendréis que llevarla a cabo vos solo y no se lo podréis comentar a nadie.

—¿Ni al rey, vuestro padre?

—A nadie, amigo mío. Debe ser un secreto entre nosotros dos.

—Podéis confiar en mí. Ya sabéis que mi lealtad hacia el linaje de los Delaforce es inquebrantable. Decidme de qué se trata...

Quiero poner a salvo a...

En ese momento, un criado del rey se acercó corriendo y nos interrumpió.

—¡Mi señor príncipe Royman! —gritó—, su majestad quiere hablar con vos.

—¿Ahora?

—Sí, os espera en la sala del trono. Es urgente.

—Tengo que irme, Mardof —dijo—. Ocupaos personalmente del asunto. Confío en vos.

Seguí al criado y cruzamos el patio de armas, que estaba muy concurrido. Varios soldados extranjeros, que parecían cansados, acababan de llegar y eran atendidos por algunos de los nuestros.

Cuando entré en la sala, me encontré con una escena que me preocupó. Mi padre, con expresión grave, estaba sentado en el trono. A su lado, con los ojos enrojecidos, se hallaba Sibila. Al otro lado, Gwendlin y Wolfort, muy serios.

—Majestad —dije, inclinándome ante mi padre, convencido de que pasaba algo grave—. ¿Queríais verme?

—Royman, tengo una importante misión para ti —dijo—. Han llegado unos emisarios para anunciarnos la visita del príncipe Miliari.

Me quedé paralizado. Ese nombre me había golpeado el corazón.

—Debes ir a recibirlo —añadió—. Trae esclavos bárbaros y prisioneros.

—¿Para qué viene, majestad? —osé preguntar, aunque ya conocía la respuesta—. ¿Os lo han dicho?

—Viene a pedirme la mano de Sibila —respondió—. Ya sabes que están comprometidos, pero el protocolo le obliga a ofrecerme regalos y conseguir mi consentimiento.

—¿Queréis que vaya a buscarle?

—Sí, Royman. Quiero que seas tú, precisamente, el que salga a su encuentro.

No dije nada.

—Conviene que todo el mundo vea que el príncipe heredero ha superado la enfermedad de su madre, la reina... Y que tiene la fortaleza necesaria para aceptar que su hermana Sibila vaya a casarse con un príncipe. Quiero que demostremos a todo el mundo que somos fuertes.

—Partiré enseguida, padre —dije, mirando a Sibila de soslayo.

—Tienes el tiempo justo para vestirme como corresponde. Los soldados te esperan —dijo, poniéndose en pie y acercándose a mí—. Confío en ti.

Nos dimos un abrazo y, con la respiración contenida, giré sobre mis talones y me di la vuelta.

Wolfort dio un paso adelante y se colocó ante el rey.

—Majestad, os pido permiso para acompañar al príncipe Royman en esta importante misión. Habéis dicho que trae prisioneros de mi pueblo. Quizá pueda ser útil.

—Lo tienes si Royman está de acuerdo —dijo mi padre—. Él es el máximo responsable. ¡Él manda!

—A mí me parece bien —dije—. Me harás buena compañía.

—Puedes ir, Wolfort. Tienes nuestro permiso. Además, Mardof os acompañará.

—Gracias, mi señor —dijo mi hermano—. Le obedeceré como si fueseis vos.

—Entonces, partid como hermanos y volved como valientes —dijo con una sonrisa—. ¡No os fiéis de nadie! ¡De nadie!

—Majestad, el caballero Mardof está ocupado en un asunto que le he encargado —dije—. Os pido que le relevéis de esta misión.

—De acuerdo, Mardof queda liberado. Mandaremos al capitán Dolmier en su lugar.

—Gracias, majestad —dije, haciendo una reverencia—. Cumpliré vuestra orden.

Antes de subir a mi habitación para vestirme, fui a despedirme de mi madre que aún seguía convaleciente y pasaba muchas horas tumbada ya que estaba absolutamente agotada.

—Sé adónde vas, hijo —susurró apenas me vio entrar en su aposento—. Ha llegado el momento de que te separes definitivamente de Sibila. Debes ser fuerte. Vas a sufrir mucho. Lo siento... He tratado muchas veces este asunto con tu padre, pero nunca hemos encontrado una solución. Sabemos muy bien que Sibila y tú os queréis... Lo lamento, Royman...

—Seré fuerte, madre. Cumpliré con mi deber.

—De eso estoy segura —dijo—. Sé que eres un hombre de honor y que no harás nada deshonesto.

Sin pronunciar palabra, le di un beso en la frente y salí de la estancia. Cuando llegué a mi habitación, seguía tan anonadado por la terrible noticia que no sabía cómo reaccionar. Me vestí de manera automática, sin darme cuenta de lo que hacía.

Ya me estaba ajustando el cinturón cuando la puerta se abrió de repente y entró Sibila. El corazón me dio un vuelco y mis nervios se alteraron.

—¿Qué va a pasar, Sibila? —le pregunté—. ¿Qué va a ser de nosotros?

—No podemos hacer nada, Royman —replicó—. Sabíamos que este momento llegaría. Y no hemos podido remediarlo. Ahora es tarde. Demasiado tarde. Debemos aceptar nuestro destino. He venido a despedirme de ti.

—Todavía hay esperanza...

—¡No! Siempre he vivido con la ilusión de que pasaría algo. Creía que Miliari iba a renunciar a casarse conmigo, pero estaba equivocada. Ahora tenemos que rendirnos.

Me acerqué a ella y la sujeté por los brazos.

—¡Sibila, no renunciaré a ti! —afirmé.

—Es la última vez que nos vemos a solas —dijo—. ¡La última!

Sin saber de dónde saqué las fuerzas, la abracé y le di un beso que tuvo una respuesta inmediata. No hubo forcejeo, ni negativa, ni oposición. Sólo mucha pasión.

—¿Y si huimos? —le propuse después—. Podemos perdernos en las montañas donde

nadie nos encontrará.

—¿Estás loco? —repuso—. ¡No podemos hacer eso! ¡Supondría la guerra entre los dos reinos! ¡No podemos ser causantes de un enfrentamiento armado!

—¿Y podemos separarnos? ¿Prefieres casarte con él?

—¡Adiós, Royman! —dijo mientras daba un paso atrás.

Entonces, abrió la puerta y desapareció de mi vista.

Me quedé solo, desolado y desesperado. La rabia y la impotencia se cebaron en mí de forma implacable.

Poco después, cruzaba el puente levadizo sin mirar atrás. Sabía que Sibila estaría en lo alto de la torre, llorando por nuestro amor.

Porque de algo estaba seguro. Sabía que nuestro amor era inquebrantable. Estaba tan convencido que habría expuesto mi vida por él.

El tribunal

El Palacio del Hospedaje está muy vigilado. Delante de la puerta hay guardianes encapuchados y soldados armados que piden las credenciales a todos los que se acercan.

—Enseñad vuestros pergaminos –nos aconseja *Sombrío*—. Es un control.

Desenrollamos los pergaminos y los mostramos.

—Podéis pasar –dice un guardián—. No os separéis de vuestros guías.

Entramos en el edificio, que es muy espacioso y en el que reina un gran silencio. Subimos unas escaleras y llegamos al primer piso, allí tenemos que enseñar nuevamente los pergaminos; después, nos llevan a una sala de espera donde hay varios hombres que, igual que nosotros, postulan para ser milmorts.

—¿Tendremos que esperar mucho? –le pregunto a *Crepúsculo*.

—Lo que haga falta –responde secamente—. Y no me hagas más preguntas. Ya te he dicho que soy tu guía, no tu siervo. Además, recuerda que nadie te ha pedido que vinieras. Estás aquí por tu propia voluntad.

Varios hombres con sus guías aguardan impacientes a ser recibidos. Todos lanzan miradas de reproche a Ónica. Nadie entiende qué hace una mujer en un lugar reservado exclusivamente a guerreros.

Más tarde, una puerta se abre y un encapuchado se dirige a nosotros.

—Royman y Ónica, podéis pasar –dice.

En unión de nuestros guías, *Crepúsculo* y *Sombrío*, traspasamos la gran puerta. Nos llevan por un largo pasillo y, al final, nos permiten la entrada a una sala bordeada de robustas columnas redondas que forman un gran círculo. En su interior hay muchos hombres acompañados por sus guías. Sobre un estrado muy elevado, nos esperan varios encapuchados sentados en siales de madera. Son los miembros del Tribunal Milmortiano.

—Colocaos aquí, en el centro –ordena el Gran Maestre del tribunal—. Prestad atención y responded con claridad a nuestras preguntas.

Nos colocamos ante el tribunal, en silencio y con un tremendo respeto. Detrás, a unos metros, *Crepúsculo* y *Sombrío* nos observan.

—Habéis solicitado el derecho a ser milmorts –dice el Gran Maestre—. Antes de otorgaros ese privilegio, queremos asegurarnos de que sois dignos de serlo. Os vamos a leer las reglas milmortianas y después os vamos a hacer algunas preguntas. Si superáis esta prueba, os entregaremos los atributos que os convertirán en milmorts.

El Gran Maestre hace una señal a un encapuchado que está a su derecha.

—Escuchad el código de honor y las reglas de los milmorts —dice solemnemente el de la capucha, después de ponerse en pie—. Prestad atención... Para adquirir el derecho a subir al monte, un milmort debe evitar mil veces que le maten... Un milmort sólo busca la gloria... Un milmort sólo puede luchar con su espada milmortiana... Un milmort tiene derecho a una espada, a un escudo y a un collar de mil eslabones... Cada vez que salve su vida, un eslabón desaparecerá. Un milmort actúa con honor y lucha con lealtad... Cuando sale del Templo Milmortiano, un milmort no vuelve nunca... ¿Lo habéis entendido?

Asentimos con la cabeza.

—Ahora, os vamos a hacer algunas preguntas —anuncia el Gran Maestre—. Una por cada miembro de este tribunal.

—¿Por qué queréis ser milmorts? —pregunta el encapuchado más alejado.

—Para recuperar la posibilidad de huir de Mort —digo—. Este mundo me asquea. Además, algo en mi interior me dice que debo hacerlo.

—Porque es una oportunidad para salir de aquí —dice Ónica—. En Mort no se vive, se muere en silencio.

—¿Qué creéis que es la gloria? —pregunta otro.

—Un lugar en el que realizas tus sueños —replico—. Y vuelves a ser tú mismo. Intuyo que lo que soy ahora no tiene nada que ver con lo que soy realmente.

—Un mundo donde todo es posible —explica Ónica.

—Aun sabiendo que podéis morir en el intento, ¿os compensa intentar alcanzar la gloria?

—Es mejor morir en el camino que quedarse aquí, sin hacer nada —explico—. No podría vivir sabiendo que no he tenido el valor de intentar salir de este pozo oscuro.

—Sé a lo que me expongo —dice Ónica—. Pero, igual que él, prefiero morir antes que tener que soportar todo lo que me queda de vida el castigo de no haberlo intentado.

Uno tras otro, los diez miembros del tribunal hacen su pregunta. Finalmente, el Gran Maestre dice:

—Ahora, si queréis, podéis hacer una pregunta.

—A mí me gustaría saber con quién voy a tener que luchar para obtener el título de milmort —comento—. ¿Es un gigante?

—Con nadie —responde el Gran Maestre—. A nosotros no nos interesa si luchas o no. Sólo queremos estar seguros de que quieres alcanzar la gloria. Esto no es una escuela de gladiadores.

Su respuesta me desilusiona. Esperaba que me pusieran a prueba ante feroces enemigos.

—Yo quiero saber qué es realmente la gloria de la que hablan los milmorts —dice Ónica.

—Si la alcanzas, tú misma te responderás. Pero, ¿sabes que no pensamos que las mujeres puedan ser milmorts? —añade el que preside la mesa.

—Me lo han dicho, pero me niego a creerlo.

—Te daremos la oportunidad de pasar las pruebas —responde—. Si las superas, serás una milmort. Esa será tu gloria.

Ónica me mira con la ilusión pintada en el rostro. Casi no cree lo que acaba de oír.

—Hemos terminado, podéis ir con vuestros guías. Ellos os llevarán a la forja.

Abandonamos la gran sala del Tribunal Milmortiano con la esperanza de haber superado el primer reto.

Cuando bajamos la escalera, bajo la mirada de los que esperan, no puedo evitar hacer un comentario.

—Y yo que creía que íbamos a tener que pelear contra algunos gigantes.

—¿Por qué pensabas eso? —pregunta *Crepúsculo*.

—Hemos estado en un lugar en el que nos han advertido de los grandes peligros que nos esperan en esta fortaleza —le explico—. Incluso hemos practicado...

—¿Habéis estado en la hacienda de *Cíclope*, verdad? —pregunta *Sombrío*.

—Y hemos pasado la prueba de valor y fortaleza —dice Ónica.

—Habéis hecho bien. Os servirá para alcanzar lo que tanto queréis —responde *Crepúsculo*—. Pero él es un farsante.

—¿Un farsante? ¿Por qué dices eso?

—*Cíclope* vino aquí para ser milmort, pero no pasó la prueba. No tenía honor. Creemos que sólo buscaba la manera de enriquecerse —añade *Sombrío*—. Su escuela sólo sirve para endurecer a los candidatos que sobreviven, pero no os aporta valores de honor.

—Os costará mucho llegar vivos al Monte Milmort —dice *Crepúsculo*—. Y os costará aún más subir a la cima.

—Así que lo que hayáis aprendido con *Cíclope* os servirá —concluye *Sombrío*.

—¿Adónde nos lleváis ahora? —pregunto mientras observo los callejones por los que pasamos, que están repletos de gente, guardianes y soldados conduciendo a hombres armados, de mala catadura. Hombres de guerra que vienen a buscar los atributos milmortianos. En el fondo, me alegro de no tener que luchar con ellos.

—Vamos a la forja —indica *Sombrío*—. Allí os fabricarán vuestros atributos.

—¿Y tenemos que estar mientras los fabrican? —quiere saber Ónica—. ¿No los pueden hacer sin nosotros?

—Vuestra presencia es fundamental —insiste *Crepúsculo*—. No se pueden hacer si no estáis presentes.

Nos cruzamos con varios hombres encadenados y tenemos que pegarnos a la pared para dejarlos pasar. Van vigilados por varios guardianes y soldados negros.

—¿Son prisioneros? —pregunto a nuestros guías.

—Es obvio —responde *Sombrío*.

—¿Adónde los llevan?

—No te importa. Esos hombres han incumplido nuestras leyes. Van a ser arrojados del Templo Milmortiano.

—Y no regresarán nunca —añade *Sombrío*.

En busca del príncipe

Mi escolta y yo llegamos al lugar del encuentro al atardecer. Según los emisarios que Miliari había enviado, debíamos encontrarnos al otro lado de un viejo puente de piedra sobre un río que marca el límite de nuestra comarca, dentro del reino de Force.

—Aquí no hay nadie —dijo Welfort—. Quizá ese Miliari ha vuelto a su reino... O se ha perdido.

—Acamparemos debajo de aquellos árboles —ordené al capitán Dolmier—. Dad de beber a los caballos y que los hombres descansen... Y montad una guardia de vigilancia. No tentemos a la suerte.

—Así lo haremos, mi señor —respondió el oficial.

Welfort estaba nervioso. Cabalgaba lentamente, mirando entre los árboles, como buscando algo.

—¿Qué te pasa? —le pregunté—. ¿Has visto algo?

—No, pero no me fio —respondió—. Esto no me gusta. Prefiero estar atento.

—Siempre has sido muy desconfiado, hermano. No pensarás que el príncipe Miliari nos ha tendido una trampa, ¿verdad?

—No, pero no quiero dar motivo a los proscritos para que nos ataquen —dijo—. Esos perros aprovechan cualquier oportunidad.

—Es mejor que descansas. El regreso será pesado. Supongo que seremos muchos y Miliari traerá carros además de los esclavos.

Nos habíamos acercado al borde del río, donde los caballos pudieron abreviar. Descabalgamos y observamos cómo nuestros soldados se disponían a descansar.

—Siento lo que te pasa, hermano —dijo Welfort—. Lo siento mucho. Esto es un golpe demasiado duro para ti. Supongo que Sibila estará destrozada.

—Está como yo. Sabíamos que este día iba a llegar, pero ha resultado más duro de lo que esperábamos.

—Seguro que tiene que haber una manera de impedirlo —dijo—. El rey podría hacer algo.

—No, hermano, no podemos hacer nada. Ya hemos analizado todas las posibilidades. Te aseguro que no hay ninguna esperanza. Tengo que hacerme a la idea de que he perdido a Sibila.

—Eres muy valiente. Yo no lo resistiría. Si alguien quisiera quitarme a Gwendlin yo...

—¿Qué harías?

—¡Lo mataría! ¡Lo retaría a duelo y lo atravesaría con mi lanza!

—No puedo hacer eso. Mi padre no me lo perdonaría jamás.

—¿Y si te diera ocasión? ¿Y si fuese un individuo repugnante que...?

—No sigas, Wolfort... Déjalo ya... No haré nada que pueda perjudicar las relaciones entre nuestros reinos. Debo respetar el acuerdo y cumplirlo.

—No estoy convencido de que ese acuerdo tenga validez —insistió—. Recuerda que el padre de Sibila está muerto y podría impugnarse.

—Pero mi padre lo refrendó hace muchos años, cuando trajo a Sibila —le hice notar—. Éramos pequeños y nadie imaginaba que ella y yo íbamos a enamorarnos. No se puede hacer nada salvo cumplir el compromiso con honor.

—Yo lucharía hasta el final —aseguró mi hermano—. No deberías rendirte.

—Miliari debe de estar a punto de llegar —dije—. Es preciso que estemos atentos y le demos un buen recibimiento.

En ese mismo instante, Dolmier vino apresurado hacia nosotros.

—¡Mi señor, ya vienen! —gritó.

—¡Todo el mundo a su puesto! —ordené—. ¡Que vean que somos gente de honor!

En pocos minutos, los soldados estaban montados y en formación. Los estandartes ondeaban al viento y los clarines se hallaban dispuestos.

Tres jinetes se acercaron a galope. El que iba en cabeza se detuvo a pocos metros de mí y dijo:

—Mi señor, el príncipe Miliari está llegando. Os envía sus mejores saludos.

—Gracias, oficial —respondí—. Le esperamos con el corazón abierto.

Los tres jinetes se situaron a un lado y uno de ellos, el que portaba un estandarte de Miliari, se colocó junto al nuestro.

Apenas había pasado un minuto, cuando, a lo lejos, entre los árboles, la comitiva se dejó ver.

Sentí un retortijón en el estómago en cuanto le vi. Miliari era joven y tenía muy buena planta. Era un caballero aguerrido que, con seguridad, podía enamorar a cualquier mujer... Incluso a Sibila.

Iba en cabeza, con ropaje de guerra. Detrás, docenas de soldados con lanzas adornadas con banderas y estandartes. Durante un momento tuve la impresión de que, más que venir a pedir la mano de una esposa, venía a exigirla. Para mi gusto, traía demasiadas armas.

Detuvo su caballo delante de mí y me miró fijamente.

—Os saludo, príncipe Royman —dijo con una voz extremadamente refinada y seductora que revelaba la persona cultivada que era—. Os agradezco vuestro recibimiento.

—Mi padre os envía saludos, príncipe Miliari —dije—. Estamos encantados de acompañaros hasta el castillo, donde vuestra futura esposa, Sibila, os espera ansiosamente.

—Estoy deseando verla —dijo—. Me han contado que es una joven virtuosa poseedora de una gran belleza.

—Os han informado bien. Sibila es un dechado de virtudes. Sois afortunado.

—También me han contado cosas excelentes sobre vos, amigo Royman. Seguro que seremos buenos amigos.

—Estamos listos para partir —dije—. Veo que traéis un gran cortejo.

—Me he visto obligado a hacerme acompañar por una pequeña tropa ya que en mi reino proliferan los grupos armados. Estamos sufriendo ataques continuos de enemigos. Quería pedirlos permiso para que mis soldados acampen aquí hasta mi regreso. Me uniré a vos, con mis criados y mi guardia privada, si me lo permitís. No quiero presentarme ante vuestro padre y mi prometida con este ejército. Sólo llevaremos a los esclavos bárbaros, que son un regalo para vuestro padre.

Sus palabras me dejaron sin aliento. Miliari era un verdadero caballero.

—Naturalmente que os concedo permiso para que vuestra tropa acampe en este lugar, a este lado del río. Y me siento feliz de poder acompañaros con vuestros más cercanos servidores.

—Entonces, no perdamos tiempo —dijo—. Partamos ahora mismo.

Miliari y yo cruzamos el puente codo con codo.

Su presencia me resultó muy agradable ya que su forma de hablar y de actuar me pareció extremadamente adecuada. El príncipe Miliari me cayó muy bien.

La forja

El fuego de la forja emana un calor denso que se pega a la piel. Muchos hombres sudorosos se afanan en trabajar cerca de los grandes fogones. Tienen quemaduras por todo el cuerpo y algunos parecen destilar humo.

—¿Qué hacen estos hombres en este sitio? —pregunto.

—Todo lo que requiere la fuerza del fuego —responde *Crepúsculo*—. Ya te lo puedes imaginar.

—Armas... —dice Ónica—. Escudos...

—Y todo lo demás. Las forjas están para eso —añade *Sombrío*.

Dos vigilantes encapuchados nos piden la identificación y, después de comprobarla, nos permiten el paso.

—Ahora vais a tener la oportunidad de demostrar nuevamente que deseáis ser caballeros milmorts —dice *Sombrío*.

Dentro, el calor es insoportable. Los hornos están encendidos e irradian un calor infernal. Nos llevan a una sala que se parece mucho a un laboratorio alquimista. Probetas, cazos, libros, pergaminos, productos de distintos colores y mil objetos más.

Varios individuos, acompañados de encapuchados están mezclando líquidos.

—Son Royman y Ónica —anuncia *Sombrío*—. Están dispuestos.

—Entonces, podemos empezar —dice un encapuchado—. Empecemos por el chico... Acércate, muchacho... ¿Sigues convencido de que quieres ser un milmort?

—No tengo ninguna duda —respondo con firmeza.

—¿Estás dispuesto a todo para conseguirlo?

—Claro que sí —contesto—. Haré todo lo que haga falta.

—Arremángate —ordena mientras coge un cuchillo—. Ven aquí.

Descubro mi brazo derecho y sigo al encapuchado hasta el fondo de la estancia.

Dos hombres levantan una tapa de metal que deja al descubierto una cadena de pequeños recipientes que contienen acero líquido al rojo vivo.

El encapuchado rasga mi piel con una daga y me produce una herida de la que empieza a manar sangre.

—Necesitamos mil gotas. Cada gota se fundirá en un eslabón de la cadena milmortiana —explica el encapuchado—. No te muevas de aquí. Yo me ocupo de todo.

Las gotas de sangre van cayendo de forma ordenada dentro de cada recipiente y, después de emitir una pequeña columna de humo, se mezclan con el acero líquido.

—Doscientas treinta... Doscientas treinta y una... Doscientas treinta y dos... —

cuenta pacientemente otro encapuchado—. Doscientos treinta y tres...

Observo con fascinación cómo mi sangre se funde en el acero líquido. Un metal que, cuando se enfría, toma forma de pequeños eslabones de una cadena de mil piezas. Una cadena que está hecha del mismo material que la que tenía Zoltan, del que me acuerdo durante un momento. Cada eslabón es una gota de sangre.

—Novecientos noventa y nueve... ¡Mil!

—Ahora te toca a ti, Ónica —dice *Sombrío*.

La princesa descubre su brazo derecho y se acerca al encapuchado que, igual que ha hecho conmigo, abre una pequeña herida.

—Esta es tu cadena —le indica, levantando otra humeante tapa de metal—. Pon el brazo.

Las gotas de sangre empiezan a caer de forma ordenada dentro de los pequeños cazos. Poco a poco, la cadena de sangre y acero se va formando ante sus propios ojos.

—¡Mil! —exclama finalmente el encapuchado que llevaba la cuenta—. Puedes tapar la herida.

—Seguidme —pide el primer encapuchado—. Aún no hemos terminado.

Entramos en una nueva estancia donde hay un horno aún mayor que el anterior. El calor es insufrible y nos hace sudar copiosamente.

—Ahora necesito que uséis vuestra mano derecha —pide el encapuchado que está al mando—. Haced lo que os diga... ¿Preparados?

Los dos asentimos a la vez.

—Alargad la mano derecha y sujetad la empuñadura que tenéis delante.

—¡Está ardiendo! —adviento, retirando la mano.

—Si tienes miedo no lo hagas. Nadie te obliga.

Agarro la empuñadura con toda la fuerza de la que soy capaz. Siento cómo el calor entra en mi cuerpo a través de mi brazo. Un intenso humo envuelve mi mano, que se abrasa. Es horrible.

Ónica hace lo mismo. No quiere dejar dudas sobre su determinación. Expresamos el dolor que nos embarga lanzando pequeños bufidos.

—Esperad a que la empuñadura tome la forma de vuestra mano —ordena el encapuchado—. ¡Aguantad!

Es una verdadera tortura que soportamos con valor. Parece que no se va a acabar nunca.

—¡Soltad! —ordena el encapuchado.

Ónica y yo nos echamos instintivamente hacia atrás. Nuestra mano derecha es ahora un guiñapo en el que el chorro de sangre se mezcla con las quemaduras.

—¡Necesitamos más sangre! —advierte el jefe—. ¡Aquí! ¡Deprisa!

Nos llevan a cada uno a un depósito de acero líquido. Allí, dejamos caer varias gotas de sangre que se mezclan con el acero de fuego.

—¡Estáis forjando vuestra espada! —exclama el que está al mando—. El arma que salvará vuestras vidas.

Cuando nos sueltan, estamos agotados.

—Descansad aquí un rato —propone *Sombrío*—. Queda poco.

—¿Qué clase de tortura es esta? ¿Qué vais a hacer con nosotros? ¿Queréis debilitarnos para que nos maten con más facilidad?

—¡Os estamos dotando de una fuerza inigualable! ¡Os estamos fortaleciendo!

—¡Vamos! ¡Venid aquí! —ordena un oficial—. ¡Deprisa!

Nos ponemos en pie y nos dejamos hacer. Nos agarran y meten nuestro brazo izquierdo en un caldero que contiene un líquido ardiente.

—¡Cerrad la mano! —ordena el jefe—. ¡Hacedlo!

—¿Para qué es esto? —pregunta Ónica—. ¿Para aprender a soportar mejor el dolor?

—¡Estáis forjando vuestro escudo! ¡Vuestra mejor protección!

Un encapuchado mete una placa de acero redondo y lo une a las argollas que rodean mi brazo. Después hace lo mismo con Ónica. A continuación, nos piden que lo saquemos.

Dejan enfriar los escudos que están pegados a nuestros brazos y, sin miramientos, empiezan a despegarlos. Finalmente, los colocan ante nuestros rostros y esperan un poco.

Los escudos brillan y reflejan nuestras figuras. De repente, la cara se desdibuja y, poco a poco, va conformando la imagen de una calavera. ¡Es nuestra calavera!

—Ya habéis terminado —dice el encapuchado jefe—. ¡Enhorabuena! ¡Habéis pasado la prueba!

Nuestras calaveras han quedado grabadas sobre la superficie de los escudos.

Estoy a punto de hacer algunas preguntas, pero me agunto. Me siento tan dolorido que prefiero centrarme en mi martirio a empezar una discusión que no servirá de nada.

—Salgamos de aquí. Ahora os llevaremos a vuestros aposentos, donde podréis descansar hasta mañana.

—¿Nadie va a curar todo esto? —pregunta Ónica—. Mi herida no deja de sangrar, la mano me arde y tengo el brazo dolorido. Casi no puedo mover la mano.

—Esto no es un hospital —dice *Sombrío*—. Descansad. Es lo único que necesitáis para poneros bien.

—No sois muy compasivos que digamos —les reprocho.

—No, no lo somos —responde *Crepúsculo*.

Poco después llegamos a un edificio cercano donde nos meten en una gran habitación con dos camas y comida sobre la mesa.

—Os dejaremos tranquilos hasta mañana —nos avisa *Crepúsculo*—. Si necesitáis algo, estaremos ahí fuera, delante de la puerta.

Salen y cierran con llave.

Un maldito encuentro

La llegada al castillo, junto al príncipe Miliari, fue de los acontecimientos más dolorosos de mi vida. Algo que no olvidaré jamás.

Yo iba en cabeza. Junto a nuestro invitado. Detrás, Wolfort y Dolmier. A continuación, algunos de nuestros hombres seguidos por el cortejo de Miliari, que traía una cincuentena de esclavos bárbaros. Finalmente, la retaguardia estaba protegida por una docena de nuestros soldados.

Campesinos, soldados, caballeros y habitantes de los pueblos de alrededor se habían acercado para ver al futuro esposo de Sibila, a la que apreciaban mucho. Incluso nuestros esclavos bárbaros prestaron atención al desfile.

Sibila se había ido ganando el corazón de la gente a lo largo de los años, y había logrado ser una persona muy querida. Y eso, ahora, iba en mi contra.

Mi padre, que nos recibió en el patio de entrada, se acercó al príncipe y le dio un fuerte abrazo.

—Príncipe Miliari, sois bienvenido —le dijo—. Consideraos en vuestra casa. Somos vuestra familia.

—Gracias, rey Wincott. Vuestro hijo, el príncipe Royman, ha sido muy amable al venir a recibirme. Os doy las gracias a todos.

—Supongo que estáis deseando conocer a la princesa Sibila.

—Ardo en deseos de verla —dijo con ansia—. ¿Cuándo podré hablar con ella?

—Esta noche organizaremos una fiesta de recepción. Entonces os la presentaré.

Sentí una puñalada en el corazón que me dejó atontado. Wolfort se acercó y me sujetó del brazo.

—¡Ánimo, hermano! —me susurró.

—Lo peor está por venir —le dije.

—Ya te avisé. Va a ser duro —sentenció.

Mi padre acompañó al príncipe Miliari hasta sus aposentos y yo aproveché para subir a ver a mi madre, que aún seguía postrada.

—¿Cómo te encuentras, madre?

—Voy mejorando poco a poco —dijo—. ¿Has traído al príncipe Miliari?

—Sí, madre. Está con el rey, preparando la ceremonia de petición de mano, que tendrá lugar esta noche.

—No sé si tendré fuerzas para levantarme. ¿Cómo es ese joven? ¿Es amable?

—Es una buena persona. La hará feliz —dijo con la voz rota, al borde de las

lágrimas.

—Tú también encontrarás a una mujer que te haga feliz —dijo, acariciándome la mejilla—. No desfallezcas.

—Tengo la sensación de haberlo perdido todo, pero lo soportaré.

—Ve a vestirte para la fiesta. Demuestra a todos que eres fuerte y que sabes soportar este terrible golpe que el destino te ha deparado.

—Sí, madre, te haré caso —dije, despidiéndome—. No te avergonzaré.

Mientras me dirigía a mi habitación, me di cuenta de que nunca me había encontrado en una situación semejante. Tenía la sensación de que mi vida estaba a punto de terminar. Era como si ya no tuviera futuro. Como si un médico me hubiera descubierto una enfermedad mortal e incurable. Una enfermedad que no iba a poder superar.

Sin Sibila, ya no tenía razones para vivir.

Completamente desanimado, entré en mis aposentos, despedí a mis criados y me vestí para la fiesta.

Mientras me arreglaba, inventé mil formas para impedir que esa boda se llevara a cabo, pero, por cada idea que se me ocurría, un argumento se interponía entre mis deseos y mis obligaciones. La realidad se imponía una y otra vez.

Cuando salí de mi habitación, tenía el convencimiento de que no había nada que hacer para recuperar a Sibila. Y eso hizo caer mi ánimo.

Me encontré con Gwendlin y Welfort, que me habían estado esperando.

—Hermano, esta noche vas a pasar una prueba muy dura —dijo Gwendlin—. Debes saber que nosotros siempre estaremos a tu lado.

—¿Has visto a Sibila? —le pregunté—. ¿Cómo está? ¿Ya le ha visto?

—No te tortures, Royman —respondió Gwendlin—. No pienses cosas que no debes pensar. No te hagas daño innecesariamente.

—Sibila le pertenece —añadió Welfort—. Tienes que olvidarla, hermano.

No encontré la forma de decirle que jamás la olvidaría. Por eso no le respondí.

Entonces la vi. O mejor dicho, vi su silueta enmarcada en una ventana. Estaba en su habitación, de perfil, quieta, acompañada de tres damas que la ayudaban a vestirse.

Me quedé quieto, con los ojos abiertos y la respiración contenida.

Mi corazón me pedía subir en su busca. Me ordenaba que la abrazara... Sentí que una ola de calor, cargada de rabia, subía dentro de mí y me abrasaba.

—Vamos, hermano, nuestro padre nos espera —dijo Gwendlin, cogiéndome del brazo—. No podemos fallarle.

Welfort me dio un pequeño empujón que me devolvió a la realidad.

Empecé a caminar igual que un condenado cuando se dirige al patíbulo.

El agujero

Ónica y yo estamos inquietos. Nos duelen las manos, los brazos y casi todo el cuerpo. Hemos conseguido a duras penas detener la sangría de nuestras heridas y tenemos la impresión de que no nos vamos a curar en mucho tiempo.

La habitación es fría y desangelada. Las paredes están desnudas. No hay cortinas, ni cuadros ni decoración. Nada de flores ni ningún otro elemento que pueda embellecer el ambiente. Es como estar enterrado en vida.

—Esto es una pesadilla —dice Ónica, frotándose la mano derecha, que aún sigue apelmazada—. Espero que sirva para algo.

—No estoy seguro de que lo peor haya pasado —añado—. Mañana puede ser más duro.

—Sí, eso me temo. Esta gente no tiene ninguna consideración. Es justo lo contrario de lo que esperábamos. En vez de fortalecernos, parece que quieren debilitarnos.

—Y desconcertarnos. No entiendo nada. Aquí pasan cosas muy raras. ¿Has logrado ver el rostro de alguno de esos encapuchados?

—No. Todos parecen el mismo. Tienen la misma voz, actúan de la misma manera. No dejan traslucir nada sobre su forma de ser. Creo que debajo de esas capuchas sólo hay fantasmas... O nada... Además, tienen un ejército de soldados a sus órdenes.

—Parecen uno desplegado en muchos. Me gustaría descubrir qué misterio encierra este templo —digo, asomándome a una ventana—. ¿Quiénes son? ¿Quién les ha dado poderes para nombrar caballeros milmorts? ¿Son los dueños de Mort?

—Eso nos da igual y no nos interesa —responde la princesa—. Lo único que cuenta es que consigamos nuestro objetivo. ¡Subir a ese maldito monte y alcanzar la gloria! Lo demás no importa, créeme.

Mi imaginación me acaba de llevar ante el Monte Milmort, que no lo conozco, pero del que el caballero Zoltan me ha hablado mucho. Me imagino en su falda, a punto de pisar el primer peldaño. Mi gran sueño está a un paso de hacerse real.

Pero algo llama mi atención y me devuelve a la realidad.

En la calle de enfrente, una fila de hombres encadenados camina penosamente bajo la vigilancia de varios encapuchados armados hasta los dientes.

—¡Mira, Ónica! —digo—. ¡Más prisioneros!

Ónica se acerca a la ventana y observa a los hombres.

—Serán bandidos o algo así —dice, sin mucho interés—. Los llevarán a la cárcel.

—Pues deben de tener las celdas llenas. Hemos visto a muchos grupos encadenados.

Demasiados, diría yo.

—No le des importancia. Vamos a dormir, es lo mejor —propone la joven—. Pensemos en nosotros.

Estoy a punto de hacerle caso, pero algo me preocupa.

—¿Por qué hay tantos detenidos? —le pregunto—. ¿Por qué los llevan encadenados, ante la vista de todos? ¿Es una especie de aviso?

—Vamos, Royman, acuéstate y no te obsesiones —me pide la princesa—. Mañana puede ser un día muy duro.

Pero, a lo lejos, veo que un nuevo grupo de prisioneros está llegando. Es imparable.

—Está bien, tienes razón —digo—. Durmamos tranquilamente.

Cada uno se tumba en su camastro y trata de encontrar un poco de paz. Hemos tenido un día lleno de terribles experiencias y estamos agotados.

—Que tengas buenos sueños —me desea Ónica, después de un larguísimo bostezo.

—Eso espero —le respondo—. Te deseo lo mismo.

El silencio y el agotamiento hacen bien su trabajo. Poco después, la princesa está profundamente dormida. Pero yo me mantengo despierto.

Cuando estoy seguro de que nadie me oye, me incorporo intentando no hacer ruido.

Me asomo ligeramente a la ventana y observo con cuidado la calle. Entonces, tal y como había imaginado, un nuevo grupo de prisioneros se deja ver a lo lejos.

Completamente decidido a descubrir el gran secreto de estos reos, me deslizo ventana abajo. Me agarro a varios salientes y, con sumo cuidado, consigo llegar al suelo. Allí me oculto en las sombras y espero.

Los presos pasan a pocos metros de mí. Los vigilantes encapuchados no se percatan de mi presencia, lo que me anima a seguir con mi plan.

Soy consciente de que corro un gran peligro, así que extremo las precauciones. Tengo mucho cuidado de que los centinelas no me vean y trato de que nadie me oiga.

Envuelto en el mayor sigilo, llego hasta un edificio que está, según mis cálculos, en el centro del Templo Milmortiano. Las puertas están abiertas y no tengo ninguna dificultad en entrar ya que, además de los vigilantes encapuchados y de sus soldados, otros muchos hombres circulan libremente. Me doy cuenta de que, al pasar ante los centinelas, exhiben un medallón que llevan colgado del cuello.

Si quiero entrar, debo conseguir uno.

Sigo a un individuo que acaba de salir con una bolsa de cuero colgada del hombro, que parece descuidado y poco alerta a lo que le rodea. Cuando llegamos a un callejón oscuro, me abalanzo sobre él, le golpeo y lo dejo sin sentido. Para asegurarme de que no hará nada peligroso, le ato las manos y los pies con sus propios cinturones y correajes y le amordazo convenientemente. Después, lo escondo en un hueco que encuentro a pocos metros, en el callejón. Abro la alforja y veo que está llena de herramientas.

Me acerco a la entrada con la máxima naturalidad, como si lo hiciese todos los días. Un vigilante hace ademán de cortarme el paso, pero me adelanto y muestro la mano derecha con el medallón.

Me deja el camino libre y entro sin ninguna dificultad. Sin embargo, lo más difícil

está por llegar.

Me detengo, haciéndome el indeciso. Espero a que la reata de presos entre y, disimulando, la sigo de cerca. Incluso trato de dar la impresión de que formo parte de la comitiva.

Acompaño a los prisioneros por varios pasillos, desciendo algunas escaleras y alcanzo un sótano oscuro, en el que casi no hay antorchas. Hago lo posible para no perderlos de vista ya que, a cada poco, algún vigilante controla a los que pasan por allí.

—¿Quién eres? —me pregunta un encapuchado—. ¿Adónde vas?

—Soy herrero y controlo las cadenas y candados —digo, con naturalidad, agitando el medallón—. Ha habido algunas fugas por culpa de un material deficiente.

—Nunca te he visto por aquí.

—Soy nuevo. Tengo que ir a revisar todos los cerrojos. ¿Dónde están las celdas?

—Están abajo. Desciende por aquella escalera. Ahí las verás.

—Gracias, muchas gracias —digo, alejándome.

Desciendo por la escalera del fondo y llego al piso inferior, que es todavía más oscuro. El olor empieza a hacerse insoportable y la atmósfera menos respirable. Es como si el ambiente estuviese contaminado por algún tipo de ácido.

Ácido venenoso e irrespirable.

Cuando llego a un sótano diáfano, veo un gran pozo negro abierto en el centro. Un agujero bordeado de piedras negras, como si lo hubiesen abierto desde dentro y hubiesen arrojado los restos a los lados. Como si lo hubiesen excavado desde abajo, desde el interior, hacia arriba.

—Aparta, hombre —me ordena un guardián, empujándome con una lanza—. ¡Déjanos pasar!

Me echo a un lado y observo a la docena de hombres encadenados que se dirigen hacia el gran pozo negro.

Entonces, los encapuchados empiezan a desencadenar a los prisioneros. Según los sueltan, los van arrojando a empujones al oscuro y profundo agujero. Los gritos de los prisioneros son aterradores y algunos acaban ensartados por las lanzas y espadas de los guardianes debido a su resistencia a dejarse arrojar.

De repente, uno de los presos se libera de los vigilantes y se escapa. De alguna manera, se escabulle de sus perseguidores y se mete en mi escondite. Cuando llega a mi lado, me dice:

—¡Sálvame! ¡Me quieren arrojar al Pozo de la Muerte!

—¿Por qué? —logro preguntarle—. ¿Qué has hecho?

—¡Porque he descubierto el Gran Secreto!

—¿De qué hablas?

—¡De Mort! ¡Mort es...!

—¡Ven aquí, maldito! —grita un vigilante acompañado de tres soldados que se le echan encima—. ¡Ven aquí!

El pobre diablo recibe tantos golpes que no puede ni hablar.

—¡Márchate! —me ordena un guardián—. ¡No debes ver esto! ¡Fuera o te arrojamos

al pozo!

Intento ver su rostro pero no lo consigo.

—¿Te interesa ver lo que hay debajo de esta capucha? —ruge.

—No, no. Ya me voy —digo—. Me marchó.

Mientras me alejo de aquel lugar, escucho los aterradores gritos de los prisioneros que, uno a uno, son arrojados al terrible agujero negro.

Me dirijo hacia la salida con el corazón encogido por lo que acabo de ver. No dejo de hacerme preguntas sobre las palabras del prisionero. ¿Qué es lo que sabe? ¿Qué pasa en Mort?

Apesadumbrado y muy inquieto, salgo del edificio sin problemas.

Me dirijo hacia el callejón en el que he dejado atado y amordazado al dueño del medallón. El hombre, que ha recobrado el conocimiento, trata inútilmente de liberarse.

—¿Me prometes que no dirás nada de lo que ha ocurrido aquí esta noche? —le pregunto cuando le quito la mordaza.

El individuo me observa con rabia.

—¡Es mejor que me sueltes ahora mismo! —exclama.

—¿Me lo prometes o prefieres que te corte el cuello?

—¡Te perseguirán y te arrojarán al Pozo de la Muerte!

—¿Por qué lanzan a esos hombres? ¿Quiénes son?

—No te interesa saberlo. No te metas donde no te llaman.

—¡Quiero saberlo! ¿Por qué los arrojan a ese agujero? ¡Dímelo o te mato aquí mismo!

—¿Quieres saberlo? ¿De verdad quieres saber por qué? —dice en plan provocador—. ¿Eh?

Aprieto el cuchillo contra su garganta.

—¡Dímelo!

—¡No te lo diré! ¡Si te lo cuento me matarán!

—¡Si no me lo explicas, te mataré yo!

—¡Eres un idiota! —me escupe con rabia—. ¿Qué has estado haciendo durante toda tu vida? ¿Acaso no leías, no conversabas con sabios, no escuchabas a los que te hablaban de la vida y de la muerte?

Escucho sus palabras llenas de misterio, pero no acabo de comprender a qué se refiere. Es posible que el miedo le haga divagar.

—¡Cuando te descubran, te arrojarán a ese pozo! —me amenaza a gritos—. ¡Ya verás cómo comprendes entonces el Gran Secreto!

Se está poniendo muy nervioso.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —grita—. ¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Cállate de una vez!

—¡Socorro!

Si me descubren, Ónica también pagará las consecuencias.

—Lo siento —digo—. No puedo exponerme.

Clavo el arma en el corazón del individuo. Después de asegurarme de que está muerto, lo arrojo a una alcantarilla.

—Espero que tarden en encontrarte —susurro—. Tú te lo has buscado. Lo siento.

Acto seguido, poniendo el máximo cuidado, vuelvo al edificio. Trepo hasta la ventana y me deslizo hasta la cama. Allí, me tapo con la manta y cierro los ojos, dispuesto a dormir.

—¿Me contarás lo que has visto? —pregunta Ónica, sin moverse.

—No te conviene saberlo. No te gustaría. Además, no es importante.

—Pues vienes muy alterado para no ser importante.

—Duérmete de una vez.

—Tú también —dice—. Estaba preocupada por ti.

—Tranquila, mañana todo esto habrá acabado.

—Eso será si no descubren tu escapada.

—Buenas noches, Ónica.

La mano de la princesa

Jamás había visto el salón de festejos tan iluminado. Antorchas, velas y candelas colgaban por todas partes. El ambiente era de júbilo y todo indicaba que iba a ser una noche extraordinaria y memorable.

Cuando mi padre, mis hermanos y yo entramos, un alférez anunció nuestra llegada:

—¡El rey Royman y sus hijos!

Todo el mundo se puso en pie y se hizo un gran silencio.

Mi padre se situó ante su gran sillón junto al de la reina, que estaba vacío, y esperó un poco hasta que nos situamos adecuadamente. Entonces, el príncipe Miliari se colocó frente a mi padre.

—Nos complace daros la bienvenida a esta ceremonia, príncipe Miliari —dijo el rey—. Podéis decir lo que os plazca.

Miliari se acercó y se arrodilló.

—Rey Wincott Delaforce, en primer lugar os traigo saludos de mi padre Marcus y de mi hermana Ónica, que no han podido venir.

—Me habría gustado ver a vuestro padre al que admiro profundamente —dijo el rey—. Es un gran guerrero.

—Yo he venido humildemente para recordaros el acuerdo que el padre de la princesa Sibila, Gilbert Langan, y el mío, Marcus Graymark, sellaron y que vos, rey Wincott Delaforce, hicisteis vuestro.

—Un trato que os vinculaba con la princesa Sibila Langan —apuntilló mi padre—. Un trato de reyes.

—Hoy vengo a pedir os su mano. Y os solicito vuestra bendición para casarme con ella.

—Cumpliré mi palabra y la de su padre, el rey Gilbert Langan. Haremos honor al compromiso adquirido y os concedemos la mano de nuestra querida hija Sibila Langan con nuestra bendición. Estamos satisfechos de que se case con un hombre de honor como vos, príncipe Miliari.

Yo escuchaba aquellas palabras con verdadero pavor. En el fondo de mi corazón, esperaba que algo saliera mal. Un mal gesto, una expresión provocadora, una respuesta inadecuada... Cualquier cosa que sirviera de excusa para que todo explotara y mi padre tuviera un buen pretexto para rechazar a Miliari.

Pero, para mi desgracia, no pasó nada malo y todo salió bien.

Wolfort y Gwendlin me miraban con pena. Estaban más agobiados que yo. Aquella

situación nos iba a volver locos a todos.

Entonces, un murmullo se elevó entre la gente. Inesperadamente, la reina entró por su propio pie, muy despacio, haciendo un tremendo esfuerzo por mantenerse erguida, ayudada por dos de sus más fieles damas de compañía.

—¿Qué hacéis aquí, mi reina? —le preguntó el rey—. Todavía estáis muy débil para levantaros.

—No podía dejar de venir —respondió ella—. Quiero estar presente cuando mi hija entregue su mano al príncipe. Quiero conocer en persona al que va a ser su marido.

Sus damas la ayudaron a sentarse.

—Gracias por venir, majestad —dijo Miliari—. Vuestra presencia es muy importante para mí. Sé que habéis sido una buena madre para la princesa.

—Ha llegado la hora de que conozcáis a Sibila —dijo el rey, señalando una escalera circular que rodeaba una gran columna—. ¡Aquí la tenéis!

La música subió de volumen y los criados encendieron algunas antorchas más. Una cortina roja que coronaba la escalera se abrió... ¡Y Sibila se dejó ver!

Estaba deslumbrante. Con el pelo recogido y unas trenzas rodeando su cabeza, el color oro de su cabello relucía como el sol. Llevaba un vestido blanco ceñido, con larga cola y vuelo en las mangas, que parecían alas. Un velo transparente, sujeto a la pequeña corona perlada, se agitaba lentamente y ocultaba su rostro.

Mientras descendía, sentí que mi corazón se aceleraba. Todo me daba vueltas y estuve a punto de perder el equilibrio.

Miliari estaba extasiado ante la imagen de su futura esposa. Se notaba que le había embriagado los sentidos.

Crucé una mirada con mi madre, que estaba más atenta a mis reacciones que a cualquier otra cosa y descubrí en ella algo nuevo, algo que no había visto nunca. Era una expresión comprensiva hacia mi situación; pero también era una provocación, una incitación a la rebelión... Era como si me dijera que estaba a punto de perder parte de mi vida y que jamás la recuperaría. Fue una mirada tan profunda que me perdí en ella.

Sibila llegó abajo y se inclinó levemente ante Miliari que, a su vez, hizo una reverencia.

Cruzaron unas palabras que no alcancé a oír. La mirada de Miliari estaba llena de ilusión. Pero lo que más me estremeció fue cuando el príncipe levantó el velo de Sibila. ¡Le hubiera matado! ¡Ese rostro era mío y ese intruso me lo estaba robando, delante de mi cara, delante de mí, ofendiéndome con su insolencia!

¿Quién era él para mirarla de esa manera? ¿Quién se creía que era para rozar su mano? ¿Cómo se atrevía a hablarle en voz baja para que yo no pudiera escuchar sus proposiciones?

De repente, me invadió un intenso sofoco. Di un paso hacia atrás y, poco a poco, para no llamar la atención, desaparecí tras la cortina.

Crucé el patio corriendo y me escondí en los establos. Allí, me arrojé sobre la paja, lloré como nunca lo había hecho y decidí que la vida no tenía ningún valor.

Caballeros milmorts

—Ha llegado la hora —dice *Sombrío*—. Poneos estas túnicas.

—Dentro de poco seréis caballeros milmorts —añade *Crepúsculo*—. Empezaréis una nueva vida.

Nos vestimos con las ropas que un criado encapuchado nos acaba de entregar. La túnica es blanca y tiene una gran abertura en el cuello de forma que los hombros quedan casi al descubierto. Está muy ornamentada y casi nos llega hasta los tobillos.

—Vámonos —ordena *Sombrío*—. Nos esperan en la sala de nombramientos.

Los seguimos y salimos de la habitación. Después, bajamos la escalera y llegamos a la calle donde una escolta nos espera.

—Esta noche ha habido un asalto mortal cerca de aquí —dice el oficial—. Venimos a protegeros, por si acaso.

Mientras caminamos hacia la sala de nombramientos, vemos como, un poco más allá, se llevan el cadáver de un hombre.

—A veces pasa —dice *Sombrío*—. La noche es traidora y está llena de peligros. Es cuando más gente muere.

—Me tranquiliza saberlo —digo—. A partir de ahora no saldré por la noche mientras esté aquí.

—Yo tampoco —dice Ónica, lanzándome una mirada—. Es mejor quedarse en la cama.

La sala de nombramientos está a continuación del edificio de la forja, en el interior de una gran cúpula coronada por una gran calavera.

—Sólo tenéis que seguir las instrucciones que os den —nos advierte *Sombrío*—. Estad atentos.

—Cuando pongáis los pies ahí dentro ya no podréis volveros atrás —añade *Crepúsculo*—. Es vuestra última oportunidad de replantearos vuestro futuro.

—Yo sigo adelante —digo, muy convencido.

—Yo también —confirma Ónica.

—Entonces, adelante —dice *Sombrío*.

Después de esperar nuestro turno en una larga cola de futuros caballeros milmorts, cruzamos la puerta con la sensación de que nuestras vidas están a punto de cambiar. Los

soldados negros nos acompañan hasta el centro de la cúpula y se retiran. Allí se levanta un altar de madera, muy adornado con símbolos oscuros, como calaveras y espadas. Banderolas cuelgan del techo enarbolando el símbolo del Templo Milmortiano, una especie de murciélago negro, que parece una letra M y que, en el centro, lleva una calavera.

Ónica y yo estamos emocionados. La solemnidad del acto es tan imponente que impresiona. Pero el ambiente es muy inquietante, como esas cadenas con argollas que cuelgan del techo y que parecen haber sido usadas recientemente ya que mantienen restos de sangre.

De repente, se abren unas grandes cortinas y entran varios encapuchados acompañados por un Gran Sacerdote.

Estoy inquieto. Miro a Ónica en busca de apoyo, pero ella está igual que yo.

El encapuchado principal se sube al altar y toma asiento en el trono. Levanta la mano y los soldados nos agarran de los brazos. Con la ayuda de otros cuatro, atan nuestras manos a las argollas de manera que quedamos inmovilizados, con los brazos en alto, casi colgados.

A continuación, varios sirvientes se arrodillan ante el Gran Sacerdote y depositan unos cojines en el suelo.

Podemos ver claramente que sobre ellos descansan espadas, escudos y cadenas. Los atributos milmortianos. Nuestros atributos.

El Gran Sacerdote levanta la mano y los verdugos estiran las cadenas mientras otros nos sujetan con fuerza y nos inmovilizan. Entonces, sabemos que algo está a punto de pasar. Algo que no nos va a gustar.

Dos encapuchados se acercan a los cojines y levantan las dos cadenas de mil eslabones. Con los brazos en alto, se las muestran al sacerdote que, después de aprobarlas, hace una señal de asentimiento con la cabeza.

Entonces, se dirigen hacia nosotros.

Los verdugos hacen todavía más presión y nos revolvemos. De repente, nos damos cuenta de lo que va a ocurrir.

—¡Os hacemos entrega de la cadena que contabilizará vuestras mil muertes! — exclama el Gran Sacerdote, sujetando la cadena milmort por la argolla principal, en la que confluyen el principio y el final—. ¡Es vuestro collar!

Sin mediar palabra, los dos encapuchados se aproximan y, con toda firmeza, perforan mi hombro con un cuchillo punzante e incrustan en el agujero la gran argolla que representa el eslabón número mil y que está unida a la cadena, de forma que queda sujeta a mi cuerpo y se fusiona con él. Después, hacen lo mismo con Ónica. El dolor es tan fuerte que gritamos, pataleamos y lloramos. La sangre chorrea sobre las túnicas y el sudor nos empapa la cara. Nadie nos alivia y todas nuestras protestas y lamentaciones son inútiles.

Dos verdugos, armados con sendos hierros al rojo vivo, terminan de unir el acero de las argollas con la carne de nuestros cuerpos. El fuego chispea y el humo blanco se esparce a nuestro alrededor. Ahora, las cadenas están definitivamente unidas a nuestra

carne. Ahora, las cadenas milmortianas forman parte de nosotros.

—Nada puede separaros de la cadena milmortiana salvo la muerte –nos advierte el sacerdote.

Entonces, nos sueltan y nos dejan colgados de las grandes cadenas, al borde del desmayo. Las cadenas milmortianas cuelgan hasta el suelo y se arrastran levemente gracias a los débiles movimientos que hacemos. Parecemos dos carneros colgados en la puerta de una carnicería.

A una señal del Gran Sacerdote, las argollas se sueltan y caemos inertes al suelo. Allí, tumbados sobre el frío mármol, nos revolvemos un poco hasta que nos levantan y nos ponen en pie.

—¡Estas cadenas hechas con vuestra sangre forman parte de vuestro cuerpo! ¡Cada vez que salvéis vuestra vida, un eslabón desaparecerá! ¡Cuando os hayáis liberado de la cadena, podréis acceder al Monte Milmort! ¡Vivid mil veces y conseguiréis la gloria! ¡Arrodillaos!

Estamos tan debilitados que tienen que ayudarnos a inclinarnos sin que perdamos el equilibrio.

El encapuchado desciende del estrado, se sitúa ante nosotros y alarga la mano. Un sirviente le entrega una espada de oro y el sacerdote, con delicadeza, coloca la hoja sobre el hombro de Ónica y después sobre el mío.

—¡Ónica y Royman! ¡Yo os nombro caballeros milmorts! ¡Desde este momento, podéis empezar vuestro viaje hacia el Monte Milmort!

Los sirvientes se adelantan con los cojines que portan espadas y escudos y los ponen al alcance del sacerdote.

—¡Entregadles sus atributos de caballero milmort! –ordena.

Crepúsculo y *Sombrío* nos ayudan a ponernos en pie. Esperan un poco hasta que nos estabilizamos y nos entregan una espada y un escudo a cada uno.

Estoy tan furioso que, cuando empuño mi espada, me falta poco para emprenderla a golpes contra ellos.

—¡Caballeros milmorts! –exclama el sacerdote–. ¡Podéis marcharos en paz! ¡Sólo tenéis que recordar que no podéis volver a esta fortaleza! ¡Id en paz! ¡Venced o morid!

Sombrío y *Crepúsculo* enredan las cadenas milmortianas alrededor de nuestros cuellos, donde los pequeños eslabones rojizos brillan como perlas en un collar.

—¡Seguidnos! –nos ordenan–. Haced un esfuerzo. Si os caéis, demostraréis debilidad y os arrebatarán vuestros atributos.

—Os arrancarán las cadenas milmortianas de cuajo –añade *Crepúsculo*–. No lo soportaréis.

No hay sonidos de trompetas ni de tambores; sólo hay un silencio estremecedor, roto por nuestros quejidos y el tintineo de nuestras espadas que se arrastran por el suelo.

Sacamos fuerzas de flaqueza y nos mantenemos en pie con toda la dignidad de la que somos capaces. Pero no son las advertencias de nuestros guías las que nos mantienen erguidos, es el deseo de luchar hasta la muerte para alcanzar esa gloria que, ahora, está más cerca.

Cuando salimos a la calle, nuestros caballos nos esperan, cargados con nuestras ropas y enseres. *Sombrío* y *Crepúsculo* nos echan una capa por encima y nos acompañan hasta una gran puerta de la muralla, que no es la misma que usamos para entrar. Otros caballeros milmorts están saliendo también.

—Adiós —dice *Sombrío*—. Sed valientes y haced honor a vuestro rango. ¡Demostrad a todos que sois caballeros milmorts! ¡Honrad a los milmorts!

—Y no volváis nunca por aquí —añade *Crepúsculo*—. ¡Os arrepentiríais y terminaríais mal!

—¿Como esos desgraciados a los que arrojáis al pozo negro? —mascullo para desahogarme.

—No creas que nos has engañado —dice *Sombrío*—. Sabemos lo que hiciste anoche. No hagas que nos arrepintamos de nuestro silencio.

—Ya da igual —digo—. Alcanzaré la gloria.

—No te hagas demasiadas ilusiones —dice *Crepúsculo*—. Ahora empieza vuestro calvario.

—¿Cómo encontraremos el Monte Milmort? —le pregunto.

—No os preocupéis por eso. Cada eslabón que perdáis os acercará a él. Confiad en vuestro instinto. Veréis una luz que os guiará. Mucha gente lo conoce.

—¿Cuántos han conseguido subir a ese monte? —pregunta Ónica.

—Pocos. Muy pocos...

—¿Uno de cada mil?

Crepúsculo me mira.

—Uno de muchos —reconoce—. ¡Muchísimos!

—Entonces, debe valer la pena —digo.

—No lo sabemos. Nadie ha vuelto para contárnoslo. Pero el que entra en Milmort no vuelve a salir

—¿Por qué habéis creado a los milmorts? —le pregunto.

—Para que estén tranquilos. Mientras se peleen entre ellos, todo irá bien. Todo el mundo necesita tener ilusiones, incluso los habitantes de Mort.

—La gente necesita creer en algo —añade *Crepúsculo*—. Es la única forma de sobrevivir.

—Y vosotros, ¿en qué creéis? —quiere saber Ónica.

—En que todo seguirá igual. En que los humanos vivirán y morirán, en eso creemos —responde *Sombrío*—. Y ya basta de preguntas. Marchaos antes de que descubran lo que hiciste anoche, príncipe. Marchaos a toda prisa.

Subimos a nuestras monturas y nos alejamos del Templo Milmortiano.

Ante nosotros se abre un paisaje desolador. Nubes oscuras que presagian tormenta y siluetas de seres que deambulan sin saber adónde ir.

Según avanzamos, tomamos conciencia de que somos muy valiosos. Muchos estarían dispuestos a arrancarnos las cadenas milmortianas para venderlas. Y también darían cualquier cosa por lucir una espada milmortiana en el cinto y un escudo en el brazo.

Signos de conspiración

Tardé dos días en salir de mis aposentos. Mi criado se encargó de anunciar que la cena me había sentado mal y que me encontraba indispuesto. Todos los que llamaron a mi puerta obtuvieron la misma respuesta.

—El príncipe Royman está acostado y no puede atender a nadie —les decía a todos los que pretendían verme.

Pero mi madre consiguió entrar.

—No puedes quedarte aquí —me dijo—. No puedes consumirte de esta forma. Debes salir y enfrentarte con la vida.

A pesar de que me dolía la cabeza y de que estaba muy desanimado, le hice caso y me levanté. Recibí a Gwendlin y a Wolfort, que pasaron la tarde conmigo. Cantamos, jugamos, hablamos y me distrajeron sin hacer ningún reproche.

—¿Sabes que Wolfort ha cruzado las armas con Miliari en el campo de entrenamiento? —dijo Gwendlin—. Varias veces.

—¿Le has ganado? —le pregunté.

—Nunca hay que ganar a un invitado —replicó Wolfort—. Pero me ha gustado medirme con él. Es un buen luchador.

—No era un duelo, era sólo un entrenamiento —le cortó Gwendlin—. Un juego de amigos.

Por la noche estaba tan cansado que ya no me quedaban fuerzas ni para pensar. Si bien es cierto que logré olvidar mi problema, también lo es que no dejaba de rondar mis pensamientos.

Supe entonces que este tormento me acompañaría durante muchos años. Iba a ser mi infierno particular. Luego, cuando me dijeron que habían puesto fecha a la boda, me sentí morir.

—El príncipe Miliari se marcha mañana por la mañana —me informó Gwendlin—. No hace falta que vengas, nosotros te disculparemos.

—Tengo que cumplir con mis obligaciones —respondí—. Estaré en el patio y le despediré con todos los honores. Es una buena persona y merece ser respetado.

—No es una buena idea, hermano —protestó Wolfort—. Te dolerá demasiado. Evítalo. Yo me ocuparé de escoltarlo hasta el puente.

—De ninguna manera —respondí—. Yo le recibí y yo le despediré. Piensa que debo seguir viendo a Sibila. No quiero que piense que me he derrumbado. Tampoco merece sufrir por mi culpa.

Pasé la noche en vela, mirando las estrellas del cielo, pensando en mi destino. Llegué a la conclusión de que, quizá, no había actuado con bastante decisión. Me sentía tan prisionero del código de honor y de las responsabilidades que me habían inculcado desde niño que había olvidado que, por debajo de mi título real, había un hombre enamorado que estaba dejando escapar al amor de su vida. Y que no lo recuperaría jamás.

Pero ya era tarde para los remordimientos. Si no había actuado antes, ahora ya no podía rebelarme.

No obstante, acaricié la idea de retar a Miliari a un duelo secreto, a muerte, tal y como me había aconsejado Wolfort. Hubo un momento en el que me sentí dispuesto a matarle con mi espada. Viví ese momento como una liberación... Pero duró poco. En cuanto me di cuenta de que Sibila no me lo perdonaría y de que mis padres se avergonzarían de mí, di marcha atrás en mi deseo de acabar con Miliari y volví a mi situación conformista.

Mi destino ya estaba escrito y ahora sólo me quedaba afrontarlo con honor. No había otro camino. Tenía que aceptar que había perdido a Sibila.

El amanecer me encontró sentado en el borde de la ventana, helado de frío, con los ojos enrojecidos y el corazón destrozado. Creo que pasé una noche horrible, en la que mis peores fantasmas se cebaron en mí y me hicieron imaginar cosas que jamás hubiera sido capaz de pensar.

Lo único que saqué en claro es que no podría soportar ver a Sibila cada día, sabiendo que ya pertenecía a otro. Tenía que marcharme lejos.

Entonces, mi criado llamó a la puerta.

—El rey os espera en su sala de mando, príncipe —anunció—. Podéis bajar a verle.

Descendí la escalera a toda prisa, detrás de él, temiendo encontrarme con Miliari o con Sibila, que era lo que menos deseaba.

Los soldados me abrieron la puerta en cuanto me vieron llegar. Entré rápido y me acerqué a mi padre que, en ese momento, estaba despachando con algunos oficiales y caballeros, entre los que se hallaba Mardof.

—Pasa, Royman —dijo—. Estamos estudiando la situación. Las cosas se están complicando mucho. Sufrimos ataques desde varios frentes. Hay rebeliones por todas partes.

—No sabía que la situación fuese tan grave —dije.

—Hemos tratado de ocultarla, pero es imposible. Incluso he tenido que hablar con el príncipe Miliari para explicarle lo que pasa.

—¿Qué ocurre, exactamente? —pregunté.

—Corremos el riesgo de que la rebelión se generalice. Sabemos que los esclavos mantienen contactos con los rebeldes. También nos han llegado noticias de que los bárbaros se están reorganizando y han hecho algunas incursiones de guerra en nuestro territorio. Parece que todo está perfectamente coordinado. Pero no sabemos quién es la cabeza que lo dirige.

—¿Qué pensáis hacer, padre?

—Reaccionar con rapidez. Mandaré tropas al norte. Capturaremos proscritos y les haremos hablar y vigilarémos más de cerca los asentamientos de los esclavos.

—Majestad, enviadme, con vuestro ejército —le pedí—. ¡Quiero ir a luchar!

—Te necesito aquí, cerca de mí, Royman.

—Os seré más útil en la frontera.

—Conozco los motivos que te llevan a hacer esta petición, pero no puedo concederte ese deseo. ¡Tienes que estar aquí, junto a tu rey y a tu familia! ¡Tienes que prepararte para ser rey de Force y no puedes exponerte inútilmente!

Incliné la cabeza en señal de asentimiento.

—Caballeros, dejadnos solos —pidió el rey—. Quiero hablar en privado con mi hijo.

Todos salieron después de hacer un signo reverencial.

—De momento, tendrás la misión de recabar información y encontrar a esos cabecillas que quieren arrebatar nos el reino —dijo—. Eso es lo que necesito de ti. Es una misión secreta y no debes revelársela a nadie. Ni siquiera a tus hermanos.

—¿No puedo compartir mis secretos con ellos?

—No puedes compartir este secreto con nadie. Sólo conmigo. Me reportarás personalmente todos tus descubrimientos. ¡Sólo a mí, Royman!

—Así lo haré, padre. Pero no entiendo...

—¡Sólo a mí, Royman!

—Sí, mi señor. Sólo a vos.

—Por cierto, Miliari parte esta misma mañana —dijo—. Le acompañarás hasta el puente.

—Sí, padre.

Cuando salí, me encontré con Mardof, que me estaba esperando.

—Príncipe... —dijo.

—¿Habéis llevado a cabo el trabajo que te encomendé? —le pregunté.

—Podéis estar tranquilo. Nadie sabe nada. He hecho exactamente lo que me ordenasteis.

—Nunca olvidaré lo que habéis hecho, amigo Mardof —respondí—. Espero poder recompensaros por esto.

Camino a la gloria

Gracias a que nos mantenemos alerta durante los días siguientes, esquivamos varios grupos que querían asaltarnos.

Ni Ónica ni yo acabamos de recuperarnos de la tortura que supuso la colocación de la cadena milmortiana. Sentimos escalofríos a causa de la fiebre que no nos abandona ni de día ni de noche; pero yo estoy peor.

Ella, que se ha repuesto con más facilidad, hace lo posible por atenderme y cuidarme. Por la noche me prepara algunas hierbas que impiden que la fiebre suba más de la cuenta y limpia cuidadosamente las heridas de mi hombro, que no acaban de cicatrizar a pesar de que la aplicación del hierro ardiente debería haberlas cauterizado.

—No me está sentando bien ser un milmort —bromeo—. Si sigo así no podré subir a ese monte.

—No te desanimes —dice—. Es cuestión de tiempo. Eres fuerte y te recuperarás. Esta sangre de dragón que nos dio Torac te ayudará.

—Claro, para ti es fácil decirlo. Pero mira cómo estoy. Esto no lleva trazas de curarse.

—Es un castigo añadido por haber salido aquella noche.

—No digas tonterías. No tiene nada que ver.

—No puedes estar seguro. Esa gente lo sabe todo sobre nosotros y tienen poderes que no imaginamos.

—Tengo que recuperarme como sea. Estoy perdiendo el tiempo.

—Todavía queda mucho camino hasta el Monte Milmort.

—Lo que más me preocupa es que no tengo fuerzas para defenderme. Si alguien nos ataca... Me quitará los atributos milmortianos...

—Yo te defenderé —afirma—. No tengas miedo.

—Pues lo tengo. Hoy he visto varios grupos que nos seguían.

—Yo también los he visto. Pero no atacarán.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no tienen ni idea de que te encuentras mal. Mientras seas capaz de cabalgar erguido, todo irá bien.

Continuamos la marcha sin contratiempos durante los dos próximos días. Pero yo apenas mejoro y la preocupación se va instalando en mi pensamiento.

—Esto va muy mal —digo, muy desanimado—. Nunca veré el Monte Milmort.

—Vamos, vamos, fortalécete —me dice Ónica, poco convencida de sus propias palabras.

El escudo milmortiano refleja mi imagen pálida y ojerosa. La fiebre ha subido y empeoro por momentos. Ónica está desesperada y no sabe qué más hacer para aliviarme.

Una noche, estamos acampados, a punto de echarnos a dormir cuando, de repente, aparece un anciano corriendo, perseguido por dos hombres que van armados.

—¡Socorro! ¡Ayudadme! —grita, muerto de miedo.

—¡Dejad a este hombre tranquilo! —les ordeno, desenfundando y poniéndome en pie—. ¡Marchaos en paz!

Los dos ladrones tardan poco en reaccionar.

—No podemos marcharnos sin coger todo lo que posee —responde el más joven—. ¡Y ahora también nos vamos a llevar lo vuestro!

—¡No agotéis nuestra paciencia! —les advierte Ónica—. No tenemos mucha.

—Sois unos entrometidos —dice el segundo hombre, mostrando un hacha de doble filo—. Y lo vais a pagar caro.

—¡Venid aquí, cobardes! —les desafío.

Pero ellos no están dispuestos a abandonar su presa. Cada uno se desplaza hacia un lado con la intención de confundirnos.

La fiebre me mantiene mareado y tembloroso y siento el peso de la espada como si fuese una losa. Tengo los miembros entumecidos y me cuesta mucho trabajo moverme. Sin embargo, estoy decidido a no echarme atrás.

El individuo hace ademán de atacar aunque retrocede enseguida. Me parece que quiere cansarme.

Pero, como sé que cuanto más tiempo dure esto, peor va a ser para mí, decido atacar de frente y enseguida. Lo mejor es terminar pronto. Me abalanzo directamente hacia él, como una bestia enfurecida, con la espada en alto. Descargo un golpe que puede detener a duras penas. Otro, otro... Hasta que, al cuarto ataque, justo cuando el ladrón va a asestarme una puñalada con la mano izquierda, que ha mantenido oculta, consigo clavarle la espada milmortiana en el pecho.

El hombre, moribundo, me mira horrorizado. Acaba de descubrir el símbolo milmortiano en mi escudo. Pero no le sirve de nada. Ha muerto.

Mientras observo el cadáver de mi enemigo, encharcado en el suelo, sobre la hierba, siento que un estremecimiento me cruza el cuerpo. Al principio pienso que es a causa de la fiebre, pero pronto sé que no se trata de eso. ¡He sentido su muerte en mí! ¡Es como si, durante un preciso instante, hubiera muerto con él!

Con la mano izquierda agarro el collar que cuelga de mi cuello y siento una leve agitación en la palma de la mano. Entonces sé que acabo de perder mi primer eslabón.

El otro tipo, que en principio se ha felicitado por tener que vérselas con una jovencita, descubre que se ha equivocado y sale corriendo, perdiéndose en la oscuridad.

—¡Se ha escapado! —grita Ónica—. ¡Es un cobarde!

Me giro hacia ella y la miro. Tengo una extraña sonrisa en los labios.

—¡Uno menos! —digo triunfante—. ¡Sólo me quedan novecientos noventa y nueve

eslabones!

—No está mal —dice ella—. Te felicito. Me vas ganando.

Nos acercamos al anciano que aún sigue temblando de miedo.

—¿Cómo es que viajáis solo por estos parajes tan peligrosos? —le pregunta Ónica—. Deberíais vivir en alguna ciudad. Aquí corréis mucho peligro.

—Me llamo Marlión y corro peligro en todas partes —responde el hombre—. Un anciano solo e indefenso es pasto de los ladrones que tanto abundan en este horrible mundo. ¡Maldito sea Mort y quien lo creó!

—Quedaos con nosotros en nuestro campamento —le ofrezco—. Por lo menos esta noche estaréis seguro.

Marlión acepta nuestra invitación y, poco después, nos acostamos. Acordamos que la primera guardia correrá a cargo de Ónica.

—Dormid tranquilo, amigo Marlión —le digo—. Ese bandido no se acercará por aquí esta noche. Os lo aseguro.

—Ahora sabe que sois caballeros milmorts. Estaría loco si intentara algo. Nadie ataca a un milmort.

—Tampoco debemos fiarnos —dice Ónica—. Puede haber ido a buscar ayuda. Algunos locos cazan milmorts.

—Sí, ya sé que vuestros atributos valen mucho. Hay gente que los paga muy bien —explica Marlión, con un ligero temblor en la voz.

—Nadie se los llevará —le aseguro—. Por lo menos esta noche.

—Eso espero —dice Marlión—. Me gustaría despertarme vivo mañana.

—Os garantizo que abriréis los ojos y nos veréis a vuestro lado. Y después, podréis seguir vuestro camino.

—¿Mi camino? Yo no tengo camino —se lamenta—. Voy de un lado a otro como un alma en pena. Sólo espero el momento de morir. Un instante que está tardando mucho en llegar.

Ónica y yo guardamos silencio ante las lamentaciones del viejo Marlión. Al cabo de un rato, sólo se oye el crepitar de las llamas y sus leves ronquidos.

Poco a poco me voy durmiendo. En el fondo, estoy contento. Haber logrado mi primer eslabón me ha emocionado.

Ahora estoy más cerca de conseguir lo que busco.

El regreso del príncipe

Había llegado la hora en que Miliari debía volver a su reino y yo tenía la misión de acompañarle hasta el puente, donde sus hombres le esperaban. Wolfort, Dolmier y los soldados de escolta estaban preparados para partir en cuanto yo diera la orden.

Todo el mundo quería despedirle. Mis padres, mis hermanos, Sibila... Los soldados estaban en formación, en el patio de armas, esperando órdenes.

—Majestad, nunca olvidaré el recibimiento que me habéis dispensado —dijo Miliari—. Vuelvo feliz a mi reino hasta que llegue el momento de la boda.

—Dentro de un año —le recordó mi padre.

—Esperaré impaciente —respondió el príncipe—. No pensaré en otra cosa.

Sibila se encontraba al lado de mi madre, rígida y seria.

—Querida Sibila —dijo Miliari—. Antes de partir quiero dejarte un recuerdo mío para que no me olvides.

Se giró y levantó el brazo. Entonces, algunos de sus criados apartaron una gran tela y dejaron al descubierto un hermoso caballo blanco. Se acercaron y le entregaron las riendas.

—Aquí tienes mi mejor regalo, Sibila. Cada vez que lo montes, sabrás que llegará el día en que vendré para desposarte. Cuídalo.

Sibila estaba alargando la mano para agarrar las riendas cuando, de repente, un soldado llegó corriendo y llamó nuestra atención. Se acercó a un oficial y le dijo algo.

—¿Qué pasa? —le preguntó el rey—. ¿A qué vienen estas prisas?

—¡Este hombre afirma que han profanado la tumba de vuestro padre! —explicó el oficial.

—¡No es posible! ¿Cuándo ha ocurrido, soldado?

—Esta noche. Han matado al soldado que estaba de guardia. Lo acabamos de descubrir ahora, cuando íbamos a hacer el relevo, majestad.

Mi padre se quedó quieto. La situación le estaba desbordando.

—Príncipe Miliari, os ruego que nos perdonéis —dijo el rey—. Debemos hacernos cargo de este asunto que, como veis, es grave.

—Puedo acompañaros...

—No, amigo mío. Es mejor que partáis enseguida. Este desagradable asunto no debe empañar vuestra visita. Nosotros nos ocuparemos.

—¿Qué hacemos, majestad? —pregunté.

—Escultad al príncipe hasta donde está previsto —ordenó—. Id con cuidado y andad

con mil ojos. Todo esto puede ser una trampa.

Miliari se acercó a Sibila y besó su mano. Le susurró algo al oído y se separó de ella. Mientras él subía a su caballo, ella y yo cruzamos una mirada rápida. Creo que los dos nos sonrojamos.

Levanté la mano y di la orden de partir. Wolfort y el capitán Dolmier abrieron la marcha.

Salimos del castillo al trote. Afuera, mucha gente envió saludos al príncipe Miliari, al que ya adoraban. Desde lejos, vimos como el rey y algunos hombres se dirigían al cementerio. Se había formado un gran barullo de gente. Los que habían venido para despedir al príncipe se encontraron con una situación de emergencia que les obligaba a retirarse antes de lo previsto.

Recorrimos el trayecto en poco tiempo ya que las circunstancias nos exigían volver al castillo en la mayor brevedad posible.

Alcanzamos el puente donde sus hombres le esperaban. Todo estaba preparado para iniciar el camino de vuelta.

—Gracias por vuestra compañía —dijo el príncipe—. No quiero entreteneros más, ya que me consta que estáis deseando volver para atender el asunto de vuestro abuelo.

—No tenemos prisa —dijo Wolfort—. Nos quedaremos aquí para cubriros las espaldas.

Aquellas palabras nos sorprendieron tanto que nos quedamos paralizados. Miliari me miró, como pidiendo explicaciones.

—Sin duda, mi hermano Wolfort ha querido decir que ha sido un placer escoltaros hasta aquí —dije, a modo de disculpa.

—He querido decir lo que he dicho —me corrigió Wolfort—. Nos ocuparemos de que nadie le ataque por la espalda.

—Me ofendéis al hablar de este modo —dijo Miliari, visiblemente molesto—. Espero que os disculpéis.

—Mi disculpa está en el filo de mi espada —respondió Wolfort con soberbia—. Pero sois un príncipe y no puedo hacer nada.

—¡Wolfort! ¿Cómo te atreves? —le recriminé—. ¡Es nuestro invitado!

—¡Es un ladrón que viene a robarnos a nuestra hermana!

Los soldados de Miliari se enervaron y lanzaron sus manos a las empuñaduras. La situación se había vuelto muy peligrosa.

—¡Quietos! —ordenó Miliari, levantando el brazo—. ¡Yo me ocupo de esto!

—¡No habrá pelea! —grité—. ¡Sois nuestro invitado!

—¡Déjale que demuestre que sabe defenderse! —respondió Wolfort—. ¡No le tengo miedo! ¡Sólo sabe hacer reír a las damas!

Miliari desenfundó su espada a la vez que un escudero le acercaba su escudo.

—¡Luchad, Wolfort! —gritó con la cara roja de ira—. ¡Luchad por vuestra vida!

Mi hermano no perdió ni un segundo y se aprestó para la lucha. Apenas tuve tiempo de apartarme ya que el primer golpe, lanzado por Miliari, me pasó rozando.

Wolfort y Miliari se enzarzaron en una lucha implacable que me habría gustado

impedir. Todo había ocurrido tan rápido que no había tenido tiempo de reaccionar.

Mientras los observaba luchar, intenté comprender cómo había empezado todo. Llegué a pensar que Wolfort lo había planeado con antelación, pero me negué a aceptarlo ya que no había ningún motivo de queja contra Miliari. El príncipe había sido cortés y amable y había tratado a Sibila con gran respeto. Aunque, pensándolo bien, era posible que Gwendlin le hubiese elogiado demasiado.

Casi no tuve tiempo de ver cómo la espada de Wolfort se clavaba en el pecho de Miliari, atravesándole de par en par. Los borbotones de sangre que salían de la herida parecían flores rojas.

Cuando Miliari cayó al suelo envuelto en sangre se hizo un gran silencio. Y una gran quietud. Nadie se movía.

Me acerqué a Wolfort y le dije:

—Entrégame tu espada.

—Aquí la tienes, hermano —dijo en estado de trance, con la mirada ida, ofreciéndome su arma—. ¡Es tuya!

Agarré su espada y me dirigí a los hombres de Miliari.

—Oficiales, os ruego que os retiréis en paz —grité—. ¡Ha sido un duelo justo! ¡Recoged su cuerpo y volved a vuestro reino!

—Nuestro soberano, el rey Marcus, no opinará lo mismo —advirtió el oficial Conner—. ¡El príncipe había venido en son de paz! ¡Esto es una declaración de guerra!

—¡Eso lo decidirán nuestros monarcas! ¡Recoged al príncipe y salid de nuestras tierras!

Conner dio instrucciones a los criados y el cuerpo de Miliari fue llevado a una carroza. Sus rostros estaban en tensión y su sangre a punto de estallar. Temí que las cosas se fueran a complicar más todavía.

—¡Vámonos! —ordenó Conner, que era un hombre sensato—. ¡Vámonos de aquí!

Cuando estaban lejos, le pregunté a Wolfort:

—¿Por qué lo has matado?

—He hecho lo que tú debiste hacer, hermano —respondió con los dientes apretados—. ¡He liberado a Sibila!

—¡Era nuestro invitado! ¡El invitado del rey!

—¡Y Sibila es nuestra hermana! ¡Nadie nos la quitará!

Le miré durante un instante, tratando de saber si había perdido la cordura. Pero no encontré ningún síntoma de locura en su expresión ni en su comportamiento. Seguramente estaba nervioso por mi causa. Sabía muy bien que la pérdida de Sibila me había desequilibrado.

Un alquimista en el camino

Al día siguiente, me levanto con mejor cara.

—Parece que has mejorado —señala Ónica—. ¿Tienes fiebre?

—No. Estoy mucho mejor. He dormido bien, pero no me has llamado para hacer mi turno de guardia.

—Te he visto tan tranquilo que me ha dado pena despertarte. La lucha de anoche te ha sentado bien.

No digo nada, pero estoy casi seguro de que mi mejoría tiene mucho que ver con el eslabón perdido. Posiblemente, haber puesto en marcha ese mecanismo de salvar mi vida en cadena ha reducido la infección. De hecho, el hombro de la argolla me duele mucho menos.

—Bueno, amigo Marlión, nosotros seguimos nuestro camino —dice Ónica—. Os deseamos suerte.

—Supongo que vais al Monte Milmort, ¿verdad?

—Sí, decís bien.

—¿Puedo acompañaros?

—¿Para qué queréis ir hasta ese lugar? —le pregunto—. ¿Qué se os ha perdido allí?

—Más de lo que imagináis. Me gustaría verlo antes de morir. Nunca me arrepentiré bastante de no haber sido milmort.

—¿Vos queríais ser un caballero milmort? Pero si no sois hombre de armas.

—Lo importante no es llegar a esa cima, lo importante es haberlo intentado. Eso es lo que no hice y no pasa un día sin que me arrepienta.

—Nosotros atraemos el peligro, amigo Marlión —le advierto—. Corréis peligro a nuestro lado.

—No me da miedo morir. Sólo me preocupa quedarme sin ver ese monte.

Intercambio una mirada con Ónica.

—Perderemos mucho tiempo —dice ella.

—O lo ganaréis. Yo puedo deciros lo que tenéis que hacer para enfrentaros mil veces a la muerte. Sé dónde podréis encontrar enemigos peligrosos. Esos ladronzuelos se enfrentaron con vosotros porque no se dieron cuenta de quiénes erais. Nadie querrá luchar con vosotros. La gente huirá en cuanto os vea venir.

Aunque no lo recuerdo con claridad, pienso en la primera vez que vi a los milmorts, con Zoltan a la cabeza. Cuando vienen los milmorts, hay que huir.

—¿Queréis pasar años buscando enemigos contra los que luchar? ¿Queréis eternizaros en este mundo miserable? ¿O queréis salir de aquí cuanto antes?

—Sólo queremos subir a ese monte —afirmo—. Cuanto antes, mejor. Pero...

—Os propongo un trato. Me prometéis que me llevaréis al Monte Milmort y yo os acortaré el camino.

Su propuesta despierta nuestro interés.

—Está bien —le digo—. Creo que hablo en nombre de los dos si os digo que aceptamos.

—¿Me lo juráis? ¿Cumpliréis vuestra palabra?

—Jurado está, señor. Somos milmorts y sólo tenemos una palabra.

—Entonces, seguid mis instrucciones al pie de la letra y os garantizo que conseguiréis vuestro objetivo antes de lo que imagináis.

—Decidnos todo lo que sabéis —le apremia Ónica.

—No tan deprisa, princesa. Os iré dando indicaciones sobre la marcha. Creo que sois de fiar, pero no me voy a arriesgar.

—¿Por dónde empezamos? —le pregunto.

—Iremos en esa dirección —dice simplemente el anciano Marlión, señalando con el dedo hacia el frente.

—Deberíais decirnos algo más —exige Ónica—. Imaginad que morís.

—Si muero, nuestro acuerdo queda roto.

Convencidos de que no sacaremos una sola palabra más al desconfiado anciano, emprendemos la marcha hacia la dirección indicada.

Nos cruzamos con grupos de personas que, en cuanto nos identifican, se apartan del camino para dejarnos paso. La ventaja es que avanzamos más rápido, pero lo malo es que no perdemos eslabones, que es lo que más nos interesa.

—¿Estáis contento, señor? —le pregunto por la tarde—. En todo el día no hemos avistado un solo enemigo.

—Yo no tengo la culpa de que la gente os tema. Los milmorts se ganaron la fama a pulso. Pero, como ya hemos hablado, en breve tendréis más enemigos de los que podéis imaginar. Os llevaré a un nido de enemigos salvajes que no dudarán en enfrentarse a vosotros.

—Serví a un caballero llamado Zoltan que pasó mucho tiempo para conseguir vaciar un tercio de su collar. Es posible que aún siga intentándolo —le explico—. No me gustaría...

—Os aseguro que si hacéis lo que os digo, vuestra suerte será mejor que la suya —insiste el anciano—. Os llevaré a un lugar lleno de guerreros. Un gran campo de batalla en el que encontraréis tantos enemigos que no podréis ni contarlos. Miles y miles de hombres armados, deseosos de arrancar las armas a un milmort. Un paraíso en el que nadie os impedirá luchar hasta el agotamiento. Un sueño para vosotros... Allí podréis eliminar esos malditos eslabones que os esclavizan. Esa cadena os ata a Mort y debéis

libraros de ella.

—¿Acaso sabéis algo que no saben los demás milmorts? —le pregunta Ónica—. Nadie nos ha hablado de ese lugar.

—Querida Ónica, sé muchas cosas que los demás no saben. En realidad, sé demasiado.

—¿Sois un sabio o algo así? —bromeo.

—Soy un gran sabio. He sido alquimista, escribiente, hechicero... He hecho tantas cosas que pocos pueden superar mis conocimientos.

—Entonces, quizá hayáis oído hablar del Gran Secreto de Mort.

—¿El Gran Secreto de Mort? —repite—. No creo que ese secreto exista. Yo lo sabría y lo conocería. ¿Quién os ha hablado de él?

—Un hombre que tenía un cuchillo en la garganta —explico—. Me dijo que mucha gente muere por conocer ese secreto. Si los guardianes descubren a los que lo desvelan, los arrojan al Pozo de la Muerte.

—Querido amigo Royman... No veo el interés en descubrir un secreto que os ha de llevar a la muerte —responde el sabio—. ¿No os parece?

—Me temo que tenéis razón, amigo Marlión —reconozco—. Sin embargo, debo confesaros que ese secreto me intriga. Ese hombre me dijo que es el misterio más importante con el que me voy a encontrar en Mort. Me previno contra él, pero me despertó las ganas de conocerlo.

—La curiosidad es un grave asunto que acarrea muchos problemas, príncipe Royman —insiste Marlión—. Os invito a no intentar descubrir ese Gran Secreto de Mort. Puede que sea una gran mentira. No gastéis vuestro precioso tiempo en buscar lo que no os conviene. Pensad que lo peor que os puede ocurrir es desvelarlo.

—Nunca me habías hablado de ese secreto, Royman —dice Ónica con algo de suspicacia.

—No le quise dar importancia... En fin, creo que lo mejor es dormir. Nos queda mucho viaje.

La noche cae silenciosamente sobre nuestro pequeño campamento. Marlión prepara una cena que no resulta muy de mi gusto pero que, al menos, calienta el estómago.

Cenamos en silencio hasta que, finalmente, nos acostamos.

—Esta noche haré la guardia —dice Marlión—. Me cuesta mucho dormirme.

Ónica no protesta. Se tumba bajo la manta, se deja llevar por el cansancio hasta que, inevitablemente, el sueño la envuelve. Poco después, estoy solo, con mis pensamientos, intentando dormir.

Me acuerdo de lo que aquel tipo que maté en el Templo Milmortiano me confesó. Por muchas vueltas que le he dado, no alcanzo a comprender nada referente al Gran Secreto de Mort. Sin embargo, de forma muy vaga, recuerdo haber oído hablar de ese secreto en otra parte, pero no sé dónde ni a quién. Cada día recuerdo menos cosas. Debo darme prisa en subir a ese monte o llegará el día en que no recuerde que quería llegar a la cima... O que no recuerde mi propio nombre. Igual que Nubiola, que lleva el nombre que ese diablo de Robin le ha puesto.

Una muerte inexplicable

Mientras regresábamos al castillo, tenía la impresión de que llevaba una piedra sobre la espalda. Por muchas vueltas que le daba, no sabía cómo le iba a explicar al rey lo de la muerte de Miliari. De hecho, ni yo mismo era capaz de entenderla.

Wolfort cabalgaba a mi lado como si no hubiese sucedido nada. Todo el peso de aquella extraña acción había caído sobre mí. Y yo no era capaz siquiera de explicármela a mí mismo.

Por eso, cuando vi la silueta del castillo, a lo lejos, entre la bruma, me sentí muy descorazonado. Jamás en mi vida había tenido que vérmelas con mi padre para un asunto tan grave como este. Yo estaba al mando de la expedición, así que era mi responsabilidad. Y el rey era muy rígido con estas cuestiones.

Cruzamos el puente levadizo muy lentamente, como si estuviésemos cansados, y descabalgamos en el patio de armas, a la sombra de la torre.

—¿Dónde está su majestad? —le pregunté al oficial de guardia.

—En su cámara de guerra —respondió—. Ha reunido al Consejo.

—¿Ha pasado algo?

—No lo sé, mi señor Royman.

Me acerqué a Wolfort, que abrazaba a Gwendlin, pues había venido a recibirle.

—Hermano, es mejor que me esperes en tus aposentos —le dije—. Iré a ver al rey. Es posible que te mande llamar.

—Prefiero ir contigo —respondió—. Deseo estar delante cuando le informes de lo que ha sucedido.

—¿Cuando le informe? —preguntó Gwendlin—. ¿De qué le tiene que informar? ¡Decidme!

Wolfort la miró, la agarró de los hombros y dijo:

—Querida Gwendlin, debo informarte de que he matado a Miliari.

Gwendlin se llevó las manos a la boca para ahogar un grito de sorpresa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con el semblante pálido—. ¿Cómo ha ocurrido?

—Fue una pelea noble —le expliqué—. Un duelo de honor.

—¿El honor de quién? —quiso saber Gwendlin.

—El mío. ¡Mi honor! —replicó Wolfort—. ¡Me trató como a un vasallo y no lo permití!

—Vamos a informar al rey antes de que lo hagan otros —les apremié—. No perdamos tiempo.

Los tres subimos las escaleras hasta la cámara de guerra. Allí, le pedí al oficial que abriera la puerta.

Me acerqué a mi padre y me arrodillé ante él.

—Padre, tengo que informarte...

—Espera un momento, Royman —respondió, muy cortante—. Déjame que te cuente lo que pasó con la tumba de tu abuelo... Efectivamente, la habían profanado...

Entonces, se fijó en mi rostro descompuesto y en la presencia de Gwendlin y Wolfort, a pocos metros detrás de mí.

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene esta expresión? —preguntó.

—Tengo que informarte de un hecho grave, padre.

—A juzgar por tu voz, debe serlo. Dime...

—Mi hermano Wolfort ha matado al príncipe Miliari.

Me miró como si no creyera en mis palabras.

—¿El príncipe Miliari ha muerto? —preguntó, atónito—. ¿A vuestras manos?

Wolfort se aproximó y se arrodilló.

—Lo que dice mi hermano Royman es cierto, mi señor —reconoció—. ¡Yo lo he matado!

El rey se levantó de sopetón, como si algo le hubiese impulsado.

—¿Os dais cuenta de las consecuencias que ese hecho puede acarrear?

—Fue un duelo justo... —empecé a decir.

—¡No he pedido explicaciones! ¡Me da exactamente igual lo que haya podido ocurrir! ¡Ahora sólo me preocupa lo que va a pasar! ¿Cómo creéis que va a reaccionar su padre, el rey Marcus?

—Lo siento, majestad —dije—. Soy el único responsable.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿Qué le digo a su padre? ¿Y a Sibila?

—La verdad, padre, que lucharon por...

—¿No habrá sido por culpa de Sibila, verdad? Wolfort, ¿no estarás encubriendo a tu hermano Royman?

—No, majestad —respondió mi hermano—. Os aseguro que os digo la verdad. Fue un asunto personal. Yo luché con él en duelo justo y gané.

—No, Wolfort, no has ganado. ¡Hemos perdido! ¡Seguro que habrá guerra! ¡Hemos matado a nuestro huésped! ¡Hemos roto todas las reglas de hospitalidad! ¡El deshonor ha caído sobre nosotros! ¡Nadie creará en la palabra de los Delaforce!

El silencio se había adueñado de la cámara. Todos los caballeros y oficiales nos escuchaban con interés. Sabían que el acto de mi hermano significaba, en el mejor de los casos, una guerra entre reinos. Pero lo peor era que, y eso lo leía en sus caras, nosotros éramos los culpables. Un anfitrión no puede matar a un invitado a menos que se trate de un asunto muy grave. Si corría el rumor de que había sido por una discusión de amores, las cosas se complicarían mucho para nosotros.

—Debemos decírselo a la reina y a Sibila —apremió el rey, con tristeza—. No sé cómo lo voy a hacer.

—Yo soy el responsable y debería...

—No, Royman, es mi deber. Acompañadme, pero no habléis a menos que sea necesario. Señores, debéis disculparnos. Ya veis que tenemos asuntos muy urgentes que atender.

Los hombres se cuadraron y el rey salió en silencio.

Nos dirigimos a los aposentos de la reina. Cuando llegamos, mi padre nos pidió que esperásemos fuera. Después, mandó a un criado en busca de Sibila.

Wolfort, Gwendlin y yo nos mantuvimos quietos hasta que, poco después, Sibila y el sirviente llegaron. Ni siquiera cruzamos una mirada. Nosotros nos quedamos fuera, junto a la puerta, mientras ella entraba.

Poco después, Sibila y la reina lanzaron a un tiempo un grito tan desgarrador que me partió el corazón.

Apenas habían pasado unos segundos cuando la puerta se abrió y Sibila salió a nuestro encuentro.

Se detuvo ante mí, me miró con fuego en los ojos y, sin mediar palabra, me dio un bofetón en pleno rostro. Un golpe lleno de rabia e indignación al que respondí con un expresivo silencio. Era el menor castigo que merecía.

—Tenemos que ir a ver a sus padres y a su hermana —me dijo, como si se tratase de una orden—. ¡Prepáralo todo!

—Voy con vosotros —se ofreció Wolfort.

—¡No! ¡Sólo iremos Royman y yo! —afirmó Sibila—. ¡Somos responsables! ¡Los únicos responsables!

—No permitiré que vayáis solos —dijo el rey, uniéndose al grupo—. Es peligroso.

—No podemos llevar un ejército con nosotros, padre —argumenté—. Sólo llevaremos una pequeña escolta.

—¡Vámonos, Royman! —ordenó Sibila—. ¡Vamos!

Cazadores de milmorts

Dos días después, marchamos por un camino bastante transitado por campesinos que huyen de la pobreza y de las enfermedades, de la guerra y de la injusticia, arrastrando carros en los que llevan todos sus enseres. Van con sus familias, buscando en vano un lugar mejor en el que vivir, si es que existe.

Por la tarde, cuando acabamos de cruzar un río poco profundo, un grupo de jinetes se deja ver frente a nosotros, cerrándonos el paso.

—¡Son cazadores de milmorts! —advierde Marlión—. ¡Muy peligrosos!

—Nos han venido siguiendo —aseguro—. Llevan tiempo detrás de nosotros.

—¿Qué quieren? —pregunta Ónica—. ¿Qué buscan?

—Yo sé por qué nos siguen —explica Marlión—. Alguien les ha traído.

—El hombre que os asaltó la otra noche —deduzco—. ¿Verdad?

—Debí matarlo —susurra Ónica—. ¡Debí hacerlo!

Lentamente, los jinetes inician una maniobra de acercamiento.

Los campesinos se dan cuenta de lo que pasa y se alejan rápidamente. Esto no va con ellos y lo saben.

—¡Llevan arcos! —advierde—. ¡Mucho cuidado!

Los experimentados cazadores van al trote y se despliegan. Son algo más de una veintena y parecen muy violentos ya que llevan todo tipo de armas. Pero lo que les convierte en un auténtico peligro es la decisión de apropiarse de los atributos milmortianos, que pueden enriquecerlos.

Ónica y yo nos preparamos para repeler el ataque, que va a ser atroz.

—Espero tener la oportunidad de eliminar algunos eslabones de mi collar —dice Ónica—. Estos tipos nos van a venir bien.

—Tienes razón —añado, haciendo avanzar a mi caballo—. ¡No os mováis, amigo Marlión! ¡Aligeremos el paso!

Nos lanzamos a una carrera frenética que va a culminar en un tremendo choque. Blandimos nuestras espadas milmortianas como si fuesen banderas y colocamos los escudos en posición vertical de manera que se puedan ver bien las calaveras.

Llega un momento en que estamos tan cerca que se oyen los bufidos de los caballos del bando contrario. La hierba tiembla, las espadas brillan desde lo alto, la tensión es tan fuerte que ni siquiera el retumbar de los cascos nos inmuta. Nada va a impedir el encontronazo.

Un poco más allá, detrás de las rocas y de los árboles, algunas personas se han

detenido para observar el espectáculo. Esta batalla va a ser una verdadera distracción para ellas.

Varias flechas parten hacia nosotros en dos andanadas y nos obligan a cubrarnos con los escudos, por lo que no podemos ver cómo los jinetes se dividen en varios grupos.

Antes de que podamos observar con claridad lo que pasa, una nueva andanada de flechas se estrella contra nuestros escudos.

Cuando alcanzamos a los enemigos, se encuentran con la sorpresa de que hemos usado los grandes escudos no sólo para protegernos sino para ocultarnos también. Por eso, supone todo un desconcierto para los guerreros que las espadas caigan sobre ellos desde un costado y no de frente como esperaban. Acaban de aprender que en una pelea cuerpo a cuerpo, el ángulo de ataque puede marcar la línea entre la vida y la muerte.

Las espadas milmortianas se mueven a gran velocidad y los escudos hacen muy bien su trabajo, confundiendo la visión de nuestros enemigos. Como una premonición, las calaveras grabadas en los frontales de los escudos van a ser lo último que vean en su vida.

Abato a dos cazadores de un solo tajo. Ónica elimina a uno y hiere a otro. Alarmados, nos damos cuenta de que varios hombres se han quedado rezagados y nos apuntan con sus arcos. Es una estrategia mortal: mientras sus compañeros pelean con nosotros, ellos van a esperar el momento más adecuado para hacer blanco con sus flechas.

—¡Muévete, Ónica! —grito—. ¡No te pares!

Ella, que ha comprendido lo que pasa, sigue mi orden. Sabe que si se queda quieta está perdida.

La batalla adquiere tintes dramáticos cuando los cazadores empiezan a perder hombres. Siete están en el suelo, muertos o heridos. Y nosotros seguimos luchando como auténticos leones. Otros dos caen abatidos... Y los arqueros no pueden disparar sin correr el riesgo de herir o matar a sus compañeros, que siguen cayendo.

—¡Llevo cinco eslabones! —grito.

—¡Cuatro!... —grita Ónica—. ¡Cinco!

—¡Seis!

La batalla se convierte en una fiesta para nosotros. Cada enemigo abatido nos acerca a los escalones del Monte Milmort, y eso nos enardece.

—¡Ocho! —grita Ónica—. ¡Matar para vivir!

—¡Nueve! —exclamo, totalmente imbuido en la pelea—. ¡Diez!

Ahora sólo quedan los arqueros.

—¡A por ellos! —grito—. ¡A por ellos!

Pero los arqueros no están dispuestos a terminar como sus compañeros. Tiran sus arcos al suelo, mandan girar a sus monturas y emprenden la huida.

Ya íbamos a abandonar la persecución cuando, de repente, Ónica reconoce al que dejó escapar la noche del ataque a Marlión. Espolea con furia a su caballo, se lanza tras él y tarda poco en darle alcance.

—¡Nueve! —exclama cuando lo derriba justo en el momento en que el hombre se

disponía a lanzarle un puñal.

El bandido cae al suelo como un fardo mientras su caballo sigue su loca carrera, detrás de los otros tres hombres que se alejan a toda velocidad.

Volvemos grupas y nos reunimos de nuevo con Marlión, que está entusiasmado.

—He visto muchas peleas de milmorts, pero puedo aseguraros que nunca he contemplado tanta furia junta. Sois la mejor pareja que he visto en mi vida. Estoy seguro de que juntos alcanzaréis la cumbre del Monte Milmort.

—Hemos avanzado mucho —digo, acariciando mi collar milmortiano.

—Subiremos pronto —añade Ónica—. Si cumples tu palabra de poner enemigos al alcance de nuestras espadas.

—Hoy os he puesto algunos, ¿no? —dice el anciano—. ¡Ha sido vuestra prueba de fuego!

—¿Qué quieren esos? —pregunto, observando a unos campesinos que se acercan.

—Vienen a saquear —explica Marlión—. Van a despojar a esos desgraciados.

Hombres, mujeres y niños se aproximan a los muertos y comienzan a desvalijarlos. En un mundo de pobreza extrema, todo es útil. Incluso lo que no vale para nada, como una espada rota o una camisa agujereada y empapada en sangre.

Nos acercamos al río y nos lavamos. El olor a sangre no es muy agradable y el recuerdo de la batalla se queda en las aguas que corren río abajo.

—¿Estás bien, Royman? —me pregunta Ónica.

—Perfectamente —le respondo—. Mis heridas han cicatrizado. Estoy totalmente curado. El collar está afianzado en mi carne y apenas lo noto. Se ha fundido con mi cuerpo.

—Me alegro mucho. Estaba muy preocupada.

—Eso les ocurre a muchos milmorts —explica Marlión—. Hasta que el acero se adapta a su cuerpo, sufren mucho. Sólo les alivia la sangre... La sangre de los demás.

—Todo eso está muy bien, amigo Marlión. Pero no estoy aquí para quejarme, sino para avanzar —digo, un poco incómodo—. ¿Hacia dónde vamos?

Marlión señala en dirección a una zona montañosa.

Mientras cabalgamos, el sabio lanza una pregunta:

—¿Habéis sentido algo cada vez que matabais?

—Sí. Ha sido algo fuerte y muy desconcertante —responde Ónica—. ¿Qué es? ¿A qué se debe?

—Es la muerte de vuestros enemigos que os atraviesa el cuerpo. Así es como desaparecen los eslabones.

—Eso no nos lo contaron en el Templo Milmortiano —digo.

—Me temo que no os han contado muchas cosas —comenta Marlión, muy enigmático—. Ya iréis descubriendo lo que os han ocultado... Y no os va a gustar.

Sospechas

Montada en el caballo que Miliari le había regalado, Sibila cabalgaba en cabeza y nosotros nos esforzábamos en seguirla.

Tenía prisa por llegar. Pero si mantenía ese ritmo trepidante, iba a reventar a los caballos.

Cuando llegamos al puente que cruza el río, me pidió que le señalara el lugar en el que Miliari había caído.

—Fue aquí, cerca de este árbol —le expliqué, mientras descabalgaba—. Todavía quedan rastros de sangre.

Desmontó y se acercó para verlo de cerca. Aproveché para decir a nuestros escoltas que podían descansar y dar de beber a los caballos.

—Quiero que me digas qué pasó exactamente —me pidió la princesa—. ¿Fue de verdad una pelea justa?

—Wolfort dijo algo que molestó a Miliari —le expliqué—. Y el príncipe se enfadó hasta el punto de retar a nuestro hermano. Lucharon con gallardía y honestidad, pero Wolfort le mató. Eso es todo.

—¿Crees que Wolfort le provocó intencionadamente?

—No lo puedo asegurar. Me pareció que fue algo espontáneo. Se les calentó la sangre.

—¿Qué explicación te dio?

—No te va a gustar.

—Tampoco me gusta que haya matado a Miliari. ¿Qué dijo?

—Pues... Me reprochó haberle obligado a hacer algo que era exclusivamente cuestión mía. Dijo que eras nuestra hermana y que nadie te robaría de nuestro lado. Se jactó de haberte liberado.

No contestó. Silenciosamente, se inclinó sobre la mancha de sangre, enrolló un pañuelo con su escudo heráldico bordado a la empuñadura de una daga y la clavó en el suelo.

—Eras un caballero de honor —dijo—. Siento que hayas muerto. Nos veremos en el Abismo de la Muerte. Te pediré perdón por no haberte advertido.

—¿Advertido de qué? —pregunté.

—De que mis hermanos jamás me dejarían marchar —respondió con un toque de furia en la voz—. ¡Tenemos que seguir!

—Deberíamos descansar.

—Tenemos que llegar antes de que declaren la guerra. ¡Debemos impedir que reúnan a su ejército! ¡Vamos!

Volvimos a cabalgar como locos. Dos horas después, los caballos estaban reventados, pero eso no parecía importarle. Sólo tenía una idea en la cabeza y, aunque el mundo se hubiese roto en mil pedazos, habría seguido cabalgando.

De repente, nos encontramos con una patrulla de soldados que nos cerró el paso con brusquedad. Estaban muy nerviosos.

—¿Quiénes sois y qué buscáis en este reino? —preguntó el oficial.

—Soy la princesa Sibila Langan, ahijada del rey Wincott Delaforce, prometida del príncipe Miliari, y quiero hablar con tu señor, el rey Marcus —dijo Sibila con decisión.

—Yo soy el príncipe Royman —añadí—. Y también quiero ver al rey.

—¿Os atrevéis a presentaros aquí después de lo que le habéis hecho a nuestro príncipe? ¡Asesinos!

—Venimos en son de paz —replicó Sibila en tono autoritario, para imponerse—. ¡Llevadnos ante vuestro señor, el rey Marcus! ¡Ahora!

El oficial dudó durante un instante.

—¡Seguidnos! —gritó algo después, espoleando su caballo.

Según nos íbamos acercando al castillo, más soldados se unían a nosotros. Cuando alcanzamos el puente levadizo, estábamos totalmente cercados. No nos habría sido posible huir.

Una vez dentro, descabalgamos y nos dejamos conducir hasta el salón del trono. El ambiente a nuestro alrededor era de gran tensión. Había corrido la noticia de nuestra llegada y la gente no paraba de acercarse hasta allí.

Anunciaron nuestra presencia al rey y nos dejaron entrar inmediatamente entre grandes medidas de seguridad. Los soldados contenían a duras penas a la gente que quería echarse sobre nosotros. Tuvimos que escuchar muchos insultos y amenazas.

El rey Marcus estaba de pie, con los ojos enrojecidos. Junto a él, su hija Ónica. Ambos se hallaban en tensión y sus semblantes reflejaban rabia y odio.

—¡Debería mataros ahora mismo! —dijo el monarca, empuñando su cetro y apuntándonos con él—. ¿Acaso venís a burlaros de nuestro dolor?

—¿Queréis asegurarnos de que nos habéis producido una gran amargura? —preguntó Ónica—. ¿Pensáis que vais a salir vivos de aquí?

Sibila se postró de rodillas ante ellos.

—Mi señor Marcus —dijo—. Hemos venido para expresaros el dolor por la pérdida de vuestro querido hijo Miliari, con el que yo me iba a casar. Me he quedado sola en el mundo, igual que vos.

—¿Por qué no impediste que le mataran? —preguntó el rey.

—No estaba presente cuando ocurrió —explicó Sibila—. Pero debéis saber que habría dado mi vida por la suya. ¡Ojalá hubiera muerto yo!

—¿Y vos, príncipe Royman? —me interpeló Ónica—. ¿No nos diréis que tampoco estabais con mi hermano?

—Sí estaba, mi señora. Pero vuestro hermano, el príncipe Miliari, no me dejó

intervenir. Quiero que sepáis que murió como un valiente. Luchó con una fiereza inigualable.

—Me han contado que vuestro hermano Welfort le provocó —dijo el rey—. Y no movisteis un dedo para impedir el duelo. Era vuestro huésped y teníais la obligación de cuidarlo. ¡Príncipe Royman, sois un infame!

—Creedme si os digo que no pude hacer nada. Os aseguro que intenté impedir ese duelo, pero todo sucedió tan rápido que apenas tuve tiempo de darme cuenta de lo que pasaba.

—Lo que pasaba es que sois un cobarde, príncipe Royman —dijo Ónica, viniendo hacia mí—. ¡Os reto a un duelo a muerte! ¡Quiero vengar la muerte de mi hermano! ¡Vamos, desenfundad!

No supe responder. Sólo sabía que no podía enfrentarme a ella. Después de la muerte de Miliari, no quería ser responsable de la suya. Hubiera sido demasiado.

—Princesa Ónica —dije, aguantando su empujón—. Os ruego que dejéis esta actitud provocadora que no va a ninguna parte. No vamos a luchar.

Como respuesta, me dio un bofetón en plena cara.

—¡Cobarde! —exclamó—. ¡Luchad como un hombre!

—No puedo —respondí, sintiendo que la mejilla me ardía—. No lo haré.

El rey observaba la escena con los ojos llameantes. Después de haber llorado durante horas, estaba claro que la rabia estaba emergiendo.

—Mi hija Ónica tiene razón —me interpeló—. Sois un cobarde. Si yo fuese más joven, os obligaría a luchar. Ya lo creo que lo haría.

—Mi señor —intervino Sibila—. Os ruego que seáis benevolente. Hemos venido aquí en señal de buena voluntad. Queremos compartir vuestro dolor.

—Lo único que puede aplacar mi rabia es vuestra muerte. Os aconsejo que os marchéis antes de que no pueda controlar mis sentimientos. ¡Fuera!

Sibila y yo nos pusimos en pie al unísono, como siguiendo una orden.

—No, majestad —replicó Sibila, plantándose—. No nos marcharemos de aquí hasta que escuchéis lo que tenemos que decir. Podéis matarnos, si queréis.

—¿Qué tienes tú que explicarnos? —escupió el monarca—. ¿De qué quieres hablar?

—De vuestro hijo. De sus últimos días. De cómo conquistó mi corazón. De nuestros proyectos. De cómo iba a ser nuestra boda... De los hijos que íbamos a tener... De nuestra futura vida... De eso quiero hablaros, mi señor Marcus, padre de Miliari, el caballero más honorable que he conocido.

—Y yo quiero explicaros lo que pasó —dije—. Quiero contaros cómo se produjo ese duelo. Quiero que sepáis que luchó como un valiente, con honor.

—¡Vuestras palabras no nos devolverán a mi hermano! —gritó Ónica.

—Espera, Ónica —pidió el rey, derrumbándose sobre su trono—. Espera...

Entonces, me di cuenta de que nuestras palabras habían calado en su corazón. Sobre todo las de Sibila. En ese instante supe que íbamos a sobrevivir.

Menos eslabones

El paisaje ha cambiado bruscamente al tercer día.

Después del enfrentamiento con los cazadores, me siento curado y muy seguro de mí mismo. Ónica no tiene la menor duda de que alcanzará la meta que se ha marcado.

—¡Lo conseguiremos! —exclama—. ¡Subiremos a ese monte!

Ahora sólo queda eliminar todos esos eslabones y encontrar el Monte Milmort.

—¿Dónde estamos? —le pregunto a Marlión.

—A partir de aquí entramos en un territorio salvaje. No hay ley, no hay orden, no hay nada... A partir de aquí sólo impera la ley del más fuerte.

—¿En qué se diferencia de lo que hemos visto hasta ahora? —digo—. Tampoco he visto mucho orden.

—Aquí impera la ley de los milmorts —responde el alquimista—. ¡La ley del más fuerte!

—¡La ley de los milmorts! —dice Ónica con admiración.

—Lo has entendido bien, princesa. ¡Es la tierra de los inmortales!

—¿Dónde están esos guerreros de los que nos habéis hablado, amigo Marlión? —le pregunto.

—Verás más de los que desearás. A partir de aquí las reglas del juego cambian. En realidad, no hay normas, sólo prima el acero.

—¿Nos conviene seguir?

—Cuando crucemos este terreno estaremos en casa. Hacedme caso. Y preparaos para luchar. Esto es un gran campo de batalla.

—Nos animáis a seguir adelante —le digo.

Ónica abre la marcha, con los ojos muy abiertos, atenta a cualquier movimiento extraño, dispuesta a desenfundar. Yo la sigo de cerca. Más atrás, Marlión cabalga a un ritmo lento, convencido de que va a realizar su sueño de ver, por fin, el mítico Monte Milmort... Y de tocarlo con sus propias manos.

Cabalgamos durante varias horas sin ningún incidente. Empieza a anochecer cuando se desata una tormenta impresionante. Rayos, truenos y una lluvia torrencial acompañada de un fortísimo viento.

La casualidad quiere ayudarnos y pone en nuestro camino un caserío abandonado. Apenas quedan en pie algunas paredes y una pequeña parte del techo. Está tan maltrecho que parece a punto de caerse.

—Peor es nada —digo—. Pasaremos una noche tranquila. Estaremos protegidos de

cualquier ataque.

—Sí, con la tranquilidad de que, en cualquier momento, nos puede caer un rayo encima —bromea Marlión—. Puede ser nuestra última noche en este mundo.

—Sobreviviremos a esta tormenta —augura Ónica—. En peores situaciones nos hemos visto.

—Los milmorts no podemos asustarnos por tan poca cosa —añado—. Si la gente supiera que unos truenos nos ponen nerviosos, se nos echaría encima.

Después de desensillar los caballos y de quitarnos la ropa mojada, encendemos una fogata. Marlión prepara un guiso con la carne salada que aún nos queda. Apenas pruebo nada ya que su manera de cocinar no me gusta.

La tormenta arrecia y ninguno tiene ganas de dormir. Aunque no lo queremos reconocer, estamos intranquilos.

Tengo pocas ganas de hablar, así que me quedo sentado junto al fuego, cabizbajo, mirando las llamas y jugando con mi collar milmortiano, que se ha acortado ligeramente.

—¿Te ocurre algo, amigo Royman? —me pregunta Marlión—. Te veo muy pensativo.

—Mi cabeza está llena de ideas confusas. No consigo ordenarlas. Recuerdo cosas, pero no estoy seguro de que tengan que ver conmigo. Es un caos.

—A todos nos pasa lo mismo. Es como si hubiésemos vivido otra vida. Por eso no debes preocuparte. Sólo piensa en lo que deseas conseguir. Es lo único que importa.

—Es que no tengo claro qué es lo que me interesa —reconozco—. Sé que quiero subir a ese monte, pero no estoy seguro de por qué quiero hacerlo. Y, sin embargo, ansío alcanzar la cima más que ninguna otra cosa.

—Todos tenemos una trastienda en nuestro interior —explica el sabio alquimista—. Todos los habitantes de Mort tenemos cosas dentro de nosotros que no somos capaces de explicar. Y no sabemos de dónde proceden... Pero yo estoy seguro de que están íntimamente relacionadas con nosotros. Hay que dejarse llevar. Si quieres subir, hazlo. Ya descubrirás por qué querías hacerlo.

—Yo quiero subir para huir de este mundo —aclara Ónica—. Para empezar otra vida. Para ser feliz. Aquí no lo soy.

—Por lo menos, sabes lo que quieres —comento.

—No creas que es mucho —admite ella—. Pero es menos que nada. Mi padre me ha insistido en que debo hacerlo. Dice que ahí está la felicidad. Así que voy tras ella. Una vida infeliz no es vida.

—Ojalá lo tuviera tan claro como tú, princesa —susurro—. Estoy demasiado confuso. No consigo ordenar mis ideas.

—Intentemos dormir —propone el anciano—. Pensar demasiado agota. Hay que administrar las fuerzas.

—No creo que pueda dormir —reconozco—. Estoy muy nervioso.

—Es la proximidad del Monte Milmort —explica Marlión—. Eso es lo que te tiene nervioso.

La tormenta, que no cesa, hace temblar las paredes y más de una tabla cae al suelo, cerca de nuestras cabezas. Incluso los caballos están alterados. Pero, por fin, nos

dormimos profundamente.

Un potente trueno me despierta en plena noche, pero me quedo quieto bajo mi manta. No quiero alarmar a los demás.

A pesar de la oscuridad, veo algo que me sorprende. Es una figura humana, plantada ante mí, con un cuchillo en alto, dispuesta a atravesarme.

Apenas tengo tiempo de reaccionar. Impulso mi cuerpo hacia atrás y me aparto justo cuando el cuchillo se clava en el suelo.

—¿Qué haces, Marlión? —le pregunto—. ¿A qué viene esto?

Ónica se despierta a causa de los gritos y se queda anonadada.

—¿Qué pasa, Royman? —pregunta.

—¡Marlión ha intentado matarme!

—¡Y lo conseguiré! —exclama el anciano, lanzándose de nuevo a por mí, con el cuchillo por delante.

Estoy convencido de que no voy a tener muchas dificultades para dominarle, pero me encuentro con una sorpresa. ¡Marlión es extremadamente fuerte!

—¿Por qué quieres matarme? —le pregunto mientras forcejeo con él.

—¡No quiero matarte! ¡Quiero tus atributos!

Con sorprendente agilidad, da un par de saltos y, después de apropiarse de la espada de Ónica, se enfrenta conmigo.

—¡Y ahora me los vas a entregar! —advierte—. ¡Por las buenas o por las malas!

Empuño mi espada y me dispongo a luchar con él.

El anciano golpea con fuerza y, de no ser por mi buena fortaleza física, caería bajo el impulso del ataque.

—¿Para qué quieres mis atributos? —le pregunto—. ¡No te servirán para nada!

—Claro que me servirán. ¡Ocuparé tu lugar!

—La cadena forma parte de mi cuerpo.

—¡Formará parte del mío! —afirma, redoblando la embestida—. ¡Subiré a esa montaña, pase lo que pase!

Sé que Ónica está pensando en la manera de ayudarme, pero no logra acercarse. Las hojas de las espadas vuelan de un lado a otro con tal velocidad que resulta imposible prever el próximo movimiento.

Siguiendo mi estrategia de acabar lo antes posible cualquier enfrentamiento, hago un par de movimientos preparatorios para hacer creer a mi contrincante que voy a atacar por la derecha cuando, en realidad, es otro mi plan.

Marlión cae en la trampa. Cuando inicio un movimiento de ataque lateral, el anciano se dispone a protegerse por ese flanco. Pero la espada milmortiana le alcanza desde el otro lado. El costado izquierdo de Marlión empieza a sangrar abundantemente.

—¡Me has engañado! —exclama, sorprendido.

—¡Tú me has traicionado! ¡Te he salvado la vida y me pagas con la traición!

Marlión cae de rodillas, malherido.

—No me la has salvado, idiota. Lo de aquella noche estaba preparado. Eran amigos

míos...

—¿Y los cazadores? —pregunta Ónica.

—Yo soy su jefe... Yo formé ese grupo...

—¿Tanto interés tienes en subir al Monte Milmort? —le pregunto mientras le quito la espada de Ónica.

—¡Fracasé cuando lo intenté, hace tiempo! Había conseguido casi los mil eslabones pero, en el último momento, cuando me faltaba uno... cometí un grave error. ¡Me corrompí y traicioné el código de honor de los milmorts!

—¿Qué pasó, Marlión? —le pregunto.

—Engañé a un milmort que me acompañaba. Murió por mi culpa. ¡Le traicioné!

Está agónico. Apenas le quedan fuerzas para hablar.

—Era un amigo y pensé que si le mataba, conseguiría eliminar el último eslabón... Estábamos en lo más alto del Monte Milmort y no había nadie más. Su vida era mi única oportunidad... Pero me equivoqué... ¡Un milmort no puede matar a otro milmort!

—Rompiste las reglas del juego —le digo—. Ya nos han advertido de que no podemos hacerlo.

—¡Tenía que intentarlo de nuevo! —dice entre temblores—. ¡Tenía que alcanzar la gloria! ¡No había más oportunidades! ¡Tuve que matarlo!

Ónica observa la herida.

—Es muy profunda —dictamina—. No vas a alcanzar la gloria, Marlión.

—Sí, ahora moriré y caeré en un pozo oscuro y profundo —dice, resignadamente—. Todo está perdido. Voy a morir por segunda vez. Iré a un lugar muy oscuro.

—Nadie muere dos veces —digo—. Es imposible.

Marlión me mira y dibuja una enigmática sonrisa.

—¿Sabes cuál es el Gran Secreto de Mort? —murmura.

—Cuéntamelo —le pido.

Amplía su sonrisa y muere con ella en los labios.

Ónica y yo somos incapaces de entender lo que ha querido decir.

—¿Muerto por segunda vez? —pregunta ella.

—Nos ha mentado. Siempre nos ha mentado —digo, intentando creer en mis propias palabras—. Nadie muere dos veces. Marlión era un impostor y un traidor. Olvídalo.

—Ha estado a punto de revelarte el Gran Secreto.

—Me alegro de que no lo haya hecho. Me habría mentado.

Una nueva amiga

Después de pasar horas hablando del príncipe Miliari, los corazones del rey Marcus y de Ónica se habían ablandado.

Sibila dio muchos detalles sobre lo que había ocurrido durante los días que Miliari había pasado con nosotros y yo añadí ciertos aspectos que enriquecieron su relato. Lo mejor de todo es que fuimos capaces de transmitirles nuestro sincero dolor por su pérdida.

Al amanecer, casi formábamos parte de su familia. El rencor había desaparecido de sus rostros y había dejado paso a un gran sentimiento de amistad.

—Vuestras palabras me han aliviado —reconoció el monarca—. Habéis completado lo que me faltaba por conocer de la vida de mi hijo. Ahora sé que no sois culpables de su muerte.

—Nunca lo olvidaremos —aseguró Sibila—. Era un ser extraordinario y sé que yo hubiera sido feliz a su lado. Os hubiéramos dado un montón de nietos.

Aunque sus palabras me dolieron, no quise dejarme abatir. Yo sabía perfectamente que me amaba más que a nadie en el mundo. Sabía que Miliari había sido para ella un compromiso que tenía que cumplir y que iba a hacerlo de manera honesta. Pero su muerte me dejaba el camino libre con respecto a Sibila... Sólo era cuestión de tiempo reencontrarla.

—Llevaré luto por él durante un año —dijo, como si hubiera leído mis pensamientos—. Le seré fiel durante ese tiempo.

—Eres joven y bella —dijo el rey—. Tu gesto te engrandece.

—Habéis demostrado un gran valor al venir aquí —reconoció Ónica—. Retiro mi acusación, príncipe Royman. No sois ningún cobarde.

—Gracias, princesa —dijo—. Os agradezco vuestras palabras. Me tranquiliza saber que vuestra rabia inicial ha desaparecido.

—Hoy vamos a celebrar el funeral por mi hijo —dijo el rey—. Nos sentiremos muy honrados si asistís. A menos que prefiráis marcharos.

—Nos quedamos —dijo Sibila—. Queremos estar con vos y con vuestra hija en estos momentos tan duros. Permitidnos que también demos una despedida cariñosa a Miliari. Se lo debemos.

—Os proporcionaremos alojamiento y ropas para que podáis cambiaros —dijo el rey Marcus—. Ónica se ocupará de ubicaros. Nos veremos más tarde.

La bella hermana de Miliari nos acompañó a nuestras habitaciones y nos adjudicó

un par de sirvientes. Me di cuenta de que se parecía mucho a su hermano. Era atenta, educada y refinada, igual que él.

Después de asearnos, y mientras llegaba la hora del funeral, bajé a dar un paseo por el castillo ya que nadie me había dicho que debía considerarme prisionero.

Decidí que era oportuno enviar un mensajero para tranquilizar a mis padres y mis hermanos, así que elegí a uno de mis hombres. Después de pedir los permisos oficiales le vi marchar, lo que me dejó muy aliviado.

Me llamó la atención ver el buen estado de los edificios y la limpieza que reinaba. Los soldados parecían muy disciplinados y la gente se movía en orden, sin barullo y sin gritos.

—¿Os gusta nuestro castillo, príncipe Royman?

—Sí, princesa Ónica —respondí—. Está muy bien diseñado. Y muy limpio.

—Hace tiempo que descubrimos que la limpieza es fundamental para evitar enfermedades. Y el orden embellece la vida. Mi hermano lo practicaba continuamente. Él hizo cuanto pudo por mejorar nuestra convivencia.

—Lo sé. Es una de las cosas que sedujeron a Sibila.

—Demos un paseo —propuso—. Os enseñaré algunas cosas interesantes.

—¿Más interesantes que vos?

—Sibila es vuestra hermana adoptiva, ¿verdad?

—Sí. Su padre perdió la vida para salvar al mío. Es justo que...

—No la miráis como a una hermana.

—¿Cómo?

—Digo que vuestros ojos os delatan. Estáis enamorado de ella... Y ella de vos.

—¿Cómo podéis saberlo?

—Me enseñaron a observar a las personas. Vuestros ojos la buscan igual que los girasoles buscan el sol.

—¿Tanto se nota?

—Más de lo que imagináis.

—Espero que Miliari no...

—Sois un ingenuo, amigo mío. Miliari era mejor que yo en el arte de la observación. No os quepa duda de que se dio cuenta.

Sentí tanta vergüenza que sólo acerté a permanecer callado.

Durante nuestro paseo, me mostró algunas estatuas que embellecían el jardín. Reyes, guerreros, poetas... Obras que me confirmaron el amor que esta familia sentía por lo hermoso. Nunca había visto un jardín tan cuidado como aquel.

—Además, debéis saber que él estaba al tanto de todo antes de ir a pedir la mano de Sibila. Se hallaba perfectamente informado.

—¿Informado de qué?

—De vuestro amor por Sibila. Y del suyo por vos.

—¿Y aun así pensaba casarse con ella?

—Tenía que cumplir un compromiso, igual que Sibila.

—Vaya sorpresa. Y yo que pensaba que... ¡No salgo de mi asombro!

Ónica, muy comprensiva, se rió igual que una madre cuando pilló a su hijo haciendo una travesura.

Me llevó a la sala de tapices y me enseñó obras de gran calidad que recogían escenas de la historia y de la vida cotidiana de la estirpe de los Graymark.

—Y vos, princesa, ¿tenéis algún compromiso de matrimonio? —pregunté.

—No lo tengo y no lo tendré. No pienso casarme. Mi hermano iba a heredar este reino y yo pensaba ir a conquistar uno para mí sola. Quiero ser la reina de mi propio feudo.

—Eso es una locura. No se consigue así como así. Nadie se lo dejará arrebatar.

—No he dicho que se lo vaya a arrebatar a nadie. Es posible que sea capaz de crearlo. Hay muchas tierras abandonadas, sin dueño. Territorios que necesitan una mano fuerte que los unifique.

—Nunca he oído nada semejante. Habrá que pelear mucho para eso.

—Sé luchar. Llevo toda la vida practicando...

—afirmó.

En ese momento, los clarines sonaron con fuerza.

—Es la hora de rendir el último homenaje a mi hermano —dijo Ónica—. Vamos a acompañar a mi padre y a Sibila.

—Me parece que vuestro padre le ha tomado cariño —dije.

—Sibila es el mejor recuerdo vivo que le queda. Mi padre amaba tanto a Miliari que espero que sea capaz de sobrellevarlo. Era su gran esperanza. Ahora, heredaré la corona y seré reina de Graymark.

Llegamos a una gran plaza donde habían elevado un túmulo. Encima, yacía el cuerpo de Miliari, envuelto en telas y rodeado de estandartes y, a su lado, sus armas. Detrás, el padre, transido de dolor, luchaba por mantenerse firme.

Sibila nos vio llegar y esbozó una sonrisa de bienvenida, pero no le salió muy bien. Su rostro denotaba mucho sufrimiento.

Su sinceridad me abrumó.

Demasiada confianza

Acabamos de enterrar a Marlión y nos quedamos mirando su tumba, desconcertados.

—Ahora nos resta saber si nos dijo la verdad o no —digo.

—No podemos cerciorarnos, pero supongo que sí —responde Ónica—. Si su plan era subir al Monte Milmort, imagino que nos llevaba hacia él.

—Es una buena deducción y no tenemos otra cosa a la que agarrarnos —sugiero—. Si estamos en lo cierto, debe de estar cerca.

—Lo que no entiendo es cómo sabía que éramos milmorts —se pregunta Ónica—. Nos puso esa trampa sin estar seguro.

—Es posible que nos siguiera desde que salimos del templo. Se aprovechó de nuestra inocencia. Tenemos que reconocer que somos muy ingenuos, Ónica.

—Supongo que sí.

—Aunque, al final, le demostramos que no lo éramos tanto como él creía. ¿Verdad?

—Menos mal que te despertaste.

—Menos mal que no tomé ese guiso con la pócima del sueño que nos dio —digo—. Si hubiera comido, no estaríamos aquí.

—Entonces, podemos felicitarlos —dice Ónica—. Hemos estado a punto de perder la vida.

—Tenemos que poner más cuidado a la hora de decidir con quién nos juntamos. A partir de ahora, sospecho que las argucias que van a usar para arrebatarlos lo que es nuestro, van ser muy difíciles de descubrir. No dejaremos que ningún desconocido se nos acerque.

—Tienes razón —dice—. Y ahora, sigamos nuestro camino. Cuanto antes lleguemos, mejor.

Aunque ya no llueve, el suelo es un auténtico lodazal. Los caballos marchan con serias dificultades ya que sus cascos se hunden en el fango.

No tenemos ganas de hablar. Es posible que, cada uno por nuestro lado, se sienta responsable de la traición de Marlión. En ningún momento tuvimos la más mínima sospecha de que nos estuviera engañando. Y eso nos duele. Sobre todo a mí. Caer en una trampa es doloroso.

—Creo que mi vida está marcada por la ingenuidad —digo cuando entramos en un bosque—. Siempre me he fiado demasiado de la gente. No puedo quejarme de que hayan abusado de mi confianza. Se la he dado toda.

—El problema no está en ti, Royman; el problema es de los que te engañan.

—No, el problema es que no veo lo que es evidente. La trampa que nos puso Marlión con esos dos idiotas... Si hubiésemos puesto más interés, nos habríamos dado cuenta de que era un engaño.

—Uno no puede vivir en la desconfianza total –resume Ónica.

—Uno no puede vivir en la confianza total –la corrijo—. Alguien quiso enseñármelo... Alguien...

Durante todo el día nos hemos cruzado con varios grupos de campesinos y con algunos caballeros que, seguramente, van al Monte Milmort. Sin embargo, ninguno se acerca a nosotros. En todo caso, notamos que nos rehúyen.

—No se fían –advierto—. Aquí nadie se fía de nadie.

—Haremos lo mismo –propone Ónica—. No dejaremos que nadie se nos acerque más de lo debido.

—Eso es hasta la punta de nuestra espada. Todo el que rebase sus límites, lo pagará caro.

—Y el que se acerque a pedir información, será rechazado.

—Y el que nos ofrezca comida, será ignorado.

—Nos alimentaremos de lo que cacemos.

Ahora sólo nos basta con seguir la riada humana que se dirige hacia el Monte Milmort. Tratamos de olvidar ese campo de guerra del que nos habló Marlión. No vamos a perder tiempo en averiguar si existe o no. Vamos a ir directamente a nuestro destino, sin perder tiempo, sin dejarnos engañar. Ya encontraremos la forma de deshacernos de esos eslabones.

Por la noche descansamos al lado de una gran roca. Tomamos la precaución de no dejar brillar la fogata, nos mantenemos alerta y cumplimos rigurosamente los turnos de guardia. La desconfianza es ahora nuestra mejor protección y nuestra mejor guía.

Durante mi turno doy pequeños paseos alrededor del campamento para asegurarme de que nadie nos espía. Compruebo que los caballos se encuentran en buen estado y dedico tiempo a la limpieza de las armas. Saco brillo al escudo y consigo que la calavera no tenga ninguna mancha.

Mucho antes del amanecer, algo me llama la atención. A lo lejos, hay un extraño resplandor blanquecino que ilumina el cielo. Sé que no es la luna, pero no consigo imaginar su procedencia. La luz siempre viene de algún sitio.

Al día siguiente, después de varias horas de marcha, unos hombres se nos aproximan.

—¿Vais al Monte Milmort? –nos pregunta un caballero.

—¿Qué interés tenéis en conocer nuestro destino? –le respondo.

—Es por si os apetece que viajemos juntos –dice—. Como veis, también soy un caballero milmort. Me llamo Convier Lemont.

—Si es verdad que sois uno de esos caballeros, sabréis que un milmort no se fía de nadie –replica Ónica—. Es mejor que hagamos nuestro camino por separado.

—Como queráis. Ya nos veremos en la puerta de entrada del Monte Milmort. Si conseguís perder los eslabones que os sobran –dice, haciendo notar que su collar es

mucho más corto que el nuestro.

—Nuestros eslabones caerán pronto —me aventuro a decir—. Ya lo veréis, amigo Lemont.

—No os hagáis ilusiones. Un collar milmort no se acorta así como así. Salvar mil veces la vida no se resuelve en poco tiempo.

—No debéis preocuparos por nosotros, caballero Lemont. Es mejor que os ocupéis de lo vuestro.

—Cuida tu lengua, jovenzuelo impertinente. No tengo humor para aguantar insolencias de cualquier idiota que se interponga en mi camino.

—Recordad que sois vos el que os habéis interpuesto en el nuestro.

El caballero detiene su montura y baja la visera de su yelmo. Empuña su espada y lanza un reto.

—¡Habéis acabado con mi paciencia! ¡Luchad conmigo o morid!

No dudo en dar respuesta cumplida a las palabras del bravucón.

—Vuestra lengua os ha perdido, caballero —le digo—. Ahora vais a ver que nadie puede tomarse a broma mis palabras. ¡Luchad si no sois un cobarde!

Ónica se coloca entre nosotros e impide el encuentro.

—Si queréis luchar, será en igualdad de condiciones —dice—. Decid a vuestros hombres que se aparten de aquí.

—¿Acaso no os fiáis de mi honor de caballero? ¡Jamás permitiría que mis hombres interviniesen en un duelo!

—Entonces, más motivos para apartarlos —insiste la princesa—. ¡O se alejan o yo también intervengo en esta pelea inútil!

El caballero se da cuenta de que Ónica habla en serio, así que se aparta del grupo y se detiene a varios metros, alejado de todos. Ónica se sitúa en una posición estratégica, desde la que puede intervenir rápidamente si es necesario.

Sonrío y me dirijo hacia el provocador. Entonces, desenfundo mi espada y digo:

—Ahora podemos medir nuestras fuerzas, caballero Convier Lemont.

Sin mediar palabra, el caballero se abalanza sobre mí y consigue una mínima ventaja. El empujón me desconcierta brevemente, pero me repongo enseguida, decidido a no fiarme de él.

Las espadas se cruzan con fuerza. Nos esforzamos en buscar el cuerpo del enemigo, pero no nos resulta fácil. Ambos estamos bien preparados.

—¡Te has metido en un lío, jovenzuelo! —grita Lemont en plan fanfarrón—. ¡Y no vas a salir vivo!

Le dejo hablar ya que sé muy bien que no se debe gritar mientras se lucha. Lo sé de sobra. Sé que hablar cansa y distrae. Por eso estoy callado, centrando mis pensamientos en lo esencial. Hasta que descubro lo que estoy buscando.

En una maniobra falsa, me inclino sobre el costado derecho y, de un lance horizontal, consigo cortar las riendas de su caballo.

El caballero, que no esperaba semejante maniobra, se queda desconcertado y pierde el control de su montura.

Aprovecho mi ventaja para embestirle y le hago perder el equilibrio. Golpeo varias veces la espada contra el escudo y acabo por hacerle caer al suelo. Entonces, le pisoteo con el caballo y, cuando se está cubriendo la cara, desmonto de un salto y, antes de que pueda reaccionar, le he colocado la punta de la espada sobre el cuello.

—¡No te muevas! —le ordeno—. ¡O será lo último que hagas!

Ónica oye un murmullo que proviene de los hombres del caballero y reacciona con rapidez. Hace girar su montura y enarbola la espada milmortiana, en un claro aviso.

El caballero, que no puede hacer otra cosa, se da por perdido.

—¡Me has vencido! ¡Me rindo! —dice.

—¡Todo lo tuyo me pertenece! —grito—. ¡Incluyendo tu vida!

—¡Te imploro que me perdones! ¡Mi vida no te sirve para nada!

—¡Mort estará mejor sin ti! —respondo.

—¡No me mates! —suplica al borde del llanto—. ¡Seré tu esclavo!

—¡No quiero que seas mi esclavo! ¡No quiero tenerte cerca! ¡Eres despreciable! ¡Me has retado porque creías que era más débil! ¡Debería matarte ahora mismo!

—¡No lo hagas! —implora el caballero Lemont—. ¡Haré lo que quieras!

—¿Renunciarás a ser milmort?

—¡Renunciaré! ¡Renunciaré!

—Entonces, levántate y vuelve al Templo Milmortiano. Devuelve tus atributos. Te perdono la vida.

—Tendré que vivir en el deshonor —se lamenta.

—Me parece que has vivido en él durante mucho tiempo —respondo—. No creo que notes mucho la diferencia. Y si no lo puedes soportar, quítate la vida.

Vuelvo a montar y, despreciándole, sigo mi camino.

—¡No se os ocurra intentar nada! —advierte Ónica, antes de partir—. ¡No os lo perdonaré!

Nos disponemos a irnos cuando un grito atrae nuestra atención.

—¡Maldito seas! —grita Lemont. Con una daga en su mano alzada—. ¡Te maldigo!

Entonces, sin que nadie pueda impedirlo, se clava el arma en el vientre y cae al suelo muerto.

Ónica y yo ni siquiera hacemos un comentario. Giramos nuestras monturas y nos alejamos lentamente de allí mientras sus criados se abalanzan sobre él como aves de rapiña.

Poco después, los hemos perdido de vista y hemos olvidado el incidente del milmort que, en el fondo, era un hombre de honor.

—Si Lemont iba hacia esa dirección, es que vamos por buen camino —digo.

—Estoy de acuerdo —reconoce Ónica—. Creo que vamos bien. Llegaremos pronto al Monte Milmort.

Entonces, para de llover y las nubes se abren dejando paso a un ligero resplandor blanco que ilumina el cielo.

—Anoche vi ese resplandor —le confieso a Ónica—. Creo que era una señal.

—Yo también lo vi. No es una señal. Es la cumbre del Monte Milmort. La gloria

nos espera.

Espoleamos nuestras monturas y nos dirigimos directamente hacia el resplandor blanquecino que, incluso de día, se vislumbra a lo lejos.

Regreso a Force

La despedida fue más dura de lo que pensaba. El afecto que sentía por Miliari se había extendido a su hermana Ónica, que había conquistado una buena parte de mi corazón.

Creo que su sentido de la independencia, su valentía y su gran comprensión y delicadeza me habían llegado hasta lo más profundo. Por eso, cuando le di un abrazo de despedida sentí una gran emoción.

—Espero que volvamos a vernos, princesa —le dije—. Estos días han sido muy agradables, a pesar de las circunstancias.

—Quizá vaya a haceros una visita —respondió—. Sibila me ha invitado.

—Lo dispondremos todo para que vuestra estancia sea lo más agradable posible.

—Quiero conocer al que mató a mi hermano. Wolfort, ¿verdad?

—Sí, es mi hermano Wolfort. Tan valiente y noble como yo.

—Dad un abrazo a vuestro padre de mi parte —añadió el rey Marcus—. Decidle que deberíamos reunirnos para afianzar nuestra amistad. Transmitidle que tomaré la muerte de mi hijo como un fatal error del destino. No os guardo rencor a ninguno.

—Venid a visitarnos —propuso Sibila—. Es la mejor manera de estrechar lazos. Nuestros padres estarán encantados de recibirlos.

—Es posible que lo hagamos. Pero debemos reorganizar nuestro reino. Las cosas han cambiado ya que, ahora, no hay príncipe heredero.

—Pero hay princesa —dije—. Ella puede suplir a Miliari.

—Espero que nuestros súbditos la acepten bien —dijo el rey Marcus—. Será difícil.

Montamos en nuestros caballos y nos alejamos del castillo, escoltados por una veintena de jinetes, además de nuestros propios hombres. Cuando llegamos al final del camino, se despidieron y seguimos solos, acompañados por nuestros escoltas.

—Creo que les hemos tranquilizado —le dije a Sibila—. Son nobles.

—Les hemos dado consuelo —añadió ella—. Les ha venido bien. Han sufrido un gran golpe. Una tragedia.

—Sí, ha sido terrible. Todavía sigo sin entender qué pasó. No soy capaz de comprender cuándo empezó la discusión ni qué la provocó.

—Quizá Wolfort tuvo un arranque de furia —le disculpó Sibila.

—No lo sé. Estaba muy tranquilo. Habíamos tenido un buen viaje, sin incidentes. Todo había ido bien. Incluso charlaron amigablemente.

—A veces, la gente reacciona de una manera incontrolada. Algo se cruza en la mente, te alteras y te vuelves loco.

—No me encaja. Wolfort es frío y controla muy bien sus emociones. Debió de pasar algo que se me escapa —reconoció.

—Según me has contado, lucharon con fuerza pero Wolfort parecía dominarle.

—Sí. Era como... como si se adelantara a sus ataques.

—¿Adelantara? ¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que me daba la impresión de que Wolfort dominaba la situación.

—Miliari estaba bien preparado. Era un buen espadachín. Conocía las técnicas de guerra. Era un caballero.

—Eso es lo más extraño. Que Wolfort, que seguramente estaba menos preparado, parecía llevar ventaja. De hecho, el golpe mortal se lo asestó antes de que Miliari...

—¿Qué?

—Nada. Iba a decir una tontería.

—Habla.

—Pues que... Me pareció que Wolfort sabía qué movimiento iba a hacer Miliari. Se adelantó a su gesto y le mató.

—¿Crees que Wolfort puede adelantarse al futuro? —preguntó.

—Bueno, no hay que olvidar que los bárbaros adoran a los lobos y practican la hechicería.

—He dicho una bobada —reconoció Sibila, espoleando su caballo e iniciando una carrera que me obligó a esforzarme para seguirla.

Nos detuvimos para comer algo y aprovechamos para estirar un poco las piernas. Tantas horas a caballo entumecen las extremidades. La verdad es que el camino de vuelta se estaba haciendo largo y pesado.

—¿Vas a mantener el luto que le has prometido? —le pregunté.

—Sí. Se lo debo a Miliari. Vino en mi busca y encontró la muerte. Estoy en deuda con él.

—¿Qué será de nosotros?

—Esperaremos. Necesito tiempo para olvidar. Miliari no ha resultado ser lo que esperaba.

—¿Estabas enamorada de él, verdad?

—No lo sé. No estoy segura de nada. Por eso prefiero aguardar. Pero quiero que sepas que no ha pasado desapercibido en mi vida. Ha dejado huella.

—¿Cuánto tendremos que esperar?

—Hasta que se me alivie el dolor que todavía llevo dentro. La muerte de Miliari me ha conmocionado. Me debato entre olvidarlo y reverenciarlo. Estoy muy confundida. Pero, si quieres saberlo, a ti te sigo queriendo como siempre. Y te agradezco que me hayas acompañado en este viaje.

—No podía dejarte sola. Quiero decirte que, de alguna manera, me siento responsable de su muerte. A pesar de que estaba destinado a ser tu esposo, yo le respetaba. Era especial. Y lamento profundamente su fallecimiento a pesar de que me beneficia.

—Todos lo lamentamos. Nunca le olvidaremos. Si algún día tenemos hijos, quiero

que el primero se llame Miliari. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, claro que sí. No quiero que pienses que...

—No pienso nada. Sólo quiero hacer las cosas bien. Miliari me ha cambiado la vida y la forma de verla. Y no quiero desprenderme de su recuerdo. El hombre que se case conmigo tendrá que aceptarlo.

—Lo acepto de buen grado, Sibila.

—Por cierto, me ha dado la impresión de que Ónica te interesaba —dijo.

—No me he enamorado de ella, si es lo que insinúas. Pero sí, me ha gustado. He tenido con ella el mismo sentimiento que tenía con su hermano Miliari. Creo que Ónica es especial.

—Estamos de acuerdo. Ahora, debemos ser pacientes y dejar pasar el tiempo. Todo se solucionará.

Cuarta Parte

El Monte Milmort

El Monte Milmort aparece de repente ante nuestros ojos como un espejismo. Se alza como un gigante provocador y desafiante. Es un monstruo que espera ser conquistado, situado en el centro de una gran explanada salpicada de montículos, zonas rocosas, riachuelos y varios bosques de árboles casi deshojados.

Ahí se yergue como una gran torre de piedra, inaccesible, desafiante y victorioso.

Después de tantos días de búsqueda, por fin, lo hemos encontrado.

—Así que no era una fantasía —suspiro—. ¡Es real!

—¡Más real que nuestra vida! —afirma Ónica.

Es una mole tan alta que ni siquiera se ve la cima que se pierde entre las nubes. Arriba, en lo más alto, hay un gran resplandor blanco que parece el faro que nos ha guiado hasta aquí.

—Todos los que nos hablaron de él dijeron la verdad —añado—. Pero se olvidaron de decir que su tamaño es descomunal. Incluso Marlión nos contó la verdad —reconozco—. En eso no nos engañó.

—Cualquiera sabe en qué otras cosas nos mentiría —replica la princesa—. Sólo dijo lo que le convenía. Siempre lo hacía.

—Olvidémoslo. Ahora sólo debemos pensar en subir hasta la cima —digo—. Es lo único que importa.

—Sí, pero no me gusta lo que veo —dice Ónica—. No me gusta nada.

Se refiere al caos humano que envuelve al monte. Miles de seres humanos lo cercan, dispuestos a subir su ladera, aunque hay algo que se lo impide.

El Monte Milmort está rodeado por tres murallas que lo protegen e impiden el acceso a cualquiera que desee subir.

La primera muralla se encuentra situada en la parte más baja, rodeada de un foso. La segunda está un poco más arriba, a la mitad; mientras que la tercera protege el comienzo de la escalera que lleva a la cima.

Visto desde aquí, el Monte Milmort parece inexpugnable.

Esperemos que los milmorts tengan libre acceso.

El primer muro es muy alto y está siendo atacado por un auténtico enjambre de guerreros que pretende cruzarlo. Grupos armados intentan subir con escaleras para alcanzar las almenas que están siendo defendidas por soldados milmortianos, dirigidos por guardianes. El cielo se halla poblado de dragones y otras bestias voladoras que participan en la batalla arrojando bolas de fuego, piedras y otros objetos contundentes.

La puerta principal recibe ataques furiosos ya que es el punto más débil. Sin embargo, los soldados milmortianos la defienden con bravura y arrojan calderos de aceite hirviendo.

El caótico espectáculo ayuda a crear la idea de que es imposible acercarse.

—Nunca cruzaremos esas murallas —dice Ónica—. Son infranqueables.

Al pie del monte, a poca distancia de la primera muralla, se extiende una gran zona donde hay todo tipo de edificaciones habitadas por miles de personas que, desde nuestra posición, parecen hormigas rodeando un gran hormiguero. Hay una extraordinaria aglomeración.

A lo lejos, se distinguen varios castillos que deben estar gobernados por señores de la guerra. Supongo que sus tropas son las que están asaltando las murallas.

Nos topamos con grupos de hombres armados que, bajo las órdenes de oficiales, se dirigen a asaltar la muralla. Ni siquiera nos prestan atención. No somos nadie para ellos. Pero no me fio.

Cuando alcanzamos las primeras casuchas que conforman el inmenso poblado que se ha alzado frente al Monte Milmort, notamos que el ambiente es opresivo y destila gran agresividad. Malos olores, basuras tiradas por los tortuosos callejones, ratas que conviven con los humanos y perros ladrones anuncian nuestra llegada haciendo salir a los curiosos que nos lanzan miradas expresivas y amenazantes. Son aves carroñeras que, al menor descuido, se nos echarán encima.

—¿Qué hacemos? —pregunta Ónica.

—Seguiremos nuestro plan. Acamparemos y lucharemos. Es verdad que estamos en el mejor lugar para eliminar eslabones de nuestros collares. Aquí encontraremos muchos enemigos a los que abatir. Hay mucha gente buscando problemas.

—Sí, demasiada.

—Sabíamos a lo que venimos. No debemos lamentarnos.

—No me lamento. Sólo digo que, igual que queremos luchar con ellos, ellos también querrán eliminarnos.

—Tienes razón. Tendremos que hacernos respetar.

—No podremos ni dormir tranquilos —sentencia Ónica—. Fíjate en cómo nos miran. Hemos caído en una trampa. No nos darán la oportunidad de eliminar los mil eslabones. Seremos sus víctimas.

—Deja que crean lo que quieran. Lucharemos para conseguir lo nuestro. ¡Ay del que se acerque! —replico—. Mira, ahí arriba está la escalera milmortiana. Parece larga y empinada.

Un poco más allá de la tercera muralla, y gracias a un extraordinario efecto de luz, se vislumbra claramente la Escalera de los Mil Peldaños que asciende hasta la cumbre.

—Será imposible llegar hasta ahí arriba sin la ayuda de los guardianes. Están rodeados y no nos dejarán subir.

—Tiene que haber una forma de hacerlo —la animo—. Estamos demasiado cerca para dejarnos intimidar.

Nos adentramos en el miserable poblado repleto de gente instalada en casuchas,

carros y tiendas improvisadas bajo mantas y ramas. Hombres, mujeres y niños mal alimentados y desfallecidos. El mito del Monte Milmort les ha atraído, quizá con la ilusión de alcanzar la cima. Y es que no sólo los caballeros milmorts desean coronarla.

—Estos desgraciados han venido aquí a morir —digo con pena—. No hay comida, ni ropa, ni nada.

—Cualquiera sabe qué buscan en este basurero. Nunca subirán al monte.

—Pero quieren intentarlo. Han decidido asaltar esas murallas y, tarde o temprano, lo conseguirán. Son muchos.

—La desesperación es mala compañera —dice Ónica con pena—. Quizá vienen a vivir de los despojos humanos que quedan después de las batallas. Viven de las sobras en este enorme estercolero.

Después de dar algunas vueltas, encontramos un sitio que nos parece adecuado para acampar. Un viejo muro que debió pertenecer a una antigua mansión y que aún se mantiene en pie nos sirve para nuestros propósitos.

—Nos protegerá las espaldas —digo—. Y buena parte de los costados. Es el sitio más seguro que he visto por aquí.

—Entonces, acampemos, antes de que alguien se lo apropie.

Desmontamos y nos situamos estratégicamente. Los caballos a la derecha, los enseres a la izquierda, junto a unas piedras que están repartidas por el suelo.

—Tendremos que colocar algo delante —sugiero—. Cualquiera puede acercarse. Esta zona está muy desprotegida.

Ónica marca un perímetro con unas ramas para dejar claro que nadie puede traspasar el límite sin nuestro permiso.

Luego, con la caída de la noche, nos sentamos alrededor del fuego y cenamos. A pesar de la aparente tranquilidad que nos rodea, estamos inquietos, igual que los caballos.

El ataque a la muralla no cesa. Es constante y los conatos de incendio se producen sin parar. Los gritos de muerte y dolor llegan hasta nosotros y nos enervan.

—Tenemos que hacer guardias seguras —comento—. En cuanto nos durmamos, los lobos se nos echarán encima.

—No encontraremos aliados. No podemos fiarnos de nadie. Esto está lleno de gente desesperada que nos traicionará.

—¿Cuánto tiempo aguantaremos así? —pregunta Ónica—. Si no dormimos de noche, tendremos que dormir de día. Tarde o temprano, el cansancio nos vencerá.

—Tienes razón. Quizá nos hemos equivocado y debimos venir con los collares agotados. Este lugar no es bueno para permanecer mucho tiempo. Ahora entiendo por qué Zoltan y sus amigos hacían esos viajes.

—Las lamentaciones no sirven para nada, Royman. Tenemos que buscar una solución rápida.

—Mañana nos ocuparemos —respondo—. Ahora vamos a descansar. Yo hago la primera guardia.

—De acuerdo. No te olvides de llamarme cuando me toque —dice la princesa.

—No tengas temor. Lo haré.

Armado con una lanza que hemos encontrado al pie del muro, paseo durante un buen rato. Quiero que, si alguien me observa, sepa que voy a estar alerta. Alimento la fogata, reviso los caballos, cojo el escudo y camino ante el campamento, igual que un soldado de guardia en un castillo.

Mientras hago mi turno, observo el asalto salvaje a la primera muralla, que aún no ha sido conquistada pero que, indudablemente, va a serlo.

Las hordas de soldados atacan con fuerza y ahínco. La brutalidad de la batalla queda en evidencia, no sólo por los cuerpos que caen y los constantes gritos de dolor, sino por la cantidad de heridos que llegan sin cesar. Carros enteros de mutilados pasan por el camino que está un poco más allá de nuestro pequeño asentamiento.

Me pregunto si el ataque está dirigido por alguien o surge de un ejército improvisado cuyo único fin consiste en conseguir algo que beneficiará a todos.

Permiso concedido

Dicen que, tarde o temprano, las aguas de un río vuelven a su cauce.

Cada día que pasaba, yo notaba que las cosas volvían a ser como antes de la aparición de Miliari. La melancolía que se había apoderado del alma de Sibila se iba evaporando. Cada vez se acercaba más a mí y acabamos por reconocer que nuestra pasión era inquebrantable y que nos convenía afrontar los hechos antes de que las cosas volviesen a complicarse.

—Es mejor que nos casemos —le propuse el día en que se quitó el luto, un año después de la muerte del príncipe—. Ha llegado la hora.

—He cumplido mi promesa —dijo—. Ya soy libre de hacer lo que quiera. Ahora sólo queda que tus padres den su aprobación.

—La darán. No existe ningún motivo para oponerse. Debemos preparar la boda. Hagamos una lista de invitados y unámonos para siempre.

—Sí, será lo más acertado —aceptó—. Cuanto antes, mejor.

Sin embargo, yo notaba que el entusiasmo habitual de Sibila había desaparecido. Algo se había quebrado en su interior y no acertaba a descubrir de qué se trataba. Lo cierto es que algo en ella había cambiado.

—Es normal —me dijo Gwendlin cuando le conté mis preocupaciones—. El encuentro con Miliari fue muy fuerte y le impactó. Le costará olvidarlo, pero lo conseguirá. No debes tener duda de que te ama sólo a ti. Pero es necesario que tengas paciencia.

—Nunca me perdonaré haber matado a Miliari —se lamentó Wolfort—. Me dejé llevar por la pasión.

—Su padre y su hermana te han perdonado —le recordé—. Debes olvidarlo. Es agua pasada.

Pero, como suele ocurrir cuando todo empieza a encauzarse, las cosas se complicaron inesperadamente. Mi padre organizó un consejo de guerra con carácter de urgencia.

—Los rebeldes se han hecho fuertes en un pueblo del este llamado Herpies —explicó—. Debemos afrontar esta situación de forma inmediata.

—¿Qué proponéis, mi señor? —preguntó el capitán Dolmier.

—Vamos a atacar. Quiero que hagamos prisioneros para descubrir de una vez quién

está detrás de todo esto.

—¿Seguís pensando en una conspiración, padre? —le pregunté—. Lleváis años con esa idea.

—Cada día estoy más convencido. A pesar de que he hecho todas las investigaciones posibles sin obtener resultados, no me cabe duda de que hay alguien que maneja los hilos. ¡Y ha llegado la hora de descubrir quién es!

—Puedo hablar con mi gente —propuso Wolfort—. Quizá pueda averiguar algo si investigo entre los esclavos.

—Sí, Wolfort, hazlo —le dijo el rey—. Debemos acabar con esto antes de que termine con nosotros. Los tuyos causan muchos problemas.

—¿Y si no hubiese ninguna conspiración y todo fuese natural? —pregunté.

—Eso no es posible.

—Padre, pensad que hay mucha gente descontenta. Las cosechas no son buenas, los esclavos están desesperados, al límite de sus fuerzas... Algunos de nuestros vecinos desean vuestra corona... Puede que se trate de una casualidad. Ya ha ocurrido otras veces.

Mi padre se acarició la barba, reflexionó un rato y dijo:

—Es posible que tengas razón, Royman. Pero me inclino por la idea de la conspiración porque no creo en las casualidades. La lista de ataques es demasiado larga. En cualquier caso, sea como sea, debemos poner en orden nuestro reino. O se derrumbará.

Todo el mundo estuvo de acuerdo con él. Había que actuar con prontitud o no quedaría piedra sobre piedra.

—¡Hay que reconquistar Herpies! —ordenó el rey—. ¡Y quiero que tú, Royman, dirijas esa operación!

—Sí, padre. Es un honor que confíes en mí.

—Saldrás dentro de dos días al mando de un buen número de hombres. No debes fallar. Nos jugamos mucho.

Asentí y me juré que haría todo lo que estuviera en mi mano para reconquistar el lugar.

Los caballeros se inclinaron ante mí y me ofrecieron su colaboración. La verdad es que mi mente estaba en otra parte. A mí me preocupaba mi relación personal con Sibila, que también requería mi atención.

Así que, esa misma noche, después de la cena familiar, cuando ya habíamos tratado todos los temas que nos inquietaban, me puse en pie y dije:

—Señor, señora, tengo algo que anunciaros... Si me dais vuestro permiso.

—Claro que sí, hijo —dijo mi madre, que se había repuesto bastante del intento de envenenamiento, aunque no había vuelto a ser la misma desde entonces—. Puedes hablar.

—Sibila y yo queremos casarnos. Os pedimos humildemente permiso para que celebremos nuestra boda... Si os parece bien...

Mi madre se levantó, se acercó a Sibila y la abrazó.

—Me hacéis muy feliz, hijos míos. Tenéis mi bendición.

—Y la mía —añadió mi padre—. No veo ningún motivo para oponerme. Sibila y tú sois libres. La reina y yo seremos felices cuando os caséis.

Se acercó y me abrazó efusivamente.

—Wolfort y yo también queremos unirnos en matrimonio —anunció Gwendlin, poniéndose en pie—. Con vuestro permiso.

Mi madre la estrechó inmediatamente.

—Gwendlin, hija mía. ¡Qué feliz me haces!

—Querido Wolfort, me complace entregarte la mano de mi hija —dijo el rey, abrazándole.

—Podemos celebrar las dos bodas a la vez —propuso la reina—. ¡Sería una gran fiesta! ¡Ver a mis hijos casados el mismo día!

Su propuesta fue inmediatamente aceptada por todos.

—Podemos organizarlo para dentro de tres meses —sugirió el rey—. Con la llegada de la primavera.

—¡El mismo día que nos casamos nosotros! —exclamó la reina.

Creo que fue la primera vez que se miraron con ilusión. Desde hacía algunos años, parecían distanciados. Quizá tuviera algo que ver con lo que me había contado mi padre sobre la extraña muerte del padre de la reina, solo en su tumba.

—¡Está decidido! —exclamó el rey—. ¡Haremos doble boda! ¡Lo anunciaremos a los cuatro vientos! ¡Invitaremos a todos nuestros amigos y aliados!

—Ah, me gustaría traer a Quania para agradecerle lo que ha hecho por mí —dijo la reina.

—Eso no va a ser posible, madre —le dije—. Quania y su nieta han desaparecido. No sabemos nada de ellas. Me pidieron permiso para marcharse y se lo dí.

—Vaya, lo siento mucho —replicó.

Un viejo amigo

Pocos días después, el cansancio, el aburrimiento y la tensión empiezan a hacer mella en nuestro ánimo.

Salimos todos los días a dar vueltas, en busca de información para hacernos una idea más concreta de cuál es la situación de este lugar. Pero sólo encontramos respuestas vagas e inconcretas. Nadie nos habla con claridad. Algunos, los más audaces, intentan engañarnos.

—Queremos alistarnos en alguno de estos ejércitos —le digo un día a un posadero—. ¿Dónde podemos encontrar a un rey o a un general que quiera escucharnos?

—No os conviene —replica—. Aquí cada uno lucha como puede, por su cuenta... Coged vuestras armas y ayudad a derribar esas malditas murallas que nos mantienen prisioneros en Mort.

—Queremos salir de aquí —añade un anciano desdentado—. ¡Esto es terrible!

Hemos notado que ciertos individuos han empezado a seguir nuestros movimientos. Así que, una noche, les tendemos una trampa.

—¿Qué buscáis? —les pregunto—. ¿Queréis algo de nosotros?

—Somos soldados y buscamos voluntarios para nuestro ejército —dice uno.

—¿Por eso nos estáis vigilando? —pregunta Ónica—. ¿Quién os envía?

—Solo estamos atentos a los que llegan. Un par de milmorts como vosotros nos vendrían muy bien —dice el que debe ser el jefe del grupo—. Pero si no os interesa, nos vamos.

Da un paso hacia atrás y sus hombres le siguen prudentemente.

—¡De eso nada! —les advierto, cortándoles el paso—. ¡Vosotros ya no salís de aquí!

—No hemos hecho nada malo —protesta otro tipo que lleva el pelo hasta la cintura—. Sólo buscamos gente que quiera luchar a nuestro lado.

—Eso es lo que vamos a hacer —le digo, mostrándole el filo de mi espada milmortiana—. Vamos a luchar a vuestro lado.

—¡A ver si os gusta! —añade Ónica, aprestándose para la pelea.

Los seis tipos comprenden que han caído en su propia trampa. Ahora, los acosados son ellos. Los curiosos que están contemplando la escena tratan de apartarse. Saben que cuando las espadas salen de sus fundas, nadie conoce la trayectoria que van a seguir y resulta peligroso estar demasiado cerca.

El jefe hace señales para que se distribuyan. Tres para cada uno. Ilusos.

Todo se produce con mucha rapidez. Su torpeza nos facilita las cosas. Todo es tan

fácil como contar hasta tres.

—¡Ya he acabado con los míos! —exclama Ónica.

—¡A mí me queda uno...! —digo—. ¡Ya está! Asunto terminado...

Gracias a estos individuos, nuestros collares milmortianos se aligeran aunque, para mi gusto, siguen con demasiado peso.

Nos marchamos mientras los carroñeros se lanzan al despojo.

—Tenemos que hacer algo, y pronto —dice Ónica, un día, mientras cabalgamos a lo largo de la muralla, donde se está desarrollando un asalto feroz a la puerta principal—. No estamos en el buen camino.

—Sí, pero ya ves cómo es esto —respondo—. Sólo atacan la muralla. Es lo único que les interesa. Nadie quiere luchar a cuerpo descubierto, sólo practican la traición y atacan de noche, a oscuras. Así no avanzaremos.

—Podemos participar en una batalla —propone Ónica.

—No podemos luchar contra los guardianes. No cuentan para nuestros collares. No nos servirá de nada.

—Yo decía para defender la muralla.

—No estoy seguro de que los guardianes nos lo permitan. Es asunto suyo —respondo—. Debemos buscar una solución más rápida.

—Entonces tendremos que luchar contra los soldados negros que sirven a los milmorts —dice Ónica—. Esos sí que cuentan para nuestros collares.

Estamos cansados y, después de conseguir algún alimento en un mercadillo, nos disponemos a volver a nuestro pequeño asentamiento cuando alguien nos llama:

—¡Royman! ¡Ónica!

Aunque la voz me resulta conocida, empuñamos inmediatamente las armas.

—¡Zoltan! —exclamo—. ¡Caballero Zoltan!

—¿Qué hacéis aquí? —nos pregunta.

—¡Somos milmorts! —le explico—. ¡Los dos!

—Vaya, me alegro.

—Y vos, ¿qué hacéis todavía por aquí? Os hacíamos en la gloria.

—Tuve mala suerte.

Entonces, nos fijamos en su aspecto. Harapiento, desmejorado y sucio. No le queda ningún signo de los atributos milmortianos.

—¿Qué os ha pasado? —quiere saber Ónica.

—Me engañaron. Me uní a dos caballeros milmorts que resultaron ser falsos. Aprovecharon que estaba desarmado para hacerme prisionero. Me despojaron de todo y me vendieron como esclavo.

—¿Y los atributos?

—Se llevaron mi espada y mi escudo. Y el collar ya no existe. ¡Conseguí los mil eslabones!

—¿Y no subís al Monte Milmort?

—No puedo —dice, levantando el andrajo que le cubre y dejando al descubierto una

pierna en cuyo tobillo hay una argolla unida a una cadena—. ¡Soy esclavo!

—¡Eh, *Perro!* —grita un hombre grueso, de mala catadura, dando un tirón de la cadena—. ¡Vuelve a tu trabajo!

Zoltan se repliega y da un paso hacia atrás.

—¡Ese hombre es amigo nuestro! —le advierto.

—¡Ese hombre es mi esclavo! —responde el hombre con malos modos—. ¡Y yo decido lo que hago con él!

—¡Es un caballero milmort! —añade Ónica.

—Sí, claro, y yo también.

—Tú no eres un milmort —le replico, dejando ver la espada y el escudo—. Pero nosotros sí.

—Me da igual. ¡Es mi esclavo!

—¡Los milmorts no son esclavos de nadie! —insisto—. ¡Os exijo que lo soltéis ahora mismo!

—Dadme lo que pagué por él —responde, después de lanzar un escupitajo al suelo—. ¡Cien monedas!

—Os pago con vuestra vida —le contesto—. Le dejáis libre y seguís vivo. ¿Qué me decís?

La respuesta del hombre no se hace esperar. Lanza un grito y se abalanza sobre mí, con el hacha en alto. Dos hombres armados surgen de entre las sombras, dispuestos a acabar con nosotros.

Reaccionamos con rapidez: nuestras armas salen de las fundas y nos aprestamos a defendernos.

—¡Habéis cometido un error! —les advierto, mientras me enfrento al hombre grueso—. ¡Somos milmorts y nadie nos ofende! ¡Los que se enfrentan a nosotros, mueren!

Mientras Ónica se ocupa de los otros dos, rebano el cuello del mercader. Entonces, inesperadamente, una mujer sale por detrás, dispuesta a clavarme un puñal en la espalda. Pero Zoltan le atiza un golpe en la cabeza y la deja fuera de combate.

—¡Vámonos antes de que las cosas se compliquen! —propone Ónica, que acaba de liquidar a su segundo contrincante.

Algunos comerciantes, seguramente amigos y cómplices del dueño de Zoltan, se acercan amenazantes hacia nosotros.

—¡No intentéis nada! —les advierto—. ¡O acabaréis como ellos!

—Ese hombre es un esclavo —dice un individuo que lleva un brazo vendado, lleno de sangre y pus—. ¡Es nuestro! ¡Nos pertenece! ¡Devolvédnoslo!

—Acabo de negociar su libertad con su amo —le explico, mostrando mi espada ensangrentada—. Y como veis, hemos llegado a un acuerdo. ¡Se viene conmigo! ¡Ahora me pertenece!

Los individuos no están muy convencidos y parecen dispuestos a seguir adelante.

—¡Podéis quedaros con todo lo suyo! ¡Ese mercader era rico! —les sugiere Ónica—. ¡Es mejor que perderlo todo!

Los tipos se detienen, titubeantes.

—¡Apartaos! —ordenó, dando un paso adelante—. ¡Ahora!

Ónica sujeta las riendas de los caballos y hace ademán de seguirme.

—¡Pasa delante, Zoltan! —le digo.

—No puedo. Estoy atado —responde, tirando de su cadena.

Levanto la espada milmortiana y asesto un golpe sobre la cadena, partiéndola en dos.

—El acero milmortiano no soporta las cadenas —digo con rabia—. ¡Vámonos!

Los tres nos alejamos de aquel lugar mientras los curiosos despojan el tenderete del comerciante.

Después de asegurarnos de que nadie nos sigue, nos dirigimos hacia el pequeño campamento. Allí, recogemos nuestras escasas pertenencias y nos vamos a buscar otro cobijo.

—Es mejor ser prudentes —digo—. Liberar esclavos no está bien visto. Podrían unirse contra nosotros. Y aunque tengo ganas de luchar, no estoy seguro de que podamos con todos.

Por fin, nos asentamos debajo de un puente donde, por lo menos, estamos fuera de la vista. No es un mal escondrijo, pero apesta a causa de la gran cantidad de desperdicios que arrastran las aguas del río.

—Os agradezco lo que habéis hecho por mí —dice Zoltan, frotándose el tobillo, del que le acabamos de quitar la argolla de hierro—. Nadie hubiera expuesto su vida para liberarme. Estoy en deuda con vosotros.

—Ahora, amigo Zoltan, sois nuestro esclavo —le advierto—. Fuisteis mi amo y ahora me pertenecéis.

—¿Cómo? —exclama Zoltan, sorprendido—. ¡Os recuerdo que soy un caballero milmort!

—Y yo os recuerdo que os he liberado. Vuestro destino estaba marcado y nosotros lo hemos cambiado. Vuestra vida es nuestra.

—¿Para eso me habéis soltado?

Zoltan se queda sin palabras. Mi mensaje es muy claro.

—Pero no olvidamos lo que habéis hecho por nosotros —añado, un poco después—. Así que os devolvemos la libertad. Estamos en paz. Nada nos debéis, nada os debemos. Si queréis, podéis iros a donde os plazca.

—Vaya, esto cambia por momentos —responde Zoltan—. Sólo hay un sitio al que ir. Pero, de momento, me quedaré con vosotros. Puedo seros muy útil. Llevo aquí mucho tiempo y sé muchas cosas.

—Nosotros sólo necesitamos subir a esa montaña —le replico—. Lo demás no nos interesa.

—Yo sé quién puede ayudaros a alcanzar la cima —responde Zoltan—. Conozco a alguien que tiene suficiente poder para llevaros hasta la cima de esa montaña.

Ónica y yo nos quedamos mirando a Zoltan, esperando a que pronuncie el nombre mágico.

—Mañana os llevaré a conocerlo —dice.

—Hay un problema —le digo—. Nuestros collares están casi enteros.

—No os preocupéis por eso —responde nuestro amigo—. Esas murallas están protegidas por soldados esclavos de los guardianes. Tendréis ocasión de eliminar vuestros eslabones. Sólo debéis tener cuidado de no enfrentaros con los guardianes. Por lo demás, luchad hasta que vuestros brazos ya no puedan sostener vuestras espadas.

Plan perfecto

Salí del castillo con treinta caballeros y doscientos soldados de infantería, de los cuales cincuenta eran arqueros, otros cincuenta lanceros y los cien restantes espadachines. Además, cuatro carros de avituallamiento nos seguían de cerca.

Mi misión era muy clara: reconquistar Herpies, hacer la mayor cantidad de prisioneros y conseguir toda la información posible. Tenía que lograr que de esta acción de guerra saliera tanta información que fuera fácil saber de una vez por todas si había o no una conspiración contra nosotros.

—La información es básica —me había dicho el rey—. Pero es necesario que todos sepan que las rebeliones no tienen futuro en este reino. ¡Acaba con esta situación, Royman! ¡Es demasiado peligrosa!

—Lo haré, padre. Pondré las cosas en su sitio y la paz volverá a reinar en nuestras tierras.

—Recuerda que no debes fiarte de nadie. ¡De nadie, Royman!

El mismo consejo que mi abuelo me había dado durante toda su vida, hasta su último aliento. Una recomendación que intentaba seguir pero que no estaba seguro de haber cumplido con rigurosidad. La verdad es que siempre pensaba que era imposible de cumplir. No puedes vivir entre personas a las que amas y no fiarte de ellas. Nadie puede hacer eso, y el que lo hace, vive en un infierno. ¿Cómo no vas a confiar en tu propia esposa? ¿Cómo puedes vivir sin dar tu confianza a tus hermanos, a tus padres y a tus amigos?

—¿Cuál es vuestro plan de ataque, príncipe Royman? —me preguntó el capitán Dolmier, mi oficial mayor—. ¿Cuál es la estrategia?

—Antes de tomar una decisión, es necesario ver el escenario —le dije—. Haremos un plan de ataque cuando lleguemos.

Pero no era verdad. Yo tenía un plan muy concreto que no le quise contar. No es que desconfiara de él, pero no quería correr el riesgo de que hablase más de la cuenta con suboficiales y soldados.

Tardamos una jornada en llegar al lugar establecido. Lo primero que hice fue montar un campamento fortificado y bien vigilado a la vista de los rebeldes. Quería demostrarles desde el principio que estábamos prevenidos y que no les íbamos a dar ninguna oportunidad de atacarnos por sorpresa. Íbamos a atrincherarnos en nuestro campamento. Lo que no vieron es que nuestro campamento era, en realidad, una gran cárcel para prisioneros. Ese era el plan preciso y minucioso que mi padre y yo habíamos

elaborado en el más absoluto secreto.

Al anochecer, ordené encender muchas fogatas a fin de que pensarán que nos disponíamos a descansar plácidamente. Más tarde, en plena noche, amparados por la oscuridad, desplegué a la infantería y nos acercamos al pueblo con el más completo sigilo. Un grupo de soldados silenciosos había eliminado previamente a todos los centinelas. Tomamos las calles y aposté a nuestros hombres por todo el pueblo hasta que no quedó una sola calle o plaza sin conquistar.

Cuando despertaron al día siguiente, se dieron cuenta de que habían sido invadidos y prefirieron no salir de las casas. Algunos insensatos intentaron escapar, pero fueron rápidamente apresados.

Entonces, a una señal de Dolmier, cabalgué hasta el pueblo al frente de cincuenta caballeros. El retumbar de sus caballos no pasó inadvertido para nadie, ni tampoco los golpes que con sus espadas imprimían sobre los escudos.

—¡Salid con las manos en alto o entraremos a buscaros! —grité cuando llegué a la plaza—. ¡Rendíos antes de que sea tarde!

Tardaron un tiempo en reaccionar. Sin embargo, varias puertas se abrieron, y arrojaron las armas. Después, empezaron a salir tímidamente al principio, y en grupos al final.

Según se dejaban ver, eran aprisionados y encadenados. Una hora después, ya no quedaba un solo rebelde armado y libre.

—Agrupadlos en el campo de prisioneros y vigilad todos sus movimientos —le ordené a Dolmier—. Responsabilizaré a cualquiera que se descuide. No quiero sorpresas.

—Sí, mi señor. Así se hará.

—No os fiéis de ellos. No os descuidéis. Abrid bien los ojos. Cuando reaccionen, intentarán algo.

—Seguiremos vuestros consejos...

—¡No son consejos, son órdenes!

—Perdón, mi señor. Cumpliremos las órdenes.

Después, acompañado de seis soldados, elegí a un prisionero y lo llevamos a mi tienda.

—¿Cómo te llamas, rebelde? —le pregunté.

—Rodiero.

—¿Quién os ha dado instrucciones para rebelaros? ¿Quién es vuestro jefe? ¿Quién os manda?

—Nadie. Actuamos por nuestra cuenta.

—Escucha, Rodiero... Si crees que me voy a tragar tus mentiras, debo decirte que te equivocas. Esto es una acción coordinada por alguien. Dime quién os ha ordenado ocupar este pueblo.

—La gente está harta de injusticias. Por eso nos hemos rebelado de manera espontánea.

—Rodiero, nadie me va a hacer creer que esto no forma parte de un plan. Es más, me acabas de convencer de que no es posible. En este reino no existe una situación de

injusticia que propicie una rebelión. No digo que el rey sea perfecto, pero tampoco creo que sea tan injusto como para que os levantéis en armas. ¡Soldados, encerrad a este hombre separado de los demás!

Cuando nos quedamos solos, Dolmier, que había escuchado el interrogatorio, me preguntó:

—¿Creéis entonces que hay una conspiración organizada?

—¿Vos no? ¿Pensáis que estos hombres se han apoderado de este pueblo por decisión propia?

—Me cuesta trabajo creer que todo obedece a un plan.

—A estas alturas, a mí me cuesta pensar lo contrario.

—En cualquier caso, debo felicitaros. Habéis aprisionado a estos hombres sin haber perdido un solo soldado. Habéis actuado como un gran estratega.

—Gracias, capitán Dolmier. Espero que esto ayude a aplacar a los demás rebeldes... Y a quienes los apoyan.

Atilian

—¿Sabes adónde vamos? —le pregunto a mi buen amigo Zoltan.

—Perfectamente —responde—. Vais a conocer a la persona que os ayudará a subir al Monte Milmort.

—¿Y está en esta fortaleza? —quiere saber Ónica.

—Es su amo. Se llama Atilian y es el único que os puede ayudar —explica Zoltan con mucho convencimiento.

Nos detenemos ante el puente levadizo y esperamos a que alguien salga a recibirnos.

—¿Quiénes sois y qué queréis? —pregunta un sargento desde lo alto de la muralla, sobre la puerta.

—Me llamo Zoltan y soy amigo de tu amo, el rey Atilian. Dile que quiero verle.

—¡Mi señor no recibe a andrajosos como vosotros! ¡Marchaos de aquí!

—¡Somos caballeros milmorts! —exclamo, mostrando el símbolo de mi escudo—. ¡Háblanos con respeto o te arrepentirás!

—¡Insisto en que le digas a tu señor que su amigo Zoltan quiere verle!

El sargento se lo piensa un poco.

—¡Soy amigo suyo! —repite Zoltan—. ¡Cuando sepa que me has impedido el paso, tu cabeza no valdrá una moneda!

Nuestro interlocutor desaparece. Un poco después, se deja ver por la puerta que se acaba de abrir.

—¡Dejad vuestras armas aquí! —ordena—. Veré lo que puedo hacer.

—Los caballeros milmorts no entregamos nuestras armas a nadie —le explico.

—Entonces, no pasaréis —responde el sargento.

—Pero yo sí entraré —dice Zoltan—. Estoy desarmado.

El sargento no pone ninguna pega a la oferta de Zoltan y le deja acercarse. Nosotros nos quedamos fuera y vemos desde lejos cómo Zoltan desmonta y es escoltado por varios soldados.

Mientras esperamos, una compañía de soldados entra a la vez que sale otra. Los que salen están en buenas condiciones, pero los que llegan están heridos y maltrechos.

Entran carros vacíos y salen otros cargados con flechas, piedras y bolas

incendiarias. Espadas, lanzas y hachas... Todo lo necesario para mantener viva la batalla que se libra al pie del monte.

Una hora después, un oficial sale a buscarnos.

—Soy el general Dagul, podéis pasar. Mi señor os espera —dice amablemente.

Desconfiando de sus palabras, y prestos para sacar nuestras armas en cualquier momento, hacemos avanzar las monturas a paso lento. Es mejor ser precavidos.

Le acompañamos hasta el patio de armas y, después de callejear entre sus muros, que están sucios y deteriorados, nos lleva hasta la puerta principal de la torre donde el general nos pide que desmontemos.

—Si no vemos pronto a nuestro amigo, nos pondremos nerviosos —le advierto—. ¡Queremos verle ahora!

Justo en ese momento, Zoltan se asoma por una ventana del último piso, con una copa de vino en la mano.

—¡Podéis subir! —grita alegremente—. ¡Atilian quiere conoceros!

Descabalgamos pero mantenemos las armas. Entramos en la torre siempre acompañados de soldados. Después, subimos los tres pisos con precaución ya que la posibilidad de caer en una trampa aún existe. Ni una sola sombra nos pasa desapercibida y tampoco se nos escapan los movimientos de los soldados. Captamos cada gesto de Dagul.

—Venid conmigo —nos dice Zoltan—. El rey Atilian nos concede audiencia. Os permite llevar vuestras espadas, pero os aconsejo que no hagáis ningún movimiento en falso. Ah, y sed muy respetuosos.

Entramos en la cámara real acompañados de ocho soldados, además de los otros cincuenta que ya están dentro. El rey Atilian está sentado en su trono, con una jarra de vino en la mano.

Atilian tiene un aspecto que recuerda a un oso. Muy peludo, cejijunto, mirada fría y oscura; grueso y lento de movimientos. Curiosamente, luce una espada milmortiana entre las manos. Detrás del trono, cuelga un escudo con una calavera.

—¿Sois los amigos de Zoltan? —pregunta con una voz gutural, que recuerda a unos gruñidos—. ¿Sois los milmorts?

—Son ellos, mi señor Atilian —asegura Zoltan, después de dar un trago—. Están aquí para pedirnos vuestra ayuda.

—¿Qué queréis de mí exactamente?

—Que nos ayudéis a cruzar la muralla —digo, adelantándome a Zoltan, que se queda con la palabra en la boca—. Queremos alcanzar la cima.

—¿Qué estáis dispuestos a pagar por mi ayuda?

—¿Cuál es vuestro precio?

Atilian bebe de la copa.

—Soy caro. Y también soy el único que puede ayudaros. Pero, tenemos tiempo para negociar. Quedaos esta noche en mi castillo y mañana llegaremos a un acuerdo.

Ónica y yo miramos a Zoltan para pedir su consejo.

—Es una buena idea —dice nuestro amigo—. Mañana lo veréis todo más claro y

podréis negociar mejor. Atilian es un buen amigo, así que estoy seguro de que os pondréis de acuerdo en el precio.

—Me parece bien —dice Ónica—. Pero no nos separaremos de nuestras armas. Por si acaso.

—Vamos, vamos, no seáis desconfiados —ríe Atilian—. Relajaos y disfrutad de un poco de tranquilidad. Ahora bajaremos al comedor, donde cenaremos como buenos amigos. Hay comida y bebida en abundancia. Mañana, cuando estéis más tranquilos, organizaremos un buen plan de ataque, ¿verdad, Zoltan?

—Oh, claro, mi señor Atilian —dice Zoltan—. Primero comer y luego negociar. Eres un experto en eso. ¡Comamos, comamos!

El rey Atilian, divertido, se ríe a mandíbula batiente.

—No sé si debemos seguir aquí —digo—. Quizá debamos volver mañana.

—¡Haréis lo que yo os digo! —gruñe Zoltan—. ¡Me habéis pedido una entrevista con mi amigo Atilian y ahora no podéis rechazar su ofrecimiento!

—¿Es acaso tu hijo, Zoltan? ¿Por qué le regañas de esta manera? ¿Quiénes son estos muchachos a los que das órdenes como si fuesen hijos tuyos? Dime...

—No son hijos míos, pero podrían serlo. De haberlos tenido, me habría gustado que fuesen como ellos. Son las únicas personas que aprecio en este mundo. ¡Las únicas!

—Creía que me apreciabas también a mí.

—No, Atilian. Sabes que te desprecio... Y que te temo... Sé muchos secretos sobre ti y un día...

Atilian termina la jarra y se acaricia la barba, como despreciando las amenazas de Zoltan.

—¿Qué harás, idiota? —le dice, desafiándole—. ¿Acaso no tienes claro que yo soy más listo y más fuerte que tú?

—Sí, lo reconozco —dice Zoltan, muy sumiso—. Nunca me atreveré a enfrentarme a ti.

—Creo que ya es hora de ir a cenar —dice Atilian, desparramando el vino por el suelo, pues está medio borracho.

—Déjame que te diga una cosa al oído, amigo Atilian —dice Zoltan en voz baja—. Tengo que contarte un secreto.

Atilian llena de nuevo su jarra de vino y le indica que puede acercarse. Zoltan cruza la barrera de la guardia personal y se arrodilla ante el rey.

—Verás, he pensado que ya es hora de que me devuelvas lo que es mío —dice ante el asombro de Atilian, que se queda desconcertado.

Entonces, Zoltan saca una daga que llevaba oculta en la bota derecha y se la clava en el cuello antes siquiera de que la haya visto.

Los hombres de la guardia personal se abalanzan sobre Zoltan, pero cometen el error de darnos la espalda. El sonido del acero saliendo de la funda les alerta y les hace comprender que no han calculado bien su acción.

—¡Uno! ¡Dos! —exclamo—. ¡Tres!

Zoltan agarra la espada milmortiana de Atilian y se une a nosotros. La lucha se hace

más feroz cuando llegan refuerzos.

—¡Esto le viene bien a mi collar! —grita Ónica—. ¡Otro más!

—¡Me estaba haciendo falta un poco de acción! —exclama Zoltan, luchando a brazo partido—. ¡Por fin vuelvo a ser yo!

—¡Rendíos, traidores! —ordena Dagul—. ¡Os cortaremos en pedazos por haber matado a nuestro señor!

—¡Te equivocas, general! —le responde Zoltan—. ¡Vuestro señor soy yo!

—No aceptaremos a un andrajoso como tú —dice el general Dagul—. ¡Queremos un jefe de verdad!

Rápido como un halcón, Zoltan se abre paso hasta él y se coloca delante, con la espada en alto, listo para abatirla sobre su cabeza.

—¿Quién es tu rey, general? —le pregunta.

Dagul se queda sin palabras, muerto de miedo.

—¡Tú! —dice por fin, con un temblor de piernas que no pasa desapercibido a nadie—. ¡Tú eres nuestro rey!

—¡Repítelo! —le ordena Zoltan.

—¡Viva el rey Zoltan! —grita el general Dagul, con la vena del cuello hinchada—. ¡De rodillas ante nuestro nuevo señor!

Los soldados se dan prisa en obedecer. Bajan la guardia y ponen rodilla en tierra. Al fin y al cabo, les da igual quién ocupe el trono en este mundo oscuro de Mort.

—¡General, te voy a dar una orden! —exclama Zoltan, con la espada todavía en alto sobre la cabeza del oficial—. ¿Me escuchas, Dagul?

—Sí, mi señor —dice el oficial—. ¡La obedeceré!

—Quiero que mañana por la mañana todas nuestras tropas estén listas para salir a combatir.

—Saldré ahora mismo a impartir las órdenes, mi señor.

—¡Ni se te ocurra moverte! —le ordena Zoltan—. Prefiero que vengan los oficiales a recibir tus órdenes. Quiero estar presente cuando les transmitas mi deseo. ¿Entendido?

—¡Convocad a todos los oficiales! —ordena el general—. ¡Que vengan ahora mismo!

Ónica y yo nos miramos. Estamos más sorprendidos que los soldados de Atilian, cuyo cadáver está en medio de un charco de sangre, delante de nosotros.

—Atilian es uno de los que me engañaron —nos explica Zoltan—. Ahora le he engañado yo. Creo que ya es hora de recuperar mis atributos. ¡Voy a llevaros a la cima del Monte Milmort!

—¿Cómo conseguiste que nos recibiera? —le pregunto.

—Le dije que le traía un par de milmorts para hacerse con ellos —se burla—. Ese idiota cayó en la trampa. No sabía que no hay que fiarse de alguien a quien has traicionado.

—¿Qué pensaba hacer con nosotros? —pregunta Ónica.

—Lo mismo que hizo conmigo. Quitaros vuestras armas, arrancaros los collares y alistaros como soldados de avanzadilla. O moríais en la batalla, os mataba aquí mismo u os vendía como esclavos.

—¿Nos has usado como cebo? —le pregunto.

—Habéis sido la excusa perfecta para acercarme a él —reconoce.

—Has abusado de nuestra amistad —le reprocho.

—Sois un par de ingenuos, amigos. Todavía os queda mucho por aprender. Pero si os quedáis a mi lado, es posible que salgáis con bien de todo esto. En el fondo, soy un padre para vosotros... Pero no os enfadéis conmigo, os daré lo que queréis... ¡Os daré una batalla memorable! ¡Y os daré la oportunidad de subir a ese maldito monte! ¡Os daré la inmortalidad!

El delator

Después de dejar el pueblo en orden, con un destacamento encargado de mantener la paz al mando de un sargento de armas, volvimos al castillo, con una hilera de prisioneros encadenados a nuestros carros.

Nos sabíamos vencedores y nuestros corazones estaban henchidos de orgullo. Yo tenía el convencimiento de que, con tantos prisioneros, íbamos a encontrar la pista que necesitábamos para descubrir el origen de toda la conspiración. Después de haber escuchado las mentiras de Rodiero me ratifiqué en mi idea de que, efectivamente, había un plan para derrocar al rey.

Los cautivos dificultaron nuestra marcha todo lo que pudieron y nos hicieron tardar el doble de tiempo en regresar. Finalmente, y bajo una intensa lluvia, conseguimos cruzar el puente levadizo de nuestra fortaleza en un tiempo razonable.

Una brigada salió a nuestro encuentro y se hizo cargo de los prisioneros a los que llevaron a unos barracones especialmente contruidos para ellos. Allí iban a permanecer bajo una estrecha vigilancia. Según habíamos acordado mi padre y yo, infiltramos algunos hombres que se hicieron pasar por proscritos con la intención de obtener información.

Totalmente empapado, fui a presentar mis respetos al rey y a contarle todo lo que había sucedido.

—Padre, he cumplido el encargo que me encomendaste. Traigo cautivos.

—Estoy orgulloso de ti, Royman. Has cumplido la misión perfectamente. ¡Abrazame!

Me lancé a sus brazos. Aquella unión fue la confirmación de que el heredero del trono era digno sucesor.

—Ha llegado la hora de nombrarte caballero —anunció—. Lo haremos enseguida. Es necesario aprovechar este éxito.

—Mi triunfo es el tuyo, padre —reconoció—. He ganado gracias a tu prudencia. Lo planeaste todo con astucia y sigilo. Tu plan secreto ha funcionado a la perfección. La discreción ha sido nuestra mejor aliada.

—Sí, es verdad, pero tú lo has aplicado con habilidad. Creo que, por fin, has aprendido a no confiar en nadie. Por eso te ha salido bien.

Tenía razón. Habíamos hecho un buen trabajo y nos habíamos complementado a la perfección.

—Tu abuelo estaría orgulloso de ti —añadió—. Muy orgulloso.

—Y yo lo estoy de él... Y de ti.

—Y, ahora, vamos a ver a tu madre. Te aguarda una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—Sígueme y no hagas preguntas.

Un poco después, abrió la puerta del gran salón y me permitía entrar. Entonces, me quedé de piedra.

—¡Ónica! ¿Qué haces aquí? —exclamé, sintiendo que todo mi ser se emocionaba—. ¡Qué alegría!

—La hemos invitado —dijo Sibila—. Estará una temporada con nosotros. Vendrá a nuestra boda y será mi dama de honor.

Saber que se iba a quedar algún tiempo en Force era una gran noticia para mí. De alguna manera, Ónica se había clavado en mi corazón, junto a Sibila. No obstante, consideré adecuado no decir nada sobre la cantidad de veces que me había acordado de ella.

—Asistirá a tu ordenación como caballero —añadió el rey—. Será la semana que viene.

Mi madre, Gwendlin y Wolfort se hallaban junto al rey Marcus, padre de Ónica, que, al verme, se había levantado.

—Majestad, me alegra veros —dije, haciendo una reverencia—. ¿Os encontráis bien?

—Sí, y ahora estoy mejor. Tu familia nos ha acogido con gran cariño y nos ha presentado todo tipo de excusas sobre lo que pasó con Miliari.

—Wolfort nos ha explicado lo que ocurrió y su relato nos ha dejado satisfechos. Coincide perfectamente con lo que nos contasteis Sibila y tú en vuestra visita. Por eso le hemos perdonado y le aceptamos como un buen amigo del que podemos fiarnos plenamente —añadió Ónica.

—Llevo la muerte de vuestro hermano Miliari clavada en mi corazón —aseguró Wolfort—. Nunca me lo perdonaré.

—Amigo Wolfort —dijo Ónica—. No debes reprocharte nada. Es evidente que eras mejor luchador que mi hermano. Ganaste en buena lid. Así que todo está en orden. No me cabe duda de que eres un hombre de honor.

Después de los días duros que había padecido durante la expedición a Herpies, aquella reunión familiar me reconfortó. De repente, como por arte de magia, todo estaba en orden. Nos queríamos y la felicidad iba a acompañarnos.

—Me encanta saber que voy a asistir a una doble boda —dijo Ónica aquella noche, mientras cenábamos—. Supongo que haréis una gran fiesta, ¿verdad?

—Dices bien, Ónica —respondió mi madre—. Con tu llegada mi felicidad ha aumentado. Hemos perdido a un hijo pero contigo hemos ganado una hija.

—Estamos invitando a todos los reyes, nobles y caballeros que conocemos —explicó mi padre—. Traeremos juglares, poetas y músicos para que dejen constancia de este extraordinario acontecimiento. Puedo asegurar que esta doble boda será recordada durante mucho tiempo.

—Os creo, majestad —aseguró el rey Marcus—. Tenéis unos hijos maravillosos y os

merecéis toda la felicidad del mundo. Mi hija y yo haremos lo que esté en nuestra mano para contribuir a que todo sea perfecto.

—Empezaremos mañana mismo —anunció mi madre—. Organizaremos una pequeña fiesta para celebrar este encuentro.

—Sí, Royman acaba de tener un éxito sobre nuestros enemigos y vuestra presencia engrandece este momento —dijo el rey—. Celebrémoslo.

Ónica y yo cruzamos una mirada furtiva. Sin embargo, a pesar de que creía que nadie nos había visto, sorprendí a Wolfort mirándonos de reojo.

—Royman está contento de verte, Ónica —dijo Sibila—. Y yo también. Gracias por venir.

—No podía negarme a aceptar vuestra invitación —respondió la hermana de Miliari—. Haré todo lo que me pidáis.

Por un momento, me pareció que sus palabras tenían un significado mayor que el que parecía a primera vista. Pero, sin duda, estaba exagerando. No era lo que yo imaginaba o estaba deseando imaginar.

Después, cuando todos se habían acostado, mi padre y yo fuimos a los calabozos para interrogar de nuevo al prisionero Rodiero.

Mi padre es paciente y sabe llegar a donde quiere ir. Por eso, antes de una hora de duro interrogatorio, el prisionero contó gran parte de lo que sabía.

—No estamos al tanto de quién dirige esta rebelión. Recibimos instrucciones a través de órdenes escritas en un papel que destruimos apenas leímos. Eso es todo lo que sé —confesó Rodiero.

—¿Quién está detrás? —repetí por enésima vez—. ¡Dinos quién es la mano que mueve los hilos!

—Nadie lo sabe. Sólo sabemos que si actuamos con firmeza, habrá un nuevo rey más justo. Un rey que liberará a los esclavos y dará tierras a los campesinos. Un rey que impondrá la justicia en este reino. Pero nadie sabe nada. Ningún nombre.

—¿Un rey que traerá la justicia? ¿Estás seguro de lo que dices?

—Completamente, mi señor. Hay muchos rumores sobre vos. Se dice que habéis mandado matar al príncipe Miliari para ocupar sus tierras. Que nos esperan tiempos de terror bajo vuestro mando y el de vuestro hijo, que también ha matado a la regente de la princesa Sibila. Dicen que vuestra ambición es ilimitada; que queréis convertirlos en emperador y que nos vais a llevar a una guerra interminable. Todo el mundo os tiene miedo.

Mi padre y yo nos quedamos sorprendidos por las palabras de Rodiero. Ahora ya no cabía duda de que alguien nos quería mal.

—Te quedarás aquí hasta que recuerdes el nombre de la cabeza rectora de esta horrible conspiración —dijo el rey—. Más te vale recordar.

—¡Es inútil! —imploró—. ¡No puedo recordar lo que no conozco!

—¡Sé que lo sabes! ¡No se puede pertenecer a una trama como esta sin saber quién la dirige!

Salimos de la celda más preocupados que cuando entramos.

—Hay que nombrarte caballero inmediatamente —dijo el rey—. Sin perder tiempo.

—Padre, deberías nombrar también a Welfort —le sugerí—. Mejor dos que uno. Eso confirmará que también lo consideras hijo tuyo. Se preocuparán más si ven que detrás de ti hay dos caballeros de confianza.

—Sí, tienes razón. Es una buena decisión. Gwendlin se pondrá muy contenta.

—La reina y Sibila también.

Primera muralla

Zoltan está al frente de los trescientos jinetes que se encuentran preparados para atacar la primera muralla. A su lado, el general Dagul, que ha conseguido convencer al nuevo rey de su fidelidad.

Todo indica que va a ser una batalla feroz ya que Zoltan ha prometido convertir a los cobardes en alimento para los cerdos.

Ónica y yo nos hemos colocado en el centro de la tropa para pasar desapercibidos.

—¡Nos veremos en la gloria! —le digo.

—¡Eso espero! —responde ella.

Zoltan alza el brazo armado con su espada milmortiana y espera un poco antes de dar la orden. Con los pulmones llenos de aire, lanza un grito mientras espolea su caballo:

—¡Adelante! ¡Adelante!

La horda de guerreros se mueve hacia el frente. El sonido del metal se mezcla con el de los cascos de los caballos, los gritos y los relinchos. Hombres y caballos forman una masa única, sólida y compacta.

Como una ola furiosa, la tropa se desplaza hacia delante, al mismo ritmo, a la misma velocidad. La tierra tiembla a nuestro paso y la poca hierba queda totalmente aplastada.

Con las espadas en la mano, cabalgamos al mismo ritmo, intentando no llamar la atención. Si queremos pasar inadvertidos, tenemos que fundirnos con la masa que nos rodea.

—¡Tenemos que conseguirlo! —exclamo—. No tendremos otra oportunidad.

—¡Vamos, vamos! —grita Ónica.

En la muralla, alguien da la voz de alarma. Después, los cuernos advierten de la llegada de los guerreros. Enseguida las almenas se llenan de arqueros y el cielo se oscurece aún más a causa de las flechas que nos lanzan.

Todo transcurre con tanta rapidez que apenas hay tiempo de reaccionar. Los jinetes, que saben que pueden ser masacrados con andanadas de flechas, se cubren con sus grandes escudos y consiguen salvar muchas de sus vidas.

Como si no hubiera pasado nada, seguimos cabalgando hacia la puerta de madera reforzada con poderosos remaches de hierro. Ignorando el peligro, igual que si fuésemos héroes de una batalla legendaria. Una nueva oleada de flechas cae sobre nosotros.

A pesar de las bajas, seguimos nuestra marcha suicida.

Cuando alcanzamos la puerta, sabemos que muchos vamos a morir ya que, allí, las

flechas se unirán al aceite hirviendo y a los proyectiles de las catapultas.

El fragor ha despertado a muchos curiosos que, ahora, observan atónitos la carga de nuestra desesperada caballería, pero no saben qué partido tomar. Muchos creen que es la ocasión de unirse a los atacantes y ayudarlos a derribar esa maldita puerta a la que tanto odian.

Pero no tienen tiempo de tomar una decisión.

Justo antes de llegar a la puerta, Zoltan gira a la derecha y el general Dagul lo hace hacia la izquierda, con lo que sus fuerzas quedan divididas en dos grupos que cabalgan en direcciones opuestas.

Ónica y yo nos hemos mezclado con los hombres de Zoltan y nos alejamos bordeando la muralla.

Un par de kilómetros después, Zoltan gira otra vez a la derecha y se aleja mientras media docena seguimos por el borde del foso. Espero que nadie nos preste atención. Al fin y al cabo, seis desertores no merecen siquiera ser acribillados.

Los cuatro soldados que nos acompañan, Ónica y yo cabalgamos envueltos en grandes capas y protegidos por los escudos recubiertos de tela para que nadie pueda reconocerlos. Es imposible imaginar que, entre esos seis jinetes, hay dos milmorts.

Detrás de nosotros, los gritos persisten. Todo indica que la lucha se ha recrudecido. El plan está saliendo bien. Va a costar muchas vidas que podamos cruzar la muralla, pero todo indica que lo vamos a conseguir.

Poco después, llegamos a una zona casi abandonada y desértica en la que los vigilantes y soldados milmortianos ni se preocupan de nosotros.

El resplandor del fuego producido por la batalla de los hombres de Zoltan ilumina la noche, dándole un toque tétrico y rojizo. Ónica y yo nos dejamos dirigir por nuestros guías que nos llevan hacia una parte de la muralla que está muy deteriorada. Seguimos nuestra alocada carrera hasta una barcaza que nos espera al borde del foso, debajo de unos árboles frondosos.

Los centinelas milmortianos ven cómo pasamos bajo los árboles y nos alejamos de aquella zona. Lo que no han visto es que, cuando estábamos bajo los árboles, Ónica y yo nos hemos lanzado al suelo y nos hemos quedado ocultos a su vista debido al espeso follaje. Ni siquiera se preocupan por el cambio de rumbo repentino de los desertores. Les da exactamente igual lo que hacen ya que no representan ningún peligro.

—¡No os mováis! —nos pide uno de los dos barqueros—. Quedaos quietos hasta que yo os diga.

Permanecemos inmóviles y en el más absoluto silencio. Sabemos que de ello depende el éxito de nuestra misión. Si conseguimos que los centinelas milmortianos se confíen, existe alguna posibilidad de lograr nuestro objetivo.

Una hora después, cuando el fragor de la batalla se ha extinguido y el amanecer ha recuperado su habitual tranquilidad, una sombra se acerca a nosotros, deslizándose sobre la hierba.

—¡Zoltan! —digo, mordiéndome la lengua para no hablar demasiado alto—. ¿Qué haces aquí?

—Mis hombres siguen distrayendo a los milmortianos. He venido para asegurarme de que os marcháis de aquí. No quiero volver a veros en toda mi vida.

—No nos haces falta —dice Ónica—. Nos las podemos apañar solos.

—Ni hablar. Sois dos jovenzuelos incapaces de salir de aquí sin mi ayuda. La maniobra de distracción ha dado los resultados esperados. Los milmortianos están ahora atentos a un nuevo ataque de nuestro ejército. Les estamos haciendo creer que vamos a volver a atacar.

—Dentro de poco podremos salir —dice un guía—. Es mejor tener paciencia.

Envueltos en el máximo silencio, esperamos todavía media hora.

—Subamos al bote —ordena el guía—. La corriente nos llevará al otro lado... Ese foso está lleno de barcasas medio hundidas, ramas y otros restos, así que nos será fácil pasar desapercibidos.

—Los vigilantes no nos prestarán atención —dice Zoltan—. Además, están muy ocupados.

Como si sus palabras fuesen una señal, su ejército reanuda el ataque. Todo está perfectamente coordinado.

Subimos a la barca, nos tendemos en el suelo y soltamos amarras. La embarcación se balancea en el agua y, con una lentitud exasperante, empieza a cruzar el foso, que es muy amplio.

La barca va a la deriva y nadie se ocupa de ella. Es posible que algún centinela la vea, pero no la considera peligrosa. Finalmente, atracamos al otro lado, junto a la muralla, y nos quedamos inmóviles.

Dejamos pasar otra hora. Cuando estamos seguros de que no hay ningún milmortiano cerca, nos deslizamos sobre las rocas como serpientes y llegamos a un hueco que hay en la base del muro. Es un agujero pequeño pero suficiente para dejar pasar a una persona. Después de agradecerles su ayuda, nos despedimos de los dos guías y me dispongo a abrazar a Zoltan.

—Os acompañaré un trecho —dice—. Ya os he dicho que quiero asegurarme de que no volvéis por aquí.

Entro en el agujero y Ónica va detrás, seguida de Zoltan.

Ya ha amanecido cuando llegamos al otro lado. Por eso tenemos que actuar con mucha precaución. Pegados al muro, nos desplazamos hasta un pequeño caserón de piedra que sirve de refugio a los vigilantes milmortianos. Lo sorteamos con facilidad y entramos en una zona de aguas pantanosas donde, hundidos hasta la cintura, logramos alejarnos sin ser vistos.

—Deberías volver, Zoltan —le digo—. Ya has hecho todo lo que has podido.

—Tienes razón —reconoce el antiguo caballero milmort—. Es hora de regresar. Además, a partir de aquí, os será más fácil ascender hasta la escalera. Pero todavía hay peligro.

—Si lo conseguimos, será gracias a ti —digo.

—Nunca te olvidaremos, amigo —añade Ónica.

—Yo tampoco os olvidaré. Gracias a vosotros he recuperado mi espada y mi

escudo. Marchaos, no perdáis tiempo.

Nos damos un gran abrazo, nos deseamos suerte y nos separamos.

Mientras subimos, Zoltan se queda observando en silencio.

Somos conscientes de que aquella es la última vez que nos vemos.

Dos caballeros

Mi padre decidió que la ceremonia de nuestro nombramiento como caballeros debía ser sencilla, con pocos invitados, aunque debía tener mucha repercusión entre nuestros súbditos.

Como quería que todo el mundo supiera que el príncipe Royman era nombrado caballero por méritos propios, colocó bandos por todo el reino y envió pregoneros a todos los pueblos.

Esperábamos que esa noticia iba a cohibir a los posibles conspiradores, aunque no éramos muy optimistas al respecto. En el fondo, sabíamos que las conspiraciones se atajan de una sola manera: eliminando a los cabecillas... Pero eso estaba fuera de nuestro alcance.

Nos reunimos en la sala de armas una fría mañana. Algunos nobles, varios caballeros fieles, nuestra familia y nuestros invitados especiales, Ónica y su padre.

—Estamos aquí reunidos para celebrar una ceremonia de armas —dijo el rey, alzando su espada—. Hoy, vamos a nombrar caballeros a nuestros hijos Wolfort y Royman.

Mi hermano y yo nos arrodillamos ante él.

—En este momento y por los poderes que me confiere mi condición de soberano de este reino, te nombro a ti, Wolfort, caballero de honor del reino de Force —dijo con tono solemne, posando dos veces la hoja de su espada sobre su hombro derecho y otras dos sobre el izquierdo—. Cuando te alces, tendrás el título de caballero Wolfort.

Noté que mi hermano se emocionaba. O así me lo hizo entender su leve sonrisa.

—Y a ti, príncipe Royman, por esos mismos poderes que acabo de mencionar, te nombro caballero de honor y príncipe heredero del reino de Force —exclamó, golpeando dos veces mis hombros con la hoja de su espada—. ¡Levantaos como caballeros del reino de Force!

Wolfort y yo nos pusimos en pie a la vez.

El rey alzó la espada y apuntó al techo.

—¡Haced honor a este nombramiento! —dijo—. ¡La época de juventud ha terminado! ¡Ahora sois hombres de honor!

Todo el mundo aplaudió. Mi madre irradiaba felicidad. Sibila y Ónica, abrazadas, sonreían. Gwendlin no cabía en sí de gozo. Los nobles nos miraban con respeto y los caballeros nos acogían con sus brazos abiertos.

Fue un día perfecto. Ahora ya no cabían rumores de que el rey no confiaba en su

hijo. Y si alguien tenía dudas, pronto sabría que el monarca había depositado su futuro en dos hijos. El reino estaba a salvo.

—¡Que los poetas cuenten lo que ha ocurrido en este día! ¡Que los juglares canten estos dos nombramientos! ¡Que mis súbditos sepan que Royman y Wolfort han sido nombrados caballeros por el rey Wincott Delaforce!

Mi madre se levantó y vino a abrazarme.

—Royman, qué feliz soy —dijo—. Por fin eres un caballero. Es el mejor día de mi vida.

—¿Y yo, señora, no merezco vuestro abrazo? —dijo Wolfort.

—Claro que sí —respondió ella—. Sé que harás feliz a Gwendlin. Debes saber que tienes un hueco en mi corazón. Ven, abrázame.

Gwendlin se unió a su abrazo y los tres se fundieron como si fuesen uno solo. Cuando los vi juntos, tuve un extraño presentimiento. Una especie de visión inquietante que, seguramente, no tenía ninguna importancia, pero que, por ser la primera vez que los veía entrelazados así, me llamó la atención.

Gwendlin y mi madre estaban muy unidas. Y Wolfort tenía más acceso a la reina que nadie en todo el reino, salvo mi padre, Sibila y yo.

—Quiero ser de los primeros en felicitaros —dijo el rey Marcus, acompañado de su hija Ónica—. Si mi hijo Miliari estuviera aquí os daría un gran abrazo. Yo le acababa de nombrar caballero unos días antes de venir a visitaros.

Wolfort inclinó la cabeza en señal de respeto y se mantuvo en silencio.

—Tranquilo, amigo Wolfort —dijo Ónica—. Mi padre no quiere que os sintáis responsable. Pero yo deseo pedirlos algo, ahora que sois caballero.

—Pedid lo que queráis, princesa Ónica —dijo inmediatamente—. Podéis estar segura de que os lo concederé.

—Me gustaría celebrar este día luchando con vos, amigo mío —propuso—. Una lucha de exhibición, por supuesto. Como homenaje a mi hermano.

Su propuesta nos desconcertó. ¿Qué pretendía Ónica?

—Señora, no entiendo el propósito de vuestra petición —dijo Wolfort.

—Es un buen día para celebrar juegos. Podemos jugar a luchar, igual que hizo mi hermano cuando estuvo invitado en este castillo. Tengo entendido que vos mismo peleasteis con él, en los entrenamientos.

—Sí, jugamos y practicamos, pero...

—Entonces, está hecho. Os espero en el patio de armas —dijo—. No me falléis.

Y, dejándonos a todos con la palabra en la boca, salió de la estancia, seguramente en busca de sus armas.

—¿A qué viene esto? —le pregunté a Sibila—. ¿Qué pretende?

—No veas maldad en ello. Creo que sólo quiere homenajear a su hermano. Eso es todo.

—No lo entiendo —dijo Gwendlin—. El mismo día en que le nombran caballero.

—No le des demasiada importancia —replicó Sibila—. Disfrutemos del espectáculo.

—Ónica no sabe lo que hace —aseguró Gwendlin—. Wolfort es muy fuerte y podría

dañarla.

—No temas por ella —replicó el rey Marcus—. Ónica es dura y tiene experiencia con las armas. Miliari y ella han entrenado juntos desde que eran pequeños.

—Esto dará lustre a esta jornada —dijo mi padre con una sonrisa.

—Cierto —añadió el padre de Ónica—. Será memorable.

A pesar de que todo el mundo se empeñaba en quitar importancia al reto de Ónica, yo estaba preocupado.

Segunda muralla

Mientras reptamos, Ónica y yo tomamos conciencia de que, ahora, estamos solos y de que nadie vendrá en nuestra ayuda.

Zoltan nos ha advertido de que la tierra pantanosa en la que nos encontramos es sumamente peligrosa. Las aguas están pobladas de reptiles y otros animales, pero eso no es lo peor. Grupos descontrolados que han logrado cruzar la primera muralla sobreviven en esa zona y actúan como depredadores. Son peores que las bestias. Algunos practican el canibalismo.

—Mira, una patrulla milmortiana —advierdo—. ¡Agáchate!

Nos hundimos en el lodo casi hasta los ojos y nos mantenemos quietos. Los guardianes milmortianos son nuestros mayores enemigos ya que, si nos descubren, no podremos luchar contra ellos y sólo nos quedará la alternativa de dejarnos matar o rendirnos sin pelear. Y sé muy bien cuál es el final de sus prisioneros.

—Podemos darnos a conocer —susurra Ónica—. Al fin y al cabo, somos milmorts.

—Es mejor que no nos vean —le digo—. No me fío.

Los jinetes pasan a nuestro lado sin detectarnos y siguen su camino.

—Creo que nos están buscando —murmuro—. Estoy seguro de que ya saben que hemos entrado.

—A lo mejor sólo es una patrulla rutinaria —me contradice Ónica—. No nos alarmemos.

—Salgamos de aquí, me parece que nos estamos hundiendo.

Nuestros pies se han hundido en el fondo del lodo. Tenemos que hacer un esfuerzo extraordinario para salir. Notamos cómo algunos animales rozan nuestras piernas, aunque no sufrimos ni ataques ni mordeduras.

—Son serpientes de agua —explica Ónica—. Hemos tenido suerte. No les hemos interesado.

Nos deslizamos por el suelo, camuflados entre las altas hierbas. Estamos sucios y el barro empieza a secarse sobre nuestros cuerpos, lo que aumenta la desagradable sensación de incomodidad.

—Royman, tenemos que buscar agua limpia —propone Ónica—. Esto es insoportable.

—El barro está lleno de bichos —me quejo.

Al atardecer, después de esquivar varias patrullas milmortianas, encontramos una gran charca que parece limpia y nos tiramos de cabeza. Chapoteamos y nadamos hasta que nos sentimos más aseados. Nos quitamos la ropa y la estrujamos para escurrirla todo

lo posible. No queda completamente seca pero, al menos, no está tan sucia.

—¡Hola! —dice un tipo, desde lo alto de una roca, poniendo los pies sobre nuestras armas—. ¿Qué hacéis aquí? Me llamo Gorgo y soy el dueño de esta laguna. Habéis entrado sin permiso y tenéis que pagarme el peaje.

—¡Somos caballeros milmorts! —respondo, acercándome a la orilla—. Estamos subiendo. Tenemos permiso para estar aquí.

—¿Por qué no habéis entrado por la puerta?

—Eso no es asunto tuyo. Sigue tu camino.

—Ya estoy en él —responde cínicamente el individuo—. Y mis amigos también.

Media docena de hombres se dejan ver.

—¿Os entregáis por las buenas o tenemos que mataros? —pregunta Gorgo, señalando a sus amigos, que nos apuntan con arcos y lanzas.

Tardo un poco en responder mientras busco una contestación adecuada. No me gusta nada decir que me rindo.

—¿Podéis ayudarnos a alcanzar la segunda muralla? —le pregunto.

—¿Bromeas?

—No. Os pagaré muy bien.

—No necesitamos que nos pagues. Todo lo vuestro es nuestro. Nos quedaremos también con la chica. Es muy guapa.

—Me llamo Ónica y nadie me toma por la fuerza —advierte—. ¡Soy libre!

—¡Eras libre! —grita Gorgo—. Has entrado en mi territorio furtivamente y te has bañado en mi agua sin pedirme permiso. Lo pagarás con tu libertad. ¡Serás nuestra esclava!

Salgo del agua y me dirijo hacia Gorgo. Una flecha se clava en el suelo, ante mis pies.

—¡La próxima irá a tu corazón! —me advierte el que la ha lanzado.

No me inmuto, pero me quedo quieto. Veo como los arqueros apuntan directamente a Ónica.

—Es mejor que sea nuestra esclava a que sea un cadáver, ¿verdad? —ironiza el arquero que ha disparado la flecha.

—¡Poneos de rodillas! —ordena Gorgo, enarbolando su espada—. ¡Las manos sobre la cabeza!

Ónica y yo obedecemos sin dudar.

Gorgo se acerca, con la espada preparada. Me da una tremenda patada en el estómago y me golpea con la parte plana de su espada.

—¡Creo que también me voy a quedar con tu vida! —gruñe Gorgo—. ¡Milmort imbécil!

—¡Tengo oro! —digo, casi suplicante—. ¡Mucho oro!

—¡Te abriré las tripas y te lo sacaré! ¿Dónde está?

—¡Abajo! ¡En la primera muralla!

—¡Mientes! ¿Te crees muy listo?

—¡Te juro que es verdad! ¡Hemos visto un cofre de oro en el hueco de la muralla!

¡Te diré dónde está!

—¿Por qué no lo has cogido?

—A nosotros no nos servirá de nada –alego–. Cuando lleguemos a la cima, nada de este mundo nos pertenecerá.

—¡Es mejor matarlo! –dice uno de los hombres–. ¡Lo asaremos!

—Sí, debe estar muy bueno –añade otro.

—Tengo hambre –dice un tercero–. ¡Al fuego con él!

—¡No miente! –grita Ónica–. ¡Hay oro y joyas! ¡Zafiros!

Gorgo no está seguro de la veracidad de sus palabras. Sabe que cuando la gente está desesperada es capaz de inventar cualquier cosa.

—¡Te llevaré! –le interrumpe Ónica–. ¡Te llevaré yo misma!

Gorgo se detiene. Al fin y al cabo, no pierde nada. Si es verdad, será más rico; si es falso, nos lo hará pagar caro.

—¡Me llevarás! –afirma, colocándole una cuerda alrededor del cuello–. Más te vale que sea cierto ya que te aseguro que tengo poca paciencia. Estos dos nos acompañarán.

—Ya verás como es verdad –asegura Ónica.

—Llévame a mí, Gorgo –le propongo–. Conozco el sitio mejor que ella.

—¡No! ¡Tú te quedas aquí! –responde–. ¡Vámonos! ¡Vigíladle de cerca!

Gorgo, Ónica y los otros dos compinches se internan entre el follaje y las rocas. Veo cómo desaparecen entre las altas hierbas.

Un poco después, los cuatro tipos que me vigilan están muy relajados. Uno se ha bebido media cantimplora de vino. Otro está tumbado, adormecido. El tercero sigue atento a la posible llegada de milmortianos, y el cuarto, sentado a mi lado, afila su daga sobre una piedra.

—Esa chica será una buena esclava –dice el que vigila–. Es muy fina. Se ve que es de sangre real.

—Nunca he probado a una de esas –reconoce el que está medio borracho.

—A mí sólo me interesa ese oro –gruñe el que está a mi lado–. Es lo mejor del...

No puede seguir. He realizado una maniobra rápida y he saltado sobre él. Agarro la empuñadura de su espada, la desenfundo y le hago un tajo en el cuello.

—¿Qué has hecho? –grita, alarmado, el vigilante–. ¿Qué pretendes?

Pero no tengo ninguna intención de responder a sus preguntas. Lanzo la espada contra él y se la clavo en el pecho. Sin perder tiempo, me apodero de una lanza y la arrojo con presteza hacia el que está adormilado.

El beodo tira su cantimplora al suelo e intenta desenfundar su espada. Pero tarda demasiado. Una daga se acaba de clavar en su corazón.

Todo ha ocurrido con gran rapidez, tal y como me ha enseñado Zoltan.

Sin esperar un segundo, recojo su espada, dispongo cuerpos y cosas con cierto orden y me siento en el suelo, al lado del cadáver del que estaba encargado de vigilarme.

Poco después, oigo la voz de Gorgo.

—¡Maldita perra! ¡Tú y tu amiguito os vais a arrepentir de haberme engañado! ¡Te lo aseguro!

Ónica lanza un quejido, debido, seguramente, a un golpe de Gorgo.

Cuando llegan no se dan cuenta de lo que ha pasado hasta que yo me pongo en pie y se fijan en el estado de sus compañeros.

—¡Hola, Gorgo! —le saludo, levantando mi espada milmortiana y colocando mi escudo en posición de ataque—. ¿No has encontrado las moneditas y las joyitas?

Los cuatro se quedan estupefactos. Sangre, muerte y desolación. Delante, como cerrándoles el paso, el cadáver del borrachín, bocabajo.

—¡Lo sabía! ¡Estaba seguro de que era una trampa! —brama un compinche de Gorgo.

—Hasta un niño se habría dado cuenta de que lo era —le respondo—. Pero vosotros no tenéis cerebro. Por eso os hemos engañado dividiendo vuestras fuerzas.

Gorgo se pone rojo de rabia. Está indignado. Dos milmorts le han hecho caer en la trampa más antigua del mundo. Ahora, sólo le queda el placer de la venganza implacable y salvaje.

Tira con fuerza de la cuerda que mantiene atada a Ónica y la hace caer al suelo, justo a sus pies. Levanta la espada y se dispone a cortarle el cuello.

Sin embargo, una espada se clava en su cuerpo antes de que pueda esquivarla.

Gorgo no ha prestado atención a lo que pasaba a su alrededor. De haber estado más atento, habría visto que, justo donde Ónica estaba arrodillada, al lado del cuerpo de uno de sus hombres, había una espada. Y la princesa no ha perdido la oportunidad de cogerla y clavársela de un solo movimiento.

Si hubiera estado atento, no se hallaría ahora ahí, arrodillado en el suelo, con una espada atravesándole el cuerpo, debatiéndose entre la vida y la muerte, gimiendo como un cerdo.

Lo demás es fácil y rápido. Despacho a los dos acompañantes de Gorgo de dos certeros espadaños.

—¿Me ayudas a soltarme? —pregunta Ónica, que permanece en el suelo. Atrapada bajo el cuerpo de Gorgo.

—Claro que sí —respondo, arrodillándome a su lado y viendo que está magullada—. ¿Este animal te ha pegado, verdad?

—Cuando llegamos abajo y vio que no había ningún cofre, se enfureció y la emprendió a golpes conmigo —explica—. Creía que me mataba.

—Ese canalla lo ha pagado caro —digo—. Temía algo así, pero preferí esperarle aquí. Era lo mejor.

—Yo habría hecho lo mismo. Convenía que descargara su furia conmigo. Así se iba aplacando...

—Y era más fácil sorprenderle.

—Estaba agotado de tanto pegarme. No le quedaban fuerzas. ¡Qué bestia!

—Conviene lavarte las heridas. Te ha molido a palos.

Nos acercamos al borde de la laguna y, con paciencia, lavamos las heridas y

aliviamos los moratones de Ónica. Después, elegimos ropas útiles y nos pertrechamos con nuestras armas milmortianas.

Cuando estamos a punto de marcharnos, Ónica da una patada al cuerpo agonizante de Gorgo y lo hace caer de costado.

—¿Así que íbas a comernos? Ahora te van a comer los gusanos. Vas a ser pasto de las ratas. ¡Miserable!

Agarro a Ónica de la mano y la arrastro levemente.

—Es hora de irse —le digo con suavidad—. Vámonos de aquí antes de que los buitres señalen nuestra presencia. Todavía nos queda mucho camino.

A continuación, nos dirigimos cuesta arriba, en dirección a la segunda muralla.

Todavía está pendiente el pequeño problema de los eslabones, que apenas han disminuido.

El desafío de la princesa

Cuando Ónica apareció ataviada con armadura, espada y escudo, me desconcertó por completo. Estaba habituado a verla vestida con una túnica larga, de mangas anchas y vaporosas, ceñida a la cintura.

Wolfort la miró igualmente sorprendido. Era evidente que la joven princesa había tomado la iniciativa y que mi hermano jamás habría esperado nada de todo aquello.

—Ónica, si quieres podéis dejarlo —le propuse—. Esto no es necesario. No me gustaría que os hicierais daño en un día tan importante para mí.

—No temas, Royman. No nos causaremos ningún quebranto —afirmó—. ¿Verdad, Wolfort?

—Espero que no, aunque nunca se sabe lo que pasa con estas cosas —respondió—. ¿No prefieres que usemos espadas de madera?

—Ya no somos niños. Eso queda para los entrenamientos. Este es un duelo de adultos. Usaremos espadas auténticas. Quiero ver cómo te manejas con ellas.

—Ónica, Wolfort es un experto con las armas —insistí—. No sé qué pretendes.

—Quiero saber si soy tan buena como mi hermano Miliari. Quiero saber si Wolfort es realmente mejor que él. Quiero verle frente a frente... Pero no temáis, sólo es una diversión.

—Entonces, no perdamos tiempo, princesa —dijo Wolfort, desenfundando su espada—. ¡Luchemos!

Ónica se giró, empuñó su arma y la desenvainó. Después, dio un paso hacia él y exclamó:

—¡Aquí estoy, Wolfort!

Mi hermano se quedó quieto, pero Ónica levantó su acero y arremetió contra él. Wolfort cruzó su arma y detuvo el golpe. Ella contraatacó con tanta furia que le obligó a retroceder.

Las hojas echaban chispas cada vez que chocaban. Los golpes resonaban entre las paredes del patio y todo el mundo estaba nervioso. Aquel combate no tenía nada de exhibición. Era tan real que, de no ser porque estábamos avisados de que era un juego, nos habríamos lanzado a separarlos.

—¿Qué tal lo llevas, amigo Wolfort? —preguntó Ónica—. ¿Crees que me ganarás igual que ganaste a mi hermano?

Wolfort no respondió. Se encontraba tan concentrado en la lucha que me hizo pensar algo que, hasta aquel instante, no se me había ocurrido.

¿Había ganado Woffort en buena lid a Miliari?

Yo había estado presente en aquel combate y no vi trampas por ningún sitio. Los dos contendientes habían luchado según el código de honor de la caballería. Sin trucos sucios, sin trampas, sin...

—¿Crees todavía que me vas a vencer? —preguntó Ónica, que iba ganando terreno—. ¿Lo crees?

Inexplicablemente, Ónica se adelantaba a los golpes de Woffort. Daba la impresión de que leía su mente y sabía exactamente lo que iba a hacer. ¿Cómo lo hacía?

Poco a poco, ella iba dominando la situación y Woffort entraba en el desconcierto. Ónica atacaba por todos los flancos y él apenas detenía sus golpes. Así que ella llevaba una gran ventaja.

Finalmente, la princesa asestó dos golpes inesperados contra Woffort y lo derribó. Inmediatamente, sin darle tiempo a reaccionar, colocó la punta de la espada sobre su cuello.

Entonces, nos asustamos.

Woffort estaba a su merced. Nada ni nadie podría impedir que le clavara el acero si decidía hacerlo.

—¡Alto! —grité, caminando hacia ella—. ¡Detente, Ónica!

Ónica no se movió. Mantuvo el arma en la misma posición. Estaba rígida, callada, con los ojos muy abiertos y la respiración agitada.

—Por favor, Ónica... —le pedí, poniendo mi mano sobre su hombro.

Noté como, lentamente, se relajaba. Agarré su brazo y desvié la punta de la espada del cuello de Woffort, que estaba pálido como una losa de mármol.

—Vaya, parece que no has podido conmigo —musitó Ónica—. No ha sido como luchar con mi hermano, ¿verdad?

La tensión se notaba en su voz. Ver a Woffort ahí, en el suelo, ante ella, derribado por ella, la mantenía excitada. Pero se relajó y dio un paso atrás.

—¿Has hecho trampas! —gritó Woffort, levantándose—. ¡Dijimos que era un combate de exhibición! ¡Has abusado!

—Claro que era un combate de exhibición o de entrenamiento, como los que tenías con mi hermano.

—¿Me has engañado! —insistió Woffort, fuera de sí, blandiendo la espada, dispuesto a atacar de nuevo—. ¡Maldita traidora!

—¡Deja esa espada, Woffort! —le ordené—. ¡Déjala ahora!

—¿Me ha humillado! ¡La voy a...!

Con la velocidad de un rayo, Ónica alzó su espada y detuvo el ataque de mi hermano, colocando la punta a pocos centímetros del pecho de Woffort.

—¡Adelante! —le retó—. ¡Avanza si te atreves!

Hice una señal y algunos soldados corrieron hacia nosotros. Les apuntaron con sus lanzas y esperaron mis órdenes. La tensión estaba al límite.

—¡Tirad las espadas! —les ordené—. ¡Al suelo! ¡Ahora!

La mano de Woffort se abrió y dejó caer su arma.

Después, Ónica bajó la suya y apoyó la punta sobre el suelo.

—Pero, ¿qué os pasa? —grité—. ¿Estáis locos? ¿Es que queríais mataros?

—¡Ha sido ella! —se defendió Welfort—. Me ha amenazado de muerte.

—No, Welfort. Si hubiera querido matarte, podría haberlo hecho —replicó Ónica—. Sólo he querido hacer una prueba.

—¿Qué prueba? —le pregunté—. ¿Qué juego te traes entre manos?

—No es ningún juego, Royman. He demostrado que tu hermano Welfort conocía muy bien las técnicas de Miliari. Las estudió mientras practicaban y después usó esa información para matarle.

—¿Me estás acusando de haber matado a tu hermano a propósito? —gritó Welfort, enfurecido.

—Todavía no te acuso de nada —respondió ella fríamente—. He constatado que conocías los movimientos y la forma de luchar de Miliari. Gracias a eso pudiste matarle. Lo que me queda por descubrir es si fue un plan premeditado o se trató de pura casualidad.

—Ónica, no puedes acusar a Welfort de haber planificado la muerte de tu hermano Miliari —dije—. No puedes hacer eso.

—No lo hago. Sólo he explicado lo que he descubierto —respondió—. Si un día averiguo que lo hizo de forma intencionada, le mataré personalmente.

—Por favor, Ónica, recapacita —pidió Sibila, suplicante—. Es nuestro hermano.

—Y Miliari era el mío. No le protegisteis debidamente y confió en vosotros. Por eso murió. Luchó con alguien que lo había estudiado al milímetro.

—¡No podemos consentir que acuses a nuestro hijo! —gritó mi padre—. Es un caballero y le defenderemos.

—Nos vamos de aquí —respondió el rey Marcus—. Volvemos a nuestras tierras. Pero antes quiero que sepáis que avalo las palabras de mi hija. Miliari murió a manos de alguien que estuvo planeando la pelea.

Ónica y su padre se dirigieron a las caballerizas, acompañados de sus criados y escoltas.

Poco después, cruzaban el puente levadizo y se alejaban.

Sentí una gran congoja que me dejó aturdido.

Dos sombras

A pesar de que a Ónica le cuesta mucho caminar, alcanzamos la base de la segunda muralla en poco tiempo. Hemos esquivado tres patrullas milmortianas y un grupo de sus soldados, y ahora estamos más cerca de nuestro objetivo.

Hay una puerta un poco más allá, a la derecha, y tenemos que llegar a ella. Está bien vigilada y es sólida. Se encuentra abierta, aunque el rastrillo de hierro está bajado.

—Es la única manera —le explico a Ónica—. Nos daremos a conocer y nos dejarán pasar.

—No creo que sea tan fácil. Esto está lleno de trampas para que nunca podamos alcanzar la cumbre. Debemos buscar otro medio de cruzar.

—No lo hay. Estamos solos y somos caballeros milmorts. Nos dejarán pasar —le rebato, muy convencido de mis argumentos—. ¡Estoy seguro!

—No comparto tu optimismo, pero no hay otro medio. Vamos allá.

Ocultos tras las rocas, conseguimos acercarnos hasta donde podemos observar bien la puerta. Un numeroso grupo de soldados negros, junto a algunos guardianes, la custodian. Un poco más allá, divisamos un pequeño campamento de hombres armados que, además de caballos, disponen de todo lo necesario para impedir el paso a los milmorts o a cualquier otro que quiera cruzar esa puerta.

—Es inexpugnable —susurra Ónica—. Hay cientos de hombres. Nunca cruzaremos.

—¡Tenemos que intentarlo! —digo—. ¡Tenemos que acercarnos!

Ayudo a Ónica a levantarse y, juntos, nos dejamos ver y nos damos a conocer.

—¡Somos milmorts! —grito—. ¡Auténticos milmorts!

Los soldados más cercanos se alertan y nos apuntan con sus armas. Los que están más retirados nos miran, pero no se mueven. Dos milmorts heridos son pan comido para los centinelas.

—¡Soy el capitán Truman y os ordeno que levantéis las manos! —exige el oficial de guardia—. ¡Nada de trucos!

Levanto la mano izquierda ya que con la otra sujeto a Ónica. Ella, a su vez, levanta las dos.

—¡Sólo llevamos las espadas milmortianas y los escudos! —grito—. ¡Queremos cruzar la puerta!

Nos dejan acercarnos pero no bajan la guardia.

—¿Cómo sabemos que sois auténticos milmorts? —pregunta el capitán Truman—. Esas espadas se roban con facilidad. ¡Mostrad vuestras cadenas!

—¡Aquí está! —digo, mostrando la mía, que aún está repleta de eslabones.

—¡Y la mía! —añade Ónica.

—¡Os quedan muchos eslabones! —grita Truman—. ¡No podéis pasar! ¡Sólo pueden hacerlo los que no tienen ningún eslabón en su cadena!

—Pero, eso no puede ser... Nos ha costado mucho llegar hasta aquí —me quejo—. Todavía tenemos que alcanzar la tercera muralla.

—Eso no me importa. ¡No podéis pasar! —afirma el oficial de forma muy contundente.

—Escucha, capitán Truman —dice Ónica—. Nos hemos dejado la piel para llegar hasta aquí. En el Templo Milmortiano nos dijeron que si éramos capaces de librarnos de nuestros collares, podríamos subir la escalera. ¡Déjanos pasar, todavía nos queda un buen trecho!

—¡Ni hablar! Tengo instrucciones muy rigurosas. Sólo pasan los que no tienen eslabones.

—Tiene que haber algún medio.

—Os vamos a sacar de aquí. Ya cruzaréis cuando vuestra cadena haya desaparecido.

—Nos ha costado mucho...

—Seguro que habéis hecho trampas. No os habrían dejado cruzar ni siquiera la primera muralla. Sois unos bribones y os voy a denunciar ante el tribunal. ¡Soldados! ¡Detenedlos!

—¡No lo hagas, capitán! —le advierto, sacando la espada—. ¡No nos obligues a usar nuestras armas!

—¡No podéis luchar contra los milmortianos! —nos advierte Truman—. ¡Perderíais vuestros derechos como caballeros milmorts!

—Sólo sois soldados y nadie nos ha prohibido luchar contra vosotros —le digo.

—¡Os arrojarán al pozo negro!

—¡No nos importa! —replico—. ¡No tenemos nada que perder! ¡Si osáis atacarnos, os matamos a todos!

—¡Y la puerta quedará libre! —añade Ónica, apuntándole con su espada—. ¡Pasaremos por encima de vuestros cadáveres!

—¡No permitiré que nos amenacéis!

—¡Ya lo hemos hecho! ¡Dad un paso adelante y vuestras cabezas rodarán pendiente abajo, hasta la primera muralla!

Truman se da cuenta de que hablamos en serio.

Es evidente que no somos como los milmorts que llegan aquí, agotados, sin fuerzas, a los que suelen desvalijar y arrojar cuesta abajo. Por sus miradas, queda claro que tenemos aspecto peligroso y que nos temen.

Dos guardianes nos observan desde la muralla, pero no intervienen.

—¡Soldados! —grita el capitán, pidiendo refuerzos—. ¡A vuestra posición!

Los suboficiales movilizan a los grupos bajo su mando y vienen corriendo a proteger la puerta. Cientos de hombres de infantería, armados hasta los dientes, forman una barrera infranqueable. Además, están los soldados que vigilan desde la muralla.

Entre todos, forman un ejército numeroso. Ónica me mira, muy desanimada.

—Te dije que nunca lo lograríamos —susurra.

—¡Nunca alcanzaréis la cumbre de este monte! —nos advierte el capitán Truman—. Hace mucho tiempo que un milmort no llega aquí arriba.

—Nosotros seremos los próximos —respondo con osadía.

—Sólo hay un modo de hacerlo —dice Truman—. Debéis darnos algo... Si pagáis, subís en paz. En caso contrario, tendréis que luchar.

—Necesitamos luchar —le advierto, casi en tono de amenaza—. Hemos de vaciar nuestros collares. vuestras vidas son tan buenas como cualquier otra.

—¿Qué pides? —pregunta Ónica—. ¿Qué quieres de nosotros? No tenemos nada.

—Dadme vuestras espadas y los escudos.

—¡Ven a buscarlas! —le respondo, muy desafiante.

—¡Dádmelas ahora, antes de que sea tarde! ¡Jamás podréis con nosotros!

—¡Son nuestra única llave para llegar arriba!

—Si os damos nuestras armas, nos quedamos indefensos —dice Ónica—. No podemos hacer eso.

Cientos de soldados avanzan. A pesar de que saben que somos verdaderos milmorts, están convencidos de que les duraremos poco. Nuestra juventud les engaña.

Mato al primero de un solo espadazo; Ónica raja el vientre de otro y corta la mano de un imprudente.

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! —cuento a voz en grito.

Los soldados caen a nuestros pies como si fuesen peles.

—¡Siete! ¡Ocho! —grita Ónica—. ¡Nueve!

Los gritos de dolor y el ruido del acero se adueñan del lugar y cohíben un poco a los atacantes. Pero los soldados están obligados a seguir peleando. Según van cayendo, otros ocupan su lugar.

—¡Veinte! —exclamo.

Mueren dos más a mis manos y uno, que ataca por detrás, es ensartado por Ónica. Otro intenta arrojar una lanza, pero no lo consigue ya que le alcanzo a tiempo.

—¡Treinta y uno! —dice Ónica—. ¡Treinta y dos!

Caen en grupos. Docenas de inútiles soldados se ponen al alcance de nuestras espadas consiguiendo, como mucho, hacernos algunos arañazos. Nuestras espadas están vivas y con ganas de proteger nuestras vidas. Los escudos se han teñido de rojo a causa de la sangre que los salpica.

He perdido la noción del tiempo, de las muertes, de la lucha. Estoy ebrio de tanta locura de violencia. Mi cuerpo acusa las muertes de mis enemigos y me estremezco cada vez que uno fallece. Pero, en lugar de detenerme, me anima a seguir luchando y luchando. Si alguna vez he pensado en parecerme al Gran Milmort, es en esta ocasión. Es una orgía de sangre que me envuelve hasta el delirio.

Sólo me entero de que siguen llegando soldados que gritan para asustarme y que lo único que consiguen es enardecerme. Más muertes, menos eslabones.

—¡He perdido la cuenta, Ónica! –grito.

—No te preocupes. El collar se ocupa de eso –responde, destrozando a un soldado–. ¡Sigue luchando!

Se mueve con agilidad y soltura. De alguna manera, ha recuperado las fuerzas y ahora no hay quien la pare. Igual que a mí.

Por un lado estoy deseando acabar pero, por otro, me siento bien, salvando mi vida una y otra vez.

—¿De dónde sacan tantos soldados? –me pregunta mi compañera.

—¡De la muralla y de las patrullas! –le respondo–. ¡No paran de llegar!

Varios jinetes intentan acercarse, pero la sangre del suelo les hace resbalar y los cadáveres acumulados en el suelo les impiden el paso. No obstante, gracias a que me siento invencible, me enfrento a ellos y los obligo a desistir de seguir atacando.

Mi espada milmortiana encuentra enemigos por todas partes y los elimina sin piedad.

Ahora sé que nada ni nadie puede detenernos. Hemos intentado pasar por las buenas, pero nos han enfurecido y nada podrá aplacarnos. Estamos rodeados de cuerpos ensangrentados y no sé qué va a ocurrir.

Los demás jinetes no se atreven a acercarse, a pesar de que sus oficiales los animan a venir hacia nosotros. De hecho, parece que los soldados tampoco tienen muchas ganas de atacar. Me refiero a los pocos soldados que quedan con vida.

Este lugar se ha convertido en un infierno y si algo no lo impide, va a morir mucha gente. Es decir, vamos a perder muchos eslabones.

De repente, veo al capitán Truman, ante la puerta, detrás de unos pocos soldados de su guardia personal.

—Ya ves que nos quedan pocos eslabones del collar milmortiano –le digo, dirigiéndome hacia él–. ¡Déjanos pasar o mueres ahora mismo!

—¡Está bien! –dice Truman, que aprecia su vida más que la de sus hombres–. ¡Podéis pasar!

—Espero que los soldados que quedan con vida te pidan explicaciones –dice Ónica–. Por tu culpa han muerto muchos.

—¡Marchaos de aquí antes de que me arrepienta! –grita Truman–. ¡Marchaos ahora!

—Sí, nos vamos antes de arrepentirnos de dejarte con vida –escupo–. Mereces morir, capitán.

Truman cierra la boca y se aparta.

Ónica y yo limpiamos nuestras espadas sobre los cuerpos tendidos y, sin perderlos de vista, cruzamos la gran puerta.

—¡No conseguiréis jamás traspasar la tercera muralla! –advierte Truman–. ¡Nunca llegaréis ahí arriba!

Ignoramos sus palabras y seguimos nuestro camino. Cuando alcanzamos el otro lado de la muralla nos encontramos con algo horrible.

Dos hombres están colgados de los pies, cabeza abajo, llenos de heridas. Son caballeros milmorts. Me parece reconocer a uno de ellos porque prestó juramento el

mismo día que nosotros, en el Templo Milmortiano.

—¡Suelta a esos hombres ahora mismo, Truman! —le ordeno, rebosante de furia.

—¡Son mis prisioneros! —responde el miserable oficial—. Se desangrarán aquí.

Con la paciencia agotada, me dirijo hacia él con tanta rabia que su guardia se retira y le deja solo. Antes de que pueda escapar, le rebano el cuello de un sablazo lateral.

—¡Sanguinario! ¡Corrupto! —le escupo—. ¡Mereces morir mil veces!

Después, con gesto desafiante, miro a sus hombres, pero se inhiben y hacen signos de amistad.

—Nos has hecho un favor, milmort —dice uno de ellos—. Era un tirano. Nos tenía hartos. Id en paz. No os atacaremos.

Ónica y yo nos acercamos a los milmorts y los descolgamos. Los tendemos en el suelo, pero poco podemos hacer por ellos. Están agónicos.

—Estábamos a punto de conseguirlo —se lamenta el que conocimos en la fortaleza—. ¡Ese miserable nos engañó!

—Nos hizo creer que nos dejaba pasar, pero nos atacó a traición —dice el otro—. De no ser por él, lo hubiéramos logrado.

—Ya no engañará a nadie más —les digo—. Habéis sido los últimos en caer en sus manos.

—Tenía instrucciones de no dejar pasar a nadie —dice el primero, usando sus últimas fuerzas—. Lo impiden a toda costa —la voz del caballero se apaga mientras muere lentamente.

—Nos hacen creer que es posible alcanzar la gloria, pero impiden que lo hagamos. ¡Malditos milmortianos! —susurra entre jadeos el segundo.

—Nosotros lo vamos a conseguir —afirmo—. ¡Vamos a lograrlo!

—¡Tened cuidado en la tercera muralla! Es casi imposible de cruzar. No os fiéis de nadie... ¡No soltéis vuestras espadas!

—¿Qué nos espera ahí? —pregunta Ónica.

Pero ya no hay respuesta. El milmort acaba de morir. Es un milagro que hayan aguantado tanto.

—¿Qué habrá ahí arriba? —pregunto.

—No lo sé, pero quiero averiguarlo —dice Ónica.

—Yo también.

Entonces, con paso decidido nos dirigimos hacia la tercera y última muralla. Sin embargo, un poco más adelante me detengo y doy una orden a los soldados:

—¡Enterrad a esos caballeros milmorts! ¡Con honor!

Muerte en la celda

Dos meses después de su precipitada marcha, la ausencia de Ónica me resultaba insoportable, y Sibila lo notó.

—La echas de menos, ¿verdad?

—No lo puedo evitar. No puedo olvidar la pelea que tuvo con Wolfort.

—Fue algo increíble y preocupante. Lo que dijo sobre él me impactó. ¿Crees que es verdad que Wolfort estudió la manera de luchar de Miliari y luego le provocó para matarle?

—No encuentro ningún motivo para que lo hiciera. Wolfort no ganaba nada. Pudo hacerlo para ayudarme... Ayudarnos... No soportaba la idea de verte casada con Miliari.

—Sí, eso he pensado. Y me preocupa. No era asunto suyo y no debió intervenir. Yo me voy a casar contigo, no con él.

—A veces, los hermanos se sienten obligados a ayudarse entre sí.

—Wolfort no es tu hermano verdadero.

—Es como si lo fuese.

—¿Y yo, también soy tu hermana?

Le di un beso en los labios antes de responder.

—Eres más que una hermana. Eres la mujer de mi vida. No tienes nada que ver con Wolfort.

—Los límites, a veces, son borrosos. ¿Dónde situas a Ónica? ¿Otra hermana?

—No estoy enamorado de ella, si eso es lo que te inquieta.

—Sé que no estás enamorado de ella, pero también sé que hay algo que va más allá de la pura amistad.

—Es como... si estuviera en deuda con ella. Me gustaría compensarla por la muerte de Miliari.

—No deberías sentirte responsable. Tú no lo mataste.

—No lo puedo evitar. Pero te aseguro que tengo las ideas claras con respecto a ti. Sé que quiero unir mi vida a la tuya. Estoy deseando que nos casemos.

—Me alegra saber que estás decidido a desposarte conmigo —dijo—. Ya ves que los preparativos están casi listos.

Efectivamente, el castillo estaba engalanado para la gran celebración. Faltaba una semana y ya habían empezado a llegar algunos invitados. Nuestras bodas eran ya inevitables.

—Sólo lamento que Ónica y su padre no estén presentes —dijo—. Es una pena.

—Sí, pero Gwendlin está muy enfadada con Ónica —aclaró Sibila—. Y no podemos amargarle el día más importante de su vida.

En el fondo, la situación era de falsa tranquilidad. Todo se había complicado en los últimos tiempos. Desde la muerte de Miliari, la inquietud se había instalado entre nosotros. Gwendlin estaba nerviosa por lo de Ónica; Wolfort estaba bajo sospecha de haber actuado con maldad premeditada; Sibila no dejaba de hablar y de suspirar por Miliari, y yo... yo estaba confundido.

En realidad, creo que las cosas empezaron a ensombrecerse el día en que murió el abuelo, con aquellas sospechas de envenenamiento... ¿O empezaron antes?

Además, Miliari y Ónica habían roto algo entre Sibila y yo. Algo que no se podía explicar y que no tenía nombre. Aunque, pensándolo bien, también habían afectado a nuestra relación con Wolfort y Gwendlin.

Además, estaba la confesión de Rodiero sobre ese supuesto rey que vendría a imponer un reino de justicia. Aunque mi padre procuraba no darle demasiada importancia, le tenía preocupado. Esas historias suelen calar en el corazón de las gentes sencillas y son difíciles de eliminar.

Los proscritos se habían vuelto más audaces y, a pesar de nuestras incursiones, seguían aumentando en número. Lo más preocupante era que, últimamente, nos habían llegado noticias de que algunos heridos y mutilados de la Guerra de los Tres Años se habían sumado a los descontentos.

—Esperaremos hasta después de la boda —me había confesado el rey—. Cuando todo esté tranquilo y se confíen, pensando que estamos distraídos, sofocaremos de una vez por todas este levantamiento. Tengo datos de sus movimientos. Y te aseguro que encontraremos a los culpables. Serán juzgados y se pudrirán en los calabozos.

—Sí, padre. Es necesario hacer algo o esto se nos irá de las manos.

—Lucharemos por lo nuestro, te lo aseguro.

Sibila y yo queríamos vivir en un reino pacífico y alegre. Queríamos formar una familia y tener hijos que pudieran crecer sin temor. Aspirábamos a disfrutar de una vida alejada de inquietudes y teníamos el proyecto de mejorar las condiciones de vida de nuestra gente cuando llegase el momento de ostentar la corona.

Por eso, aquella situación nos agobiaba enormemente.

—Ahora, sólo espero que el día de nuestra boda no se eche a perder —deseó Sibila—. Después de todo lo que hemos sufrido, sería terrible.

—Haremos todo lo posible para que no ocurra nada —le prometí—. Habrá soldados por todas partes. Nadie nos amargaré ese día. Te lo prometo.

Pero mis palabras perdieron su significado esa misma noche, cuando un oficial vino a buscarme con urgencia.

—Príncipe, debéis venir conmigo —me apremió.

Me llevó hasta los calabozos y me mostró la celda de Rodiero, que estaba abierta.

El rey se hallaba dentro, con una antorcha en la mano, contemplando un bulto en el suelo.

—Es Rodiero —me dijo—. Ha muerto.

—¿Estaba enfermo?

—No. Le han envenenado.

En ese momento me di cuenta de que la sombra de los conspiradores era infinitamente más larga de lo que habíamos supuesto.

Cuando volví a mi habitación, me encontré con un mensajero.

—De parte de vuestro servidor de Langan —me dijo, mientras me entregaba un sobre lacrado—. ¿Espero respuesta?

—No, gracias —le dije—. Mantened en secreto este despacho.

—No lo dudéis, príncipe.

Cerré la puerta por dentro y abrí el sobre.

Estimado príncipe: Esta carta es para confirmaros que vuestras dos protegidas, la señora Diriana y su nieta Marian, se encuentran bien. Además, os informo de que no he encontrado nada sospechoso sobre el tema que os interesa. El caballero Wilox rige el reino con mano firme y segura y no se vislumbran peligros inmediatos. Me han llegado algunos rumores sobre una rebelión de esclavos y campesinos, aunque no he conseguido descubrir dónde se producirá. Por lo tanto, me permito indicaros que debéis estar atento.

Un saludo de vuestro servidor A.

Lo leí dos veces y me acerqué a la chimenea donde arrojé la carta, que fue inmediatamente devorada por las llamas.

Tercera muralla

Llegamos a la tercera muralla un poco más tarde. No hay problemas ya que, esa zona, todavía no ha sido alcanzada por los rebeldes.

El terreno es similar a un gran vertedero. Desorden, rocas calcinadas, volcánicas, descoloridas; plantas salvajes y un terreno muy abrupto.

Es entonces cuando comprendemos que todo lo que nos han contado es mentira. La facilidad de acceso de la que nos han hablado en el Templo Milmortiano no existe.

Muy al contrario, han puesto toda clase de trabas para impedir el paso. Nos parece imposible que algún caballero milmort haya alcanzado la cima del monte alguna vez... Salvo el Gran Milmort...

El muro de la tercera muralla es mucho más alto que los anteriores, lo que la hace casi inaccesible pero, lo peor, es que tiene una puerta única que está muy protegida por tres regimientos y algunos gigantes. Después de lo que hemos luchado en la segunda puerta, no podremos ganar esta batalla. Requeriría un esfuerzo inhumano.

—Nunca cruzaremos esa puerta —suspira Ónica, desanimada—. No nos quedan fuerzas y son demasiados soldados.

—Ahora que estamos cerca tenemos que hacer un esfuerzo —le digo, intentando animarla—. Tenemos que esforzarnos.

—Yo no puedo más. Estoy agotada...

—No te rindas, Ónica. Por favor, no desfallezcas... ¡Estamos a punto de lograrlo!

—No me quedan fuerzas, Royman —dice, cayendo de rodillas.

La ayudo a levantarse y juntos nos acercamos a la puerta. Un general sale a nuestro encuentro, acompañado de dos guardias personales.

—¡Alto ahí! —grita—. ¡Soy el general Petrarius y os ordeno que no deis un paso más! ¡No se puede pasar!

—¡Somos milmorts! —le explico.

¡Mostradme vuestros atributos!

—Aquí tenemos las espadas y los escudos.

—Eso no vale. ¡Quiero ver los collares!

—¡Mira! ¡Aquí está lo que queda! ¡Casi no hay eslabones!

—¡No podéis pasar! ¡Volved abajo!

—Escucha, general —digo, al borde de la paciencia—. Somos caballeros milmorts, como demuestran nuestras armas. Hemos conseguido eliminar centenares de eslabones. ¡Hemos ganado el derecho a cruzar esa puerta!

El general Petracius da un paso atrás, levanta el brazo derecho y sus hombres se ponen en guardia. Docenas de arqueros nos apuntan con sus arcos desde las almenas mientras que centenares de soldados se aprestan a lanzarse hacia nosotros, con sus lanzas y espadas... Y los gigantes se inquietan.

—¡Si dais un paso hacia delante, os acribillamos! —advierte—. ¡No lo repetiré!

Ónica y yo nos sentimos profundamente defraudados. Después de todo lo que hemos luchado, ahora, cuando sólo tenemos que superar el último obstáculo, nos cierran la posibilidad de entrar.

La gran mentira se hace tan patente en nuestros corazones que nos quedamos sin palabras y permanecemos quietos, silenciosos e indignados.

Petracius piensa que nos hemos rendido.

Damos unos pasos hacia atrás. Hay demasiados enemigos para provocar un enfrentamiento. Luchar en estas condiciones sería un suicidio.

—Vamos, Ónica. Retrocedemos.

—¿Nos damos por vencidos?

—¡Sí! —refunfuño.

Mientras descendemos, oímos las risas de los soldados a nuestras espaldas, pero los ignoramos.

—¿Qué planes tienes? —pregunta Ónica.

—Vamos a cruzar esa puerta —respondo con firmeza—. Es lo único que podemos hacer.

—¿Cómo? ¿Cómo lo vamos a hacer?

—De momento, nos replegamos. Después atacaremos.

—Estás loco.

—Sí, completamente loco.

—Es lo que me gusta de ti.

Cuando llegamos a una formación rocosa, subimos a lo más alto de una piedra y nos quedamos observando la puerta.

—Es imposible cruzarla —insiste Ónica, muy desanimada—. Creo que hemos perdido nuestra oportunidad.

—Son muchos y creo que están bien preparados —reconozco—. Cadenas protectoras, barreras, fosos, gigantes, animales... ¡Necesitaremos mucha fuerza para cruzar esa puerta!

—Una fuerza que no tenemos.

—Sígueme —digo—. Vamos a buscarla.

Emprendemos camino de vuelta y regresamos por donde hemos venido. Ónica empieza a comprender mi plan.

Poco después, alcanzamos la puerta de la segunda muralla, la que hemos cruzado hace un rato. Cuando nos ven, los soldados no se sorprenden demasiado ya que saben muy bien lo que ocurre en la última puerta.

—¿Os habéis convencido ya de que es imposible cruzar esa puerta y alcanzar la cima? —pregunta uno de los soldados que, ahora, ocupa el puesto del oficial Truman.

—Sí, nos hemos dado cuenta de que es imposible atravesarla —digo—. Son demasiados y la protección es muy fuerte.

—Hacéis bien en volver abajo —dice otro—. Es lo más inteligente. Por lo menos, viviréis.

—A veces, hay que renunciar a los sueños —dice un tercero.

Me detengo ante el que ocupa el cargo de Truman.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Frango. Y ahora soy el oficial de esta puerta. Si quieres, os daremos algo de comer. Os lo habéis ganado.

—Queremos vuestros caballos.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—Nos vamos a llevar los caballos...

—¿Estás loco?

—Sí. Estoy loco de rabia. Me siento engañado. Nadie me había advertido de que la escalera es inaccesible. Por eso estoy furioso.

—No podemos ayudarte.

—No os estoy pidiendo ayuda. Os estoy pidiendo los caballos. Y, si queréis seguir viviendo, os aconsejo que no me impidáis que me los lleve.

Frango me mira a los ojos y comprende que no bromeo. También se da cuenta de que nada me va a impedir salirme con la mía.

—Está bien. Te daremos todo lo que quieras —responde. Me ha visto luchar y no tiene muchas ganas de medir su acero con el mío—. Incluso, si queréis, os invitamos a compartir esta comida con nosotros. Este hidromiel es estupendo y os levantará el ánimo.

—Yo acepto —dice Ónica, que estaba necesitando un poco de reposo—. Necesito recuperar las fuerzas.

—De acuerdo —accedo—. Descansemos un poco. Esos no se moverán de ahí.

—¿Habéis enterrado a los milmorts? —pregunta Ónica.

Frango asiente.

—Ahí están sus tumbas —dice, señalando un par de montículos de tierra en los que hay dos espadas milmortianas clavadas—. Eran dos valientes y merecen ser tratados con respeto... Mañana empezaremos a enterrar al resto.

Dos bodas

Cuando estaba en mi habitación, vestido con mis mejores galas para celebrar mi boda, mi madre entró y me dio un beso en la frente.

—Ha llegado el día, Royman —dijo con alegría—. Lucha cada día por tu felicidad. Sibila es una buena chica y merece una buena vida.

—Lo haré, madre. La haré feliz. Seguiré tu consejo.

—Ahora voy a ver a Gwendlin. Todavía sigue disgustada por lo de Ónica. No creo que se lo perdone en mucho tiempo. Wolfort también está muy enfadado. Las acusaciones de Ónica son muy graves y él no las ha digerido bien.

—Esperemos que todo vuelva a su cauce después de la boda. Te aseguro que la normalidad regresará a nuestra vida. Estas dos bodas pondrán las cosas en su sitio.

—Esperemos que tengas razón —desea—. Ojalá no pase nada... No estoy segura, pero te voy a confesar un secreto que no debes contar a nadie... A veces, tengo la impresión de que Gwendlin tiene dudas sobre Wolfort... Ella no me ha dicho nada, pero... Bueno, sólo es una impresión...

—Son los nervios de última hora, madre. No hay que preocuparse... Se le pasará.

Se marchó y me quedé solo, aguardando a que los sirvientes vinieran a buscarme.

Me asomé a la ventana y vi cómo, ahí abajo, todo estaba preparado. El estrado, el público, la guardia... Mis padres lo habían dispuesto todo de tal manera que nada podía fallar. Sólo nuestros ánimos estaban bajos. Por mucho que lo hubiéramos intentado, no conseguíamos remontar. No encontrábamos la manera de demostrar alegría. Algo inexplicable nos amargaba la vida.

En ese momento, superé el desánimo y tuve la necesidad de hacer algo para corregir la situación. Me sentí fortalecido y deseoso de demostrar que estaba alegre y feliz y que, a pesar de todo, estaba contento.

Me di cuenta de que no le había transmitido a Sibila lo feliz que me sentía de casarme con ella y me embargó una gran necesidad de hacérselo saber. Me acerqué a la puerta, dispuesto a ir en su busca, pero me detuve en el último momento. No podía ir a verla en ese instante. Seguramente, se estaba vistiendo y un novio no debe irrumpir en la habitación de la novia. Es una descortesía y dicen que da mala suerte. Así que pensé en desistir.

No obstante, no me quedé a gusto. El fuego que ardía en mi corazón debía encontrar salida urgente o me abrasaría. Hay cosas que se hacen en el momento o ya no se hacen nunca. Y yo sentía una necesidad imperiosa de hacerlo.

Abrí la puerta con decisión y me dirigí hacia sus aposentos. Los criados y soldados que se cruzaron en mi camino me vieron tan decidido a entrar que ninguno se atrevió a oponerse.

Giré el pomo de la puerta y entré como un torbellino. Las tres sirvientas que estaban ayudando a Sibila a vestirse se quedaron de piedra, igual que ella.

—¡Royman! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

—¡Salid y dejadnos solos! —ordené, señalando la puerta.

—Pero, mi señor, estamos a punto de... —empezó a decir una criada.

—¡Es igual! ¡Necesito hablar con la princesa! ¡Salid ahora mismo!

Todas miraron a Sibila, esperando una orden.

—Dejadnos solos —les pidió—. Enseguida os llamaré.

Sin protestar, se dirigieron sumisamente hacia la puerta y salieron.

—¿A qué viene esto, Royman? —preguntó.

Me acerqué, la abracé, pegué mi rostro al suyo y le dije:

—He venido a decirte que te amo, princesa Sibila. He venido a despejar todas las dudas que se han instalado entre nosotros. He venido a asegurarte que soy feliz de casarme contigo y que no escatimaré esfuerzos para que seas dichosa.

Me miró sorprendida y feliz. Mis palabras habían sido un bálsamo que había curado muchas heridas.

Antes de que dijera nada, la atraje y la besé. Con pasión. Con rabia. Con fuerza. Con amor. Fue el mejor beso de nuestra vida. El mejor de todos.

—¡Eres adorable, príncipe Royman! —dijo después—. Yo también estoy locamente enamorada de ti. Sé que desde que pasó lo de Miliari he estado algo fría y distante pero, en este instante, me complace decirte que te amo, que sólo te he amado a ti y que serás el único amor de mi vida. Yo también estoy contenta de casarme contigo.

—Gracias por tus palabras. Necesitaba escucharte decir esto.

—Y ahora, por favor, sal, que tengo que terminar de vestirme.

Rebosante de alegría, me uní a mis sirvientes que ya me esperaban fuera, en el pasillo.

—Príncipe, ha llegado la hora del enlace. Debéis bajar con nosotros.

Los acompañé con el corazón encendido. La pequeña entrevista con Sibila me había alegrado tanto que mi forma de ver la vida había cambiado. Todo era distinto y estaba dispuesto a afrontar el destino con mejor ánimo. Me juré que, a partir de ahora, no me iba a desmoralizar.

Cuando llegué abajo me encontré con Wolfort, que estaba junto a un pequeño cortejo de caballeros y oficiales. Incluso, había solicitado permiso para que algunos hombres de su tribu le escoltaran.

—Os acompañaremos hasta el templo —dijo el caballero Mardof—. Vuestro padre se unirá a nosotros. Cuando lleguemos al altar, la reina y las princesas llegarán poco después y se celebrará la ceremonia nupcial.

Wolfort y yo nos dimos un apretón de manos.

—Ahora formaremos parte de la misma familia —dijo él con alegría—. Lo

compartiremos todo. ¡Seremos más que hermanos!

—Me alegro de que seas tú el que se case con mi hermana Gwendlin —le dije, apretando cálidamente su mano—. Eres el mejor cuñado que podría encontrar. Y el mejor marido para ella.

—Y tú, el mejor amigo —respondió—. Nunca hubiera encontrado a nadie mejor que tú. De verdad. Estoy seguro de que en este mundo no hay otro como tú. Fiel y abnegado. Me haces feliz aceptándome en tu familia, príncipe Royman.

Mardof ordenó el cortejo y nos pusimos en camino hacia el altar al son de las trompetas y los redobles de tambor. Él abría la marcha; detrás, Wolfort y yo, codo con codo; a continuación, seis caballeros, dos capitanes y seis nobles.

Entre el público, y a pesar de mis nervios, conseguí reconocer algunos rostros familiares... El médico, nuestro profesor, el cazador... Y tantos otros que me habían acompañado durante todos estos años.

Mi padre nos esperaba al pie de la escalera. Cuando nos unimos a él, el público aplaudió con ardor y las trompetas tocaron aún más fuerte.

Subimos juntos los cuatro escalones y nos quedamos allí, esperando a las dos princesas.

El día era soleado y todo estaba perfectamente organizado. Me habían contado que el banquete iba a ser memorable y que habían invitado a cientos de personas, incluyendo esclavos y prisioneros.

Los clarines sonaron con una brillantez inaudita y aparecieron las princesas, acompañadas de la reina. Entonces, el gentío se deshizo en aplausos y vítores.

La luz se hizo más radiante mientras se acercaban al altar. Sibila y Gwendlin llevaban la felicidad dibujada en el rostro. Caminaban lentamente sobre la alfombra de pétalos que las niñas que las precedían iban arrojando a su paso. Cuando subieron y las vimos de cerca, nuestros corazones saltaron de alegría.

Acababan de detenerse a nuestro lado cuando, de repente, se oyó un bullicio que provenía del puente levadizo.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Mardof—. ¿Qué ocurre?

—No lo sé, mi señor. No me imagino qué puede ser.

Nuestros rostros se ensombrecieron y mis peores presentimientos cobraron vida.

La furia de Royman

Cuando el general Petrarius ve lo que se le avecina, no da crédito a sus ojos.

Una manada de caballos enloquecidos, acompañada por una jauría de perros, azuzados por nosotros, se dirige a todo galope hacia la puerta.

—¡Soldados! ¡Alerta! —grita con el rostro descompuesto.

Los hombres se preparan para afrontar el inesperado peligro que se les viene encima. Están muy desconcertados ya que, con toda seguridad, jamás en su vida se han enfrentado con algo semejante. ¡Parece que sus propias fuerzas se han vuelto contra ellos!

Espoleo a mi gran caballo de guerra para que apriete el paso y anime a los demás corceles a correr hacia delante.

—¡Rápido, gaudules! —grita Petrarius—. ¡Se nos echan encima!

Los oficiales empujan a los soldados y estos se ven obligados a moverse más deprisa. Algunos levantan las barreras mientras que los que permanecen en la muralla preparan las catapultas y tensan los arcos.

—¡Aquí estamos! —grito, adentrándome en la primera línea de defensa—. ¡Acceso libre!

Los caballos lo aplastan todo a su paso y ayudan a crear una terrible sensación de caos mientras que los perros, con sus ladridos, desconciertan a nuestros enemigos.

En poco tiempo, la entrada de la Gran Puerta parece un caótico campo de batalla. Piedras que vuelan, hombres aplastados, animales luchando entre ellos, soldados despavoridos...

Mi caballo, que ahora va por delante, derriba una barrera de madera como si fuese de paja y la hace caer sobre algunos soldados que no se apartan a tiempo.

Entre Ónica y yo formamos una poderosa mole que avanza implacable. Tenemos las espadas en la mano, aunque no podemos utilizarlas ya que ningún enemigo se ha puesto a nuestro alcance. Hasta que un guerrero gigante se nos enfrenta.

La bestia alarga uno de sus poderosos brazos para atrapar a Ónica, pero ella le golpea de lleno con el filo de la espada y se lo raja de arriba abajo. El monstruo lanza un tremendo alarido de dolor y se retira. Entonces, el caballo le da un empujón, lo derriba y le aplasta.

Pero sólo ha sido una maniobra de distracción. Por detrás, me ataca otro gigante, destroza las patas traseras de mi montura, la inmoviliza y la derriba poco después.

Pierdo el equilibrio y ruedo por el suelo, entre los heridos y los destrozados. Pero no

importa, me incorporo y trato de ponerme a cubierto de cualquier ataque, venga de donde venga.

De repente, noto que una sombra gigantesca se me acerca. Doy una vuelta sobre el suelo y me alejo inmediatamente. Ónica, que se da cuenta del peligro que corro, viene en mi ayuda. El gigante se ve atacado desde un flanco, mientras que su víctima se le escapa de las manos. Su cuerpo es tan grande como la lentitud de sus movimientos, lo que actúa en su contra. Por eso, mi espada se clava en su vientre hasta la empuñadura.

—¡Maldita bestia! —exclamo, sacando mi arma—. ¡Eres demasiado grande para dedicarte a esto!

El general Petracious se enfurece cuando ve que el segundo gigante muerde el polvo y enardece a sus hombres con insultos y amenazas.

—¡Borrachos, cobardes! ¡Portaos como hombres! ¡Detened a estos dos u os mataré a todos!

Pero sus palabras no pueden contrarrestar nuestro furioso ataque. Parece que estamos dotados de una fuerza sobrenatural. Por más que los soldados intentan detenernos, no consiguen más que enfurecernos aún más.

Ónica se lanza contra otra barrera que protege la puerta de madera y la derriba. El impacto es tan fuerte que tiene que hacer un esfuerzo para agarrarse. Un tercer gigante se echa sobre su caballo y lo agarra con sus poderosos brazos con la pretensión de apartarlo. Entonces, Ónica salta sobre él y, sin darle tiempo a reaccionar, le hunde la espada en el cuello. El enorme guerrero suelta el caballo, que está medio asfixiado, y se echa las manos al cuello para tapan la herida. Pero es demasiado tarde, la muerte ha entrado por la herida y la sangre mana en abundancia. Cae de rodillas y, después, su cuerpo se balancea hacia delante y cae de bruces, sobre los restos de la barrera. Ónica aprovecha la caída del monstruo para dar un salto sobre el lomo de un caballo y, desde ahí, se lanza al suelo, cayendo de pie, justo delante de Petracious.

—Hola, general —le dice—. Hemos vuelto.

Petracious alza la espada, pero ella se adelanta y, haciendo una increíble pirueta, se sitúa a su lado, dirige la punta de la espada milmortiana hacia su pecho y lo ensarta. Petracious se queda petrificado durante unos segundos, negándose a caer sobre el fango, cosa que, finalmente, hace con gran estrépito.

Mientras, yo lucho a brazo partido. Cada movimiento de mi espada es un enemigo abatido. Ni siquiera las flechas y lanzas que me tiran desde la muralla me alcanzan a pesar de que algunas se clavan en el escudo milmortiano.

Cuando los soldados ven que el general yace tendido sobre un gran charco de sangre, empiezan a perder las ganas de luchar. Los oficiales intentan renovar su ímpetu, pero no lo consiguen. Prefieren apartarse antes que perder la vida para detenernos. A estas alturas, nos consideran guerreros invencibles.

Estoy ciego de ira. En mi mente sólo hay una idea: ¡Alcanzar la cima junto a Ónica! Lo demás es una tiniebla oscura y vacía. Actúo como los guerreros míticos que crean una leyenda. ¡Siguiendo el dictado del corazón enfurecido y sin pensar en las consecuencias!

Ónica hace lo mismo. Lucha como una de esas guerreras vikingas de las que todo el mundo ha oído hablar. Es una imagen creada por los narradores de historias que, ahora, ante mis ojos, se convierte en realidad.

Los soldados y los gigantes acaban por darse por vencidos. Se van retirando hasta dejarnos solos. Incluso los de las almenas paran de arrojarnos piedras, lanzas y flechas.

Es una rendición silenciosa.

Sólo se oyen los gemidos de los heridos y los lamentos de los animales lesionados. Las protecciones de madera arden a causa del fuego que se ha extendido durante la batalla.

Los destrozos son cuantiosos y sólo quedan en pie las puertas de madera.

No puedo calcular cuánto ha durado esta lucha. Pero no ha sido corta. Tras abatir cientos de soldados, varios gigantes y numerosos animales, para abrírnos paso hacia la Gran Puerta, puedo asegurar sin miedo a equivocarme que no ha sido ni breve ni fácil.

La sangre cubre el suelo, los cuantiosos muertos y heridos forman una montaña.

Cuando me doy cuenta de que no quedan enemigos, en vez de tranquilizarme, busco con la mirada a más guerreros.

—¡Vámonos! —grita Ónica—. ¡El camino está libre!

—¡Todavía no he terminado! —respondo, acercándome a una fogata—. ¡Voy a acabar con esta maldita puerta!

Subo a la muralla, donde un caldero encendido está calentando aceite y, de una patada, lo hago caer. El aceite prende y se desparrama sobre la Gran Puerta. Después, hago lo mismo con otro caldero y el incendio se agranda hasta alcanzar tales proporciones que, con seguridad, se ve desde lejos.

Bajo la escalera, me uno a Ónica y, mientras contemplo las altas llamas, digo:

—¡Ahora ya podemos irnos!

Después, nuestros labios se unen y se funden en un beso. El beso del triunfo sobre lo imposible.

Juntos, emprendemos la ascensión que, unos metros más adelante, nos lleva hasta la Escalera de los Mil Peldaños.

Hoy, en Mort se ha escrito una nueva leyenda. La de los dos milmorts que eliminaron a cientos de enemigos para ascender a la gloria. A partir de ahora, todos los caballeros que tengan la fuerza de llegar hasta aquí, serán recibidos como héroes y nadie osará impedirles el paso.

Enemigos invitados

El violento sonido de los cascos de los caballos sobre el empedrado nos anunció que pasaba algo grave, incluso antes de ver a los jinetes.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó mi padre a Mardof.

—No lo sé, mi señor.

—¿Cómo han llegado hasta aquí? —quiso saber la reina.

—Eso ahora no importa —dije—. ¡Hay que deshacerse de ellos!

En realidad, sólo se trataba de un pequeño grupo de jinetes, pero hacían mucho ruido y daban la impresión de ser un pequeño ejército.

—Seguramente estaban camuflados entre los curiosos y los invitados, fuera del castillo —explicó Mardof—. No son demasiados y parecen simples campesinos.

La veintena de jinetes entró en el patio, espada en mano. Desde el primer momento, por su forma de actuar, me di cuenta de que no eran campesinos, sino hombres de armas disfrazados.

—¡Son mercenarios! —exclamé—. ¡Esto es una invasión!

—¡Acabaremos con ellos enseguida! —gritó Wolfort mientras desenfundaba su espada.

—¡Son pocos! —añadió el rey—. ¡No saldrán vivos de aquí!

—¡Sí, mi señor! —respondió Mardof, dando un paso adelante para protegernos—. ¡Vamos a detenerlos!

Algunos soldados se interpusieron en el camino de los asaltantes, pero cayeron bajo sus armas y algunos fueron aplastados por sus caballos. Entonces comprendí que esos hombres habían sido bien elegidos por su habilidad en la lucha.

—Esto es peligroso, madre. Debéis resguardaros con Gwendlin y Sibila. ¡Volved adentro, os lo ruego!

—No las asustes, Royman —pidió Wolfort—. Sólo son un puñado de proscritos. Acabaremos con ellos antes de que puedan hacer daño a nadie.

Sus palabras no me tranquilizaron. Sobre todo porque, en ese momento, se les estaban uniendo más hombres. De entre los invitados, empezaron a salir individuos armados que habían ocultado sus armas bajo los mantos y las capas. Era una operación perfectamente planificada. Pero mi sorpresa creció cuando vi que algunos de nuestros soldados se ponían del lado de los traidores.

—¡Hay que organizarse! —grité—. ¡Hay que organizarse!

Sin embargo, mis gritos se perdían en el fragor de la batalla. Detrás de mí, la reina y

Gwendlin estaban ateridas de miedo. Sibila no reaccionaba y mi padre intentaba comprender cómo se había llegado a aquella situación. Los únicos dispuestos para la lucha, éramos Wolfort y yo.

—Deberías reclutar algunos soldados —me sugirió Wolfort, aprestándose a pelear contra varios osados invasores que ya se estaban acercando al altar—. ¡Ve con Mardof y los otros caballeros a cerrar el puente! ¡Corre!

—¡Me quedaré aquí para proteger a las princesas y a la reina! —respondí.

—¡De eso me ocupo yo! —gritó—. ¡Haz lo que te digo antes de que sea demasiado tarde!

Dos mercenarios alcanzaron el templete y se abalanzaron sobre mí, dispuestos a ensartarme con sus grandes espadas.

Lejos de amilanarme, me enfrenté a ellos. Tuve la suerte de que uno tropezara y cayera rodando, lo que me facilitó las cosas con el segundo, al que logré eliminar de dos certeros golpes.

Desde las almenas, algunos arqueros se disponían a lanzar flechas pero, para mi sorpresa, vi que disparaban contra los nuestros. Acabaron con una decena de soldados fieles en un par de andanadas. A cada momento, salían más enemigos. Yo hacía lo que podía para eliminarlos, pero crecían como la hierba.

—¡Royman! ¡Mira! —gritó mi padre—. ¡Mira!

¡Los esclavos entraban en tromba! Los bárbaros del norte se habían convertido en enemigos armados y poderosos. Eran muchos y acababan de penetrar en el castillo. ¡Estábamos perdidos!

—¡Wolfort! ¿Puedes detener a tu gente? —le pregunté mientras seguía luchando.

—¡Yo me ocupo de ellos! —gritó—. ¡Me obedecerán!

—¡Yo mantendré esta posición! ¡No podemos dejar que se acerquen a las princesas y a la reina!

Entonces, mi padre reaccionó. Después de permanecer atónito durante todo el tiempo, empezó a colaborar. Su espada hizo estragos entre los que se acercaban, que eran cada vez más numerosos.

Sibila agarró una espada y se opuso con valor a los asaltantes.

El castillo se había convertido en un verdadero campo de batalla. Los invitados corrían de un lado a otro, tratando de salvar sus vidas y las de sus familias.

Los gritos de miedo y de dolor se mezclaban. Los enemigos crecían y la posibilidad de salir bien del ataque se reducía a cada minuto. El caos nos envolvía y, a pesar de todos nuestros esfuerzos, llegó un momento en que el templete estaba rodeado de enemigos.

—¡Estamos cercados, Wolfort! —grité—. ¡Estamos perdidos!

—¿Quieres que nos rindamos? —respondió.

—¡Prefiero morir! —respondí.

—¡Matadlos a todos! —gritó el rey—. ¡Traidores!

En ese instante, una docena de enemigos rodeaban a Wolfort, que luchaba a brazo partido. Decidí ir en su ayuda pero, cuando estuve cerca de él, me di cuenta de que

pasaba algo raro, algo que no encajaba en mis esquemas. ¡Eran todos esclavos bárbaros!

—¡Cuidado, Wolfort! ¡Te rodean! —le advertí—. ¡Te han cercado! ¡Quieren matarte!

Wolfort me miró y sonrió.

—¿De verás? —dijo—. ¿Estás seguro de lo que dices?

Fue en ese momento cuando el mundo se volvió del revés. Los bárbaros que parecían dispuestos a atacar a Wolfort dejaron de ser enemigos para convertirse en sus defensores. Incluso los bárbaros invitados por él recibían armas de los atacantes y le defendían.

¡Protegían a Wolfort!

El último tramo

Después de superar la última muralla, Ónica y yo dejamos atrás el escenario de la lucha más salvaje que hemos vivido desde que estamos en este mundo de Mort.

Ahora que ya no hay impedimentos, nos dirigimos directamente hacia la Escalera de los Mil Peldaños.

—¡Lo hemos conseguido! —exclama la princesa, haciendo un tremendo esfuerzo, casi al límite—. ¡Ya estamos!

—¡Sigue! ¡No cantes victoria todavía! —le digo.

Redoblamos nuestros esfuerzos hasta que, por fin, ponemos los pies en el primer escalón.

—¡Ahora! —dice Ónica—. ¡Ahora no nos parará nadie!

—¡Creo que tienes razón! —la apoyo—. ¡Vamos a salir juntos de este agujero infecto!

—Lo hemos conseguido... ¡Seremos libres!

—¡Mira! ¡Nos hemos librado de los eslabones! —digo, abriendo mi camisa—. ¡No nos queda ninguno!

Ónica descubre su hombro y comprueba que la argolla milmortiana ha desaparecido.

El entusiasmo que nos embarga es tan grande que nos abrazamos. Allí, al pie de la escalera que debe llevarnos a la cima, nos besamos.

—Ónica, sin ti no lo habría logrado nunca —reconozco—. ¡Has sido mi mejor apoyo!

—Tampoco yo habría llegado hasta aquí —dice ella—. Sin tu ayuda, habría muerto en aquel campo de batalla, con el rostro tapado. Menos mal que te cruzaste en mi camino.

—Subamos antes de que las cosas se compliquen —propongo—. Todavía puede haber sorpresas.

—Estamos solos —dice Ónica—. Pero tienes razón. Salgamos de aquí cuanto antes.

Sin ningún obstáculo por delante, subimos hacia la luz blanca que parece llamarnos. En algún momento pensamos que esa luz está allí para iluminarnos el camino. Y que promete una meta de felicidad.

—¿Qué haremos cuándo lleguemos? —pregunta Ónica.

—No lo sé. De hecho, no sé qué pasará cuando alcancemos la cima. No estoy seguro de que sirva para algo. Sólo sé que quiero llegar.

—Es posible que entremos en una nueva vida —dice Ónica.

—Cualquier vida será mejor que esta. Aquí sólo hay muerte y desolación. Ojalá pueda empezar una nueva existencia.

—Recuerda lo que nos dijeron en el Templo Milmortiano. Los que llegan a Milmort nunca lo abandonan. Estaremos aquí durante toda la eternidad.

—Entonces, para qué sirve todo esto. ¿Para qué tanta lucha?

—Para crearnos una nueva vida en otro lugar, en otro mundo. Una parte de nosotros...

Un ruido que proviene de las nubes llama nuestra atención. Es como un aleteo. ¡Es Tronario!

—¡No! —exclama Ónica, aterrada—. ¡No es posible!

—¡Maldito sea! —grito mientras empuño mi espada—. ¿Qué quiere? ¿Por qué viene ahora?

—Viene a buscarme —dice Ónica, mirando fijamente la silueta del dragón que se dirige hacia nosotros—. ¡Tronario no me dejará ir!

—¡Yo lo impediré! —le aseguro, cubriendo su cuerpo con el mío, mientras alzo la espada milmortiana—. ¡Impediré que te haga daño!

Tronario, sobre su dragón, se dirige hacia nosotros lanzando grandes gritos.

—¡Ónica! ¡Aquí estoy! ¡Ven conmigo!

Me preparo para recibirle. Está claro que voy a tener que luchar si quiero mantener a Ónica conmigo.

El dragón arroja llamas por la boca y tiene las garras desplegadas, dispuestas a clavarlas en cualquier sitio. Sobre su cuello, Tronario, con su gran lanza de oro, se agita como un poseso. Parece un diablo enfurecido.

—¡Ponte detrás de mí! —le ordeno a Ónica.

—Mejor a tu lado —responde—. Dos espadas son mejor que una.

—Sí, que se encuentre con una defensa doble —digo—. Le daremos lo que se merece.

El dragón aletea con fuerza. Se coloca encima de nosotros y emite feroces rugidos. No paramos de movernos a fin de evitar que nos atrape con las garras y, de momento, logramos nuestro objetivo.

—¡Ónica! ¡O vuelves conmigo o mueres! —grita Tronario.

Como respuesta, ella le lanza una piedra que le roza la cabeza. Yo me ocupo del dragón, pero apenas logro arañar sus pezuñas.

Tronario, enfurecido, hace descender aún más a su cabalgadura, lo que es un gran error. Pone la panza del dragón al alcance de las espadas milmortianas.

Ónica y yo decidimos que no vamos a desaprovechar la ocasión. Antes de que Tronario se dé cuenta de su imprudencia, hemos pasado al ataque. El resultado es que el dragón resulta gravemente herido y sus tripas quedan al descubierto. Sin embargo, antes de emprender el vuelo, logra atrapar a la princesa Ónica con las garras.

—¡Suéltala! —grito, cuando me doy cuenta de que Ónica es su prisionera—. ¡Déjala, maldito!

Es inútil. Tronario dirige al dragón fuera de mi alcance. Colgada en el aire, con las garras clavadas en su cuerpo, Ónica lanza espadazos inútiles contra el animal, pero ni siquiera logra rozarle. La sangre del dragón cae sobre ella y me da la impresión de que está herida. Pero no: es una falsa impresión.

—¡Tronario! ¡Eres un cobarde! –grito–. ¡Lucha conmigo!

—¡No me hace falta! –responde–. ¡Te he ganado!

Estoy desesperado, me siento impotente. No puedo hacer nada.

—¡Sigue subiendo, Royman! –me ordena la princesa–. ¡Te alcanzaré!

—¡Tronario! ¡Lucha conmigo, cobarde!

—¡Mira lo que hago con tu princesa! –grita Tronario, tirando de las riendas del dragón–. ¡Mírala por última vez!

Veo con desesperación cómo el dragón agita a Ónica como si fuese una muñeca. Después de zarandearla a placer, y siguiendo una orden de Tronario, abre las garras y la arroja al vacío, dejándola caer como una roca en un precipicio.

—¡Noooo! –grito con un nudo en la garganta–. ¡Nooo!

Pero ya es tarde, la princesa, que parece flotar, cae inexorablemente hasta que la pierdo de vista. ¡Todo ha terminado!

Caigo de rodillas. Los ojos empañados, las manos engarfiadas sobre la empuñadura de la espada y los brazos sobre la cabeza.

—¡Ónica ya no existe! –grita Tronario, alejándose–. ¡Ya te dije que era mía o de nadie!

—¡Baja aquí, cobarde!

Se ríe a mandíbula batiente y, aprovechando que el dragón da un giro sobre sí mismo, me arroja la gran lanza que lleva en la mano.

El proyectil viene directo hacia mí como un rayo. Intento tomar la decisión de apartarme pero no puedo. Algo en mi interior me tiene paralizado. Sin embargo, en el último momento, logro protegerme con el escudo milmortiano y la lanza impacta directamente en el centro, justo en la frente de la calavera, donde queda clavada.

La arranco, dispuesto a devolvérsela, pero no puedo responder a su ataque ya que se da la vuelta y se va volando entre risas.

El mundo al revés

Estaba tan sorprendido por lo que ocurría que era incapaz de coordinar mis ideas. No lograba entender qué estaba sucediendo a mi alrededor. Todo era muy confuso. Mientras seguía luchando con algunos rebeldes y proscritos, intenté ordenar mis pensamientos.

—¿Qué pasa, Wolfort? —le pregunté.

—Nada, hermano, todo está bajo control.

—Pero, estos hombres son enemigos...

—¡Ahora son amigos! —replicó.

—¡Son esclavos!

—¡Ya no, hermano! ¡Ahora son hombres libres!

—¿Cómo los has convencido? —le pregunté justo cuando ensartaba a un proscrito que había intentado partirme la cabeza con una maza—. ¿Qué les has prometido?

—¡La libertad! —respondió—. ¡La libertad total!

Su respuesta me desconcertó. Él no tenía ninguna atribución para devolver la libertad a los esclavos. Sólo el rey podía hacerlo.

Entonces, se dirigió hacia mi padre, acompañado de algunos bárbaros. Pensé que iba a protegerle pero, cuando levantó la espada, me sentí totalmente aterrado.

—¿Qué haces, Wolfort? ¿Qué pretendes? —le grité.

—Ahora lo verás, hermano —respondió, con la espada en alto.

El rey se giró y le miró con sorpresa, sin saber qué pasaba.

—¿Qué haces, Wolfort? ¿A qué viene esto? —le preguntó.

—¡Vengo a vengar a mi padre, rey Wincott! —exclamó.

—¡Wolfort, hijo!

—¡No soy tu hijo! —respondió mi hermano, con desprecio—. ¡Soy hijo de Wolfario, el bárbaro, tu enemigo! ¡El hombre que murió para que yo pudiera salir de la esclavitud!

Y lo vi. Vi cómo le cortó la cabeza de un solo tajo. La cabeza rodó por el suelo y la corona cayó a los pies de Wolfort.

Con total frialdad, se inclinó, la recogió y se la colocó sobre su frente.

—¡Ahora está en su sitio! —dijo, triunfante—. ¡Ahora hay un nuevo rey!

—¡Viva el rey Wolfort! —gritaron algunos de sus hombres.

Mi madre estaba aterrada. Había asistido a la decapitación de su marido a manos de su hijo adoptivo, al que adoraba. ¡Aquel que iba a casarse con su hija acababa de matar a su esposo!

Yo traté de ir en ayuda de mi madre, Gwendlin y Sibila, pero, de repente, me vi rodeado de esclavos y proscritos. A mi lado, el caballero Mardof agonizaba en el suelo y un hachazo mortal le quitó la poca vida que le quedaba.

—¡Traidor! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Nos has traicionado, Wolfort!

—¡No he traicionado a nadie! —respondió él mientras asestaba un espadazo a mi madre—. ¡Siempre he sido fiel a los míos!

—¿Qué has hecho, Wolfort? —gritó Gwendlin.

—¡Luchar por lo que es mío! —respondió, clavándole el puñal en el cuello—. ¡Tú no me interesas! ¡Idiota!

Gwendlin le miró con terror, tratando de entender lo que pasaba. Aún no se creía lo que sucedía. Igual que yo.

—¡Wolfort! —exclamó antes de caer a los pies de su asesino.

Sibila, que seguía luchando, fue reducida por varios bárbaros, fieles a Wolfort.

—¡Pagarás por esta traición, canalla! —le advirtió—. ¡Miserable!

Pero Wolfort ignoró sus palabras y se volvió hacia mí.

—Bueno, hermano, ha llegado el momento de que hablemos claro —dijo.

A nuestro alrededor, la gente seguía corriendo y gritando. Las damas de compañía, empapadas en sangre, se echaban las manos a la cara, desgarradas de dolor. Lo que estaban viviendo era tan atroz que no podían soportarlo.

—¡Tú y yo no tenemos nada de qué hablar! —le respondí, lleno de furia—. ¡Nuestros aceros hablarán por nosotros!

—¡Ónica tenía razón! —le espetó en ese momento Sibila—. ¡Mataste a Miliari a propósito!

—Claro que sí —dijo Wolfort, aumentando su sonrisa—. Era un ingenuo. Y mataré a Ónica... Y a su padre, el rey Marcus. ¡Los mataré a todos!

—Pero, Wolfort, ¿por qué has hecho esto? —le pregunté, a punto de perder el sentido, totalmente derrotado, casi sin fuerzas—. ¿No nos hemos portado bien contigo? ¿No te hemos dado todo nuestro cariño? ¿Por qué nos pagas así?

—Claro que os habéis portado bien conmigo, y os lo agradezco —se burló—. Cuidaré bien de vuestras propiedades. ¡Soy el nuevo rey de Force!

Mi cerebro no funcionaba bien. Por mucho que lo intentara, no conseguía entender qué estaba pasando. Lo único que tenía claro era que mis padres, mi hermana y muchos de mis amigos estaban muertos.

—¿Qué pretendes? —volví a preguntarle—. ¿Qué crees que vas a conseguir?

Se acercó, me puso la punta de la espada en el cuello y dijo:

—Voy a conseguir la libertad de mi pueblo. Voy a conseguir un reino. Voy a conseguir todo lo que deseo.

—¡Somos tu familia!

—Eres más ingenuo que Miliari. Nunca os he considerado como mi familia. No sois nada mío. ¿Crees de verdad que pensaba casarme con la idiota de tu hermana? ¿Crees que tenía intención de pertenecer al linaje de los Delaforce? ¡Pero si sois una pandilla de estúpidos! ¡El único que valía algo era tu abuelo!

—¿Mi abuelo?

—¡Estuvo a punto de descubrirme! ¡Por eso tuve que matarle!

—¿Mataste a mi abuelo?

—Y a la regente, y descabecé a los padres de Sibila. También estuve a punto de matar a tu madre. Si no llega a ser por esa intrusa de Quania... Yo preparé todo esto. Los rebeldes me han ayudado sin saber que yo soy el cerebro de esta rebelión. ¡Os he engañado a todos, idiota! ¡Inocente paloma!

—¡Debería matarte por esto!

Dio un paso atrás, y me apuntó con su espada.

—Te voy a dar la oportunidad de hacerlo —dijo—. ¡Soltadle! ¡Dejadle que luche! Veamos si has aprendido de qué va todo esto.

Mientras me preparaba para pelear, recordé que iba a batirme con alguien que estudiaba la forma de luchar de aquellos con los que pensaba enfrentarse. Algo que yo no había hecho. Algo que, Cornelio, mi maestro de caza, me había enseñado pero que, evidentemente, no había aprendido.

Por eso me recorrió un estremecimiento.

No obstante, me reconfortaba saber que no había matado a Sibila. Quizá pensaba liberarla ya que ella, al fin y al cabo, no tenía nada que ver con mi familia.

La gloria

Estoy totalmente desolado.

Ni siquiera vislumbro el cuerpo de Ónica, que ha caído más abajo y está perdido entre las rocas y las hierbas.

De lo único que estoy seguro es de que está muerta, de que ya no puedo hacer nada por ella.

Miro hacia arriba y veo que el camino se halla libre. Los escalones brillan gracias a la luz cenital que cae sobre ellos e incluso me baña a mí, señalándome como si fuese un elegido.

Sin embargo, el dolor por la pérdida de Ónica me tiene paralizado.

No sé qué hacer. Seguir subiendo me parece, ahora, una traición imperdonable. Pero, dejar de hacerlo es una inutilidad ya que de nada servirá abandonar.

Durante un momento, contemplo la posibilidad de descender, buscar su cuerpo y enterrarlo. Pienso que si la dejo al alcance de las bestias carroñeras no me lo perdonaré nunca.

Así que tomó una decisión.

Miro por última vez la cima del Monte Milmort. Con gran dolor de mi corazón, me doy la vuelta y empiezo a descender.

La rabia y la confusión se han apoderado de mí. Hubiera sido capaz de incendiar el infierno, de derribar a diez mil enemigos, de dar mi vida por la de Ónica... Estoy tan fuera de mí que habría podido subir volando hasta la cumbre si alguien me hubiera devuelto la vida de la princesa.

Todo está perdido, pero lo doy por bueno. No puedo abandonar el cuerpo de Ónica. Si lo hago, tendré pesadillas y remordimientos el resto de mi vida.

Entonces, algo se mueve ahí abajo, y despierta mi interés.

Alguien agita una antorcha con fuerza.

Me detengo y presto atención... ¡Es Zoltan!

¡Y tiene en brazos a la princesa Ónica! ¡La ha encontrado!

Ahora todo será más fácil. Si está muerta, podremos enterrarla juntos y ya no tendré necesidad de perder tiempo buscándola.

Zoltan agita la antorcha de abajo arriba. ¡Me está diciendo que suba! ¡Zoltan me está ordenando que suba al Monte Milmort!

Me doy cuenta de lo que mi amigo pretende. Me está diciendo que él se ocupará de darle sepultura. Me está diciendo que debo subir. Me está diciendo que no me servirá de

nada bajar ya que él protegerá el cadáver de Ónica.

La antorcha es ahora un faro que debe ayudarme a tomar una decisión. Quizá la más importante de mi vida.

Giro sobre mis talones y subo el peldaño siguiente, y el otro, y el otro... Sigo subiendo, con lágrimas en los ojos, con un profundo dolor en el corazón...

Pero, algo me hace girar la cabeza... ¡Tronario, montado en su dragón, viene hacia mí! El dragón tiene la boca abierta y las garras aceradas dispuestas a arrancarme la piel. Con las alas desplegadas, la bestia se dirige hacia mí y nada podrá impedir su vuelo asesino. Su plan consiste en golpearme y arrojarme pendiente abajo.

Lo observo con los dientes apretados. Ver al causante de la muerte de Ónica me revuelve las tripas y me acelera el corazón.

Tronario tiene la intención de matarme.

Mi mano se cierra sobre la lanza que me ha arrojado. Las venas del brazo se hinchan y los músculos se tensan.

Levanto el brazo derecho y con toda mi fuerza la arrojo hacia Tronario. El arma surca el cielo y, directa como una flecha certera, se clava en el cuerpo del malvado príncipe. Tronario recibe el impacto con sorpresa. Jamás habría imaginado que su propia lanza se volviera contra él y le acertara de pleno. Con los ojos muy abiertos, se tambalea sobre el dragón y su cuerpo se desploma en el vacío.

Entonces, por primera vez en mucho tiempo, me siento tranquilo. Venganza o justicia, eso ahora no importa. Lo que cuenta es que el asesino de Ónica ha pagado con su propia vida la infamia cometida.

Lanzo una última mirada al lugar de la caída. Grabo en mi memoria el paisaje desolador que rodea al Monte Milmort. Los hombres, que ahora más que nunca parecen hormigas, se agolpan ante las murallas. Las columnas de humo, las bolas de fuego, los dragones y las bestias voladoras, el castillo de Zoltan... Y tantos y tantos recuerdos que necesitan ser ordenados y asimilados. He vivido una experiencia brutal, fuera de serie, inesperada y sorprendente. Y ahora me dispongo a abandonar este asqueroso mundo de miseria al que odio profundamente. Un mundo que no debería existir.

Entonces, descubro unas sombras oscuras que se interponen en mi camino. Son guardianes que me cortan el paso.

—¿Qué queréis? —les pregunto—. ¿No intentaréis impedirme subir, verdad?

No me responden. Así que me dispongo a luchar. No me quedan fuerzas, pero prefiero morir antes que renunciar dócilmente.

—¡Apartaos!

Un guardián avanza hacia mí.

—Dime tu nombre —me pide.

—Soy el príncipe Royman Delaforce —digo—. Y nadie me impedirá subir.

El guardián escribe algo en su libro. Después, se une a sus compañeros y me dejan el paso libre.

—Puedes pasar, príncipe Royman —dice el del libro, apartándose—. Has ganado el derecho a subir. Pero nunca abandonarás Milmort.

Con decisión pero atento a sus movimientos, subo los escalones uno tras otro.

Cuando llego a su lado, me detengo y hago una pregunta:

—¿Cuál es el Gran Secreto de Mort?

—Estás a punto de descubrirlo —me dice el escribiente—. La respuesta está ahí arriba. Pronto la conocerás.

Entro en la zona brumosa y según me voy acercando a la cima, noto que, en mi interior, una llama se va encendiendo. Un nuevo soplo de vida me embarga. Algo nuevo está naciendo dentro de mí.

Por fin, alcanzo el último escalón. ¡El escalón número mil!

Repentinamente, una luz blanca y deslumbrante me ciega los ojos, obligándome a tapármelos con las manos.

Me detengo un instante para superar el momentáneo mareo que me hace tambalear. Sé entonces que tengo que habituarme a la nueva luminosidad que domina el mundo en el que estoy a punto de entrar.

Después de tanto tiempo en la penumbra, sin ver el sol de frente, me va a costar trabajo vivir en un mundo de luz.

Sé que cuando abra los ojos las cosas serán diferentes.

Aguanto todo lo que puedo, igual que un nadador que bucea en el fondo del mar en busca de perlas, y mantengo los ojos cerrados, impidiendo que un solo rayo de luz entre en ellos.

Noto que la luz empieza a traspasar mis débiles párpados y me preparo para enfrentarme al dolor. Estoy seguro de que voy a sufrir.

«Contaré hasta mil —pienso—, y abriré los ojos. Si estoy en lo cierto, mi pesadilla habrá terminado».

Uno, dos, tres...

Muchos recuerdos se agolpan dolorosamente en mi memoria.

... veinte, veintiuno, veintidós...

Estoy a punto de descubrir un nuevo mundo.

... ciento uno, ciento dos, ciento tres...

¡Por fin una parte de mí va a salir de Mort!

... cuatrocientos treinta y seis, cuatrocientos treinta y siete...

¿Cuánto tiempo habrá pasado desde que llegué aquí?

... ochocientos doce, ochocientos trece...

Estoy excitado. Falta poco...

... novecientos noventa y nueve...

El final del camino

A pesar de que estaba totalmente conmocionado por la muerte de mis padres y mi hermana, agarré la empuñadura de mi espada con toda la fuerza de la que fui capaz.

Poco a poco iba comprendiendo el alcance de la traición de la que habíamos sido objeto. Me sentí el más ingenuo de todos los seres humanos. Creo que jamás en mi vida había conocido a alguien tan inocente como yo.

—Debes de tener el corazón muy negro, Wolfort —le dije.

—Sí, muy negro y tenebroso —respondió él con aplomo—. Sin embargo, el tuyo es demasiado blanco. Tan blanco como las palomas que te he regalado a lo largo de estos años.

—No te enorgullezcas de lo que has hecho —dije recordando con qué inocencia recibía esos regalos que, ahora, se desvelaban como una burla siniestra—. Pagarás cara tu abominable traición.

—Pero no serás tú el que me la haga pagar —replicó con odio.

Después de estudiarle durante unos instantes, decidí que había llegado la hora de atacar. Así que levanté mi espada y traté de partirle por la mitad. Sin embargo, tuvo la habilidad de zafarse.

—Veo que sigues luchando como siempre —bromeó—. Eres tan previsible que me das pena.

—Cuando ensarte tu corazón con mi espada ya no te daré tanta lástima —le advertí, sudando sin parar.

—¿Mi corazón? —dijo en tono irónico—. ¡Tú no reconocerías mi corazón aunque te lo metieran en la boca! Nunca me has comprendido.

Aproveché que hablaba para atacarle de nuevo, pero volví a fallar.

¡Me di cuenta de que se adelantaba a mis movimientos! ¡Conocía de memoria mi estilo de lucha y le resultaba fácil esquivar mis asaltos! Traté de recordar de qué manera luchaba él, pero ni siquiera sabía si era diestro o zurdo. No tenía ni idea de con quién me enfrentaba.

En ese momento, como si hubiera leído mis pensamientos, cogió la espada con la mano izquierda.

—Me manejo tan bien con la derecha como con la izquierda —dijo—. Veamos si eres capaz de pelear con un zurdo. ¡Vamos, Royman, que se te acaba el tiempo!

Esa treta me desconcertó. Me estaba demostrando que tenía muchas estrategias que yo desconocía. Y lo hacía para aturdirme, para dejar clara su superioridad. Era un truco

bien sencillo que se empleaba en el campo de batalla donde todo consiste en hacer perder la confianza al contrario.

Esa era mi situación. La de alguien que ha perdido toda la confianza en sí mismo.

Wolfort había elegido bien el campo de batalla. Rodeado de seres queridos muertos, con Sibila aprisionada, totalmente desanimado, era imposible ganar. No tenía una sola oportunidad.

—¿Te estás divirtiendo, eh? —le dije.

—Igual que tú cuando sales a cazar a esos inofensivos jabalíes —respondió—. Y vas a acabar igual. Colgaré tu cabeza en mi habitación y se la enseñaré a mis amigos. Se reirán mucho y me respetarán.

Sacando fuerzas de flaqueza, reinicié el ataque. Conseguí lanzar un par de buenas estocadas. Me animé y le lancé algunas más y, en una de ellas, estuve a punto de cortarle el cuello, pero volvió a escaparse.

—Ya me estoy aburriendo, Royman —dijo—. Ordena tus ideas y ponte en paz contigo mismo. Contaré hasta diez y te mataré.

Estaba seguro de que iba a cumplir su amenaza. La impotencia se apoderó de mí y sólo pude verter algunas lágrimas.

—¡Uno!

Entonces, mi mente se activó y traté de recordar algunas argucias que pudieran servirme.

—¡Dos!

Pero no encontré nada útil. Así que decidí actuar de forma improvisada.

—¡Tres!

Ya que me era imposible levantar la espada, que me pesaba como un quintal, hice un movimiento bajo para herirle en las rodillas. Pero fallé.

—¡Cuatro!

Resoplé e intenté recuperar las fuerzas.

—¡Cinco!

Mi mente se iluminó. Saqué la daga con la mano izquierda y conseguí herirle en el brazo.

—¡Seis! ¡Vaya, estás espabilando! —se burló.

Le vi sangrar, pero era una herida superficial. ¿Qué más podía hacer?

—¡Siete!

—¡Canalla! ¡Miserable! —conseguí decir—. ¿No recuerdas que somos hermanos de sangre?

—¡Ocho! Las fuerzas se te van por la boca, hermano.

Me erguí y tiré mi espada y mi daga al suelo.

—¡Somos uno! ¡Somos lo mismo! —grité, totalmente impotente.

—¡Nueve!

—Nadie mata a un hombre herido y desarmado. Va contra las leyes de la caballería. ¡No lo hagas, Wolfort!

—¡Diez!

Estábamos quietos, mirándonos a los ojos. Leí en su mirada que no tendría el valor de matarme.

—¡Fin! —exclamó mientras me clavaba la espada en el corazón—. ¡Aquí termina la historia del príncipe Royman!

Caí de rodillas. Noté que la sangre fluía a borbotones. Ya no me quedaban fuerzas. Sólo alcancé a oír el grito de Sibila.

—¡Royman!

—Wolfort... Deja ir a Sibila... —le imploré.

Se arrodilló frente a mí. Me miró fijamente y dijo:

—¿Estás loco? Sibila va a ser mi esposa... Todo esto es por ella... ¿Es que no te has dado cuenta de que estoy locamente enamorado de ella?... ¿Por qué crees que maté a Miliari? ¿Por qué crees que te he matado a ti?

Noté que los párpados me pesaban como losas. Y que iba cayendo por un pozo negro y profundo. Dejé de percibir el ruido de la batalla. Ya no podía oír los relinchos de los caballos, el tintineo de las espadas, las risas de Wolfort... Sólo sentía el acero clavado en mi corazón.

¡Estaba prácticamente muerto!

Lo último que deseaba mientras mi vida se apagaba era volver a vivir.

—¡Quiero vivir! —grité.

Índice

MILMORT

Primera Parte

Despertar
El regreso del rey
Las bestias de la noche
Un pacto de paz
Prisionero
Lazos de hermandad
Campo de batalla
Día de caza
Lucha a muerte
Promesas de amor
Flechas envenenadas
Promesa de venganza
La huida
Lágrimas de esperanza
El castillo
Un entierro para un rey
El ataque de Tronario
Lengua negra
La cena

Segunda Parte

Pacto de sangre

[Ataque por sorpresa](#)
[Malas noticias](#)
[Liberación](#)
[La princesa independiente](#)
[Viaje incierto](#)
[El primer viaje](#)
[El hijo del milmort](#)
[La regente](#)
[El ermitaño](#)
[Un reino sin corona](#)
[La bestia gris](#)
[¡Traición!](#)
[Cíclope](#)
[Regreso a casa](#)
[Entrenamiento](#)
[La reina hechizada](#)
[Matar o morir](#)
[La madre traidora](#)
[En busca de la fortaleza](#)
[La reina enferma](#)

[Tercera Parte](#)

[El Gran Milmort](#)
[La hechicera](#)
[El tribunal](#)
[En busca del príncipe](#)
[La forja](#)
[Un maldito encuentro](#)
[El agujero](#)
[La mano de la princesa](#)
[Caballeros milmorts](#)
[Signos de conspiración](#)
[Camino a la gloria](#)
[El regreso del príncipe](#)
[Un alquimista en el camino](#)
[Una muerte inexplicable](#)
[Cazadores de milmorts](#)
[Sospechas](#)
[Menos eslabones](#)
[Una nueva amiga](#)
[Demasiada confianza](#)
[Regreso a Force](#)

Cuarta Parte

El Monte Milmort

Permiso concedido

Un viejo amigo

Plan perfecto

Atilian

El delator

Primera muralla

Dos caballeros

Segunda muralla

El desafío de la princesa

Dos sombras

Muerte en la celda

Tercera muralla

Dos bodas

La furia de Royman

Enemigos invitados

El último tramo

El mundo al revés

La gloria

El final del camino

Índice

Milmort	2
Primera Parte	5
Despertar	6
El regreso del rey	10
Las bestias de la noche	14
Un pacto de paz	18
Prisionero	22
Lazos de hermandad	26
Campo de batalla	30
Día de caza	34
Lucha a muerte	37
Promesas de amor	42
Flechas envenenadas	46
Promesa de venganza	50
La huida	52
Lágrimas de esperanza	55
El castillo	58
Un entierro para un rey	62
El ataque de Tronario	65
Lengua negra	69
La cena	72
Segunda Parte	76
Pacto de sangre	77
Ataque por sorpresa	80
Malas noticias	83
Liberación	86
La princesa independiente	90
Viaje incierto	92
El primer viaje	97

El hijo del milmort	101
La regente	105
El ermitaño	108
Un reino sin corona	112
La bestia gris	116
¡Traición!	120
Cíclope	123
Regreso a casa	126
Entrenamiento	130
La reina hechizada	135
Matar o morir	139
La madre traidora	143
En busca de la fortaleza	147
La reina enferma	152
Tercera Parte	155
El Gran Milmort	156
La hechicera	160
El tribunal	164
En busca del príncipe	167
La forja	170
Un maldito encuentro	173
El agujero	175
La mano de la princesa	180
Caballeros milmorts	182
Signos de conspiración	186
Camino a la gloria	189
El regreso del príncipe	192
Un alquimista en el camino	195
Una muerte inexplicable	198
Cazadores de milmorts	201

Sospechas	204
Menos eslabones	207
Una nueva amiga	211
Demasiada confianza	214
Regreso a Force	219
Cuarta Parte	222
El Monte Milmort	223
Permiso concedido	227
Un viejo amigo	230
Plan perfecto	235
Atilian	238
El delator	243
Primera muralla	247
Dos caballeros	251
Segunda muralla	254
El desafío de la princesa	259
Dos sombras	262
Muerte en la celda	267
Tercera muralla	270
Dos bodas	273
La furia de Royman	276
Enemigos invitados	279
El último tramo	282
El mundo al revés	285
La gloria	288
El final del camino	291